



Mont Oriol

Guy de

Maupassant

Lectulandia

En Enval, en el corazón del valle de Auvernia, el descubrimiento de un nuevo manantial de aguas termales convoca una multitud de personajes e intereses de lo más inusitado. Se producen curaciones milagrosas, los médicos compiten en número de enfermos y en variedad de terapias, los campesinos ven de pronto multiplicado el valor de sus tierras, los especuladores de la ciudad hacen grandes proyectos y fortunas, y las mujeres, que en París resisten, allí caen. Se conciertan bodas, alguien nace y alguien muere, y en medio de todo ello una noble mujer casada, Christiane, se entrega a un hombre apasionado que se postra ante ella para besar su sombra, y vive por vez primera la experiencia frenética y extática del amor.

Lectulandia

Guy de Maupassant

Mont Oriol

ePUB v1.0

griffin 03.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Mont-Oriol*

Guy de Maupassant, 1887.

Traducción: María Teresa Gallego Urrutia y María Isabel Reverte Cejudo.

Editor original: griffin (v1.0)

ePub base v2.0

Primera parte

I

Los primeros bañistas, los madrugadores que ya habían salido del agua, se paseaban despacio, de dos en dos o solos, bajo los altos árboles, a lo largo del arroyo que baja de la hoz de Enval.

Otros llegaban desde el pueblo y entraban en el balneario como si llevaran prisa. Era éste un edificio grande cuya planta baja se reservaba para el tratamiento termal, mientras que el primer piso se usaba como casino, café y sala de billar.

Desde que el doctor Bonnefille había descubierto en los confines de Enval el copioso manantial al que había dado el nombre de manantial Bonnefille, algunos terratenientes de la zona y su entorno, tímidos especuladores, se habían decidido a edificar en el corazón de aquel espléndido valle de Auvernia, agreste pero alegre, poblado de nogales y gigantescos castaños, una espaciosa construcción con varios usos, que lo mismo valía para curar que para divertir, donde se vendían, abajo, agua mineral, duchas y baños, arriba, cerveza, licores y música.

Habían cercado en parte el barranco siguiendo el curso del arroyo para crear el parque indispensable en toda ciudad termal, y, en él, habían trazado tres paseos, uno casi recto y dos festoneados. Al final del primero habían hecho brotar un manantial artificial, desviado del manantial principal, que manaba entre espumas en una amplia cubeta de cemento cubierta por un tejado de paja, bajo la custodia de una mujer impasible a la que todo el mundo llamaba campechanamente Marie. Aquella sosegada auvernesa, tocada con un gorrito siempre blanquísimo y envuelta casi por completo en un gran delantal muy limpio que le ocultaba el uniforme, se ponía calmosamente de pie en cuanto divisaba por el sendero a un bañista que se le acercaba. Tras ver de quién se trataba, escogía el correspondiente vaso en un armario portátil y acristalado, luego lo llenaba despacio con un cacillo de zinc con mango de madera.

El melancólico bañista sonreía, bebía, devolvía el vaso diciendo: «¡Gracias, Marie!», y luego daba media vuelta y se iba. Y Marie volvía a sentarse en la silla de paja a esperar al siguiente.

No eran muchos, en realidad. La estación termal de Enval sólo llevaba seis años recibiendo pacientes, y, tras aquellos seis años de actividad, apenas si contaba con más clientes que a comienzos del primero. Solían venir unos cincuenta, atraídos ante todo por la belleza de la comarca, por el encanto de aquel pueblecito, sepultado bajo enormes árboles de retorcidos troncos del tamaño de una casa, y por la reputación de la hoz, de aquel curioso y breve valle que se abría a la extensa llanura de Auvernia y moría de golpe al pie de la elevada montaña, la montaña erizada de antiguos cráteres, rematado por un barranco salvaje y espléndido repleto de peñascos desplomados o a punto de desplomarse, por donde corre un arroyo que se despeña en cascadas por las

gigantescas rocas y forma un reducido lago ante cada una de ellas.

Aquella estación termal había empezado como empiezan todas, con un folleto del doctor Bonnefille en el que hablaba de su manantial. Comenzaba con una alabanza majestuosa y sentimental de las alpestres seducciones de la comarca. Sólo usaba adjetivos selectos, lujosos, de los que impresionan sin decir nada. Todos los contornos eran pintorescos, colmados de lugares grandiosos o de paisajes deliciosamente íntimos. Todas las excursiones que había más a mano poseían un notable toque de originalidad adecuado para agradar a artistas y turistas. Luego, bruscamente, sin transición, pasaba a comentar las cualidades terapéuticas del manantial Bonnefille, bicarbonatado, sódico, mixto, agrio, litínico, ferruginoso, etc., y capaz de curar todas las enfermedades, que, dicho sea de paso, enumeraba bajo el título de: «afecciones crónicas o agudas para las que Enval resulta especialmente adecuado»; y la lista de aquellas enfermedades para las que Enval resultaba especialmente adecuado era larga, variada y reconfortante para todo tipo de enfermos. El folleto concluía con una serie de informaciones de utilidad para la vida práctica, precio del alojamiento, de los comestibles, de los hoteles. Pues, al tiempo que el balneario y casino, habían aparecido tres hoteles. Se trataba del flamante Splendid Hotel, construido en la vertiente del valle que dominaba los baños, del Hotel de las Termas, antigua venta remozada, y del Hotel Vidaillet, creado por el sencillo procedimiento de comprar tres casas colindantes y horadar los tabiques para convertirlas en una sola.

Luego, de forma simultánea, habían aparecido un buen día en la comarca dos nuevos médicos sin que nadie supiera muy bien cómo habían llegado, pues los médicos, en las ciudades termales, parece que brotan de los manantiales como si fueran burbujas de gas. Se trataba del doctor Honorat, un auvernés, y del doctor Latonne, de París. Entre el doctor Latonne y el doctor Bonnefille se había desatado en el acto un odio feroz, mientras que el doctor Honorat, hombre grueso, aseado y bien afeitado, sonriente y dúctil, le había tendido la mano derecha al primero y la izquierda al segundo y se llevaba bien con ambos. Pero el doctor Bonnefille era el dueño de la situación merced a su título de Inspector de aguas y del balneario de Enval-les-Bains.

Dicho título le confería autoridad, y el balneario dependía de él por completo. Se pasaba allí los días, y había quien decía que también las noches. Durante la mañana, iba cien veces de su casa, que estaba en el pueblo pero muy cerca, a su consulta instalada a la derecha, a la entrada del corredor. Emboscado en ella como una araña en su tela, acechaba las idas y venidas de los pacientes, vigilaba a los suyos con mirada severa y a los de los demás con mirada furibunda. Increpaba a todo el mundo casi como un capitán en alta mar y aterrorizaba a los recién llegados, a menos que despertase su hilaridad.

Según llegaba aquel día con paso veloz que le hacía revolotear, como si fueran dos alas, los amplios faldones de la vieja levita, lo paró en seco una voz que gritaba: «¡Doctor!».

Se volvió. El rostro flaco, al que las profundas y renegridas arrugas prestaban expresión avinagrada y aspecto desaseado la barba grisácea, recortada de tarde en tarde, se esforzó por sonreír; y se quitó la raída chistera de seda, mugrienta y pringosa, con que se cubría el largo cabello canoso, «¿de can o de oso?» solía preguntar su rival, el doctor Latonne. Luego dio un paso al frente, se inclinó y murmuró:

—Buenos días, señor marqués, ¿qué tal se encuentra esta mañana?

Un hombrecillo muy pulcro, el marqués de Ravenel, le tendió la mano al médico y contestó:

—Muy bien, doctor, muy bien. Al menos, no parece que esté peor. Los riñones me siguen molestando; pero desde luego que he mejorado, he mejorado mucho. Y sólo voy por el décimo baño. El año pasado no noté nada hasta el decimosexto, ¿se acuerda?

—Sí, desde luego.

—Pero no era eso lo que quería decirle. Acaba de llegar mi hija esta mañana y quiero hablarle de ella enseguida, porque mi yerno, el señor Andermatt, William Andermatt, el banquero...

—Sí, ya sé.

—Mi yerno trae una carta de recomendación para el doctor Latonne. Yo no me fío más que de usted y le ruego que tenga a bien subir al hotel antes... ya me entiende... He preferido decirle las cosas con franqueza... ¿Está usted libre ahora mismo?

El doctor Bonnefille se había puesto el sombrero, nervioso, muy inquieto. Contestó en el acto:

—Sí, estoy libre. ¿Quiere que lo acompañe?

—Sí, claro.

Dándole la espalda al balneario, subieron con paso rápido por un paseo cuya curva llevaba hasta la puerta del Splendid Hotel, construido en la ladera de la montaña para que los viajeros disfrutaran de las vistas.

En la primera planta, entraron en un salón contiguo a las habitaciones de las familias Ravenel y Andermatt; y el marqués dejó solo al médico para ir en busca de su hija.

Regresó con ella casi en el acto. Se trataba de una joven rubia, de corta estatura, pálida, muy bonita, con rasgos infantiles, aunque las pupilas azules, de mirada atrevida, se clavaban en las personas con una resolución que prestaba encantadora y atractiva firmeza y singular personalidad a aquella mujer primorosa y fina. No tenía nada de particular, malestares inconcretos, melancolía, injustificados ataques de

llanto o de ira, anemia en resumidas cuentas. Ante todo, quería un hijo y llevaba esperándolo en vano los dos años de matrimonio.

El doctor Bonnefille aseguró que las aguas de Enval serían un remedio soberano y redactó en el acto sus prescripciones. Éstas tenían siempre el temible aspecto de un alegato fiscal. Los numerosos párrafos de sus recetas ocupaban una hoja grande: cada uno de ellos constaba de dos o tres líneas trazadas con letra agresiva, erizada de rasgos como pinchos.

Y las pociones, las píldoras, los polvos que había que tomar en ayunas, a mediodía o por la noche se alineaban con aspecto feroz.

Era como si pusiera: «Dado que D. Fulano de Tal padece una enfermedad crónica, incurable y mortal, deberá tomar:

»1º Sulfato de quinina, que lo dejará sordo y le hará perder la memoria.

»2º Bromuro de potasa, que le sentará mal al estómago, le debilitará todas las facultades, y hará que le salgan granos por todo el cuerpo y que el aliento se le vuelva fétido.

»3º También tomará yoduro de potasa, que, al secar todas las glándulas secretoras de su persona, las del cerebro y todas las demás, lo dejará, en poco tiempo, tan impotente como idiotizado.

»4º Salicilato de sosa, cuyos efectos curativos no están aún probados, pero que parece provocar en los pacientes a los que se aplica este remedio una muerte pronta y fulminante.

»Tomará simultáneamente:

»Cloral, que vuelve loco, belladona, que ataca a la vista, todas las soluciones vegetales, todas las composiciones minerales que corrompen la sangre, corroen los órganos, devoran los huesos y matan al tomar el medicamento a quienes no mueren de enfermedad».

Estuvo largo rato escribiendo por las dos caras de la hoja. Luego firmó como firmaría un magistrado una pena de muerte. La joven, sentada enfrente de él, lo miraba, y las ganas de reír le alzaban la comisura de los labios.

Nada más irse el doctor, tras un ceremonioso saludo, tomó el papel, en el que no quedaba ni un espacio en blanco, hizo una bola con él, arrojó luego ésta a la chimenea y, pudiendo al fin reírse a gusto, dijo: «Pero, padre, ¿de dónde has sacado a ese fósil? Si parece un ropavejero... ¡Ay! ¡Qué tuyo es eso de ir a dar con un médico de antes de la Revolución!... ¡Qué gracioso es!... ¡Y qué sucio va!... sí, sí... sucio, me parece que me ha manchado el palillero, en serio...».

Se abrió la puerta y se oyó la voz del señor Andermatt que decía: «¡Pase, doctor!». Y apareció el doctor Latonne. Muy tieso, delgado, educado, sin edad, con una elegante chaqueta y llevando en la mano el alto sombrero de seda que sirve de signo distintivo al médico en la mayoría de las estaciones termales de Auvernia, el

médico parisino, sin barba ni bigote, parecía un actor de vacaciones.

El marqués, muy cortado, no sabía qué decir ni qué hacer, mientras que su hija fingía toser llevándose el pañuelo a la boca para no soltar la carcajada en las narices del recién llegado. Éste saludó con desenvoltura y se sentó al indicárselo la joven con una seña. El señor Andermatt, que había entrado detrás de él, lo puso minuciosamente al tanto de la situación de su mujer, de sus indisposiciones junto con los síntomas de las mismas, de la opinión de los médicos a los que habían consultado en París, y luego de su propia opinión, basada en razones particulares expresadas en términos técnicos.

Era un hombre muy joven aún, un hombre de negocios judío. Los tenía de todo tipo y entendía de todo con una mente dúctil, una comprensión rápida, un juicio atinado que resultaban maravillosos. Algo grueso ya para su estatura, que no era excesiva, mofletudo, calvo, con cara redonda y aniñada, manos gordezuelas, muslos cortos, parecía lozano en exceso y poco sano. Hablaba con agobiante facilidad.

Se había casado, tras hábiles cálculos, con la hija del marqués de Ravenel, para poder llevar sus especulaciones a un mundo que no era el suyo. El marqués tenía, además, alrededor de treinta mil francos de renta y dos hijos solamente. Pero el señor Andermatt, al casarse, con los treinta recién cumplidos, poseía ya cinco o seis millones y había sembrado como para recoger diez o doce. El señor de Ravenel, hombre indeciso, falto de resolución, voluble y débil, rechazó airadamente al principio las insinuaciones que se le hacían acerca de esta unión, indignado al pensar que su hija pudiera unirse a un israelita, luego, tras resistir seis meses, cedió bajo la presión del oro acumulado, a condición de que el matrimonio educara a sus hijos en la fe católica.

Pero la espera seguía y aún no había ningún hijo en puertas. Fue entonces cuando el marqués, encantado desde hacía dos años con las aguas de Enval, se acordó de que el folleto del doctor Bonnefille prometía también la curación de la esterilidad.

Hizo, pues, venir a su hija, y su yerno vino con ella para instalarla y ponerla en manos del doctor Latonne por consejo de su médico de París. Así que Andermatt fue a buscarlo nada más llegar. Seguía enumerando los síntomas de su mujer. Concluyó contando cuán frustradas estaban sus ansias de paternidad.

El doctor Latonne lo dejó concluir; luego, volviéndose hacia la joven:

—¿Quiere usted añadir algo, señora?

Ella contestó muy seria:

—No, señor, nada.

El médico prosiguió:

—En ese caso, voy a rogarle que tenga a bien quitarse el vestido de viaje y el corsé y ponerse una bata sencilla y blanca, blanca por completo.

Al mostrar ella su asombro, él explicó con vehemencia su sistema:

—Es muy sencillo, señora mía. Antes se creía firmemente que todas las enfermedades venían de un vicio de la sangre o de un vicio orgánico. Hoy en día nos limitamos a suponer que, en muchos casos, y sobre todo en el suyo concreto, los trastornos poco claros que usted padece, e incluso perturbaciones graves, muy graves, mortales, pueden deberse simplemente al hecho de que un órgano cualquiera se haya desarrollado, por influencias fáciles de determinar, de forma anómala en perjuicio de los órganos vecinos y esté destruyendo toda la armonía, todo el equilibrio del cuerpo humano al modificar o detener las funciones del mismo y estorbar el trabajo de los demás órganos.

»Basta con una hinchazón de estómago para que aparezcan síntomas propios de una enfermedad del corazón, que, al no poder moverse como es debido, se vuelve violento, irregular e incluso intermitente a veces. La dilatación del hígado o de ciertas glándulas puede causar grandes males que los médicos poco observadores atribuyen a mil causas ajenas.

»Lo primero que tenemos que hacer, por tanto, es comprobar si todos los órganos del enfermo tienen el volumen normal y se hallan en el lugar adecuado, pues bien poca cosa basta para trastornar la salud de un hombre. Por lo tanto, señora, si usted me lo permite, voy a examinarla minuciosamente y a marcar en su bata los límites, las dimensiones y la posición de sus órganos.

Había dejado el sombrero en una silla y hablaba con volubilidad. Tenía la boca grande, y, al abrirla y cerrarla, se le marcaban en las afeitadas mejillas dos profundas arrugas que le daban también cierto aspecto eclesiástico.

Andermatt, encantado, exclamó: «Caramba, caramba, está muy bien esto. Muy ingenioso, muy nuevo, muy moderno».

«Muy moderno», en sus labios, marcaba el colmo de la admiración.

La joven, muy divertida, se puso en pie y se fue a su habitación. Volvió al cabo de unos minutos vestida con una bata blanca.

El médico la hizo tenderse en un sofá, luego, sacándose del bolsillo un lápiz con tres puntas, una negra, una roja y una azul, comenzó a auscultar y a dar golpecitos a su nueva clienta acribillando la bata de rayitas de colores que plasmaban cada uno de los hechos que observaba.

La bata, tras un cuarto de hora de tal tarea, parecía un mapa donde se vieran los mares, los cabos, los ríos, los reinos y las ciudades, y donde constaran los nombres de todas las divisiones terrestres, pues el doctor escribía en cada línea divisoria dos o tres palabras latinas inteligibles sólo para él.

Ahora bien, cuando hubo escuchado todos los ruidos interiores de la señora Andermatt y percutido todas las partes opacas o sonoras de su persona, se sacó del bolsillo una libretita de cuero rojo con cantos dorados, cuyas hojas se dividían por orden alfabético, la abrió y, tras buscar la letra adecuada, escribió: «Observación

6,347. Señora A..., 21 años».

Luego, repasando de principio a fin en la bata sus coloridas notas, leyéndolas igual que descifra un egiptólogo unos jeroglíficos, las transcribió en su libreta.

Cuando hubo terminado, declaró: «Nada que deba inquietarnos, nada anormal, salvo una desviación muy, muy ligera que se corregirá con unos treinta baños agrios. Además, deberá usted tomar tres vasos mediados de agua cada mañana, antes de las doce. Nada más. Volveré a verla dentro de cuatro o cinco días». Luego se puso en pie, saludó y salió tan deprisa que todo el mundo se quedó estupefacto. Esta forma brusca de irse era su estilo, su especialidad, su marca personal. Le parecía que resultaba muy elegante y que impresionaba mucho al paciente.

La señora Andermatt fue corriendo a mirarse al espejo y, sacudida por una restallante carcajada de niña alegre, dijo:

—¡Pero qué gracia tienen, qué divertidos son! ¿Hay otro? ¡Quiero verlo ahora mismo! ¡Will, vaya a traérmelo! Tiene que haber otro, quiero ver al tercero!

Su marido preguntó sorprendido:

—¿Cómo que al tercero? ¿Al tercer qué?

El marqués tuvo que dar una explicación y disculparse, pues su yerno le inspiraba cierto temor. Contó, por tanto, que el doctor Bonnefille había venido a verlo a él y que lo había hecho pasar a las habitaciones de Christiane para conocer su opinión, pues se fiaba mucho de la experiencia del viejo médico, que era oriundo de la comarca y había descubierto el manantial.

Andermatt se encogió de hombros y declaró que el único médico que se iba a ocupar de su mujer era el doctor Latonne, de forma tal que el marqués, muy preocupado, se puso a pensar cómo se las iba a apañar para arreglar las cosas sin ofender a su irascible médico.

Christiane preguntó: «¿Ha llegado Gontran?». Se trataba de su hermano.

Su padre contestó:

—Sí, lleva aquí cuatro días con un amigo suyo del que nos ha hablado con frecuencia, el señor Paul Brétigny. Están recorriendo Auvernia los dos juntos. Vienen del Mont-Dore y de La Bourboule y se irán al Cantal a finales de la semana que viene.

Luego le preguntó a la joven si, ya que había pasado la noche en el tren, quería descansar hasta la hora del almuerzo, pero ésta, que había dormido muy bien en el coche-cama, sólo pedía una hora para arreglarse y luego quería visitar el pueblo y el balneario.

Su padre y su marido fueron a sus respectivas habitaciones mientras ella se arreglaba.

No tardó en mandarles recado, y salieron juntos. Lo primero que entusiasmó a la joven fue el pueblo construido en aquel bosque y aquel profundo valle, que parecía

cerrado por todas partes por castaños altos como montañas. Se los veía por doquier, creciendo al azar, desde hacía cuatro siglos, delante de las puertas, en los patios, en las calles; también había fuentes por todas partes, grandes piedras negras puestas de pie y con un agujerito por el que manaba un hilo de agua clara que se curvaba hasta caer en un pilón. Un fresco olor a vegetación y a establo flotaba bajo aquellas densas frondas, y se veían, caminando con paso solemne por las calles o de pie ante sus casas, a las auvernesas hilando con dedos rápidos el huso de lana negra que llevaban prendido a la cintura. Las faldas cortas dejaban al aire los tobillos flacos cubiertos con medias azules, y por los corpiños, sujetos a los hombros por unas especies de tirantes, asomaban las mangas de tela de las camisas, de las que salían los brazos duros y secos y las huesudas manos.

Pero, de pronto, una música saltarina y peculiar rompió a sonar en la dirección hacia la que se encaminaban los paseantes. Parecía un organillo con poca fuerza, un organillo viejo, asmático, enfermo.

Christiane exclamó:

—¿Qué es eso?

Su padre se echó a reír.

—Es la orquesta del casino. Hacen falta cuatro músicos para hacer ese ruido.

La condujo hasta un cartel rojo pegado en la esquina de una casa de labranza, donde ponía en letras negras:

CASINO DE ENVAL

DIRECCIÓN: Sr. PETRUS MARTEL, DEL ODEÓN

Sábado 6 de julio. Gran concierto organizado por el maestro Saint-Landri, segundo premio del Conservatorio. Al piano, Sr. Javel, gran laureado del Conservatorio.

Flauta: Sr. Noirot, laureado del Conservatorio.

Contrabajo: Sr. Nicordi, laureado de la Real Academia de Bruselas.

Después del concierto, gran representación de:

PERDIDOS EN EL BOSQUE

COMEDIA EN UN ACTO

del Sr. Pointillet

REPARTO:

PIERRE DE LAPOINTE: Sr. PETRUS MARTEL, del Odeón.

OSCAR LÉVEILLÉ: Sr. PETITNIVELLE, del Vaudeville.

JEAN: Sr. LAPALME, del Gran Teatro de Burdeos.

PHILIPPINE: Srta. ODELIN, del Odeón.

Durante la representación, también dirigirá la orquesta el maestro Saint-Landri.

Christiane leía en voz alta, reía, mostraba asombro.

Su padre siguió diciendo:

—¡Seguro que te diviertes con ellos! Vamos a verlos.

Giraron a la derecha y entraron en el parque. Los bañistas se paseaban muy serios, con mucha calma por los tres paseos, bebían su vaso de agua y se volvían a marchar. Algunos, sentados en los bancos, dibujaban rayas en la arena con la contera del bastón o de la sombrilla. No hablaban, daban la impresión de no pensar, de estar apenas vivos, entumecidos, paralizados por el tedio de las estaciones termales. Sólo brincaba en el ambiente suave y tranquilo el curioso ruido de la orquesta; no se sabía de dónde venía ni quién lo hacía; pasaba bajo las frondas; parecía darles cuerda a aquellos lúgubres caminantes.

Una voz gritó: «¡Christiane!». Ésta se volvió, era su hermano. Corrió hacia ella, la besó y, una vez que hubo estrechado la mano de Andermatt, cogió a su hermana del brazo y se la llevó dejando atrás a su padre y a su cuñado.

Se pusieron a charlar. Era un muchacho alto, elegante, risueño como ella, nervioso como el marqués, indiferente a los acontecimientos pero siempre a la caza de mil francos.

—Creía que te habías acostado —decía—, si no habría ido a darte un beso. Y además, Paul me ha llevado esta mañana al castillo de Tournœl.

—¿Quién es Paul? ¡Ah, sí, tu amigo!

—Paul Brétigny. Es verdad que no lo conoces. Está tomando un baño en este momento.

—¿Está enfermo?

—No. Pero se cuida. Acaba de estar enamorado.

—¿Y toma baños agrios?, se dice agrios, ¿verdad? ¿para reponerse?

—Sí. Hace todo lo que le mando. Es que lo ha pasado muy mal. Es un muchacho violento, tremendo. Casi se muere. También quiso matarla a ella. Era una actriz, una actriz famosa. La ha querido con locura. Y, claro, ella no le era fiel. Fue un drama por todo lo alto. Así que me lo traje. Ya está mejor, pero todavía se acuerda.

Christiane, que antes sonreía, se había puesto seria, y contestó:

—Me gustará conocerlo.

Para ella, sin embargo, «el Amor» no significaba gran cosa. Pensaba en él a veces, como se piensa, cuando se es pobre, en un collar de perlas, en una diadema de brillantes, notando el despertar del deseo por ese objeto posible y lejano. Se lo figuraba como en algunas novelas que había leído al no tener cosa mejor que hacer, y

no le daba excesiva importancia. Nunca había sido demasiado soñadora, había nacido con un carácter feliz, apacible y satisfecho, y, aunque llevaba casada dos años y medio, aún no había despertado de ese sueño en el que viven las muchachas ingenuas, ese sueño del corazón, del pensamiento y de los sentidos que a algunas mujeres les dura hasta la muerte. La vida le parecía sencilla y buena, sin complicaciones; nunca le había buscado el sentido o el porqué. Vivía, dormía, vestía con gusto, reía, estaba contenta. ¿Qué más habría podido pedir?

Cuando le propusieron un noviazgo con Andermatt, lo rechazó de entrada, indignada como una niña ante la idea de convertirse en la mujer de un judío. Como su padre y su hermano compartían su aversión, contestaron con ella y como ella con una negativa en toda regla. Andermatt desapareció, se hizo el muerto; pero, al cabo de tres meses, le había prestado más de veinte mil francos a Gontran; y el marqués, por otras razones, estaba empezando a cambiar de opinión. En principio, cedía siempre que le insistían por un egoísta apego a la tranquilidad. Su hija decía refiriéndose a él: «¡Huy, papá tiene las ideas todas revueltas!». Y era verdad. Sin opiniones, sin creencias, sólo tenía entusiasmos que mudaban continuamente. Tan pronto se aferraba con exaltación pasajera y poética a las viejas tradiciones de su raza y deseaba un rey, pero un rey inteligente, liberal, ilustrado, acorde con los tiempos, como, tras haber leído un libro de Michelet o de algún pensador demócrata, se entusiasmaba con la igualdad de los hombres, con las ideas modernas, las reivindicaciones de los pobres, de los oprimidos, de los que sufren. Creía en todo a rachas, y, cuando su vieja amiga, la señora Icardon, que estaba en buenas relaciones con muchos israelitas y deseaba que Christiane se casara con Andermatt, comenzó a predicarle, supo muy bien con qué razonamientos lo tenía que atacar.

Le explicó que a la raza judía le había llegado ya la hora de las venganzas, que era una raza oprimida, como el pueblo francés antes de la Revolución, y que ahora oprimiría a las demás razas con el poder del oro. El marqués, que no tenía creencias religiosas pero estaba convencido de que la idea de Dios era sólo una idea legisladora, con mayor fuerza para sujetar a los necios, los ignorantes y los timoratos que la simple idea de Justicia, sentía por los dogmas una respetuosa indiferencia y confundía en una estima pareja y sincera a Confucio, Mahoma y Jesucristo. El hecho de haber crucificado a este último no le parecía, pues, en absoluto una tara original sino una gran torpeza política. Bastaron, por lo tanto, pocas semanas para conseguir que admirara el trabajo soterrado, incesante, todopoderoso de los judíos doquier perseguidos. Y, al mirar de repente desde otra perspectiva el clamoroso éxito de éstos, lo consideró de pronto como una justa reparación por la prolongada humillación que habían sufrido. Los vio como amos de los reyes, que son amos de los pueblos, sosteniendo los tronos o permitiendo que se hundieran, con poder para llevar a la quiebra a una nación como si de una taberna se tratara, los vio altaneros ante

príncipes que se vuelven humildes, los vio arrojando su oro impuro en las entreabiertas arcas de los soberanos más católicos, que se lo agradecían con títulos nobiliarios y líneas de ferrocarriles.

Y accedió al matrimonio de William Andermatt con Christiane de Ravenel.

Y ella, bajo la insensible presión de la señora Icardon, antigua compañera de su madre que se había convertido en su consejera íntima desde la muerte de la marquesa, presión que se sumaba a la de su padre, y ante la indiferencia interesada de su hermano, accedió a casarse con aquel muchacho robusto y acaudalado, que no era feo pero que casi no le gustaba, igual que habría accedido a pasar el verano en una comarca poco agradable.

Ahora le parecía un buenazo, atento, listo, cariñoso en la intimidad, pero se burlaba de él a menudo con Gontran, que era pérfido con aquéllos a quienes tenía algo que agradecer.

Su hermano le decía:

—Tu marido está más sonrosado y más calvo que nunca. Parece una flor enferma o un cochinillo afeitado. ¿De dónde saca esos colores?

Ella le contestaba:

—Te aseguro que no tengo arte ni parte. Hay días en que me dan ganas de pegarlo en una bombonera.

Pero estaban llegando al balneario.

Había dos hombres sentados en sendas sillas de paja, con la espalda contra la pared y fumando en pipa, cada uno a un lado de la puerta.

Gontran dijo:

—Ahí tienes dos individuos curiosos. Fíjate en el de la izquierda, el jorobado que lleva un gorro de algodón. Es el tío Printemps, que antes era carcelero en Riom y se ha convertido en guardián y casi en director del balneario de Enval. No ha notado el cambio y manda en los pacientes como en sus antiguos presos. Los bañistas siguen siendo detenidos, las cabinas de baño, celdas, la sala de duchas, un calabozo y el lugar donde el doctor Bonnefille hace lavados de estómago con la sonda Baraduc, una sala de torturas misteriosa. No saluda a ningún hombre, pues se atiene al principio de que todos los condenados son seres despreciables. Trata a las mujeres con más consideración, desde luego, una consideración un tanto perpleja, porque en la cárcel de Riom no tenía que vigilar a ninguna. Aquel retiro era sólo para varones y no está acostumbrado aún a dirigirse al sexo débil. El otro es el cajero. Te apuesto a que es incapaz de escribir tu apellido, vas a ver.

Y Gontran, dirigiéndose al hombre de la derecha, pronunció despacio:

—Señor Séminois, ésta es la señora Andermatt, mi hermana, que quiere hacerse un abono de doce baños.

El cajero, muy alto, muy flaco, con aspecto de ser muy pobre, se puso de pie y

entró en su despacho, que estaba frente a la consulta del inspector médico, abrió su libro y preguntó:

—¿A qué nombre?

—Andermatt.

—¿Cómo dice?

—Andermatt.

—¿Cómo se escribe?

—A-n-d-e-r-m-a-t-t.

—Muy bien.

Y escribió despacio. Cuando hubo acabado, Gontran le dijo:

—¿Quiere repetirme el apellido de mi hermana?

—Sí, señor. Señora Anterpat.

Christiane, muerta de risa, pagó el abono y luego preguntó:

—¿Qué se oye allá arriba?

Gontran la cogió del brazo:

—Ven a ver.

Llegaban por la escalera voces enfurecidas. Subieron, abrieron una puerta y divisaron una amplia sala de café con un billar en el centro. A ambos lados del billar, dos hombres en mangas de camisa con un taco en la mano, se increpaban enardecidos.

—Dieciocho.

—Diecisiete.

—Le digo a usted que llevo dieciocho.

—No es cierto. Sólo lleva usted diecisiete.

Era el director del Casino, el señor Petrus Martel, del Odeón, que estaba jugando su partida de costumbre con el cómico de su compañía, el señor Lapalme, del Gran Teatro de Burdeos.

Petrus Martel, cuyo vientre, grueso y flácido, se bamboleaba bajo la camisa, colgándole por encima de la cinturilla del pantalón, inexplicablemente abrochada, tras haber sido cómico de la legua, se había puesto al frente del casino de Enval y se pasaba el día bebiéndose las consumiciones destinadas a los bañistas. Lucía un inmenso bigote de oficial empapado de la mañana a la noche por la espuma de la cerveza y el pegajoso jarabe de los licores; y le había infundido al viejo cómico, al que había contratado, una pasión inmoderada por el billar.

Nada más levantarse, comenzaban la partida, se insultaban, se amenazaban, borraban los puntos, empezaban de nuevo, no tenían casi tiempo de comer y no toleraban que dos clientes vinieran a alejarlos del paño verde.

Habían acabado por espantar a todo el mundo y la vida les parecía grata aunque la quiebra acechase a Petrus Martel al acabar la temporada.

La cajera, agobiada, contemplaba de la mañana a la noche aquella partida interminable, escuchaba de la mañana a la noche aquella discusión sin fin y les llevaba, de la mañana a la noche, cervezas o vasitos de licor a los dos infatigables jugadores. Pero Gontran se llevó a su hermana:

—Ven al parque. Se está más fresco.

Donde acababa el balneario, divisaron de repente a la orquesta en un quiosco chino.

Un joven rubio que tocaba frenéticamente el violín gobernaba con la cabeza, con el cabello movido a compás, con todo el torso, que doblaba, enderezaba, inclinaba a la izquierda y a la derecha como una batuta de director de orquesta, a tres singulares músicos sentados frente a él. Era el maestro Saint-Landri.

A él y sus acólitos, un pianista cuyo instrumento, que contaba con unas ruedas e iba como una carretilla, cada mañana, desde el vestíbulo del balneario al quiosco, un flautista gigantesco, que parecía que estaba chupando una cerilla mientras le hacía cosquillas con los gruesos e hinchados dedos, y un contrabajista de aspecto tísico, se debía aquella perfecta, aunque penosa, imitación de un mal organillo que había sorprendido a Christiane en las calles del pueblo.

En tanto se paraba a mirarlos, un caballero saludó a su hermano:

—Buenos días, querido conde.

—Buenos días, doctor.

Y Gontran hizo las presentaciones:

—Mi hermana. El doctor Honorat.

Ésta apenas si pudo contener la hilaridad en presencia de aquel tercer médico, que la saludó y le dijo cortésmente:

—Espero que la señora no esté enferma.

—Sí, un poco.

No insistió y cambió de conversación.

—¿Se ha enterado, querido conde, de que dentro de un rato tendrán ustedes a la entrada del pueblo un espectáculo de lo más interesante?

—¿Qué es ello, doctor?

—El tío Oriol va a volar su peñasco. A ustedes no les dice nada, claro, pero para nosotros es todo un acontecimiento.

Y explicó de qué se trataba.

El tío Oriol, el campesino más rico de toda la comarca —se sabía que tenía una renta de más de cincuenta mil francos—, era el dueño de todos los viñedos que había en la zona en que Enval desembocaba en la llanura. Ahora bien, precisamente a la salida del pueblo, donde se abría el valle, había un montecillo, o más bien un montículo grande, y en él estaban los mejores viñedos del tío Oriol. En el centro de uno de ellos, pegado a la carretera, a dos pasos del arroyo, se alzaba un peñasco

gigantesco que impedía el cultivo de la tierra y daba sombra a toda una parte del campo sobre el que se erguía.

El tío Oriol llevaba diez años anunciando todas las semanas que iba a volar el peñasco, pero nunca acababa de decidirse. Cada vez que un mozo del pueblo se iba al servicio militar, el viejo le decía: «Cuando vuelvas de permiso, tráeme pólvora para mi roca».

Y todos los soldaditos traían en la mochila pólvora robada para la roca del tío Oriol. Tenía un baúl lleno de pólvora, pero el peñasco seguía en su sitio.

Por fin, llevaban una semana viéndolo cavar junto con su hijo Jacques, mocetón al que apodaban Coloso, pronunciándolo «Colosho» con el acento auvernés. Esa misma mañana habían rellenado de pólvora el vientre vacío de la enorme roca; luego habían taponado la abertura dejando pasar sólo la mecha, una mecha de chisquero comprada en el estanco. Iban a prenderla a las dos. Así que la roca saltaría a las dos y cinco o a las dos y diez como mucho, porque la mecha era muy larga.

Christiane se interesaba por aquella historia, le divertía ya la idea de aquella explosión, le recordaba algún juego infantil que agradaba a su corazón sencillo.

Estaban llegando al extremo del parque.

—¿Qué hay después? —dijo.

El doctor Honorat contestó:

—El Fin del Mundo, señora; es decir, una hoz sin salida y célebre en Auvernia. Es una de las curiosidades naturales más hermosas de la zona.

Pero sonó una campana tras ellos. Gontran exclamó: «¡Anda, ya es hora de almorzar!». Y dieron media vuelta.

Un joven alto venía a su encuentro. Gontran dijo:

—Hermanita, te presento al señor Paul Brétigny.

Y luego, a su amigo:

—Es mi hermana, querido amigo.

A Christiane le pareció feo. Tenía el pelo negro, cortado muy corto y tieso, los ojos demasiado redondos, con expresión casi dura, la cabeza muy redonda también, grande, una cabeza de ésas que recuerdan las balas de cañón, hombros hercúleos, un aspecto algo salvaje, poco sutil y brutal. Pero de la chaqueta, de la ropa blanca, de la piel quizá, le brotaba un perfume delicado, fino, que la joven no conocía. Y se preguntó: «¿Qué será ese olor?».

Él le dijo:

—¿Ha llegado usted esta mañana, señora? Tenía una voz algo sorda.

Contestó:

—Efectivamente, caballero.

Entonces Gontran divisó al marqués y a Andermatt que les hacían señas a ambos jóvenes para que se dieran prisa en acudir al comedor.

Y el doctor Honorat se despidió de ellos preguntándoles si tenían realmente intención de ir a ver cómo volaban el peñasco. Christiane aseguró que pensaba ir; y, cogida del brazo de su hermano, se inclinó hacia él y le murmuró mientras lo llevaba hacia el hotel:

—Tengo un hambre de lobo. Me va a dar mucha vergüenza comer tanto delante de tu amigo.

II

El almuerzo duró mucho, como suele ocurrir en las mesas redondas de los hoteles. Christiane, a quien le resultaban desconocidos todos aquellos rostros, charlaba con su padre y con su hermano. Luego subió a descansar hasta el momento de la voladura del peñasco.

Estuvo lista mucho antes de la hora y obligó a todo el mundo a emprender la marcha para no llegar tarde a la explosión. A la salida del pueblo, en la desembocadura del valle, se alzaba en efecto un elevado montículo, un monte casi, por el que subieron bajo un sol abrasador por un caminito entre los viñedos. Cuando llegaron a la cima, la joven lanzó un grito de asombro al ver el inmenso horizonte que se desplegaba de pronto ante sus ojos. Frente a ella, se extendía una llanura sin límites que le daba en el acto a la mente una sensación de océano. Se alejaba aquella llanura, velada por un leve vaho, un vaho azul y suave, hasta alcanzar unos montes muy distantes, que apenas se vislumbraban a cuarenta o, quizá, sesenta kilómetros. Y bajo la bruma transparente, tan sutil que flotaba sobre aquella dilatada extensión, se distinguían ciudades, pueblos, bosques, los grandes cuadrados amarillos de las cosechas maduras, los grandes cuadrados verdes de los pastos, fábricas de altas chimeneas rojas y campanarios negros y puntiagudos construidos con la lava de los antiguos volcanes.

—Date la vuelta —le dijo su hermano.

Se volvió. Y, tras ella, vio la montaña, la enorme montaña abollada de cráteres. En primer plano, se veía la parte más honda de Enval, una amplia oleada de vegetación donde apenas si se divisaba la oculta brecha de la hoz. Los árboles trepaban a oleadas por la empinada cuesta hasta llegar a la primera cresta que impedía ver las siguientes. Pero, como estaban precisamente en la línea de separación de las llanuras y la montaña, ésta se extendía hacia la izquierda, hacia Clermont-Ferrand y, al alejarse, dibujaba en el cielo azul extrañas cumbres truncadas, con aspecto de monstruosas pústulas: los volcanes apagados, los volcanes muertos. Y allá lejos, muy lejos, entre dos cimas, se divisaba otra, más elevada, más alejada aún, redonda y majestuosa, que tenía en lo más alto algo extraño que semejava unas ruinas.

Era el Puy de Dôme, el rey de los montes de Auvernia, robusto y compacto, tocado con los restos de un templo romano que parecían una corona brindada por el mayor pueblo de la historia.

Christiane exclamó: «¡Ay! Qué feliz sería yo aquí». Y ya se sentía feliz en aquel momento, inundada por ese bienestar que invade el cuerpo y el corazón, que hace que respiremos a gusto, proporciona una sensación de agilidad, cuando nos hallamos de pronto en un paraje que es una caricia para la vista, que deleita y alegra, que parecía

estar esperándonos, para el que sentimos que hemos nacido.

La estaban llamando: «¡Señora! ¡Señora!». Y divisó algo más allá al doctor Honorat, al que se reconocía por el gran sombrero. Se acercó enseguida y llevó a la familia a la otra vertiente de la loma, hasta una cuesta cubierta de hierba, al lado de un bosquecillo de árboles bajos, donde ya estaban esperando unas treinta personas, formando un grupo en que se mezclaban los forasteros con los campesinos.

A sus pies, la empinada cuesta bajaba hasta la carretera de Riom, sombreada por los sauces que resguardaban su poco caudaloso río; y, en el centro de un viñedo, a la orilla de aquel arroyo, se alzaba una roca puntiaguda ante la que dos hombres arrodillados parecían estar rezando. Era el peñasco.

Los Oriol, padre e hijo, estaban colocando la mecha. Desde la carretera los contemplaba una muchedumbre curiosa que tenía delante una fila bulliciosa y más baja, constituida por chiquillos.

El doctor Honorat había escogido un lugar cómodo para Christiane, que se sentó, con el corazón latiéndole como si fuera a ver volar a toda aquella gente junto con la roca. El marqués, Andermatt y Paul Brétigny se echaron en la hierba al lado de la joven, mientras que Gontran permanecía de pie. Éste dijo en tono de chanza:

—Querido doctor, debe de tener usted mucho menos que hacer que sus dos colegas, que está claro que no pueden perder una hora para acudir a esta fiestecita.

Honorat respondió con tono bonachón:

—No es que tenga menos que hacer, es que mis pacientes me dan menos que hacer... Y además, yo a mis clientes prefiero distraerlos antes que atiborrarlos de medicamentos.

Tenía un aire socarrón que a Gontran le gustaba mucho. Iban llegando más personas, comensales del hotel, las dos señoras Paille, dos viudas, madre e hija, los Monécu, padre e hija, y un caballero grueso y muy bajo que resoplaba como una caldera reventada, el señor Aubry-Pasteur, ingeniero de minas retirado que se había hecho rico en Rusia.

El marqués y él habían trabado relación. Le costó mucho sentarse y tuvo que realizar una serie de gestos preparatorios, circunspectos y prudentes, que a Christiane la divirtieron mucho. Gontran se había alejado para verles las caras a los demás curiosos que, como ellos, habían acudido a la colina.

Paul Brétigny le señalaba a Christiane Andermatt las poblaciones que se divisaban a lo lejos. Lo primero que se veía era Riom, como una mancha roja, una mancha de tejas en la llanura; luego Ennezat, Maringues, Lezoux, una multitud de pueblos que casi no se distinguían, que sólo marcaban con un hueco pequeño y oscuro la ininterrumpida capa de verdor, y en la lejanía, al pie de los montes del Forez, se empeñó en que viera Thiers.

Decía poniendo mucho interés:

—Fíjese, fíjese, delante de mi dedo, delante mismo de mi dedo. Yo lo veo estupendamente.

Ella no veía nada, pero no le extrañaba que él lo viera, porque con aquellos ojos redondos y fijos miraba como las aves de presa, y se notaba que eran penetrantes como catalejos.

Siguió diciendo:

—Ante nosotros corre el Allier, cruzando el centro de esta llanura, pero es imposible verlo. Está demasiado lejos, a treinta kilómetros de aquí.

Christiane no trataba de divisar lo que él le señalaba, pues tenía exclusivamente puestos en el peñasco la mirada y el pensamiento. Se decía que, al cabo de un rato, aquella piedra tan grande habría dejado de existir, que volaría convertida en polvo, y sentía cierta compasión por la piedra, una compasión de niña por un juguete roto. Llevaba aquella piedra tanto tiempo allí; y además, era bonita, quedaba bien. Los dos hombres estaban de pie ahora y amontonaban cantos al pie de la roca, manejando el azadón con gestos rápidos de campesinos presurosos.

La muchedumbre de la carretera, que aumentaba continuamente, se había acercado para ver mejor. La chiquillería estaba casi encima de los dos trabajadores, y corría y se movía a su alrededor como cachorrillos alegres; y, desde el lugar elevado donde se hallaba Christiane, toda aquella gente parecía muy menuda, una muchedumbre de insectos, un hormiguero en plena actividad. Subía el murmullo de las voces, a veces leve y casi inaudible y otras veces más alto, un rumor confuso de gritos y de movimientos humanos, pero desparramado por el aire, evaporado ya, una especie de ruido pulverizado. También en el montículo iba aumentando la concurrencia. La gente no paraba de llegar desde el pueblo y cubría la ladera que se alzaba más arriba de la roca condenada.

Los asistentes se llamaban entre sí, se reunían por hoteles, por clases, por castas. El grupo más bullicioso era el de los actores y los músicos, presidido, conducido por su director, Petrus Martel del Odeón, que había suspendido con tan fausto motivo su pertinaz partida de billar.

Con jipijapa y chaqueta de alpaca negra, que dejaba asomar la blanca prominencia del obeso vientre, pues estimaba que en el campo no había por qué llevar chaleco, el bigotudo actor tomaba el mando, daba indicaciones, explicaba y comentaba todos y cada uno de los movimientos de los dos Oriol. Sus subordinados, el cómico Lapalme, el galán Petitnivelle y los músicos, el maestro Saint-Landri, el pianista Javel, el robusto flautista Noirot, el contrabajista Nicordi, hacían corro a su alrededor para escucharlo. Ante ellos estaban sentadas tres mujeres que se resguardaban bajo tres sombrillas, una blanca, una roja y una azul, que formaban, bajo el sol de las dos de la tarde, una extraña y deslumbradora bandera francesa. Se trataba de la señorita Odelin, la joven actriz, de su madre, una madre alquilada, decía

Gontran, y de la cajera del café que solía acompañar a las señoras. La combinación de los colores nacionales en aquellas sombrillas era un invento de Petrus Martel que se había fijado, al principio de la temporada, en que la señora y la señorita Odelin tenían una azul y una blanca, y le había regalado la roja a su cajera.

Muy cerca de ellos, otro grupo llamaba también la atención y atraía las miradas, era el de los cocineros y los pinches de los hoteles, ocho en total, pues se había entablado una lucha entre los fondistas, que habían uniformado hasta a los que fregaban los platos para impresionar a los transeúntes. Estaban todos de pie y la cruda luz del día se les reflejaba en los gorros; parecían a un tiempo un estado mayor muy extraño de lanceros blancos y una delegación de cocineros.

El marqués le preguntó al doctor Honorat:

—¿De dónde sale toda esta gente? ¡Nunca habría creído que viviera tanta gente en Enval!

—Es que han venido de todas partes, de Châtel-Guyon, de Tournoël, de La Roche-Pradière, de Saint-Hippolyte, porque hace mucho que se habla de este asunto en la comarca. Y además, el tío Oriol es una celebridad, un personaje importante, por lo influyente y por lo acaudalado, y eso que sigue siendo un auvernés de pura cepa, que no ha dejado de trabajar la tierra con sus manos, ahorrador, que ha acumulado poco a poco una fortuna, inteligente, rebosante de ideas y de proyectos para sus hijos.

Gontran volvía muy animado, con la mirada brillante. Dijo a media voz:

—Paul, Paul, ven conmigo, que te voy a enseñar a dos chicas guapas. No te puedes ni imaginar lo bonitas que son.

Su amigo alzó la cabeza y contestó:

—Querido amigo, estoy muy a gusto aquí, no pienso moverme.

—Haces mal. Son encantadoras.

Luego dijo alzando la voz:

—Pero el doctor va a decirme quiénes son. Dos chiquillas de dieciocho o diecinueve años, algo así como unas señoritas de pueblo, vestidas de una forma rara, con vestidos de seda negra de mangas pegadas, como unos uniformes o unos hábitos, dos morenas...

El doctor Honorat lo interrumpió:

—No es menester que me diga más. Son las hijas del tío Oriol, dos muchachitas muy guapas, es cierto, educadas en las Damas Negras de Clermont... y que se casarán muy bien... Son dos auténticos ejemplares de la buena raza auvernesa; porque yo soy de aquí, señor marqués; ya le enseñaré a esas dos chiquillas...

Gontran lo interrumpió y dijo con socarronería:

—¿Es usted el médico de la familia Oriol, doctor?

El otro captó la intención maliciosa y sólo contestó con un alegre: «¡Pardiez que sí!».

El joven siguió diciendo:

—¿Y cómo consiguió usted ganarse la confianza de ese cliente tan rico?

—Mandándole que tomara mucho vino bueno.

Y contó detalles de los Oriol, de los que, por cierto, era pariente lejano y a los que conocía hacía muchos años. El viejo, el padre, que era muy suyo, estaba muy orgulloso de su vino; tenía, sobre todo, un viñedo cuyo producto sólo podían beber los de la familia, sólo los de la familia y los invitados. Había años en que conseguían vaciar los barriles que daba aquel selecto viñedo, pero había otros en que costaba mucho conseguirlo.

Hacia los meses de mayo o junio, cuando el padre veía que iba a costar trabajo beberse todo lo que aún quedaba, empezaba a darle ánimos al hijo mayor, Coloso, y repetía: «*Vamosh*, hijo, a ello». Y se ponían a echarse al gáznate litros y más litros de vino tinto, de la mañana a la noche. Veinte veces decía el buen hombre, en cada comida, con tono de circunstancias e inclinando la jarra sobre el vaso del hijo: «A ello». Y como todo aquel líquido cargado de alcohol le calentaba la sangre y le impedía dormir, se levantaba de noche, se ponía los pantalones, encendía un farol, despertaba a «Colosho», y se iban a la bodega, tras haber cogido en el aparador un zoquete de pan para mojarlo en el vaso, que llenaban una y otra vez directamente de la barrica. Luego, cuando habían bebido tanto que notaban cómo el vino les chapoteaba en el vientre, el padre le daba golpecitos a la retumbante madera del barril para saber si había bajado el nivel del líquido.

El marqués preguntó:

—¿Son ellos los que están trabajando alrededor del peñasco?

—Sí, sí, ellos son.

En aquel preciso instante, los dos hombres se alejaron a grandes zancadas de la roca cargada de pólvora; y toda la muchedumbre de abajo, que los rodeaba, empezó a correr como un ejército en desbandada. La gente salía huyendo hacia Riom y hacia Enval dejando abandonada la gran roca, que estaba encima de un pequeño montículo pedregoso y cubierto de hierba corta, pues dividía el viñedo en dos y la tierra de las inmediaciones estaba aún sin cultivar.

La muchedumbre de arriba, tan numerosa en aquel momento como la otra, se estremeció de satisfacción e impaciencia; y la sonora voz de Petrus Martel anunció: «¡Ojo! Ya han encendido la mecha».

Christiane notó un gran escalofrío expectante. Pero el doctor murmuró detrás de ella:

—Como hayan dejado toda la mecha que les he visto comprar, tenemos para diez minutos por lo menos.

Todas las miradas estaban fijas en la piedra; y de pronto un perro, un perrito negro, una especie de gozquecillo, se acercó. Dio una vuelta en torno a ella, la olfateó

y el olor que percibió debió de parecerle sospechoso, pues se puso a ladrar con todas sus fuerzas, con las patas tías y el pelo del lomo erizado, el rabo estirado y las orejas enderezadas.

Corrió una risa por entre el público, una risa cruel; algunos tenían la esperanza de que no se alejara a tiempo. Luego hubo voces que lo llamaron para que se apartara; unos hombres silbaron; otros intentaron tirarle piedras que no llegaron ni a medio camino. Pero el gozquecillo no se movía y le ladraba rabiosamente a la roca.

Christiane empezó a temblar. La había invadido un miedo atroz de ver a aquel animal despanzurrado; se le había pasado toda la ilusión, quería irse; repetía, nerviosa, balbuceando, estremecida, angustiada:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡La explosión lo va a matar! ¡No quiero verlo! ¡No quiero! ¡No quiero! Vámonos...

Paul Brétigny, que estaba a su lado, se había puesto en pie y, sin decir palabra, echó a correr hacia el peñasco con toda la velocidad que le permitían sus largas piernas.

De las bocas brotaron gritos de espanto; un remolino de terror cruzó por la muchedumbre; y el gozquecillo, al ver que se le acercaba aquel hombre tan alto, se escondió detrás de la roca. Paul fue tras él; el perro volvió al otro lado, y estuvieron un minuto o dos corriendo alrededor de la piedra, yendo y viniendo, ora a la izquierda, ora a la derecha, como si jugaran al escondite.

Viendo al fin que no iba a poder coger al animal, el joven empezó a subir otra vez la cuesta, y el perro, de nuevo enfurecido, volvió a ladrar.

Airadas vociferaciones acompañaron el regreso del imprudente, que iba sin resuello, pues la gente no perdona a quienes la han hecho temblar. A Christiane la ahogaba la emoción y se apoyaba ambas manos en el corazón que parecía que se le iba a salir del pecho. Había perdido hasta tal punto la cabeza que le preguntó: «¿No estará usted herido, verdad?», mientras que Gontran, furioso, gritaba: «Este borrico está loco. Siempre hace barbaridades de ésas. No conozco mayor imbécil...».

En éstas, el suelo vaciló, como si se alzara. Una detonación formidable sacudió la comarca entera, y atronó la montaña durante cerca de un prolongado minuto, repetida por todos los ecos como otros tantos cañonazos.

Lo único que vio Christiane fue una lluvia de piedras que caían y una elevada columna de tierra menuda que iba desplomándose sobre sí misma.

Inmediatamente, la muchedumbre de arriba se abalanzó como una ola lanzando agudos clamores. El batallón de pinches brincaba precipitadamente montículo abajo adelantando al regimiento de cómicos, que bajaba la cuesta en pos de Petrus Martel.

A punto estuvieron las tres sombrillas tricolores de que las arrollaran en aquella carrera cuesta abajo.

Y todos corrían, hombres, mujeres, los del campo y los de la ciudad. Algunos se

caían, se levantaban, seguían corriendo, mientras que, en la carretera, las dos oleadas de público, que habían retrocedido atemorizadas hacía un rato, avanzaban ahora una hacia otra para chocar y mezclarse en el lugar de la explosión.

—Vamos a esperar un poco a que se haya apaciguado toda esta curiosidad para ir nosotros a echar una ojeada —dijo el marqués.

El señor Aubry-Pasteur, el ingeniero, que acababa de ponerse en pie con mil trabajos, replicó:

—Yo me voy al pueblo por la vereda. Ya no tengo nada que hacer aquí.

Les dio la mano a los presentes, saludó y se fue.

El doctor Honorat había desaparecido. Se pusieron a hablar de él. El marqués le decía a su hijo:

—Lo has conocido hace tres días y te pasas el tiempo riéndote de él. Va a acabar por molestarse.

Pero Gontran se encogió de hombros:

—¡Bah! ¡Ése sí que es un sabio, un escéptico como es debido! Puedes estar seguro de que no se va a enfadar. Cuando estamos los dos solos se ríe de todos y de todo, y, lo primero, de sus pacientes y de sus aguas. Te concedo una bañera de honor si lo ves alguna vez molesto con mis bromas.

Entre tanto, había un gran barullo abajo, en el emplazamiento del destruido peñasco. La muchedumbre, numerosísima y tumultuosa, se empujaba, ondulaba, gritaba, presa a no dudar de una emoción, de un asombro inesperados.

Andermatt, siempre diligente y curioso, repetía:

—¿Qué les pasa? Pero ¿qué les pasa?

Gontran dijo que iba a ver; y se fue, mientras Christiane, indiferente ahora, pensaba que hubiera bastado con que la mecha fuera un poco más corta para que aquel loco que tenía al lado sucumbiese, despanzurrado por los fragmentos de la piedra, y todo porque ella había temido por la vida de un perro. Pensaba que aquel hombre tenía que ser, desde luego, muy violento y apasionado para exponerse de tal forma, sin motivo alguno, en cuanto una mujer desconocida formulaba un deseo.

Se veía gente que corría por la carretera hacia el pueblo. Ahora le tocó al marqués preguntarse: «¿Qué les pasa?». Y Andermatt no pudo contenerse más y empezó a bajar la cuesta.

Gontran, desde abajo, los llamó por señas.

Paul Brétigny preguntó:

—¿Quiere apoyarse en mi brazo, señora?

Tomó aquel brazo que notaba tan resistente como el hierro; y, al resbalársele los pies en la hierba recalentada, se apoyó en él como habría hecho en una barandilla, con total confianza. Gontran, que acudía a su encuentro, iba gritando:

—Es un manantial. ¡La explosión ha hecho brotar un manantial!

Se mezclaron con la muchedumbre. Entonces, los dos jóvenes, Paul y Gontran, se pusieron en cabeza, apartaron a empujones a los curiosos, y, sin preocuparse por las protestas, les abrieron camino a Christiane y a su padre.

Caminaban entre un caos de piedras puntiagudas, destrozadas, negras de pólvora; y llegaron ante un hoyo lleno de agua fangosa que salía a borbotones y corría hacia el río a través de los pies de los curiosos. Andermatt ya estaba allí, pues había cruzado por entre el público utilizando insinuantes procedimientos que, a lo que decía Gontran, le eran propios, y miraba con profunda atención cómo manaba del suelo y huía aquella agua.

El doctor Honorat, de pie frente a él, al otro lado del hoyo, la miraba también, con fastidiado asombro. Andermatt le dijo:

—Habría que probarla, a lo mejor también es mineral.

El médico respondió:

—Seguro que es mineral. Aquí todas las aguas son minerales. Dentro de poco, habrá más manantiales que enfermos.

Su interlocutor siguió diciendo:

—Pero habrá que probarla.

El médico no tenía mayor empeño:

—Al menos, habría que esperar a que se aclarara.

Todos querían mirar. Los que estaban en segunda fila empujaban a los primeros hasta hacerlos meterse en el barro. Un niño se cayó en él, y la gente se rió.

Los Oriol, padre e hijo, estaban allí, contemplando muy serios aquel acontecimiento inesperado, y aún no sabían si les tenía que parecer bien o mal. El padre era enjuto, de cuerpo alto y flaco y cara huesuda, una cara seria y afeitada de campesino; y el hijo, aún más alto, un gigante, flaco también y con bigote, semejaba, al tiempo, un soldado y un viñador.

Los borbotones del agua parecía que iban a más, el flujo crecía, y empezaba a estar más clara.

La gente se movió y apareció el doctor Latonne con un vaso en la mano. Estaba sudoroso y jadeante y se quedó aterrado al ver a su colega, el doctor Honorat, con un pie puesto en el borde del nuevo manantial como un general que ha entrado el primero en una plaza.

Preguntó sin resuello:

—¿La ha probado usted?

—No, estoy esperando a que se limpie.

Entonces el doctor Latonne sumergió el vaso y bebió con ese aire trascendente que adoptan los expertos para probar el vino. Luego declaró: «¡Excelente!», cosa que no lo comprometía, y, alargándole el vaso a su rival, dijo: «¿Quiere?».

Pero al doctor Honorat estaba claro que no le gustaban las aguas minerales, pues

contestó sonriente:

—¡Gracias! Basta con que a usted le haya parecido bien. Ya conozco el sabor.

Conocía el sabor de todas y también sabía apreciarlas, pero de otra manera. Luego se dirigió al tío Oriol:

—¡Ni punto de comparación con ese vino suyo tan bueno! El viejo se sintió halagado.

Christiane ya había visto todo lo que tenía que ver y quiso irse. Su hermano y Paul le abrieron camino de nuevo por entre el gentío. Iba detrás de ellos, apoyada en el brazo de su padre. De repente, se resbaló, estuvo a punto de caerse, y, al mirar a sus pies, se dio cuenta de que había pisado un trozo de carne ensangrentada, cubierta de pelo negro y pegajosa de barro; era un resto del gozquecillo, despedazado por la explosión y pisoteado por la muchedumbre.

Le faltó el aire, tan conmocionada que no pudo contener las lágrimas. Murmuraba secándose los ojos con el pañuelo: «¡Pobre animalito, pobre animalito!». Ya no quería que le dijeran nada, quería volver al hotel, encerrarse. Aquel día que había empezado tan bien, acababa mal para ella. ¿Sería acaso un presagio? Tenía el corazón oprimido y le latía con fuerza.

Ahora estaban ellos solos en la carretera, y vieron que se les acercaban un sombrero alto y dos faldones de levita que se movían como dos alas negras. Era el doctor Bonnefille, que se había enterado el último, y que acudía con un vaso en la mano, igual que el doctor Latonne.

Se paró al divisar al marqués.

—¿Qué sucede, señor marqués?... ¿Qué me dicen?... ¿Un manantial?... ¿Un manantial mineral?...

—Pues sí, querido doctor.

—¿Abundante?

—Desde luego.

—Y... ¿ya han... ya han llegado?

Gontran contestó muy serio:

—Efectivamente, y el doctor Latonne incluso lo ha analizado ya.

Entonces el doctor Bonnefille echó a correr de nuevo, mientras que Christiane, algo distraída y animada por la cara que había puesto, decía:

—Pues no, no me vuelvo al hotel, vamos a sentarnos en el parque.

Andermatt se había quedado en el manantial mirando correr el agua.

III

Aquella noche estuvo muy animada la mesa redonda del Splendid Hotel. El tema del peñasco y del manantial daba mucho que hablar. No había demasiados comensales, sin embargo, unos veinte en total, personas que solían ser taciturnas y pacíficas, enfermos que, tras haber probado inútilmente todas las aguas conocidas, tanteaban ahora las estaciones termales nuevas. En el extremo que ocupaban los Ravenel y los Andermatt estaban también los Monécu, un hombrecillo muy blanco, junto con su hija, una muchacha alta y palidísima que, a veces, se levantaba durante la comida y se iba dejando a medias el plato, el obeso señor Aubry-Pasteur, el ingeniero retirado, los Chauffour, un matrimonio de luto al que se veía durante todo el día, por los paseos del parque, detrás de un cochecito en el que iba su hijo tullido, y las señoras Paille, madre e hija, ambas viudas, altas, tan orondas por delante como por detrás: «Convenceos — decía Gontran— de que se han comido a sus maridos, y por eso padecen del estómago».

Ya que de lo que venían a tratarse era, efectivamente, de una dolencia de estómago.

Algo más allá, un hombre muy encarnado, color ladrillo, el señor Riquier, también tenía malas digestiones; y a continuación se sentaban más personas, anodinas todas ellas, viajeros mudos de ésos que entran con paso sordo, la mujer delante, el marido detrás, en el comedor de los hoteles, saludan nada más cruzar la puerta y se acercan a sus sillas con aire tímido y modesto.

El otro extremo de la mesa estaba completamente vacío, aunque estuvieran en su sitio los platos y los cubiertos en previsión de futuros comensales.

Andermatt hablaba por los codos. Se había pasado la tarde charlando con el doctor Latonne y, según hablaba, al tiempo que las palabras, iba dejando caer grandes proyectos relacionados con Enval.

El doctor le había enumerado, con fogosa convicción, los sorprendentes méritos de su agua, muy superior a la de Châtel-Guyon, que estaba, sin embargo, indiscutiblemente de moda desde hacía dos años.

Así que a la derecha estaba el pueblucho aquel de Royat, rebosante de prosperidad y éxito, y a la izquierda, el pueblucho ese de Châtel-Guyon, muy en boga desde hacía poco. ¡En qué no podría convertirse Enval si alguien supiera organizarlo!

Le decía al ingeniero:

—Sí, señor mío, ahí está el quid, en saber organizarlo. Todo es cuestión de maña, de tacto, de sentido de la oportunidad y de audacia. Para crear una ciudad termal, hay que saber lanzarla, y se acabó. Y, para lanzarla, hay que implicar en el asunto a los médicos importantes de París. Yo, señor mío, siempre tengo éxito en todo lo que me propongo porque voy siempre a lo práctico, que es lo único que debe decidir el éxito

en cada caso concreto del que me ocupo, y mientras no tengo claro qué es lo práctico, no hago nada, me quedo a la expectativa. No basta con tener agua, hay que conseguir que alguien la beba; y para que alguien la beba, no basta con que uno se ponga a decir a voces en los periódicos y en otros lugares que es un agua sin rival. Hay que conseguir que lo digan bajito los únicos hombres que pueden influir en el público de bebedores, en el público de enfermos, que es de quien dependemos, en el público particularmente crédulo que paga las medicinas: los médicos. Al tribunal sólo se le puede hablar por boca de los hombres de ley, porque sólo los atiende a ellos, sólo los comprende a ellos. Al enfermo sólo se le puede hablar por boca de los médicos, sólo los escucha a ellos.

El marqués, que era un gran admirador del enorme sentido práctico, siempre atinado, de su yerno, exclamó:

—¡Ay, qué cierto es eso! Y es que usted, querido yerno, es único para dar en el clavo.

Andermatt, animadísimo, siguió diciendo:

—Aquí se podría hacer una fortuna. La zona es preciosa, el clima, excelente. Sólo hay una cosa que me preocupa: ¿tendríamos bastante agua para un balneario grande? Porque las cosas que se hacen a medias nunca salen bien. Necesitaríamos un balneario grande, y mucha agua, por lo tanto, bastante agua para llenar doscientas bañeras a un tiempo, con una corriente rápida y continua; y el manantial nuevo, unido al antiguo, no podría llenar ni cincuenta, diga lo que diga el doctor Latonne...

El señor Aubry-Pasteur lo interrumpió:

—¡Huy! Agua le doy yo toda la que quiera.

Andermatt se quedó pasmado:

—¿Usted?

—Sí, yo. Ya veo que le extraña. Me explico. El año pasado, por esta misma época, estaba aquí, como este año; porque a mí me sientan muy bien los baños de Enval. Y una mañana estaba descansando en mi cuarto y en éstas se me presenta un señor gordo. Era el presidente del consejo de administración del balneario. Estaba muy preocupado, y le voy a decir los motivos. El manantial Bonnefille estaba tan bajo que se temía que se seicara del todo. Sabiendo que yo soy ingeniero de minas, venía a preguntarme si no podría hallar un medio de salvar la inversión.

»Así que me puse a estudiar el sistema geológico de la comarca. Ya saben que en cada zona los primitivos cataclismos provocaron perturbaciones diversas y diferente estado de los terrenos.

»Se trataba, pues, de descubrir de dónde venía el agua mineral, por qué grietas, qué dirección seguían esas grietas, cuál era su origen y su naturaleza.

»Lo primero que hice fue recorrer atentamente el balneario, y, al ver en un rincón la tubería vieja de una bañera que ya no se usaba, me fijé en que estaba casi

completamente obstruida por la cal. Por lo tanto, el agua, al depositar las sales que contenía en las paredes de los conductos, los obturaba al cabo de poco tiempo. Era inevitable que sucediera lo mismo en los conductos naturales del terreno, ya que éste es granítico. Así que el manantial Bonnefille estaba obturado. Eso es todo.

»Había que recuperarlo más lejos. Todo el mundo lo habría buscado más arriba del primitivo punto de salida. Yo, tras un mes de estudios, de observaciones y de razonamientos, lo busqué y lo encontré cincuenta metros más abajo. Y le voy a explicar por qué.

»Hace un rato, le decía que era necesario determinar antes de nada el origen, la naturaleza y la dirección de las grietas del granito por las que llega el agua. Me resultó fácil comprobar que esas grietas iban de la llanura hacia la montaña, y no de la montaña hacia la llanura, siguiendo una inclinación similar a la de un tejado, debida seguramente a un derrumbamiento de dicha llanura, que arrastró, al desplomarse, los primeros contrafuertes de los montes. El agua, por lo tanto, en vez de bajar, subía por entre cada rendija de las capas graníticas. Y así descubrí la causa de aquel fenómeno imprevisto.

»Antaño, la Limagne, esa dilatada extensión de terrenos arenosos y arcillosos, cuyos límites apenas se divisan, se encontraba al nivel de la primera meseta de los montes; pero, como consecuencia de la constitución geológica del subsuelo, fue bajando y arrastró hacia sí el borde de la montaña, tal y como se lo expliqué hace un momento. Y este gigantesco hundimiento provocó, en el punto preciso de separación de las tierras y el granito, un inmenso dique de arcilla, profundísimo e impenetrable para los líquidos.

»Lo que pasa es, pues, lo siguiente:

»El agua mineral viene de los focos de los antiguos volcanes. La que llega desde muy lejos se enfría por el camino y brota helada como los manantiales corrientes; la que llega de los focos más próximos sale aún caliente, con más o menos grados según a qué distancia se halle la fuente de calor. Y he aquí el camino que sigue: baja a profundidades desconocidas, hasta que se encuentra con el dique de arcilla de la Limagne. Como no puede cruzarlo y está sometida a grandes presiones, busca una salida. Entonces se topa con los resquicios del granito, se mete por ellos y por ellos sube hasta que afloran, y, recuperando la primitiva dirección, vuelve a correr hacia el llano por el lecho habitual de los arroyos. Añadiré que no vemos ni la centésima parte de las aguas minerales de estos valles. Sólo descubrimos aquéllas cuyo punto de salida no queda oculto. En cuanto a las demás, al llegar al borde de las grietas graníticas bajo una espesa capa de tierra vegetal y de cultivo, se pierden por entre estas tierras, que las absorben.

»De todo esto, saco las siguientes conclusiones: 1º Que, para tener agua, basta con buscarla siguiendo la inclinación y la dirección de las capas superpuestas de

granito.

»2º Que, para conservarla, basta con impedir que se obstruyan las grietas con los depósitos de cal, es decir, con ocuparse del mantenimiento de los pequeños pozos artificiales que hay que perforar.

»3º Que, para robarle el manantial al vecino, hay que hacerse con él mediante un sondeo que alcance la misma grieta del granito cuesta abajo y no cuesta arriba, eso sí, a condición de hacerlo más acá del dique de arcilla que obliga a las aguas a subir.

»Desde este punto de vista, el manantial que hemos descubierto hoy tiene una situación admirable, a unos metros nada más del dique. Si alguien quisiera crear un nuevo balneario, ahí sería donde habría que colocarlo.

Cuando hubo acabado de hablar, se hizo el silencio.

Andermatt, encantado, se limitó a decir:

—¡Hay que ver! En cuanto se mira entre bastidores, todo el misterio desaparece. No tiene usted precio, señor Aubry-Pasteur.

Además de él, los únicos que habían entendido algo eran el marqués y Paul Brétigny. Y el único que no había escuchado era Gontran. Los demás, con los oídos y los ojos pendientes de la boca del ingeniero, estaban pasmados de asombro. Las señoras Paille, sobre todo, que eran muy pías, se estaban preguntando si aquella explicación de un fenómeno ordenado por Dios y ejecutado según sus misteriosos designios no sería un poco irreverente. La madre se creyó obligada a decir: «La Providencia nos reserva grandes sorpresas». Unas señoras que estaban en el centro de la mesa aprobaron con la cabeza, pues también a ellas las desasosegaba haber escuchado aquellas incomprensibles palabras.

El señor Riquier, el hombre color ladrillo, declaró:

—Pues las aguas de Enval vendrán de los volcanes o de la luna, pero llevo diez días tomándolas y todavía no he notado nada.

El señor y la señora Chaufour protestaron en nombre de su hijo que ya estaba empezando a mover la pierna derecha, cosa que no le había pasado en seis años que llevaban tratándolo.

Riquier replicó:

—Eso demuestra que no tenemos la misma enfermedad, qué caray, pero no demuestra que el agua de Enval cure las dolencias de estómago.

Parecía furioso, exasperado por aquel nuevo intento fallido.

Pero el señor Monécu tomó también la palabra en nombre de su hija y aseguró que, desde hacía ocho días, ésta comenzaba a tolerar los alimentos sin tener que irse sistemáticamente de la mesa a media comida.

Y la muchacha se ruborizó metiendo la nariz en el plato. También las señoras Paille se encontraban mejor.

Entonces Riquier se enfadó y dijo volviéndose bruscamente hacia ambas mujeres:

—¿Ustedes padecen del estómago, señoras?

Éstas respondieron al tiempo:

—Pues claro, caballero, no digerimos nada.

El señor Riquier estuvo a punto de levantarse violentamente de la silla tartamudeando:

—Que ustedes... que ustedes... ¡Pero si basta con mirarlas! ¿Qué ustedes padecen del estómago, señoras? Lo que pasa es que comen demasiado.

La señora Paille madre replicó furiosa:

—Lo que está claro, caballero, es que usted tiene todo el carácter de los personas que están perdidas del estómago. Con razón se dice que quien tiene buen estómago tiene buen carácter.

Una anciana muy flaca, que nadie sabía cómo se llamaba, dijo muy segura de sí misma:

—Yo creo que a todo el mundo le sentarían mejor las aguas de Enval si el cocinero del hotel se acordara de vez en cuando de que guisa para unos enfermos. La verdad es que nos da de comer unas cosas que no hay quien las digiera.

Y de pronto todos los comensales se pusieron de acuerdo. Cundió la indignación contra el hostelero que les servía langosta, embutidos, anguila tártara, coles, sí, coles y salchichas, todos los alimentos más indigestos del mundo a aquellas personas a quienes los tres doctores: Bonnefille, Latonne y Honorat, mandaban que comieran exclusivamente carnes blancas, magras y tiernas, verduras y productos lácteos.

Riquier temblaba de ira:

—¿Acaso no deberían vigilar los médicos las comidas de las estaciones termales, sin dejar que sea un borrico quien tome decisiones tan importantes como la de la alimentación? Porque es que todos los días nos dan de entremeses huevos duros, anchoas y jamón...

El señor Monécu lo interrumpió:

—Usted perdone. Mi hija lo único que digiere bien es el jamón. Y además, se lo han recetado Mas-Roussel y Rémusot.

Riquier dijo a voces:

—¡El jamón! ¡El jamón! Pero si es un veneno, caballero.

De pronto, la mesa se vio dividida en dos clanes, los que toleraban el jamón y los que no lo toleraban.

Y empezó una discusión interminable, que se repetía a diario, acerca de la clasificación de los alimentos.

Incluso a favor y en contra de la leche hubo exaltadas opiniones. Riquier no podía tomar ni un vasito de los de burdeos sin empacharse en el acto.

Aubry-Pasteur le contestó, irritándose a su vez porque se estaban poniendo en tela de juicio las virtudes de las cosas que a él lo entusiasmaban:

—Pero, por los clavos de Cristo, caballero, si usted padece dispepsia y yo gastralgia, tendremos que comer cosas tan diferentes como los cristales de gafas que necesitan los miopes y los présbitas, aunque ambos anden mal de la vista.

Y añadió:

—A mí me dan ahogos cuando bebo un vaso de vino tinto, y creo que para el hombre no hay nada peor que el vino. Todos los que beben agua viven cien años, mientras que nosotros...

Gontran intervino risueño:

—La verdad es que sin el vino y sin... el matrimonio, la vida me parecería bastante monótona.

Las señoras Paille bajaron la vista. Bebían grandes cantidades de burdeos superior, sin agua; y su doble viudez parecía indicar que les habían aplicado el mismo criterio a sus maridos, pues la hija tenía veintidós años y la madre apenas cuarenta.

Pero Andermatt, que solía ser tan charlatán, permanecía taciturno y pensativo. De repente, le preguntó a Gontran:

—¿Sabe usted dónde viven los Oriol?

—Sí, me indicaron la casa antes.

—¿Podría acompañarme después de cenar?

—Por supuesto. Y además, me alegro de ir con usted. No me importaría volver a ver a las dos niñas.

Se fueron nada más cenar, mientras que Christiane, que estaba cansada, el marqués y Paul Brétigny subían al salón para acabar la velada.

Todavía era pleno día, pues en las estaciones termales se cena pronto.

Andermatt se cogió del brazo de su cuñado.

—Querido Gontran, si el viejo se aviene a razones y el análisis da lo que espera el doctor Latonne, me parece que me voy a arriesgar aquí a un negocio de gran envergadura: una Ciudad Termal. ¡Quiero lanzar una Ciudad Termal!

Se paró en medio de la calle y agarró a su acompañante por las solapas:

—¡Ay! Usted y los que son como usted no comprenden lo divertidos que son los negocios. No los negocios de los tenderos o de los comerciantes, sino los grandes negocios, los nuestros. Sí, querido Gontran, cuando se los sabe entender, en ellos se condensa todo lo que a los hombres les ha gustado siempre, son al mismo tiempo la política, la guerra, la diplomacia, ¡todo, todo! Hay que estar continuamente investigando, haciendo hallazgos, inventando, entendiéndolo todo, previéndolo todo, combinándolo todo, atreviéndose a todo. El gran combate de hoy en día se libra con el dinero. A mí las monedas de cinco francos me parecen soldaditos con pantalones rojos; las de veinte, tenientes muy repulidos; los billetes de cien francos, capitanes, y los de mil, generales. Y yo lucho, caramba, lucho desde por la mañana hasta por la noche contra todo el mundo, con todo el mundo. Y eso es vivir. Eso es vivir a lo

grande, como vivían los poderosos de antaño. ¡Somos los poderosos de hoy en día, eso es, los verdaderos, los únicos poderosos! Mire, fíjese en este pueblo, en este pueblucho. Yo lo convertiré en una ciudad, en una ciudad blanca, llena de grandes hoteles que estarán llenos de gente, con ascensores, criados, coches, una muchedumbre de ricos servida por una muchedumbre de pobres. ¡Y todo porque una noche se me antojó pelearme con Royat, que está a la derecha, con Châtel-Guyon, que está a la izquierda, con el Mont-Dore, La Bourboule, Châteauneuf, Saint-Nectaire, que están detrás, con Vichy, que está enfrente! Y triunfaré, porque poseo el medio, el único medio. Lo he visto de repente con la misma claridad con que un gran general ve el punto flaco del enemigo. En nuestro oficio, hay que saber también conducir a los hombres, y entusiasmarlos, y domarlos. ¡Cristo! ¡Qué divertido es vivir cuando se pueden hacer cosas de éstas! Tengo por delante, con mi ciudad, diversión para tres años. Y además, fíjese, ¡vaya suerte haber coincidido con este ingeniero que nos ha contado cosas admirables durante la cena!, cosas admirables, querido cuñado. Su sistema está claro como la luz del día. Gracias a él, arruinaré a la sociedad antigua, sin tener ni que comprarla.

Había echado a andar de nuevo, y subían despacio, por la carretera de la izquierda, hacia Châtel-Guyon.

Gontran afirmaba algunas veces: «Cuando paso cerca de mi cuñado, le oigo perfectamente en la cabeza el mismo ruido que en las salas de Montecarlo, ese ruido de oro removido, mezclado, arrastrado, barrido, perdido, ganado».

Era cierto que Andermatt recordaba a alguna extraña maquinaria humana construida sólo para calcular, mover, manipular dinero con la mente. Estaba, además, muy ufano de esa especial habilidad suya, y se jactaba de que podía evaluar a la primera ojeada el valor exacto de cualquier cosa. Así que se lo veía continuamente, estuviera donde estuviera, tomar un objeto, examinarlo, darle vueltas y declarar: «Vale tanto». Su mujer y su cuñado, a los que divertía aquella manía, se entretenían en engañarlo, en presentarle muebles estafalarios pidiéndole que los tasara; y, cuando se quedaba perplejo ante sus inverosímiles hallazgos, se reían ambos como locos. A veces, también, en París, por la calle, Gontran lo hacía pararse ante una tienda, lo obligaba a calcular el valor de todo un escaparate, o del penco que tiraba de un coche de punto, o también de un camión de mudanzas con todos los muebles que transportaba.

Una noche que había una cena de gala en casa de su hermana, intimó, en la mesa, a William a que le dijera lo que podía valer más o menos el obelisco; luego, cuando el otro hubo dado una cifra cualquiera, le preguntó lo mismo refiriéndose al puente de Solferino y al Arco de Triunfo de la Estrella. Y terminó diciendo, muy serio: «podría usted hacer un trabajo muy interesante sobre la evaluación de los principales monumentos de la Tierra».

Andermatt no se molestaba nunca y se prestaba a todas aquellas bromas, como hombre superior y seguro de sí mismo. Al preguntarle Gontran un día: «Y yo, ¿cuánto valgo?», William se negó a contestarle; luego, al insistir su cuñado, que no paraba de repetir: «A ver, si me secuestraran unos bandoleros, ¿qué daría usted por mi rescate?», acabó por contestar: «Bueno... pues... les daría un pagaré, querido cuñado». Y su sonrisa era tan elocuente que su interlocutor, algo molesto, no siguió insistiendo.

A Andermatt, por otra parte, le gustaban los bibelots artísticos, pues tenía un gusto infalible, entendía mucho y los coleccionaba hábilmente, con ese olfato de perro de caza que ponía en todas las transacciones comerciales.

Habían llegado ante una casa de aspecto burgués. Gontran lo hizo detenerse y le dijo: «Es aquí».

Una aldaba de hierro colgaba de una pesada puerta de roble; llamaron y acudió a abrirles una criada flaca.

El banquero preguntó:

—¿El señor Oriol?

La mujer dijo:

—Pasen ustedes.

Entraron en una cocina, una cocina amplia de casa de labranza, donde aún ardía el rescoldo bajo una olla; luego los hicieron pasar a otra habitación donde estaba reunida la familia Oriol. El padre dormía, arrellanado en una silla y con los pies en otra. El hijo, con los dos codos encima de la mesa, leía *Le Petit Journal* con esa exacerbada atención propia de las mentes débiles e incapaces de concentración, y las dos hijas, en el hueco de la ventana, trabajaban en el mismo cañamazo, que estaba empezado por ambos lados.

Fueron las primeras en ponerse de pie, a la vez, estupefactas por aquella inesperada visita; luego Jacques levantó la cabeza, con el rostro congestionado por el esfuerzo mental; por fin, el tío Oriol se despertó y recogió, una tras otra, las largas piernas estiradas encima de la segunda silla.

La habitación encalada y enlosada no tenía más muebles que unas sillas de paja, una cómoda de caoba, cuatro estampas de Épinal enmarcadas y unas grandes cortinas blancas.

Todo el mundo se miraba, y la criada, con la falda arremangada hasta las rodillas, esperaba en el quicio de la puerta inmovilizada por la curiosidad.

Andermatt se presentó, dijo su apellido, presentó a su cuñado, el conde de Ravenel, les hizo una profunda y elegantísima reverencia a las jóvenes, y luego se sentó tranquilamente mientras añadía:

—Señor Oriol, vengo a hablar de negocios con usted. Además, no pienso andarme con rodeos. Se trata de lo siguiente. Hace unas horas ha descubierto usted un

manantial en su viñedo. Dentro de unos días, analizarán esa agua. Si no vale nada, no hay nada de lo dicho, por supuesto; si, por el contrario, el resultado es el que yo espero, le propongo comprarle ese campo y todos los de alrededor.

»Piense en lo siguiente: nadie que no sea yo podrá hacerle una oferta semejante. ¡Nadie! La antigua Sociedad está al borde de la quiebra; por tanto, no se le va a ocurrir construir un nuevo balneario, y el fracaso de esa empresa no alentará otros intentos.

»No me conteste nada ahora, consulte con su familia. Cuando se conozcan los resultados del análisis, me dice usted su precio. Si me conviene, diré que sí, si no me conviene, diré que no y me marcharé. Yo no regateo nunca.

El campesino, hombre de negocios a su manera, y más listo que nadie, contestó, muy fino, que ya vería, que se sentía muy honrado, que se lo pensaría, y ofreció un vaso de vino.

Andermatt aceptó, y, como estaba cayendo la tarde, Oriol les dijo a sus hijas, que habían seguido con la labor clavando la mirada en ésta:

—Traed luz, *chiquitash*.

Se levantaron las dos juntas, pasaron a la habitación contigua, y volvieron, una, con dos velas encendidas, la otra, no con cuatro copas sino con cuatro vasos, vasos de pobre. Las velas eran nuevas, con arandelas de papel rosa; debían de estar de adorno en la chimenea de las jovencitas.

Entonces Coloso se puso de pie, pues sólo los varones bajaban a la bodega.

A Andermatt se le ocurrió una idea.

—Me agradecería ver su bodega. Es usted el primer viticultor de la comarca, debe de ser espléndida.

A Oriol le llegó al alma la petición y le faltó tiempo para acompañarlos. Cogiendo una de las velas, pasó delante. Cruzaron de nuevo la cocina, luego bajaron a un patio donde la última claridad del día permitía adivinar cubas vacías puestas de pie, gigantescas muelas de granito arrinconadas, con un agujero en medio, semejantes a las ruedas de algún colosal carro de antaño, una prensa desmontada, con sus tornillos de madera y sus miembros pardos relucientes por el desgaste, que lanzaban súbitos destellos, desde la sombra, al reflejar la luz, luego herramientas de trabajo, cuyo acero, pulimentado por la tierra, brillaba como si fueran armas de guerra. Todas aquellas cosas se iban iluminando gradualmente, según pasaba el viejo por delante de ellas con una vela en la mano y haciendo reflector con la otra.

Ya olía a vino, a uvas pisadas y secas. Llegaron ante una puerta cerrada con dos cerraduras. Oriol la abrió y alzando la vela de pronto por encima de su cabeza, mostró de forma vaga una larga hilera de barricas que soportaban sobre el panzudo flanco una segunda fila de barriles más pequeños. Mostró primero que aquel sótano a ras del suelo se internaba en la montaña, luego explicó qué había en cada recipiente, las

edades, las cosechas, los méritos, luego, cuando llegaron ante la cosecha reservada a la familia, acarició con la mano la pipa como se acaricia la grupa de un caballo al que se quiere mucho, y dijo con voz ufana:

—Van *ushtedesh* a probar de *éshte*. No hay vino en botella que *she* le pueda comparar, ni uno *sholo*, ni en *Burdeos* ni en ningún otro *shitio*.

Pues amaba el vino conservado en la cuba con la violencia de los campesinos.

Coloso, que iba detrás con un jarro, se agachó, abrió el grifo de la espita, mientras que el padre lo alumbraba con cuidado, como si hubiera estado realizando un trabajo difícil y minucioso.

La vela les daba de lleno en la cara, en el rostro de viejo magistrado del padre y en el rostro de soldado recién llegado del campo del hijo.

Andermatt le susurró al oído a Gontran:

—¡Qué cuadro! ¿Verdad que parece un Téniers?

El joven contestó por lo bajo:

—Prefiero a las hijas. Luego regresaron.

Y hubo, entonces, que beberse el vino, mucho vino para agradar a los Oriol.

Las jovencitas se habían acercado a la mesa y seguían trabajando como si no hubiera visita. Gontran no dejaba de mirarlas, preguntándose si eran mellizas, de tanto como se parecían. Una de ellas, sin embargo era más llenita y más baja, la otra, más distinguida. Llevaban el pelo, que era castaño y no negro, pegado en crenchas a las sienes, y les brillaba cuando movían levemente la cabeza. Tenían la mandíbula y la frente un tanto desarrolladas de la raza auvernesa, los pómulos un poco marcados, pero la boca era encantadora, los ojos, preciosos, las cejas, de una limpieza de trazo poco común, y el cutis, deliciosamente lozano. Al verlas, se notaba que no se habían criado en aquella casa sino en un internado elegante, en un convento adonde van las señoritas ricas y nobles de Auvernia, y que allí habían adquirido los discretos modales de las muchachas de la buena sociedad.

Pero Gontran, asqueado por el vaso teñido de rojo que tenía delante, le daba con el pie a Andermatt para decidirlo a marcharse. Al fin se levantó, y ambos les dieron un fuerte apretón de manos a los dos campesinos, luego volvieron a saludar ceremoniosamente a las jóvenes, que esta vez contestaron sin levantarse, con un leve movimiento de cabeza.

Nada más llegar a la calle, Andermatt rompió de nuevo a hablar.

—Vaya familia curiosa, ¿verdad, querido cuñado? ¡Qué palpable resulta en ella la transición entre el pueblo y la alta sociedad! Necesitaban al hijo para cultivar el viñedo y ahorrarse el sueldo de un hombre —el chocolate del loro—, pero el caso es que se quedó, y pertenece a la clase popular. En cuanto a las hijas, pertenecen ya casi por completo a la buena sociedad. A poco que se casen medianamente bien, serán tan presentables como cualquiera de nuestras mujeres, e incluso mucho más que la

mayoría. ¡Me agrada tanto ver a esta gente como a un geólogo dar con un animal del terciario!

Gontran preguntó:

—¿Cuál de ellas le gusta más?

—¿Ellas? ¿Cómo que ellas? ¿Qué ellas?

—De las chiquillas.

—¡Ah, caramba! ¡Pues no tengo ni idea! No las he mirado desde el punto de vista de la comparación. ¿Pero a usted qué más le da? ¿Piensa raptar a una?

Gontran se echó a reír:

—En absoluto, pero me encanta encontrarme por una vez con mujeres lozanas, lozanas de verdad, lozanas como nunca se ven en nuestro mundo. Me gusta mirarlas como a usted le gusta mirar un Téniers. Nada me gusta tanto como una chica bonita, en cualquier sitio, de cualquier procedencia social. Son mis bibelots. ¡Yo no soy coleccionista, sino admirador, admirador apasionado, con corazón de artista, amigo mío, artista convencido y desinteresado! Yo disfruto con eso, ¿qué quiere que le diga? Por cierto, ¿me podría prestar cinco mil francos?

Su acompañante se paró y murmuró enérgicamente: «¡Otra vez!».

Gontran contestó con sencillez: «¡Siempre!».

Andermatt prosiguió:

—¿Qué demonios hace usted con el dinero?

—Me lo gasto.

—Claro, pero gasta usted demasiado.

—Querido amigo, me gusta tanto gastar el dinero como a usted ganarlo. ¿Me entiende?

—Muy bien, pero no lo gana.

—Es cierto. No sé ganarlo. No se puede tener todo. Usted sí sabe, y no sabe gastarlo en absoluto, en cambio. El dinero sólo le parece algo que da intereses. Yo no sé ganarlo, pero me lo gasto divinamente. Me proporciona miles de cosas de las que usted sólo conoce el nombre. Estábamos hechos para ser cuñados. Nos complementamos a las mil maravillas.

Andermatt murmuró:

—¡Qué loco! No, no le voy a dar cinco mil francos, pero le voy a prestar mil quinientos... porque... porque a lo mejor tengo que echar mano de usted dentro de unos días.

Gontran respondió muy tranquilo:

—Entonces los acepto como anticipo.

Su cuñado le dio una palmada en el hombro sin contestar.

Estaban llegando al parque, iluminado con farolillos que colgaban de las ramas de los árboles. La orquesta del Casino estaba tocando una pieza clásica y lenta, que

parecía cojear, llena de huecos y de silencios, ejecutada por los cuatro artistas de antes, agotados de pasarse el día y la noche tocando, en aquella soledad, para las hojas y el arroyo, de sonar como si fueran veinte instrumentos, y cansados también de no cobrar casi a fin de mes, pues Petrus Martel solía completarles el sueldo con cestas de vino o botellas de licores que los bañistas no iban a tomarse en la vida.

Mezclado con el ruido del concierto, se oía también el del billar, el choque de las bolas y las voces que contaban: «Veinte, veintiuno, veintidós».

Andermatt y Gontran subieron. Sólo estaban el señor Aubry-Pasteur y el doctor Honorat tomando café al lado de los músicos. Petrus Martel y Lapalme seguían con su encarnizada partida, y la cajera se despertó para preguntar:

—¿Qué van a tomar los señores?

IV

Los dos Oriol se habían quedado charlando mucho rato después de que se hubieran acostado las jóvenes. Emocionados y nerviosos por la propuesta de Andermatt, andaban buscando el medio de encandilarlo más sin comprometer sus intereses. Como campesinos que iban a lo concreto y a lo práctico, sopesaban con sensatez todas las oportunidades y comprendían perfectamente que en una zona donde los manantiales brotan siguiendo el curso de todos los arroyos, no había que rechazar, pidiendo la luna, a aquel pretendiente con el que no contaban y que no volvería a presentárseles. Y, sin embargo, tampoco había que dejar por completo en sus manos aquel manantial que podía dar un buen día un caudal de dinero contante y sonante, como se había visto en Royat y Châtel-Guyon.

Andaban, pues, buscando por qué procedimientos podrían conseguir que el entusiasmo del banquero se volviera frenético; ideaban, para camuflar lo que le ofrecieran, combinaciones de sociedades ficticias, una serie de torpes argucias, y sentían que eran defectuosas, pero no conseguían idear otras más hábiles. Durmieron mal; luego, por la mañana, el padre, que se despertó antes, se preguntó si el manantial no habría desaparecido durante la noche. Bien pensado, podía concebirse que se hubiera ido como había venido, que hubiera vuelto a desaparecer bajo tierra, que ya no se pudiera recuperar. Se levantó desasosegado, invadido por un temor de avaro, despertó a su hijo y le contó su aprensión; y el robusto Coloso sacó las piernas de las sábanas de lienzo moreno y se vistió para acompañar a su padre y ver qué estaba pasando.

Sea como fuere, siempre podrían limpiar el terreno y el manantial, quitar las piedras, adecentarlo, como a un animal que se quiere vender.

Así que cogieron los picos y las palas y salieron los dos juntos, con sus largas zancadas cadenciosas.

Andaban sin mirar nada, con la mente en sus negocios, contestando con una sola palabra a los saludos de los vecinos y de los amigos con que se iban cruzando. Al llegar a la carretera de Riom, empezaron a ponerse nerviosos, intentando ver desde lejos los borbotones de agua, reluciendo bajo el sol de la mañana. La carretera estaba desierta, blanca y polvorienta, lamida por el río que corría al abrigo de los sauces. Bajo uno de ellos, Oriol divisó de repente dos pies, y luego, cuando hubo avanzado tres pasos, reconoció al tío Clovis sentado a la orilla del camino con las muletas al lado, en la hierba.

Se trataba de un viejo paralítico, conocido en toda la comarca, por donde llevaba rondando diez años, lenta y penosamente, con sus piernas de roble como él decía, semejante a un pobre de Callot. Antiguo cazador furtivo por bosques y arroyos, detenido y condenado con frecuencia, tenía dolores debido a las largas horas pasadas

al acecho en la hierba húmeda y a la pesca nocturna en los ríos, que recorría con el agua hasta más arriba de la cintura. Ahora se quejaba y andaba igual que un cangrejo que se hubiera quedado sin patas. Iba arrastrando la pierna derecha como si fuera un guiñapo, y llevaba la izquierda en vilo, doblada en dos. Pero los jóvenes de la región, que iban, entre dos luces, tras las mozas o tras las liebres, afirmaban que podía uno toparse con el tío Clovis, rápido como un ciervo y flexible como una culebra, por entre los matorrales y en los calveros, y que, en resumidas cuentas, su reuma no era más que un «embaucagendarmes». Coloso afirmaba con más insistencia que nadie que lo había visto no una vez, sino cincuenta, colocando lazos, con las muletas bajo el brazo.

El viejo Oriol se detuvo frente al anciano vagabundo con una idea aún confusa en mente, pues las reflexiones iban despacio en su cabeza cuadrada de auvernés.

Le dio los buenos días, el otro se los dio a su vez. Luego hablaron del tiempo, de la viña en flor, de dos o tres cosas más; y, como Coloso se había adelantado, su padre lo alcanzó alargando el paso.

Su manantial seguía corriendo; ahora el agua estaba clara y todo el fondo del hoyo era rojo, de un hermoso rojo oscuro, fruto de un abundante depósito de hierro.

Los dos hombres se miraron sonrientes, luego se pusieron a limpiar los alrededores, a quitar las piedras y a amontonarlas. Encontraron los últimos restos del perro muerto, y los enterraron entre bromas. Pero de pronto el viejo Oriol soltó la azada. Una maliciosa arruga le frunció las comisuras de los aplastados labios y el rabillo de los solapados ojos; y le dijo a su hijo: «Ven y *verash*». Éste obedeció; volvieron a la carretera y desanduvieron lo andado. El tío Clovis seguía calentándose al sol las piernas y las muletas.

Oriol se le paró delante y le preguntó:

—¿*Quieresh* ganarte cien *francosh*?

El otro, prudentemente, no dijo nada.

El campesino repitió:

—¿Qué tal cien *francosh*, eh?

Entonces el vagabundo se decidió y dijo a media voz:

—¡Anda, caray! ¿Y quién no?

—Bueno, compadre, *puesh* mira lo que *tiensh* que hacer.

Y estuvo un buen rato explicándole, con picardía, sobreentendidos e incontables repeticiones, que, si se avenía a tomar un baño de una hora todos los días de diez a once, en un hoyo que iban a hacer Coloso y él al lado de su manantial, y a curarse al cabo de un mes, le darían cien francos en escudos de plata.

El paralítico los escuchaba con gesto idiotizado; luego dijo:

—*Posh shi* nada de la botica ha podío curarme, ¿cómo me va a curar *vueshtra* agua?

Pero Coloso, de golpe, se enfadó.

—Venga ya, viejo *bromishta*, que ya *shé* yo lo malo que *eshtásh*. A mí no me la *dash* tú con *quesho*. ¿Qué *eshtabash* haciendo el *lunesh pashado* en el *boshque* de Comberombe a *lash* once de la noche?

El viejo contestó muy deprisa:

—No *esh* verdad.

Pero Coloso estaba cada vez más exaltado:

—¿Qué no *esh* verdad, *rediósh*, que *shaltashte* por encima del *fosh* de Jean Mannezat y que te *fuishte* por el barranco Poulin?

El otro repitió enérgicamente:

—¡No *esh* verdad!

—¿Qué no *esh* verdad que te grité: «¡Eh!, *Clovish*, *losh gendarmesh*», y que te *metishte* por la *shenda* del Moulinet?

—No *esh* verdad.

Jacques, furioso, casi amenazador, voceaba:

—¡Ah! ¿Qué no *esh* verdad? *Puesh* mira, tío *Tresh Patash*, como te vuelva a ver en el *boshque* de noche, te agarro, me *oyesh*, porque tengo *lash piemash másh largash* que tú, y te ato a un árbol *hashta* por la mañana, y *todosh losh* del pueblo *vendremosh juntosh* a *bushcarte*...

El tío Oriol hizo callar a su hijo y luego dijo con mucha suavidad:

—Mira, *Clovish*, ¿por qué no *hacesh* la prueba? Te *hacemosh* un baño *Colosho* y yo; te *metesh todosh losh díash* durante un *mesh*. Por hacer *esho* te doy no cien, *shino doshcientosh francosh*. Y, mira, *shi* te curash a fin de *mesh*, *puesh* te doy *otrosh quinientosh*. ¿Me *oyesh*? *Quinientosh* en *eshcudosh* de plata, *másh doshcientosh*, hacen *shetecientosh*.

»Ashí que *doshcientosh* por el baño todo el *mesh*, *másh quinientosh shi* te curash. Y *ademásh*, oye, *losh doloresh*, ¿quién *losh* quita de volver? *Shi* te vuelven en otoño, qué le *vamosh* a hacer, el agua te habrá hecho efecto de *todash manerash*.

El viejo respondió muy tranquilo:

—Ashí, bueno. *Shi* no *shale* bien, ya *veremosh*.

Y los tres hombres se dieron la mano para sellar el pacto. Luego los dos Oriol se volvieron a su manantial para cavar el baño del tío Clovis.

Llevaban un cuarto de hora manos a la obra cuando oyeron voces en la carretera.

Eran Andermatt y el doctor Latonne. Ambos campesinos guiñaron un ojo y dejaron de cavar.

El banquero se les acercó, les dio la mano; luego los cuatro se pusieron a mirar el agua sin decir nada.

Ésta se estremecía como si estuviera sobre una gran hoguera, lanzaba al aire sus hervores y sus gases, y luego corría hacia el arroyo por un canalillo que ya había

cavado. Oriol, con una sonrisa de orgullo en los labios, dijo de pronto:

—Anda, y que no hay hierro, ¿eh?

Todo el fondo estaba rojo ya efectivamente, e incluso los guijarros que bañaba al correr parecían cubiertos de una capa de moho púrpura.

El doctor Latonne contestó:

—Sí, pero eso no quiere decir nada, lo que hay que conocer son sus demás virtudes.

El campesino prosiguió:

—Para empezar, *Colosho* y yo *nosh bebimosh* un *vasho* cada uno anoche, y *nosh* ha tenido el cuerpo *freshco*. ¿A que *shí*, hijo?

El muchachote contestó muy convencido:

—Ya lo creo que *nosh* ha tenido el cuerpo *freshco*.

Andermatt estaba inmóvil, de pie al borde del hoyo. Se volvió hacia el médico.

—Necesitaríamos más o menos seis veces este volumen de agua para lo que querría hacer yo, ¿verdad?

—Sí, más o menos.

—¿Cree usted que se podrá encontrar?

—¡Huy! Yo no tengo ni idea.

—Pues así están las cosas: sólo podría comprar los terrenos de forma definitiva tras haber realizado los sondeos. Haría falta primero una promesa de venta ante notario, en cuanto se conozcan los análisis, pero esta promesa no sería efectiva más que si los sondeos consecutivos dieran los resultados esperados.

El tío Oriol empezó a preocuparse. No entendía. Andermatt le explicó entonces que no bastaba con un único manantial, y le demostró que no podía comprar, en realidad, más que si encontraba otros. Pero no podría buscar los demás manantiales hasta que no se hubiera firmado una promesa de venta.

Ambos campesinos se mostraron en el acto convencidos de que en sus campos había tantos manantiales como cepas. Bastaba con cavar, y ya verían, ya verían.

Andermatt se limitó a decir:

—Sí, ya veremos.

Pero el tío Oriol metió la mano en el agua y declaró:

—Carajo, *she* podrían cocer *huevo**sh*. *Eshtá* mucho *másh* caliente que la de Bonnefille.

Latonne metió un dedo, a su vez, y reconoció que era posible.

El campesino siguió diciendo:

—Y *ademásh* tiene *másh shabor*, y *shabe* mejor; no huele a *falsho*, como la otra. ¡Huy! De que *éshta esh* buena, *reshpondo* yo. Ya me conozco yo *lash aguash* del *paísh*, que llevo cincuenta años *mirándolash* correr. ¡Nunca he *vishto* otra *másh hermosa*, nunca, nunca!

Estuvo unos segundos callado, y siguió diciendo:

—Y no *esh* que lo diga yo para hacerle propaganda, ya lo creo que no. Me *gushtaría* hacer la prueba delante de *ushtedesh*, la prueba de verdad, no la prueba de botica de *ushtedesh*, *shino* la prueba con un enfermo. Me *apueshto* lo que *shea* a que *éshta* cura a un paralítico, de caliente que *eshtá* y de bien que *shabe*, me *apueshto* lo que *shea*.

Hizo como si le diera vueltas a algo en la cabeza, luego como si mirara a la cumbre de los montes vecinos a ver si descubría al paralítico deseado. Al no vislumbrar ninguno, bajó la vista hacia la carretera.

A doscientos metros de allí, se divisaban, a la orilla del camino, las dos piernas inertes del vagabundo, cuyo cuerpo quedaba oculto por el tronco del sauce.

Oriol se hizo pantalla con la mano encima de los ojos y le preguntó a su hijo:

—¿No *esh éshe* el compadre Clovish, que todavía anda por aquí?

Coloso contestó riéndose:

—Ya lo creo que *esh* él, que no corre tanto como *lash liebresh*.

Entonces Oriol dio un paso hacia Andermatt y le dijo, con una convicción seria y honda:

—Oiga, caballero, mire lo que le digo. Hay allí un paralítico al que el *sheñor* doctor conoce bien, uno de verdad, que lleva diez *añosh shin* dar un *pasho*. ¿A que *shí*, *sheñor* doctor?

Latonne afirmó:

—¡Huy! Si lo curan a éste, le pago su agua a franco el vaso.

Luego, volviéndose hacia Andermatt, añadió:

—Se trata de un viejo aquejado de gota reumática, con una especie de contractura espasmódica en la pierna izquierda y una parálisis completa en la derecha; en fin, que lo creo incurable.

Oriol lo había dejado hablar. Empezó a decir despacio:

—Bueno, *sheñor* doctor, ¿quiere *ushted* probar con él un *mesh*? Yo no digo que *shalga* bien, yo no digo nada, yo *shólo* digo que *vamosh* a hacer la prueba. Mire, *Colosho* y yo *íbamosh* a cavar un hoyo para *lash piedrash*, bueno, *puesh cavaremosh* un hoyo para *Clovish*; que *she* meta dentro una hora *todash lash mañanash*; y ya *veremosh*, ya *veremosh*...

El médico dijo a media voz:

—Pueden ustedes probar, pero yo les aseguro que no conseguirán nada.

Pero Andermatt, seducido por la esperanza de una curación casi milagrosa, acogió gozoso la idea del campesino; y volvieron los cuatro junto al vagabundo, que seguía inmóvil al sol.

El viejo cazador furtivo, percatándose de la argucia, hizo como que no quería, se resistió mucho rato, luego se dejó convencer a condición de que Andermatt le diera

dos francos diarios por la hora que se iba a pasar en el agua.

Y se cerró el trato. Se tomó incluso la decisión de que, en cuanto estuviera cavado el hoyo, el tío Clovis tomaría el baño ese mismo día. Andermatt le proporcionaría ropa para que se vistiera a continuación, y los dos Oriol le traerían un antiguo chozo de pastor, que tenían guardado en el corral, para que el inválido se pudiera cambiar encerrado en él.

Luego el banquero y el médico se volvieron al pueblo. Se separaron a la entrada del mismo, pues el segundo volvía a su casa a pasar consulta, y el primero iba a esperar a su mujer, que tenía que acudir al balneario a eso de las nueve y media.

Llegó casi enseguida. Vestida de rosa de pies a cabeza, con sombrero rosa, sombrilla rosa y rostro sonrosado, parecía una aurora, y bajaba la cuesta del hotel, para no dar la vuelta por el paseo, con saltitos de pájaro que va de piedra en piedra sin abrir las alas. Nada más ver a su marido, dijo a voces:

—¡Pero qué sitio tan bonito! Estoy encantada de la vida.

Los escasos bañistas que deambulaban melancólicamente por el parquecillo silencioso se volvieron al verla pasar, y Petrus Martel, que estaba fumando en pipa, en mangas de camisa, asomado a la ventana del billar, llamó a su compadre Lapalme, sentado en un rincón ante un vaso de vino blanco, y dijo chasqueando la lengua.

—¡Caray, qué ricura!

Christiane entró en el balneario, saludó con una sonrisa al cajero sentado a la derecha de la entrada, le dio los buenos días al antiguo carcelero, sentado a la izquierda; luego le alargó un vale a una empleada que iba vestida como la de la fuente y la siguió por un corredor al que daban las puertas de los cuartos de baño.

La hicieron entrar en uno de ellos, bastante amplio, de paredes desnudas, donde no había más que una silla, un espejo y un calzador, mientras que un hoyo grande y ovalado, cubierto de cemento amarillo como el suelo, hacía las veces de bañera.

La mujer abrió una llave semejante a la de las bocas de riego de las calles, y el agua salió por un abertura pequeña, redonda y con rejilla, que estaba en el fondo de la cubeta. No tardó ésta en llenarse hasta los bordes y el sobrante corría por un canalillo que se metía por la pared.

Christiane, que había dejado a su doncella en el hotel, rechazó la ayuda de la auvernesa para desnudarse y se quedó sola diciendo que llamaría si necesitaba algo y para que le trajeran la ropa.

Se desnudó despacio, mirando los movimientos casi invisibles de aquella agua que se estremecía en la cubeta clara. Cuando estuvo desnuda, metió un pie, y una agradable sensación de calor le subió hasta la garganta: luego hundió en el agua tibia primero una pierna, después la otra, y se sentó en medio de aquel calor, de aquella suavidad, en aquel baño transparente, en aquel manantial que le corría por encima y en torno cubriéndole el cuerpo de burbujillas de gas, por las piernas, por los brazos,

por los pechos también. Miraba sorprendida aquellas innumerables y finísimas gotas de aire, que la vestían de pies a cabeza con una coraza completa de perlas menudas. Y aquellas perlas, tan pequeñas, salían volando sin parar desde su blanca carne y acudían a evaporarse a la superficie del baño, expulsadas por otras que le nacían del cuerpo. Le nacían de la piel como frutos livianos, inasibles y encantadores, los frutos de aquel lindo cuerpo sonrosado y lozano que hacía nacer perlas en el agua.

Y Christiane se encontraba tan a gusto allí dentro, tan suave, blanda y deliciosamente acariciada, ceñida por el agua en movimiento, por el agua viva, el agua animada del manantial, que brotaba del fondo de la cubeta, bajo sus piernas, y huía por el agujerito del borde de la bañera, que habría querido quedarse allí para siempre, sin moverse, casi sin pensar. La invadía, junto con el calor exquisito de aquel baño, la sensación de una dicha reposada, en que se mezclaban descanso y bienestar, pensamientos tranquilos, salud, alegría discreta y regocijo silencioso. Y soñaba, vagamente mecida por el gorgoteo del agua sobrante, que corría; pensaba, como si soñara, en lo que haría dentro de un rato, en lo que haría al día siguiente, en los paseos que daría, en su padre, en su marido, en su hermano, y en aquel muchacho alto ante el que se sentía algo violenta desde la aventura del perro. No le gustaban las personas arrebatadas.

Ningún deseo le agitaba el alma, sosegada como el corazón en aquella agua tibia, ningún deseo, salvo aquella confusa esperanza de un hijo, ningún deseo de vivir una vida diferente, de sentir emoción o pasión. Se encontraba bien, feliz y contenta.

Se asustó porque alguien abría la puerta. Era la auvernesa que le traía la ropa. Ya habían transcurrido los veinte minutos, ya había que vestirse. Aquel despertar fue casi un disgusto, casi una desdicha; sentía deseos de rogarle a aquella mujer que la dejase aún unos minutos, luego pensó que todos los días disfrutaría de nuevo de aquella satisfacción, y salió a regañadientes del agua para envolverse en un albornoz caliente, que la quemaba un poco.

Cuando estaba a punto de irse, el doctor Bonnefille abrió la puerta de su consulta y le rogó que entrase, saludándola de forma ceremoniosa. Le preguntó qué tal estaba, le tomó el pulso, le miró la lengua, se interesó por su apetito y su digestión, le preguntó qué tal dormía y luego la acompañó hasta la puerta repitiendo:

—Bueno, bueno, todo va bien, todo va bien. Le ruego que transmita mis respetos a su señor padre, uno de los hombres más distinguidos que me he encontrado durante todos mis años de ejercicio.

Salió al fin, fastidiada ya por aquella obsesión, y, ante la puerta, divisó al marqués, que estaba charlando con Andermatt, Gontran y Paul Brétigny.

Su marido, en cuya cabeza cualquier idea nueva zumbaba sin descanso como una mosca en una botella, estaba contando la historia del parálítico, y quería volver a ver si estaba bañándose el vagabundo.

Para complacerlo, fueron todos.

Pero Christiane, con suavidad, hizo que su hermano se quedara atrás con ella, y, cuando estuvieron un poco alejados de los demás, le dijo:

—Oye, quería hablarte de tu amigo; no me gusta demasiado. Explícame exactamente quién es.

Y Gontran, que conocía a Paul desde hacía varios años, habló de aquel carácter apasionado, brutal, sincero y bueno, al albur de sus arrebatos.

Decía que era un muchacho inteligente, cuya alma brusca se lanzaba impetuosamente hacia las ideas. Como cedía ante todos sus impulsos, y no sabía contenerse, ni dirigirse, ni combatir una sensación mediante un razonamiento, ni gobernar su vida siguiendo un método basado en meditadas convicciones, obedecía a aquello que lo arrastraba, ya fuera excelente o detestable, en cuanto un deseo, un pensamiento, una emoción perturbaban su exaltado carácter.

Se había batido ya siete veces en duelo, tan dispuesto a insultar a las personas como a convertirse a continuación en amigo suyo; había sentido arrebatos de amor por mujeres de todas las categorías, a las que había adorado con igual pasión, desde la obrera recogida en el umbral de la tienda, hasta la actriz raptada, sí, raptada una noche de estreno, en el momento en que se estaba subiendo a su cupé para regresar a casa, y que se había llevado en brazos, por entre los transeúntes estupefactos, y a la que había arrojado dentro de un coche que desapareció al galope sin que nadie pudiera seguirlo o darle alcance.

Y Gontran acabó diciendo: «Ahí lo tienes. Es un buen muchacho, pero es un loco. Como, además, es muy rico, es capaz de todo, de todo, de todo, cuando pierde la cabeza».

Christiane siguió diciendo:

—Qué perfume tan curioso lleva, huele muy bien. ¿Qué es?

Gontran contestó:

—No tengo ni idea. No quiere decirlo. Creo que es algo que viene de Rusia. Fue la actriz, su actriz, ésa de la que lo estoy curando ahora, la que se lo regaló. Sí, es verdad que huele muy bien.

Se vislumbraba en la carretera una aglomeración de bañistas y campesinos, pues había la costumbre de dar una vuelta por aquel camino todas las mañanas antes del almuerzo.

Christiane y Gontran se reunieron con el marqués, con Andermatt y con Paul, y no tardaron en ver, en el lugar en que la víspera aún se erguía el peñasco, una cabeza humana, muy rara, tocada con un harapo de fieltro gris, cubierta de una gran barba blanca, que asomaba del suelo; una especie de cabeza de decapitado, que parecía que había crecido allí, como una planta. A su alrededor, unos estupefactos viñadores miraban, impasibles, pues los auverneses no son burlones, mientras que tres señores

gordos, clientes de los hoteles de segunda categoría, reían y bromeaban.

Oriol y su hijo, de pie, contemplaban al vagabundo, que estaba a remojo en el hoyo, sentado en una piedra y con el agua por la barbilla. Parecía un hombre sometido a un tormento de antaño, condenado por algún insólito crimen de brujería; y no había soltado las muletas, que se estaban bañando a su lado.

Andermatt, encantado, repetía:

—¡Bravo! ¡Bravo! He aquí un ejemplo que debería seguir toda la gente de la comarca que padece algún dolor.

Y, agachándose hacia el buen hombre, le gritó, como si éste fuera sordo:

—¿Está usted a gusto?

El otro, que parecía completamente atontado por aquella agua abrasadora, contestó:

—Me parece que me *eshtoy* derritiendo. *Rediósh*, y qué caliente *eshtá*.

Pero el tío Oriol declaró:

—Contra *másh* caliente, mejor te *shentará*.

Una voz dijo a espaldas del marqués:

—Pero ¿qué es esto?

Y el señor Aubry-Pasteur, resoplando como siempre, se detuvo, de vuelta de su cotidiano paseo.

Entonces Andermatt explicó su proyecto de curación.

Entretanto, el viejo repetía:

—¡*Rediósh*, y qué caliente *eshtá*!

Y quería salir, pedía que lo ayudaran y lo sacaran de allí.

El banquero acabó por calmarlo prometiéndole veinte céntimos más por baño.

La gente hacía corro en torno al hoyo, donde flotaban los grisáceos andrajos que cubrían aquel viejo cuerpo.

Una voz dijo:

—¡Menudo caldo! No sería yo quien mojara sopas en él.

Otra prosiguió:

—Tampoco la carne parece muy apetitosa.

Pero el marqués se fijó en que las burbujas de ácido carbónico parecían más abundantes, mayores y más rápidas en aquel nuevo manantial que en el de los baños.

Cubrían los harapos del vagabundo y subían a la superficie tan abundantes que parecían cruzar el agua innumerables cadenillas, rosarios infinitos de minúsculos diamantes redondos, claros como brillantes a pleno sol, al aire libre.

Entonces Aubry-Pasteur se echó a reír y dijo:

—Pardiez, es que miren lo que hacen en el balneario. Ya saben que a un manantial se lo atrapa, como a un pájaro, en una especie de trampa, o, mejor dicho, una campana. Eso es lo que se llama captarlo. Y el año pasado sucedió lo siguiente en

el manantial que nutre los baños: el ácido carbónico, al ser más liviano que el agua, se almacenaba en la parte superior de la campana y, cuando se acumulaba en exceso, se metía por las cañerías, subía demasiada cantidad de él hasta las bañeras, llenaba las cabinas y asfixiaba a los pacientes. En dos meses, hubo tres accidentes. Entonces volvieron a consultarme, e inventé un aparato muy sencillo, formado por dos tubos que traían por separado el líquido y el gas de la campana, para volver a mezclarlos acto seguido bajo la bañera y devolverle de este modo al agua su estado normal, evitando el exceso peligroso de ácido carbónico. ¡Pero mi aparato habría costado unos mil francos! Así que ¿saben ustedes lo que hizo el carcelero? Les apuesto lo que quieran a que no lo adivinan. Un agujero en la campana para librarse del gas, que, como es natural, salió volando. De forma tal que les están vendiendo a ustedes baños agrios sin ácido o, al menos, con tan poco ácido que ya no vale para gran cosa. Mientras que ¡fíjense aquí!

¡Todo el mundo estaba indignado! Ya no se reía nadie, y todo el mundo contemplaba con envidia al paralítico. Cada uno de los bañistas habría cogido gustosamente un pico para cavarse otro hoyo al lado del hoyo del vagabundo.

En ésas, Andermatt cogió del brazo al ingeniero y se alejaron charlando. De vez en cuando, Aubry-Pasteur se paraba, parecía trazar una línea con el bastón, indicaba determinados puntos. Y el banquero tomaba notas en una libretita.

Christiane y Paul Brétigny habían trabado conversación. Él le estaba contando su viaje por Auvernia, lo que había visto, lo que había sentido. Amaba el campo con esos instintos ardientes donde siempre afloraba la condición animal. Lo amaba con una sensualidad exacerbada, le hacía vibrar los nervios y las entrañas.

Decía:

—A mí, señora, me da la impresión de que me han abierto y de que todo entra en mí, todo me atraviesa, me hace llorar o crujir los dientes. Fíjese, cuando miro esa pendiente que tenemos delante, esa gran hondonada verde, esa aglomeración de árboles que sube montaña arriba, se me mete todo el bosque por los ojos, me llega hasta dentro, me invade, me corre por las venas. Y también me da la impresión de que me lo como, de que me llena el vientre. ¡Me vuelvo bosque!

Se reía al decirlo, abría de par en par los grandes ojos redondos, para mirar ya el bosque ya a Christiane; y ella, sorprendida y atónita, pero impresionable, sentía que aquella mirada ávida y dilatada la devoraba también a ella, igual que al bosque.

Paul siguió diciendo:

—Y si supiera usted cuánto disfruto gracias a mi olfato. Me bebo este aire, me emborracho con él. Me da la vida, y soy capaz de oler todo lo que lleva dentro, todo, todo en absoluto. Mire, se lo voy a contar. Antes que nada, ¿ha notado, desde que está aquí, un olor delicioso, que no se puede comparar a ningún otro olor, tan fino, tan liviano que parece casi... cómo diría yo... un olor inmaterial? Está en todas partes,

no se puede captar en ninguna parte, no hay forma de descubrir de dónde sale. Nunca, nunca me había turbado el corazón nada tan... divino... ¡Pues es el olor de la viña en flor! Cuatro días me ha costado descubrirlo. ¿Y acaso no resulta delicioso, señora, pensar que la viña, que nos da el vino, el vino que sólo pueden comprender y saborear las mentes superiores, nos proporciona también el más delicado y turbador de los aromas, que sólo puede descubrir la sensualidad más refinada? Y a continuación, ¿reconoce usted el poderoso olor de los castaños, el dulce sabor de las acacias, las plantas aromáticas de la montaña, y la hierba, la hierba que huele tan, tan bien sin que nadie lo sospeche?

Christiane escuchaba estupefacta todo aquello, no porque fuese nada sorprendente sino porque le parecía tan diferente de lo que oía a su alrededor todos los días que la mente se le quedaba sobrecogida, emocionada, turbada.

Él seguía hablando con aquella voz algo sorda, pero cálida.

—Y después, fíjese bien, ¿no reconoce también, por el aire, por las carreteras, cuando hace calor, como un ligero sabor a vainilla? ¿A que sí? Pues es... es... pero no me atrevo a decírselo.

Ahora se reía a carcajadas; y, de pronto, alargando la mano, dijo: «¡Mire usted!».

Se acercaba una fila de carros cargados de heno; tiraban de ellos parejas de vacas. Los calmosos animales, con el testuz agachado, con la cabeza inclinada por el yugo, con los cuernos atados a la madera, caminaban trabajosamente; y bajo la piel, alzándose, se veía el movimiento de los huesos de las patas. Delante de cada yunta iba un hombre en mangas de camisa, con chaleco y sombrero negros, con una vara en la mano, dirigiendo la marcha de los animales. De vez en cuando, se volvía, y, sin golpearla nunca, le tocaba la paletilla o la frente a una de las vacas, que guiñaba los grandes ojos de mirada vaga y obedecía a aquel gesto.

Christiane y Paul se echaron a un lado para dejarlos pasar.

Él le dijo:

—¿Lo huele usted?

Ella respondió con asombro:

—Sí, ¿y qué? Huele a establo.

—Efectivamente, huele a establo. Y todas estas vacas que recorren los caminos, porque no hay caballos en esta comarca, van sembrando por las carreteras ese olor a establo que, mezclado con el fino polvo, le da al viento un sabor a vainilla. Christiane, con un poco de asco, susurró:

—¡Ah!

Él prosiguió:

—Permítame que, ahora, haga un análisis como si fuera farmacéutico. En cualquier caso, estamos, señora, en la comarca más seductora, más dulce, más tranquilizadora que jamás me haya sido dado ver. Un país de la edad de oro. ¡Y la

Limagne, ay, la Limagne! Pero no quiero hablarle de ella, quiero enseñársela. ¡Ya verá usted!

El marqués y Gontran se reunieron con ellos. El marqués tomó del brazo a su hija y, según la hacía dar media vuelta y volver sobre sus pasos para ir a almorzar, dijo:

—Escuchen, hijos, esto los afecta a los tres. William, que cuando se le ocurre una idea se pone como loco, ya no sueña más que con la ciudad que pretende construir, y quiere conquistarse a la familia Oriol. Así que desea que Christiane trabé conocimiento con las jovencitas para ver si son presentables. Pero el padre no debe percatarse de nuestra artimaña. Así que se me ha ocurrido una idea: organizar una fiesta de caridad. Tú, hija, vas a ir a ver al cura; buscaréis juntos a dos de sus feligresas que puedan postular contigo. Ya te habrás dado cuenta de quiénes son las que tienes que hacerle escoger; pero él las invitará bajo su responsabilidad. Y ustedes, muchachos, van a preparar una tómbola en el Casino, con ayuda de Petrus Martel, de su compañía y de su orquesta. Y, si las hijas de Oriol son simpáticas, como dicen que las educaron muy bien en el convento, Christiane se las ganará.

V

Christiane estuvo ocho días dedicada en cuerpo y alma a preparar la fiesta. Como estaba previsto, al cura, de entre todas sus feligresas, las únicas que le habían parecido dignas de postular con la hija del marqués de Ravenel habían sido las hijas de Oriol. Encantado de estar en candelero, se había encargado de todas las gestiones, lo había organizado todo, lo había dispuesto todo y había invitado personalmente a las muchachas como si fuera cosa suya.

El concejo estaba en plena ebullición. Y los melancólicos bañistas, que habían encontrado un nuevo tema de conversación, colmaban las mesas redondas de los hoteles de predicciones varias relacionadas con las presumibles recaudaciones de los dos festejos, el religioso y el profano.

El día empezó bien. Hacía un admirable tiempo estival, cálido y despejado, resplandeciente en el llano y delicioso bajo los árboles del pueblo.

La misa era a las nueve, una misa cantada rápida. Christiane, que había llegado con adelanto para echarle un vistazo a la decoración de la iglesia, adornada con guirnaldas de flores enviadas desde Royat y Clermont-Ferrand, oyó pisadas a su espalda: el párroco, el padre Litre, iba detrás de ella en compañía de las hijas de Oriol, y se las presentó. Christiane invitó acto seguido a las muchachas a almorzar. Éstas aceptaron ruborizadas y saludando con una reverencia.

Los fieles empezaban ya a llegar.

Se sentaron las tres en tres sillas preferentes que habían dispuesto para ellas al lado del coro, enfrente de otras tres donde estaban tres muchachos con los trajes de los domingos: el hijo del alcalde, el del teniente de alcalde y el de un concejal, escogidos para acompañar a las postulantes y para halagar a las autoridades locales.

Y todo transcurrió a las mil maravillas.

La misa duró poco. Se recogieron en la colecta ciento diez francos, que, unidos a los quinientos de Andermatt, a los cincuenta del marqués y a los cien de Paul Brétigny, sumaban setecientos sesenta, cosa nunca vista en el concejo de Enval.

Luego, tras la ceremonia, condujeron a las hijas de Oriol al hotel. Parecían algo intimidadas, pero no incómodas, y, si hablaban poco, era más por modestia que por temor. Almorzaron en la mesa redonda y agradaron a los hombres, a todos los hombres.

La mayor era más seria, la pequeña, más vivaz; la mayor, más como Dios manda, en el sentido acostumbrado de la expresión, la pequeña, con más encanto; pero se parecían, sin embargo, tanto como pueden parecerse dos hermanas.

Nada más acabar el almuerzo, todo el mundo fue al Casino para asistir a la rifa de la tómbola, que estaba prevista para las dos.

El parque, invadido ya por los bañistas, que se mezclaban con los campesinos,

parecía una verbena.

En el quiosco chino, los músicos estaban tocando una sinfonía campesina que había compuesto el propio Saint-Landri. Paul, que iba con Christiane, se detuvo:

—Anda —dijo—, es bonita esta pieza. Tiene talento ese muchacho. Si la tocara una orquesta, sería de mucho efecto.

Luego preguntó:

—¿Le gusta la música, señora?

—Mucho.

—A mí me destroza. Cuando oigo una obra que me gusta, al principio, me parece que los primeros sonidos me despellejan, me funden la piel, me la disuelven, y me dejan como en carne viva, a merced del primer tañido de cada instrumento. Porque es con mis nervios con lo que toca la orquesta, con mis nervios al desnudo, estremecidos, que se sobresaltan a cada nota. Yo la música no la oigo sólo con los oídos, sino con toda la sensibilidad del cuerpo, vibrando de pies a cabeza. No hay nada que me proporcione igual satisfacción, o, mejor dicho, igual felicidad.

Ella dijo sonriente:

—¡Con qué fuerza siente usted!

—¡Pardiez! ¿De qué serviría estar vivo si no se sintiera con fuerza? No me dan ninguna envidia las personas que tienen en el corazón una concha de tortuga o un piel de hipopótamo. Sólo son dichosos aquéllos a quienes hacen sufrir las sensaciones, los que las reciben como impactos y las saborean como golosinas. Porque todas las emociones tenemos que razonarlas, sean alegres o tristes, tenemos que hartarnos de ellas, embriagarnos de ellas hasta alcanzar la felicidad más aguda o la desesperación más dolorosa.

Ella alzó la vista para mirarlo, algo sorprendida, igual que lo estaba desde hacía ocho días por todo lo que decía él.

Pues aquel nuevo amigo, ya que se había convertido en un amigo enseguida, a pesar del rechazo de las primeras horas, llevaba ocho días alterándole continuamente la tranquilidad del alma, y se la revolvía como se revuelve un estanque al tirar piedras dentro. Tiraba piedras, piedras muy grandes, dentro de aquella mente aún no despierta del todo.

El padre de Christiane, igual que todos los padres, la había tratado siempre como a una niña a quien no se le debe hablar de casi nada; su hermano la hacía reír, pero no la hacía pensar; a su marido no se le pasaba por las mientes que hubiera que tener conversación alguna con la esposa, fuera de lo relativo a la vida en común; y ella había vivido hasta aquel momento en un entumecimiento satisfecho y dulce del espíritu.

Aquel recién llegado le abría la inteligencia a golpes de ideas que parecían hachazos. Perteneecía, por otra parte, a esa clase de hombres que gustan a las mujeres,

a todas las mujeres, debido a su misma forma de ser, a la vibrante intensidad de sus emociones. Sabía hablarles, decírselo todo, y les hacía comprender todo. Incapaz de un esfuerzo continuo, pero de extremada inteligencia, de amores y odios siempre apasionados, hablaba de todo con la ingenua fogosidad de un hombre frenéticamente convencido, tan voluble como entusiasta, y poseía en exceso ese temperamento propiamente femenino, su credulidad, su encanto, su movilidad, su nerviosismo, unido a la inteligencia superior, activa, abierta y penetrante de un hombre.

Gontran los alcanzó de pronto.

—Volveos —dijo— y mirad al matrimonio Honorat.

Se volvieron y divisaron al doctor Honorat, que llevaba al lado a una anciana gruesa vestida de azul, cuya cabeza parecía el jardín de unos viveros, ya que llevaba reunidas en el sombrero todas las variedades de plantas y flores.

Christiane, pasmada, preguntó:

—¿Es su mujer? ¡Pero si le lleva quince años!

—Sí, sesenta y cinco tiene. Era comadrona, y se enamoró de ella entre dos partos. Y además, parece ser que se trata de uno de esos matrimonios que andan siempre a la greña.

Volvían hacia el Casino, atraídos por las clamorosas voces del público. En una mesa muy grande, delante del balneario, habían colocado los premios de la tómbola, que Petrus Martel, con ayuda de la señorita Odelin, del Odeón, una morena menudita, estaba rifando; cantaba los números acompañándolos de parrafadas de charlatán que divertían mucho a la muchedumbre. Volvió a aparecer el marqués, en compañía de las hijas de Oriol y de Andermatt, y preguntó:

—¿Nos quedamos aquí? Hay muchísimo ruido.

Y decidieron, entonces, dar un paseo por la carretera que va, a media ladera, de Enval a La Roche-Pradière.

Para llegar hasta ella, subieron primero en fila por una senda estrecha que cruzaba los viñedos. Christiane iba en cabeza, con paso flexible y rápido. Desde que había llegado a aquella comarca, tenía una sensación nueva de la propia existencia, con una vida y un gozo activos que antes no conocía. Quizá los baños, al mejorarle la salud, al librarla de esas leves perturbaciones de los órganos que molestan y ensombrecen el carácter sin causa sensible, la disponían para percatarse mejor, para disfrutar mejor de cuanto la rodeaba. Quizá, sencillamente, la estimulaba, la enardecía la presencia y la fogosa mente de aquel joven desconocido que la ayudaba a comprender las cosas.

Respiraba a bocanadas hondas y prolongadas, pensando en todo lo que él le había contado acerca de los perfumes que vagaban por el viento. «Es verdad —pensaba—, me ha enseñado a oler y sentir el aire». Y distinguía todos los aromas, el de la viña, sobre todo, tan liviano, tan delicado, tan huidizo.

Llegó a la carretera y se formaron grupos. Andermatt y Louise Oriol, la mayor,

tomaron la delantera, charlando acerca del rendimiento del campo en Auvernia. Aquella auvernesa, digna hija de su padre, dotada de instinto hereditario, sabía todos los detalles concretos y prácticos de la agricultura, y hablaba de ellos con su voz formal, de tono agradable, con el acento discreto que le habían enseñado en el convento.

Andermatt, mientras la escuchaba, la miraba de reojo, y aquella chiquilla seria, dotada ya de tal instrucción y tan práctica, le parecía encantadora. Repetía a veces con cierta sorpresa:

—¡Cómo! ¿Qué la tierra vale hasta treinta mil francos la hectárea en la Limagne?

—Sí, señor, cuando son buenas pomaradas, de las que dan manzanas de mesa. Casi toda la fruta que se come en París procede de nuestra zona.

Él, entonces, se volvió para mirar con estima la Limagne, pues, desde la carretera que iban siguiendo, se divisaba, hasta donde se perdía la vista, la ancha llanura siempre cubierta de un ligero vaho azul.

Christiane y Paul se habían parado también, de cara a la inmensa región velada, tan suave para los ojos que se habrían quedado así, mirándola, por tiempo indefinido.

La carretera corría ahora al abrigo de enormes nogales, cuya opaca sombra refrescaba la piel. Había dejado de subir y serpenteaba a media ladera, cubierta, al principio, de viñedos, luego de hierba corta y verde, hasta la cresta, de poca altura en aquel paraje.

Paul murmuró:

—Qué hermosura, ¿verdad? ¡Qué hermosura! ¿Por qué me enternecerá este paisaje? Sí, ¿por qué? Desprende un encanto tan hondo, tan dilatado, tan dilatado sobre todo, que me llega al corazón. Al mirar esta llanura, es como si el pensamiento desplegara las alas, ¿a que sí? Echa a volar, planea, pasa, se aleja cada vez más, hacia todos los países soñados que nunca veremos. Sí, fíjese, es admirable porque parece, más que algo que se ve, algo que se sueña.

Ella escuchaba en silencio, aguardando, esperando, recogiendo cada palabra; y se sentía conmovida, sin saber muy bien por qué. Era cierto que veía a medias otros países, los países azules, los países rosa, los países inverosímiles y maravillosos que no se hallan y siempre se buscan, que hacen que todos los demás nos parezcan poca cosa.

Él siguió diciendo:

—Sí, es hermoso; porque es hermoso. Otros horizontes son más llamativos y menos armoniosos. ¡Ay, señora, la belleza armoniosa! No hay nada igual en el mundo. ¡Nada existe sino la belleza! ¡Pero qué pocos la comprenden! El perfil de un cuerpo, de una estatua, de una montaña, el color de un cuadro, o el de esta llanura, ese no sé qué de *La Gioconda*, una frase que cala hasta el alma, esa poca cosa que vuelve a un artista tan creador como Dios, ¿qué hombres se dan cuenta de ello?

»Mire, voy a recitarle dos estrofas de Baudelaire.

Y declamó:

*¿Qué importa que del cielo o del infierno vengas,
Belleza, monstruo inmenso, ingenuo y espantoso,
si tus ojos, tu paso, tu risa abren la puerta
de un infinito que amo pero que aún desconozco?*

*De Satán o de Dios, da igual. ¿Ángel? ¿Sirena?
Da igual, si por tus ojos de terciopelo, maga,
ritmo, fulgor, perfume, oh tú, mi única reina,
es menos ruin el mundo, las horas menos largas.*

Christiane lo contemplaba ahora, asombrada de su lirismo, interrogándolo con la mirada, sin acabar de comprender qué tenía aquel poema de extraordinario.

Él le adivinó el pensamiento, lo irritó no haber sabido hacerla partícipe de su exaltación, pues había recitado aquellos versos divinamente, y siguió hablando con un matiz desdeñoso:

—Soy un insensato al querer obligarla a usted a apreciar a un poeta de inspiración tan sutil. Día llegará, así lo espero, en que estas cosas le proporcionarán los mismos sentimientos que a mí. Las mujeres, que poseen más intuición que comprensión, no captan las intenciones secretas y veladas del arte más que si antes se recurre a su pensamiento mediante una llamada simpática.

Y, dirigiéndole un saludo, añadió:

—Me esforzaré, señora, en hacer que le llegue esa llamada simpática.

A ella no le pareció impertinente, sino peculiar; por otra parte, ya no estaba ni siquiera intentando comprenderlo, pues, de repente, le había llamado la atención una circunstancia en la que aún no había caído: era un hombre muy elegante, aunque, al ser demasiado alto y demasiado fuerte, de aspecto demasiado viril, costaba darse cuenta del exquisito rebuscamiento de su atuendo.

Y además, tenía en el rostro algo brutal e inacabado que prestaba a toda su persona un aspecto un poco tosco a primera vista. Pero, cuando se estaba acostumbrado a sus rasgos, se veía en ellos un encanto, un encanto poderoso y rudo que, a ratos, se tornaba muy suave, a tenor de las inflexiones tiernas de su voz siempre algo ronca.

Christiane se decía a sí misma, al notar por vez primera cuán pulcro era de pies a cabeza: «Está visto que en este hombre hay que descubrir las cualidades una a una».

Pero Gontran los seguía a toda prisa. Iba gritando:

—¡Hermana! ¡Eh! ¡Espera, Christiane!

Y, cuando los hubo alcanzado, les dijo, aún risueño:

—Venid a oír a la pequeña de las Oriol. Es saladísima, tiene un ingenio pasmoso. Papá ha conseguido al fin que coja confianza y nos está contando cosas de lo más divertido. Esperadlos.

Y esperaron al marqués, que venía con la más joven de las hermanas: Charlotte Oriol.

Ésta iba contando, con infantil y socarrón gracejo, las historias del pueblo, ingenuidades y artimañas de gente del campo. Y repetía los mismos gestos, la misma calma y la misma seriedad en el hablar, los «carape», los continuos «rediós», que ella convertía en «rediez», imitando todos los visajes de aquellos campesinos de forma tal que su lindo y despierto rostro adquiría gran encanto. Le brillaban los vivaces ojos; al abrir la boca, bastante grande, se le veían los hermosos dientes blancos; la nariz, algo respingona, le daba un aspecto ingenioso; y se la veía tan lozana, con una lozanía de flor, que hacía estremecer los labios de deseo.

El marqués, que se había pasado casi toda la vida en sus tierras, y Christiane y Gontran, criados en el castillo familiar, rodeados de altaneros y acaudalados granjeros normandos, a los que solían invitar a veces a comer, y a cuyos hijos, compañeros de primera comunión, trataban con confianza, sabían hablarle a aquella campesinita, ya mujer de mundo en sus tres cuartas partes, con una amistosa franqueza, un tacto cordial y certero que provocaba en el acto en ella una seguridad risueña y confiada.

Andermatt y Louise volvían hacia ellos, pues habían llegado hasta el pueblo y no querían entrar en él.

Y todos se sentaron al pie de un árbol, en la hierba de la cuneta.

Permanecieron allí mucho rato, charlando apaciblemente de todo en general y de nada en particular, envueltos en un lánguido entumecimiento de bienestar. A veces, pasaba una carreta, siempre tirada por una pareja de vacas a las que el yugo agachaba y torcía la cabeza, y siempre conducida por un labriego de vientre liso, tocado con el gran sombrero negro, que guiaba a los animales con la punta de la delgada vara como si fuera un director de orquesta.

El hombre se descubría, saludaba a las hijas de Oriol, y las chiquillas contestaban con un familiar «hola» de sus jóvenes voces.

Luego, como se iba haciendo tarde, volvieron.

Según se acercaban al parque, Charlotte Oriol exclamó:

—¡Ay! ¡La *bourrée*, la *bourrée*!

Estaban bailando, efectivamente, la *bourrée*, al son de una antigua música de Auvernia.

Los campesinos y las campesinas caminaban y saltaban, con ademanes primorosos, giraban y se saludaban; éstas pellizcaban y alzaban la falda con dos dedos de cada mano; aquéllos llevaban los brazos caídos o en jarras.

La melodía, agradable y monótona, también bailaba en el aire, que iba refrescando al caer la tarde; el violín repetía continuamente la misma frase, en tono agudísimo, y los demás instrumentos marcaban el ritmo, le daban una cadencia más saltarina. Era, sin lugar a dudas, la música sencilla y campesina, ágil y sin pretensiones, que le convenía a aquel rústico y torpón minué.

También los bañistas intentaban bailar. Petrus Martel brincaba frente a frente con la joven Odelin, amanerada como la bailarina de un cuerpo de ballet; el cómico Lapalme fingía un paso extravagante en torno a la cajera del Casino, a la que parecían estremecer recuerdos de Bullier^[1].

Pero, de pronto, Gontran vio al doctor Honorat que bailaba con toda el alma y con todo el cuerpo, ejecutando la *bourrée* clásica, como buen auvernés de pura cepa.

La orquesta calló. Todos se pararon. El doctor se acercó a saludar al marqués. Iba secándose la frente y resoplando.

—Qué bien sienta ser joven de vez en cuando —exclamó.

Gontran le puso la mano en el hombro y le dijo sonriendo con maldad:

—No me había dicho usted que estaba casado.

El médico dejó de secarse el sudor y contestó muy serio:

—Sí, estoy casado y mal casado.

—¿Cómo dice?

—Digo que estoy mal casado. No cometa usted nunca semejante locura, joven.

—¿Por qué?

—¿Qué por qué? Mire, llevo veinte años casado y todavía no me he hecho a la idea. Todas las noches, cuando vuelvo a casa, me digo: «¡Anda, todavía anda por aquí esta señora mayor! ¿No pensará marcharse nunca?».

Todo el mundo se echó a reír al verlo tan serio y convencido.

Pero las campanas del hotel llamaban a cenar. La fiesta se había acabado. Acompañaron a Louise y Charlotte Oriol hasta la casa paterna y, tras dejarlas allí, fueron hablando de ellas.

A todo el mundo le parecían encantadoras. El único que prefería a la mayor era Andermatt. El marqués dijo:

—¡Qué dúctil es la forma de ser de las mujeres! Sólo por tenerlo cerca, el oro paterno, que ni siquiera saben para qué vale, ha hecho de estas campesinas unas señoras.

Christiane le preguntó a Paul Brétigny:

—Y usted, ¿a cuál prefiere?

Él murmuró:

—Yo ni las he mirado. No es a ellas a quienes prefiero.

Había hablado muy bajo; y ella no contestó nada.

VI

Los días que siguieron le resultaron encantadores a Christiane Andermatt. Vivía con el corazón ligero y el alma alegre. El baño de la mañana era el primer gozo, un delicioso gozo a flor de piel, media hora exquisita dentro del agua que corría, cálida, y que la hacía sentirse feliz hasta la noche. Pues, en efecto, todo lo que pensaba y todo lo que deseaba la hacía sentirse feliz. Se sabía rodeada, colmada de afecto, la embriaguez de la juventud le palpitaba en las venas, y todo ello, unido a aquel entorno nuevo, a aquella espléndida comarca, hecha para el sueño y el descanso, anchurosa y perfumada, que la envolvía como una amplia caricia de la naturaleza, despertaba en ella emociones nuevas. Todo lo que se hallaba cerca de ella, todo lo que la rozaba prolongaba aquella sensación de la mañana, aquella sensación de un baño tibio, de un dilatado baño de dicha donde se hundía en cuerpo y alma.

Andermatt, que tenía intención de pasar en Enval quince días cada mes, había regresado a París recomendándole mucho a su mujer que velara por que el parálítico no dejara el tratamiento.

Así que todos los días, antes de comer, Christiane, su padre, su hermano y Paul iban a ver lo que Gontran llamaba «la sopa del pobre». También acudían otros bañistas y formaban corro en torno al hoyo, charlando con el vagabundo.

Éste afirmaba que no caminaba mejor, pero que notaba un hormiguillo por las piernas; y contaba cómo le iba y venía el hormiguillo, cómo le subía hasta los muslos y le bajaba hasta la punta de los dedos. Lo sentía incluso de noche, como si fueran unos insectos que le hicieran cosquillas, que lo picasen y le quitasen el sueño.

Todos los forasteros, y los campesinos, divididos en dos bandos, los confiados y los incrédulos, se interesaban por aquella cura.

Después de comer, Christiane iba con frecuencia a buscar a las hijas de Oriol para dar un paseo juntas. Eran las únicas mujeres de la estación termal con las que podía charlar, con las que podía mantener relaciones gratas, a quienes podía otorgar cierta confianza amistosa y de quienes podía recibir cierta amistad femenina. Se había aficionado enseguida al sensato y sonriente sentido común de la mayor y, más aún, al ingenio socarrón y gracioso de la pequeña, y ahora buscaba la amistad de ambas jovencitas no tanto por complacer a su marido como por propio agrado.

Iban de excursión, tan pronto en landó, un viejo landó de viaje de seis plazas que les habían alquilado en Riom, tan pronto a pie.

Les gustaba, sobre todo, un angosto y agreste valle cercano a Châtel-Guyon que llevaba a la ermita de Sans-Souci.

En el camino estrecho, que seguían despacio, bajo los pinos, a orillas del riachuelo, caminaban de dos en dos, charlando. Cada vez que había que pasar el río, que el sendero cruzaba continuamente, Paul y Gontran, de pie sobre las piedras que

había en la corriente, cogían cada uno de un brazo a las mujeres y las alzaban en volandas para llevarlas al otro lado. Y cada uno de aquellos vados cambiaba el orden de los paseantes.

Christiane iba de unos a otros, pero siempre encontraba el medio de quedarse sola un rato con Paul Brétigny, ya en cabeza, ya detrás.

Él ya no se portaba con ella como los primeros días, estaba menos risueño, menos brusco, menos amistoso, pero más respetuoso y más pendiente de ella.

Y sus conversaciones iban adquiriendo un tono íntimo; versaban en gran parte sobre asuntos del corazón. Él hablaba de los sentimientos y del amor como un hombre que conoce tales temas, que ha ahondado en la ternura femenina y le debe tanta felicidad como sufrimiento.

Ella, encantada, algo enternecida, lo animaba a las confidencias con ardiente y astuta curiosidad. Todo lo que sabía de él le despertaba un agudo deseo de saber más, de penetrar con el pensamiento en una de esas existencias masculinas que había entrevisto en los libros, en una de esas existencias llenas de tempestades y misterios amorosos.

Él, llevado por aquel impulso, le contaba cada día un poco más de su vida, de sus aventuras y de sus penas, con palabras ardorosas que las quemaduras del recuerdo tornaban, a veces, apasionadas, y que también volvía astutas el deseo de gustar.

Le abría los ojos a un mundo desconocido y hallaba expresiones elocuentes para plasmar las sutilezas del deseo y de la espera, el estrago de las esperanzas crecientes, la religión de las flores y de los retazos de cinta, de todos los menudos objetos que se conservan, los nervios de las dudas repentinas, la angustia de las hipótesis alarmantes, las torturas de los celos y la indecible locura del primer beso.

Y sabía contar todo aquello de forma muy decorosa, velada, poética y atractiva. Como todos los hombres que desean continuamente a la mujer y piensan obsesivamente en ella, hablaba con discreción, con fiebre palpitante aún, de aquéllas a quienes había amado. Recordaba mil detalles gratos, que llegaban al corazón, mil circunstancias exquisitas que humedecían los ojos, y todas esas nimiedades galantes que hacen que las relaciones amorosas entre personas de alma delicada y mente culta sean lo más elegante y grato que hay en el mundo.

Todas aquellas charlas turbadoras y confiadas, que se repetían a diario, cada vez más prolongadas, iban cayendo en el corazón de Christiane como semillas en la tierra. Y el encanto de la dilatada comarca, el sabroso aire, aquella Limagne azul y tan extensa que parecía hacer crecer el alma, aquellos cráteres apagados en las montañas, antiguas chimeneas del mundo que ya no servían más que para calentar el agua de los pacientes, el frescor de las frondas, el leve rumor de los arroyos por las piedras, todo aquello le penetraba también en el corazón y en el cuerpo a la joven, los impregnaba y los lenificaba como una lluvia mansa y tibia en un suelo virgen aún,

una lluvia que hará germinar las flores cuya simiente ha recibido ese suelo.

Bien se daba cuenta de que aquel joven la cortejaba un poco, de que la encontraba bonita, y más que bonita; y el deseo de agradarle hacía que se le ocurrieran mil ideas, astutas y sencillas al tiempo, para seducirlo y conquistarlo.

Cuando parecía turbado, se alejaba de él bruscamente; cuando presentía en sus labios una alusión tierna, le lanzaba, antes de que acabara la frase, una de esas miradas cortas y hondas que penetran como fuego en el corazón de los hombres.

Decía cosas sutiles, hacía suaves movimientos con la cabeza y gestos distraídos con la mano, adoptaba aspecto melancólico y lo cambiaba enseguida por una sonrisa para mostrarle, sin decírselo, que sus esfuerzos no eran en vano.

¿Qué quería? Nada. ¿Qué esperaba? Nada. Se entretenía con aquel juego sólo porque era mujer, porque no se daba cuenta del peligro, porque, sin presentir nada, quería ver qué haría él.

Y además, se le había despertado de pronto esa coquetería espontánea que les corre por las venas a todas las criaturas del sexo femenino. La niña adormecida e ingenua de ayer se había espabilado de repente, dúctil y perspicaz frente a aquel hombre que le hablaba continuamente de amor. Adivinaba la creciente turbación que sentía a su lado, veía la emoción naciente de sus ojos, y comprendía las diferentes entonaciones de su voz con esa peculiar intuición de las que sienten que el amor las solicita.

Otros hombres la habían cortejado ya en los salones, sin conseguir de ella más que burlas de chiquilla divertida. La trivialidad de sus cumplidos le hacía gracia; sus caras de pretendientes melancólicos la llenaban de alegría; y cada vez que le manifestaban sus sentimientos respondía con bromas.

Con éste, se había sentido de pronto frente a un adversario seductor y peligroso; y se había convertido en aquel ser hábil, clarividente por instinto, armado de audacia y sangre fría, que acecha, percibe y arrastra a los hombres en la invisible red del sentimiento, en tanto que su corazón permanece libre.

A él, en los primeros tiempos, le había parecido simple. Acostumbrado a las mujeres aventureras, ejercitadas en el amor como un soldado veterano en la instrucción, expertas en todas las artimañas galantes y tiernas, le había parecido trivial aquel corazón sencillo y lo trataba con cierto desdén.

Pero, poco a poco, aquel mismo candor lo había divertido, y seducido después. Y, cediendo a su influenciante carácter, había empezado a rodear de enternecidas atenciones a la joven.

Sabía perfectamente que la mejor manera de turbar un alma pura era hablarle sin cesar de amor, como si pensara en otras; y, prestándose entonces de forma astuta a la ávida curiosidad que había despertado en ella, había empezado, so pretexto de convertirla en su confidente, a hacerle, a la sombra de los bosques, una auténtica y

apasionada corte.

Se divertía también, como ella, en aquel juego, le mostraba, mediante todas esas pequeñas atenciones que se les ocurren a los hombres, el creciente gusto que sentía por ella, y jugaba a los enamorados sin sospechar que acabaría por enamorarse de verdad.

Ambos se dedicaban a ello durante los lentos paseos, con la misma naturalidad con que se toma un baño, si se está, un día caluroso, a la orilla de un río.

Pero a partir del momento en que se despertó en Christiane la auténtica coquetería, a partir del instante en que descubrió todas las mañas innatas en la mujer para seducir a los hombres, en que se le metió en la cabeza poner a sus pies a aquel apasionado, igual que se habría propuesto ganar una partida de croquet, el cándido veterano cayó en las artes de la inocente y empezó a amarla.

Entonces se volvió torpe, inquieto, nervioso; y ella se portó como el gato con el ratón.

Con otra no hubiera tenido escrúpulos, se hubiera defendido, la habría conquistado con su arrolladora fogosidad; con ella no se atrevía, de tan diferente como le parecía de cuantas había conocido.

En fin de cuentas, las otras eran mujeres quemadas ya por la vida, a quienes se les podía decir todo, con quienes se podían arriesgar las llamadas más atrevidas, susurrándoles cerca de los labios las palabras estremecidas que enardecen la sangre. Cuando podía comunicar libremente al alma, al corazón, a los sentidos de aquella a la que amaba el impetuoso deseo que hacía en él estragos, sabía que era irresistible, notaba que lo era.

A Christiane la adivinaba tan novicia que a su lado se sentía como al lado de una muchacha; y se le paralizaban todos los recursos. Y además, la quería de una forma nueva, como a una niña y como a una novia. La deseaba; y le daba miedo tocarla, mancharla, ajarla. No sentía deseos, como con las demás, de estrecharla entre los brazos con frenesí, sino de arrodillarse para rozarle el vestido con los labios, y de besar despacio, con calma infinitamente casta y tierna, los mechones más cortos de las sienes, las comisuras de la boca, y los ojos, los ojos cerrados, cuya mirada azul notaría, la encantadora mirada atenta bajo los párpados cerrados. Habría querido protegerla contra todos y contra todo, no dejar que se codease con gente vulgar, ni que mirara a gente fea o pasara cerca de gente sucia. Habría querido quitar el barro de las calles por las que ella cruzaba, las piedras de los caminos, los espinos y las ramas de los bosques, hacérselo todo fácil y delicioso, llevarla siempre en brazos para que nunca tuviera que caminar. Y lo irritaba que se viera obligada a charlar con los demás huéspedes del hotel, a comer las mediocres comidas de la mesa redonda, a soportar todos los detalles desagradables e inevitables de la existencia.

Pensaba tanto en ella que no sabía qué decirle; y la impotencia en que se hallaba

para expresar el estado de su corazón, para hacer cuanto hubiera deseado hacer, para darle testimonio de la imperiosa necesidad de entrega que le abrasaba las venas, le prestaba la apariencia de un animal feroz fuera de sí y, al tiempo, le infundía peculiares antojos de romper a sollozar.

Ella notaba todo aquello sin acabar de comprenderlo, y disfrutaba con ello con la maligna satisfacción de las coquetas.

Cuando se habían quedado solos a la zaga de los demás, si ella se daba cuenta, por su aspecto, de que iba a decirle por fin algo que pudiera inquietarla, echaba a correr de pronto para alcanzar a su padre, y, al reunirse con él, gritaba: «¿Jugamos a las cuatro esquinas?».

Casi todas las excursiones acababan jugando a las cuatro esquinas. Buscaban un calvero, un tramo de carretera más ancho, y jugaban como chiquillos de paseo.

Las hijas de Oriol y el propio Gontran se divertían mucho con aquella distracción que satisfacía el incesante deseo de correr que llevan en sí todos los jóvenes. El único que refunfuñaba, obsesionado por otras ideas, era Paul Brétigny; luego, poco a poco, se iba animando, participaba con más entusiasmo que los demás para poder coger a Christiane, tocarla, ponerle bruscamente la mano en el hombro o en el pecho.

El marqués, cuyo indiferente e indolente carácter se prestaba a todo con tal de que no turbaran su tranquilidad, se sentaba al pie de un árbol y miraba divertirse a sus colegiales, como él decía. Aquella vida apacible le parecía estupenda y la tierra entera, perfecta.

Sin embargo, las actitudes de Paul no tardaron en alarmar a Christiane. Un día llegó incluso a asustarse de él.

Habían ido, una mañana, con Gontran, hasta lo hondo de la curiosa anfractuosidad donde nace el arroyo de Enval, ese paraje llamado el Fin del Mundo.

La hoz se va hundiendo en la montaña, cada vez más estrecha y tortuosa. Hay que pasar por encima de rocas enormes. Se cruza por unas gruesas piedras el riachuelo y, tras haber rodeado un peñasco de más de cincuenta metros que tapa toda la brecha, se está encerrado en una especie de foso estrecho, entre dos murallas gigantescas, peladas hasta la cima, donde se cubren de árboles y vegetación.

El arroyo forma un lago del tamaño de una jofaina. Es éste, en verdad, un rincón agreste, extraño, inesperado, de ésos que se dan con más frecuencia en los relatos que en la naturaleza.

Ahora bien, aquel día, Paul, contemplando el elevado escalón de piedra que les cerraba el paso allí donde se detenían todos los paseantes, notó que había en él huellas de escalada. Dijo:

—Pero si se puede seguir.

Trepó, pues, no sin trabajo, por aquella muralla empinadísima, y exclamó:

—¡Qué preciosidad! ¡Un bosquecillo en el agua! ¡Vengan, vengan!

Se tendió en el suelo, cogió a Christiane de las manos y tiró de ella, mientras que Gontran le guiaba y le colocaba los pies en todos los pequeños salientes de la roca.

La tierra caída desde la cima había formado en aquel gradén un jardincillo silvestre y frondoso, entre cuyas raíces corría el arroyo.

Algo más adelante, otro escalón volvía a cerrar el corredor de granito; subieron por él, luego por un tercero, y llegaron al pie de una muralla infranqueable por la que, recta y clara, caía una cascada de veinte metros en una profunda hoya que había excavado y que estaba cubierta de lianas y de ramaje.

La hendidura de la montaña se había vuelto tan estrecha que los dos hombres, cogidos de la mano, podían tocar las paredes laterales. No se veía ya más que una raya de cielo, no se oía más que el ruido del agua; hubiérase dicho uno de esos ignotos retiros donde los poetas latinos escondían a las ninfas antiguas. A Christiane le parecía que acababa de profanar la habitación de un hada.

Paul Brétigny no decía nada. Gontran exclamó:

—¡Qué bonito quedaría aquí una mujer rubia y sonrosada bañándose en esta agua!

Volvieron sobre sus pasos. Por los dos primeros gradenes bajaron con bastante facilidad, pero Christiane se asustó ante el tercero, pues era alto y recto, sin peldaños visibles.

Brétigny se deslizó roca abajo, luego le tendió ambos brazos y le dijo:

—¡Salte!

No se atrevió. No porque le diera miedo caerse, sino porque le daba miedo él, sobre todo sus ojos.

La miraba con una avidez de animal hambriento, con una pasión que se había tornado feroz; y las dos manos abiertas que alargaba hacia ella la atraían de forma tan imperiosa que, de pronto, se sintió espantada y notó un vehemente deseo de lanzar alaridos, de salir huyendo, de trepar por la montaña a pico para escapar de aquella irresistible llamada.

Su hermano, de pie detrás de ella, exclamó: «¡Venga, salta!», y le dio un empujón. Al sentirse caer, cerró los ojos, y, al rodearla un abrazo fuerte y suave, rozó entero, sin verlo, el fornido cuerpo del joven, cuyo jadeante y cálido aliento le dio en el rostro.

Luego se encontró de pie, sonriendo ahora que ya se le había pasado aquel terror, mientras Gontran bajaba a su vez.

Aquella emoción la volvió prudente y, durante unos cuantos días, tuvo buen cuidado de no quedarse a solas con Brétigny, que ahora parecía dar vueltas a su alrededor como el lobo de las fábulas en torno a una oveja.

Pero estaba programada una excursión larga. Iban a llevarse la comida en el landó de seis plazas para ir a cenar con las hermanas Oriol a la orilla del pequeño lago de

Tazenat, que por allí llaman el *gour* de Tazenat, y volver de noche, con el claro de luna.

Salieron, pues, por la tarde, un día tórrido, bajo un sol abrasador que calentaba el granito de la montaña hasta ponerlo como las piedras de un horno.

El coche iba cuesta arriba al paso de los tres caballos sudorosos y jadeantes; el cochero dormitaba en el pescante, con la cabeza gacha, y legiones de lagartos verdes corrían por las piedras que había a orillas de la carretera. Un invisible y denso polvillo de fuego parecía saturar el aire tórrido. A ratos hubiérase dicho cuajado, resistente, como si costara cruzarlo; a ratos se movía un poco y lanzaba al rostro ardientes ráfagas de incendio en que flotaba un olor a resina caliente en medio de largos bosques de pinos.

Nadie hablaba en el coche. Las tres mujeres, al fondo, cerraban los deslumbrados ojos en la sonrosada sombra de las sombrillas; el marqués y Gontran, con un pañuelo en la frente, dormían; Paul miraba a Christiane que también lo acechaba por entre los párpados entornados.

Y el landó seguía subiendo la interminable cuesta, levantando una columna de humo blanco.

Al llegar a la meseta, el cochero se enderezó, los caballos se pusieron al trote y empezaron a recorrer una amplia comarca ondulada y boscosa, cultivada, donde había pueblos y casas aisladas. A la izquierda, se divisaban a lo lejos las grandes cumbres truncadas de los volcanes. El lago de Tazenat, al que iban, lo formaba el último cráter de la cadena montañosa de Auvernia.

Transcurridas tres horas de camino, Paul dijo de pronto: «¡Fíjense en la lava!». Unas rocas pardas, curiosamente retorcidas, agrietaban el suelo al borde de la carretera. Veían a la derecha una montaña chata cuya ancha cumbre parecía plana y ahuecada; tomaron un camino que parecía internarse en ella por una brecha en forma de triángulo, y Christiane, que se había puesto de pie, descubrió de pronto en un amplio y profundo cráter un hermoso lago fresco y redondo como una moneda de plata. Las empinadas laderas del monte, cubiertas de árboles a la derecha y peladas a la izquierda, llegaban hasta el lago y lo rodeaban de una muralla elevada y regular. Y aquella agua tranquila, tersa y reluciente como el metal, reflejaba los árboles por un lado, y por el otro, la árida pendiente, con nitidez tan perfecta que no se distinguían las orillas y sólo se veía, en aquel inmenso embudo en cuyo centro se reflejaba el cielo azul, un agujero claro y sin fondo que parecía cruzar la tierra, atravesarla de parte a parte hasta el firmamento del otro lado.

El coche no podía seguir. Se bajaron y tomaron, por el flanco arbolado, un camino que rodeaba el lago, bajo los árboles, a media ladera. Aquella carretera por la que sólo pasaban leñadores era verde como un prado; a través de las ramas se divisaba la parte frontera y el agua reluciente en el fondo de aquella hondonada de la montaña.

Luego, cruzando un calvero, llegaron a la orilla propiamente dicha y se sentaron en un talud herboso, a la sombra de unos robles. Y todo el mundo se echó en la hierba con el delicioso regocijo de un animal.

Los hombres se revolcaban en ella, hundían en ella las manos. Y las mujeres, blandamente recostadas, apoyaban la mejilla como en busca de una fresca caricia.

Tras el calor del camino, notaban una de esas dulces sensaciones, tan hondas y tan gratas que son casi una felicidad.

El marqués se volvió a quedar dormido; Gontran no tardó en imitarlo. Paul se puso a charlar con Christiane y con las jóvenes. ¿De qué? De nada en particular. A veces, uno de ellos decía una frase; otro contestaba tras un minuto de silencio; y las palabras lentas parecían entumecidas en sus labios, igual que las ideas en sus mentes.

Pero, al traer el cochero la cesta de la comida, las hijas de Oriol, hechas en su casa a los trabajos domésticos y habituadas aún a esas activas costumbres, empezaron en el acto a vaciarlo y a disponer la cena, algo más lejos, sobre la hierba.

Paul había permanecido tendido al lado de Christiane, que estaba pensativa. Susurró tan bajo que ella apenas si lo oyó, apenas si aquellas palabras le rozaron el oído, como los ruidos confusos que trae el viento: «Éstos son los mejores momentos de mi vida».

¿Por qué aquellas vagas palabras la turbaron hasta el fondo del corazón? ¿Por qué se sintió de pronto tan enternecida como nunca lo había estado?

Contemplaba, entre los árboles, algo más lejos, una diminuta vivienda, una casita de cazadores o de pescadores tan estrecha que no podía tener más de una habitación.

Paul siguió su mirada y dijo:

—¿Ha pensado a veces, señora, lo que podría suponer, para dos seres que se amaran desesperadamente, pasar unos días en una cabaña como ésa? ¿Estarían solos en el mundo, solos de verdad, uno frente a otro! Y, si algo así pudiera ser posible, ¿no habría que dejar todo lo demás para llevarlo a cabo, ya que la felicidad es escasa, inaprensible y breve? ¿Acaso se vive en los días corrientes? ¿Hay algo más triste que levantarse sin una esperanza ardiente, realizar con tranquilidad las mismas tareas, beber con moderación, comer con prudencia, y dormir tranquilamente, igual que un animal irracional?

Ella seguía mirando la casita, y le pesaba el corazón como si fuera a llorar, pues, de pronto, intuía embriagueces que jamás había sospechado.

¡Claro que pensaba en lo bien que se estaría con otra persona en aquella vivienda tan pequeña, oculta bajo los árboles, frente a aquel lago de juguete, aquel precioso lago, auténtico espejo de amor! En lo bien que se estaría sin nadie en los alrededores, sin un vecino, sin oír la voz de ser alguno, sin un rumor de vida, sola con un hombre amado que se pasaría las horas arrodillado ante su adorada, mirándola mientras ella miraba el agua azul, y diciéndole palabras tiernas al tiempo que le besaba las yemas

de los dedos.

Vivirían allí, rodeados de silencio, bajo los árboles, en lo hondo de aquel cráter que abarcaría toda su pasión, igual que abarcaba el agua limpia y profunda, en su recinto regular, sin más horizonte para los ojos que la línea redonda de las orillas, sin más horizonte para el pensamiento que la felicidad de amarse, sin más horizonte para los deseos que unos besos lentos e interminables.

¿Existirían en la tierra personas que pudieran disfrutar de días semejantes? Sí, sin duda. ¿Por qué no? ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que existían tales alegrías?

Las jovencitas anunciaron que la cena estaba lista. Eran ya las seis. Despertaron al marqués y a Gontran y se sentaron a lo moro, algo más lejos, al lado de los platos que resbalaban en la hierba. Las hermanas siguieron sirviendo, y los hombres, indolentes, no se lo impidieron. Comían despacio, arrojando las cáscaras y los huesos de pollo al agua. Habían traído champaña; el primer taponazo, súbito, sorprendió a todos, hasta tal punto parecía ajeno a aquel lugar.

El día tocaba a su fin, el aire se iba empapando de frescor, una extraña melancolía caía, junto con la tarde, sobre el agua dormida en lo hondo del cráter.

Cuando el sol estuvo a punto de ponerse, el cielo se inflamó y el lago, de pronto, pareció una cubeta de fuego; luego, cuando el sol hubo desaparecido, al tornarse el horizonte rojo como un brasero a punto de extinguirse, el lago pareció una cubeta de sangre. Y repentinamente, en la cresta de la colina, se alzó la luna casi llena, pálida en el firmamento claro aún. Luego, a medida que las tinieblas invadían la tierra, fue subiendo, brillante y redonda, por encima del cráter, tan redondo como ella. Parecía como si se fuera a arrojar a él. Y, cuando estuvo muy alta en el cielo, el lago pareció una cubeta de plata. Entonces vieron correr por la superficie, que todo el día había permanecido inmóvil, unos escalofríos, ora lentos, ora veloces. Hubiérase dicho que unos espíritus revoloteaban a ras del agua y arrastraban por ella invisibles velos.

Eran los grandes peces del fondo, las carpas seculares y los voraces lucios, que acudían a retozar al claro de luna.

Las hijas de Oriol habían metido todos los platos y las botellas en la cesta, que el cochero vino a buscar. Regresaron.

Al pasar por la vereda bajo los árboles, donde caían sobre la hierba, a través de las hojas, manchas de claridad como si fuera una lluvia, Christiane, que iba la penúltima, seguida de Paul, oyó de pronto una voz jadeante que le decía casi al oído: «!La amo! ¡La amo! ¡La amo!».

El corazón empezó a latirle tan violentamente que estuvo a punto de caer, pues no podía mover las piernas. ¡Y sin embargo caminaba! Caminaba como si hubiera perdido el juicio, dispuesta a volverse con los brazos abiertos y los labios tendidos. Él había asido ahora el borde del estrecho chal que llevaba por los hombros y lo besaba

con frenesí. Ella seguía andando, tan desfallecida que ya no notaba el suelo bajo los pies.

De pronto salió de la bóveda de los árboles y, al encontrarse a plena luz, dominó bruscamente la turbación que la embargaba; pero, antes de subirse al landó y perder de vista el lago, se volvió a medias para arrojarle al agua, con ambas manos, un hondo beso que el hombre que la seguía comprendió muy bien.

Durante el viaje de vuelta, permaneció inerte en alma y cuerpo, aturdida, dolorida como si se hubiera caído; y, nada más llegar al hotel, corrió enseguida a encerrarse en su dormitorio. Tras haber echado el cerrojo, cerró con llave, hasta tal punto se sentía aún seguida y deseada. Luego se quedó temblando en medio del cuarto casi a oscuras y vacío. La vela colocada encima de la mesa proyectaba en las paredes las sombras estremecidas de los muebles y las cortinas. Christiane se desplomó en un sillón. No podía dominar los pensamientos, que corrían, saltaban, huían; no podía sujetarlos y formar una cadena con ellos. Se sentía al borde del llanto ahora, sin saber por qué, desconsolada, desamparada, abandonada en aquella habitación vacía, perdida en la existencia como en un bosque.

¿Adónde iba? ¿Qué iba a hacer?

Como le costaba respirar, se puso de pie, abrió la ventana y los postigos, y se acodó en la barandilla. El aire era fresco. En lo hondo del cielo inmenso y vacío también, la luna, lejana, solitaria y triste, ahora en la cima de las azuladas alturas de la noche, iluminaba con resplandor frío y duro las frondas y la montaña.

Todo el pueblo dormía. Sólo el canto leve del violín de Saint-Landri, que estudiaba todas las noches hasta muy tarde, pasaba llorando a ratos por entre el silencio profundo del valle. Christiane apenas si lo oía. El grito débil y doloroso de las nerviosas cuerdas callaba, y luego se reanudaba.

Y aquella luna perdida en aquel cielo desierto, y aquel sonido tenue perdido en la noche silenciosa le pusieron en el corazón tan emocionada sensación de soledad que se echó a llorar. Se estremecía y se sobresaltaba hasta la médula, agitada por la angustia y los escalofríos de las personas aquejadas de un mal temible; y se dio cuenta de que también ella estaba sola en el mundo.

No lo había comprendido hasta aquel día; y ahora el desamparo de su alma se lo hacía sentir con tal fuerza que creyó volverse loca.

¡Tenía padre, hermano, marido! ¡Y los quería, y la querían! ¡Y hete aquí que de pronto se alejaba de ellos, se volvía una extraña, como si casi no los conociera! ¡El sosegado afecto de su padre, la amistosa camaradería de su hermano, la fría ternura de su marido no le parecían ya nada, nada en absoluto! ¡Su marido! ¿Acaso era un marido aquel hombre sonrosado y charlatán que le decía con indiferencia: «Qué tal se encuentra esta mañana, amiga mía»? Pertenece a aquel hombre en cuerpo y alma por el poder de un contrato. ¿Sería posible? ¡Ay, cuán sola y perdida se sentía! Había

cerrado los ojos para mirar en su interior, en lo hondo de su mente.

A medida que los iba evocando, veía los rostros de todos los que vivían a su lado: su padre, despreocupado y tranquilo, feliz con tal de que no turbaran su sosiego; su hermano, burlón y escéptico; su marido, bullicioso y rebotante de cifras, que le decía: «Acabo de hacer un negocio sensacional», en vez de decirle: «¡Te quiero!».

Otro le había susurrado hacía un rato la palabra amor, que le seguía vibrando en los oídos y en el corazón. Y también vio a ese otro devorándola con sus ojos fijos. ¡Si lo hubiera tenido a su lado en aquel momento, se habría arrojado en sus brazos!

VII

Christiane, que se había acostado muy tarde, se despertó en cuanto derramó el sol por su cuarto una oleada de roja luz, a través de la ventana que se había quedado abierta de par en par.

Miró la hora —las cinco— y permaneció tendida de espaldas, notando con deleite la tibieza del lecho. Sentía el alma tan dispuesta y alegre que le parecía que una dicha, una gran dicha, una inmensa dicha le había acontecido durante la noche. ¿Qué era? Trataba de dar con ello, de dar con ese suceso feliz que así la había impregnado de alegría. ¡Toda la tristeza de la víspera había desaparecido, se había desvanecido durante el sueño!

¡Así que Paul Brétigny la amaba! ¡Cuán diferente del primer día le parecía ahora! Por mucho que forzaba sus recuerdos, no conseguía volver a verlo y a juzgarlo como al principio, ni siquiera conseguía volver a ver al hombre que le había presentado su hermano. El hombre de ahora no había conservado nada del otro, nada, ni el rostro, ni el aspecto, nada, pues su primitiva imagen había pasado poco a poco, día a día, por todas las lentas modificaciones por las que pasa en la mente un ser al que primero se entrevé y que luego se convierte en un ser conocido, después en un ser familiar, en un ser amado. Sin darnos cuenta de ello, vamos tomando posesión de él hora a hora; tomamos posesión de sus rasgos, de sus ademanes, de sus actitudes, de su físico y de su intelecto. Se nos mete dentro, en la mirada y en el corazón, mediante la voz, mediante todos los gestos, por lo que dice y por lo que piensa. Lo absorbemos, lo comprendemos, lo intuimos en todas las intenciones de la sonrisa y de la palabra; es, en fin, como si nos perteneciera por entero, hasta tal punto amamos, inconscientemente aún, cuanto le pertenece, cuanto de él procede.

Y entonces resulta imposible recordar cómo era aquel ser ante nuestra mirada indiferente la primera vez que lo vimos.

¡Así que Paul Brétigny la amaba! Christiane no sentía por ello ni temor ni angustia, sino un hondo enternecimiento, una alegría inmensa, nueva, exquisita, porque la amaban y lo sabía.

La inquietaba un poco, sin embargo, la actitud que iba a adoptar con ella, y la que ella debería tener con él. Pero como incluso el pensar en tales cosas le resultaba delicado a su conciencia, dejó de darles vueltas, fiándose de la propia sutileza, de la propia habilidad para dirigir los acontecimientos. Bajó a la hora de siempre y halló a Paul fumando un cigarrillo ante la puerta del hotel. La saludó respetuosamente.

—Buenos días, señora. ¿Qué tal se encuentra esta mañana?

Ella respondió sonriente:

—Muy bien, caballero. He dormido de maravilla.

Y le tendió la mano, temiendo que tardara en soltarla. Pero apenas si se la

estrechó; y comenzaron a charlar tranquilamente como si ambos hubieran olvidado.

El día transcurrió sin que él hiciera nada por sacar a colación su ardorosa confesión de la víspera. Los días siguientes permaneció igual de discreto y de tranquilo, y confió en él. Pensaba que había adivinado que, si se volvía más atrevido, la ofendería. Y esperó, creyó firmemente que se habían detenido en aquella encantadora etapa de la ternura en la cual es posible quererse mirándose a lo hondo de los ojos, sin remordimientos ni mancilla.

No obstante, se guardaba siempre mucho de alejarse de los demás y quedarse sola con él.

Pero una noche, el sábado de la misma semana en que habían ido al *gour* de Tazenat, cuando iban hacia el hotel, a eso de las diez, el marqués, Christiane y Paul, pues habían dejado a Gontran jugando al ecarté con los señores Aubry-Pasteur y Riquier y el doctor Honorat en la sala grande del Casino, Brétigny exclamó al ver aparecer la luna entre las ramas:

—¡Qué bonito sería ir a ver las ruinas de Tournoël en noche como ésta!

Sólo de pensarlo, Christiane se emocionó, pues la luna y las ruinas ejercían en ella la misma influencia que en casi todas las almas femeninas.

Le apretó la mano al marqués:

—¡Ay sí, papá! ¿Quieres?

Su padre dudaba, pues tenía muchas ganas de meterse en la cama.

Ella insistió:

—¡Acuérdate de lo bonito que es Tournoël de día! ¡Tú mismo has dicho que nunca habías visto unas ruinas tan pintorescas, con esa torre tan grande encima del castillo! ¡Lo que debe de ser de noche!

El marqués accedió al fin:

—Bueno, vamos; pero nos quedamos cinco minutos y nos volvemos enseguida, que quiero estar acostado a las once.

—Sí, nos volvemos enseguida. No se tarda más de veinte minutos.

Fueron los tres, Christiane del brazo de su padre, y Paul a su lado.

Éste iba hablando de viajes que había hecho, de Suiza, de Italia, de Sicilia. Contaba sus impresiones al ver determinadas cosas, su entusiasmo en la cima del monte Rosa cuando el sol, al asomar por el horizonte de aquella multitud de cumbres heladas, de aquel quieto mundo de las nieves perpetuas, arrojó sobre cada una de las gigantescas cimas una claridad deslumbradora y blanca, las encendió como si fueran los pálidos faros que deben de iluminar los reinos de los muertos. Luego narró la emoción que había sentido al borde del monstruoso cráter del Etna, cuando le había parecido que era un animalillo imperceptible, a tres mil metros, en pleno firmamento, sin ver más que mar y cielo, el mar azul abajo, el cielo azul arriba, asomado a aquella boca espantosa de la tierra, cuyo aliento lo asfixiaba.

Abultaba las imágenes para conmover a la joven; y ella lo escuchaba palpitante, y, en un arrebató de imaginación, divisaba también todas aquellas cosas soberbias que había visto él.

De pronto, en una revuelta del camino, se les apareció Tournoël. El viejo castillo, erguido en su picacho, dominado por la alta y delgada torre, hueca y desmantelada por el tiempo y las remotas guerras, dibujaba, sobre un cielo de aparición, su enorme silueta de mansión fantástica.

Los tres se pararon, sorprendidos. El marqués dijo por fin:

—Precioso, desde luego. Parece un sueño de Gustave Doré hecho realidad. Vamos a sentarnos cinco minutos.

Y se sentó en la hierba de la cuneta.

Pero Christiane, loca de entusiasmo, exclamó:

—¡Padre, vamos a acercarnos más! ¡Es tan hermoso, es tan hermoso! ¡Por favor, vamos hasta el pie del castillo!

Esta vez, el marqués se negó:

—No, querida mía, ya he andado bastante; no puedo más. Si quieres verlo más de cerca, ve con el señor Brétigny. Yo os espero aquí.

Paul preguntó:

—¿Quiere usted ir, señora?

Ella vacilaba, presa de dos temores: el de quedarse sola con él y el de herir a un hombre honrado pareciendo recelosa.

El marqués repitió:

—¡Vayan, vayan! Yo los espero aquí.

Entonces a ella se le ocurrió que su padre estaba al alcance de la voz, y dijo resuelta:

—Vamos, caballero.

Y echaron a andar juntos.

Pero apenas llevaba Christiane caminando unos minutos cuando sintió que la invadía una emoción punzante, un miedo vago y misterioso, miedo de las ruinas, miedo de la noche, miedo de aquel hombre. Notaba de pronto las piernas flojas, como aquella otra noche en el lago Tazenat; se negaban a llevarla más allá, se le doblaban, le parecía que se le hundían en la carretera, donde se le quedaban clavados los pies cuando quería alzarlos.

Un árbol muy alto, un castaño, plantado al lado del camino, cobijaba la orilla de un prado. Christiane, sin aliento como si hubiera corrido, se dejó caer pegada al tronco. Y balbuceó:

—Me quedo aquí... Se ve muy bien.

Paul se sentó a su lado. Ella notaba cómo le latía el corazón con fuertes y presurosos golpes. Tras un corto silencio, él dijo:

—¿Cree usted que hemos vivido ya antes?

Ella murmuró, sin haber comprendido del todo, tan grande era su emoción, lo que le preguntaba:

—No sé. ¡No he pensado nunca en ello!

Él siguió diciendo:

—Yo lo creo... a ratos... o, mejor dicho, lo noto... Los seres están compuestos de mente y de cuerpo, que parecen diferentes, pero que seguramente son un todo de igual naturaleza, que tiene que aparecer de nuevo cuando los elementos que lo constituyeron la primera vez se combinan otra vez al mismo tiempo. Claro que no se trata del mismo individuo, pero sí que es el mismo hombre el que vuelve cuando en un cuerpo semejante a una forma anterior se aloja un alma igual a la que antaño lo animaba. Pues yo, esta noche, señora, estoy seguro de que he vivido en este castillo, que ha sido mío, que en él he combatido, que lo he defendido. ¡Lo reconozco, estoy seguro de que me perteneció! ¡Y también estoy seguro de que en él amé a una mujer que se le parecía, que se llamaba Christiane como usted! Tan seguro estoy que me parece que aún la veo llamándome desde lo alto de esa torre. ¡Intente recordar! Detrás hay un bosque que baja por un profundo valle. Nos hemos paseado por él con frecuencia. Las noches de verano llevaba usted vestidos muy finos; y yo tenía armas pesadas que resonaban bajo las hojas.

»¿No se acuerda? ¡Inténtelo, Christiane! ¡Su nombre me resulta familiar como los que se oyen desde la infancia! ¡Si se miraran despacio todas las piedras de esta fortaleza, aparecería en ellas, grabado antaño por mi mano! ¡Le aseguro que reconozco mi morada, mi región, igual que la reconocí a usted la primera vez que la vi!

Hablaba con exaltado convencimiento, poéticamente embriagado por el contacto con aquella mujer, y por la noche, y por la luna, y por las ruinas.

De repente, se arrodilló ante Christiane, y dijo con voz temblorosa:

—Déjeme que la adore de nuevo, ya que he vuelto a encontrarla. ¡Llevo tanto buscándola!

Ella quería ponerse de pie, irse, reunirse con su padre; pero no tenía fuerzas para ello, no tenía valor, retenida, paralizada por un ardiente deseo de seguir escuchándolo, de oír como le entraban en el corazón aquellas palabras que la hechizaban. Sentía que se apoderaba de ella un sueño, el sueño siempre esperado, tan dulce, tan poético, colmado de rayos de luna y de baladas.

Él le había cogido las manos y le besaba la punta de las uñas balbuceando:

—Christiane... Christiane... tómeme... máteme... ¡La amo, Christiane...!

Lo sentía temblar, estremecerse a sus pies. Ahora le besaba las rodillas, con el pecho lleno de hondos sollozos. Temió que se volviera loco y se puso en pie para salir huyendo. Pero él se había levantado más deprisa y la había tomado en sus brazos,

arrojándose sobre sus labios.

Entonces, sin dar un grito, sin rebelarse, sin resistirse, se dejó caer en la hierba, como si aquella caricia, al quebrantar su voluntad, le hubiese partido el espinazo. Y él la hizo suya con tanta facilidad como si cogiera una fruta madura.

Pero apenas hubo aflojado los brazos, ella se incorporó y escapó, espantada, tiritando y aterida de pronto, como si acabara de caerse al agua. Él la alcanzó en unas cuantas zancadas y la tomó por el brazo susurrando: «¡Christiane, Christiane!... cuidado con su padre».

Ella siguió andando sin contestar, sin mirar atrás; caminaba en línea recta, con paso torpe y vacilante. Él la seguía ahora sin atreverse a dirigirle la palabra.

En cuanto el marqués los vio, se puso de pie:

—Vamos, vamos —dijo—, que ya estaba empezando a quedarme frío. Estas cosas son muy bonitas, pero no son nada buenas para el tratamiento.

Christiane se apretujaba contra su padre como para pedirle protección y refugiarse en su ternura.

Nada más llegar a su habitación, se desnudó en pocos segundos y se hundió en la cama, tapándose la cabeza con las sábanas; luego lloró. Lloró, con la cara metida en la almohada, mucho rato, mucho, inerte, anonadada. No pensaba, no sufría, no se arrepentía. Lloraba sin pensar, sin reflexionar, sin saber por qué. Lloraba por instinto, como se canta cuando se está alegre. Al fin, cuando la agotó el llanto, agobiada, dolorida por los prolongados sollozos, la adormecieron el cansancio y la fatiga.

La despertaron unos golpecitos en la puerta de su dormitorio, que daba al salón. Era pleno día, las nueve de la mañana. «¡Adelante!», gritó. Y apareció su marido, alegre, animado, tocado con gorra de viaje y, al costado, un bolsito para el dinero que llevaba siempre en los desplazamientos.

Exclamó:

—¡Pero, cómo, querida, todavía durmiendo! ¿Te he despertado? ¡Claro! Llego sin avisar. Espero que estés bien. En París hace un tiempo estupendo.

Se quitó la gorra y se acercó para darle un beso.

Ella se iba pegando a la pared, invadida por un temor loco, un temor nervioso hacia aquel hombrecillo sonrosado y satisfecho que le acercaba los labios.

Luego, de súbito, le presentó la frente cerrando los ojos. Él le dio un apacible beso y le preguntó:

—¿Me permites que me lave un poco en tu cuarto de aseo? Como no me esperaban hoy, no me han preparado la habitación.

Ella balbuceó:

—Desde luego.

Y él se metió por una puerta que estaba a los pies de la cama. Lo oía moverse, chapotear, silbar; luego dijo a voces:

—¿Qué hay por aquí? Yo traigo noticias muy buenas. Los resultados del análisis del agua son inesperados. Podremos curar tres enfermedades más que en Royat por lo menos. ¡Es estupendo!

Ella se había sentado en la cama, ahogándose; se le iba la cabeza con aquel regreso inesperado que la golpeaba como un dolor y la oprimía como un remordimiento. Él volvió, alegre, oliendo mucho a verbena. Entonces se sentó con familiaridad a los pies de la cama y preguntó:

—¿Y el paralítico? ¿Qué tal va? ¿Ha empezado a andar? ¡Es imposible que no se cure con todo lo que hemos encontrado en el agua!

Ella llevaba varios días sin acordarse del paralítico, y balbuceó:

—Pues... creo... me parece que va mejorando... pero esta semana no lo he visto... no... no me encuentro muy bien...

Él la miró con interés y siguió diciendo:

—Es verdad que estás un poco pálida... Por cierto, que te sienta muy bien... Estás encantadora así... no se puede estar más encantadora...

Se aproximó, se inclinó hacia ella y quiso meter un brazo en la cama y pasárselo por la cintura.

Pero ella retrocedió con tal ademán de terror que se quedó estupefacto, con las manos y la boca tendidas. Luego preguntó:

—¿Qué te pasa? ¡Es que ya no se te puede ni tocar! Te aseguro que no pretendo hacerte daño...

Y se le iba acercando, acuciante, con un repentino deseo brillándole en los ojos.

Entonces ella balbuceó:

—No... déjame... déjame... Es que... es que... creo... ¡creo que estoy embarazada!

Lo había dicho trastornada por la angustia, sin pensar, para evitar su contacto, igual que habría dicho: «Tengo la lepra, o la peste».

Él palideció a su vez, turbado por una honda alegría; y se limitó a murmurar: «¡Ya!». Ahora sentía deseos de besarla despacio, con dulzura, tiernamente, como un padre dichoso y agradecido. Luego lo asaltó una inquietud:

—¿Será posible?... ¿Cómo?... ¿Tú crees?... ¿Tan pronto?...

Ella contestó:

—Sí... ¡sí que es posible!... ¡qué día más estupendo!

Entonces él se puso en pie de un brinco y exclamó frotándose las manos:

—Por vida de... por vida de...

Estaban llamando otra vez a la puerta. Andermatt fue a abrir y una camarera le dijo:

—El doctor Latonne querría hablar enseguida con el señor.

—Muy bien. Páselo al salón, ahora mismo voy.

Regresó a la habitación de al lado. El doctor apareció en el acto. Tenía un rostro solemne, un porte comedido y frío. Saludó, estrechó brevemente la mano que, un poco sorprendido, le tendía el banquero, se sentó y se explicó con el mismo tono de un testigo en un lance de honor:

—Me sucede, querido señor, algo muy desagradable, de lo que tengo que informarlo para explicarle mi conducta. Cuando me hizo usted el honor de encomendarme a su esposa, acudí inmediatamente; ahora bien, al parecer, unos minutos antes que yo, mi colega, el inspector médico, que sin duda le inspira mayor confianza a la señora Andermatt, había acudido al ser requerido por el señor marqués de Ravenel. De ello ha resultado que, al llegar el segundo, parece como si le hubiera arrebatado con malas artes al doctor Bonnefille una cliente que ya era suya, parece como si hubiera cometido una acción poco delicada, indecorosa, incalificable entre colegas. Ahora bien, señor mío, en el ejercicio de nuestro arte hay que usar de unas precauciones y de un tacto fuera de lo común para evitar cualquier roce que podría acarrear graves consecuencias. El doctor Bonnefille, enterado de mi visita a estas habitaciones, creyéndome culpable de tal falta de delicadeza, pues, en efecto, las apariencias estaban en mi contra, lo ha comentado con palabras tales que, si no fuera por su edad, me habría visto obligado a exigirle cuentas. Sólo me queda una cosa por hacer para dejar bien clara mi inocencia ante él y ante todo el cuerpo médico de la comarca, y es, lamentándolo mucho, dejar de atender a su esposa y divulgar la realidad de este asunto, rogándole que acepte mis disculpas.

Andermatt contestó muy violento:

—Doctor, me hago cargo perfectamente de la difícil situación en que se halla usted. La culpa no la tenemos ni yo ni mi esposa, sino mi suegro, que había recurrido al señor Bonnefille sin avisarnos. ¿No podría ir yo a ver a su colega y decirle...?

El doctor Latonne lo interrumpió:

—Es inútil, querido señor, es ésta una cuestión de dignidad y honor profesional, que debo respetar por encima de todo, y, a pesar de lo mucho que lo lamento...

Esta vez fue Andermatt quien no lo dejó terminar. Al hombre rico, al hombre que paga, que compra una receta de cinco, diez, veinte o cuarenta francos como una caja de cerillas de quince céntimos, a quien tiene que pertenecerle todo gracias al poder de su bolsa, y que no aprecia a los seres ni los objetos más que si asimila su valor al del dinero mediante una relación rápida y directa entre los metales convertidos en moneda y todas las demás cosas que existen, lo irritaba la impertinencia de aquel vendedor de medicaciones de papel. Declaró, muy seco:

—Está bien, doctor. No se hable más. Pero deseo que esta decisión no tenga una enfadosa influencia en su carrera. Ya veremos, sí, ya veremos cuál de los dos tendrá que lamentar más la resolución que ha adoptado usted.

El médico, ofendido, se puso en pie y, saludando con gran cortesía, dijo:

—No me cabe la menor duda, caballero, de que seré yo. Ya desde hoy mismo, lo que acabo de hacer me resulta muy penoso se mire por donde se mire. Pero yo nunca vacilo entre mis intereses y mi conciencia.

Y se fue. Según salía, se tropezó con el marqués de Ravenel que entraba con una carta en la mano. Y el señor de Ravenel exclamó nada más quedarse a solas con su yerno:

—Mire, querido yerno, qué contrariedad me sucede por culpa de usted. El doctor Bonnefille, molesto porque ha llamado usted a su colega para atender a Christiane, me envía sus honorarios junto con una nota muy seca en la que me avisa de que no debo contar ya con sus conocimientos.

Entonces el enfado de Andermatt llegó al colmo. Caminaba de un lado para otro, se iba exaltando según hablaba, gesticulaba, rebotante de una ira inofensiva y ficticia, una de esas iras que nunca se toman en serio. Decía sus argumentos a voces. A ver, ¿de quién era la culpa? ¡Pues tan sólo del marqués que había llamado a aquel borrico rematado de Bonnefille sin avisar siquiera a Andermatt, a quien su médico de París había puesto al tanto de los relativos méritos de los tres charlatanes de Enval!

Y además, ¿por qué se había metido el marqués en camisa de once varas haciendo una consulta a espaldas del marido, del marido, el único juez, el único responsable de la salud de su esposa? ¡Vamos, que con todo pasaba lo mismo continuamente! ¡La gente que lo rodeaba sólo hacía tonterías, sólo tonterías! Siempre lo estaba repitiendo, pero predicaba en desierto, nadie lo comprendía, nadie creía en su experiencia hasta que ya era demasiado tarde.

Y decía «mi médico», «mi experiencia», con autoridad de hombre que posee cosas únicas. Los posesivos sonaban en su boca como si fueran de metal. Y cuando decía: «mi esposa», era evidente que el marqués no tenía ya ningún derecho sobre su hija, puesto que Andermatt se había casado con ella, y casarse y comprar para él querían decir lo mismo.

Gontran entró cuando la discusión estaba en todo su apogeo, y se sentó en un sillón con una sonrisa alegre en los labios. No decía nada, escuchaba y se divertía una barbaridad.

Cuando el banquero calló, sin aliento, su cuñado alzó la mano y exclamó:

—Pido la palabra. Los dos están sin médico, ¿no es eso? Pues propongo a mi candidato, al doctor Honorat, el único que tiene una opinión clara e inalterable sobre el agua de Enval. La manda beber, pero él no la bebería por nada del mundo. ¿Quieren que vaya a buscarlo? Yo me encargo de las negociaciones.

No quedaba más solución y rogaron a Gontran que fuera a buscarlo en el acto. El marqués, inquieto al pensar en un cambio de tratamiento y de cuidados, quería conocer en el acto la opinión de aquel nuevo médico; y a Andermatt le entraron deseos no menos acuciantes de consultarle el caso de Christiane.

Ésta los estaba oyendo a través de la puerta, pero no los escuchaba ni sabía de qué hablaban. Nada más dejarla su marido, había salido huyendo de la cama como de un lugar temible y se estaba vistiendo a toda prisa, sin su doncella, con la cabeza trastornada por todos aquellos acontecimientos.

Le parecía que el mundo había cambiado a su alrededor, que la vida no era como la víspera, que incluso las personas eran completamente diferentes.

De nuevo se alzó la voz de Andermatt:

—¡Hombre, querido Brétigny! ¿Qué tal está usted?

Ya había dejado de llamarlo «señor».

Otra voz contestó:

—Estupendamente, querido Andermatt. ¿Así que ha llegado usted esta mañana?

Christiane, que se estaba recogiendo el pelo hacia arriba, se paró, sin respiración, con los brazos en alto. Creyó ver a través del tabique cómo se estrechaban la mano. Se sentó, no se tenía de pie; y el pelo le cayó, suelto, por los hombros.

Ahora era Paul el que hablaba, y cada palabra que salía de sus labios la hacía estremecerse de pies a cabeza. Cada una de aquellas palabras, cuyo sentido no captaba, le caía en el corazón con el sonido de un badajo golpeando una campana.

De repente, dijo casi en voz alta: «Pero ¡si es que lo quiero... lo quiero!», como si se hubiera dado cuenta de algo nuevo y sorprendente que la salvaba, que la consolaba, que la declaraba inocente ante su conciencia. La enderezó una súbita energía; en un instante, se había hecho a la idea. Y siguió peinándose mientras murmuraba: «Tengo un amante, y ya está. Tengo un amante». Entonces, para afirmarse más en ello, para librarse de cualquier angustia, resolvió de pronto, con ardiente convicción, quererlo con frenesí, darle su vida, su dicha, sacrificárselo todo, ateniéndose a la moral exaltada de los corazones vencidos pero escrupulosos, que se consideran purificados por la abnegación y la sinceridad.

Y, tras el tabique que los separaba, le lanzó besos. Ya estaba todo resuelto, se entregaba en sus manos, sin reservas, como si se ofreciera a un dios. La niña, ya coqueta y astuta pero tímida aún, aún temblorosa, acababa de morir bruscamente en ella; y había nacido la mujer, lista para la pasión, esa mujer resuelta, tenaz, que hasta aquel momento sólo anunciaba aquella energía oculta en la mirada azul que le daba al lindo rostro de rubia un aspecto valiente y casi desafiante.

Oyó que se abría la puerta y no se volvió, adivinando a su marido sin verlo, como si un nuevo sentido, un instinto casi, también acabara de nacer en ella.

Éste le preguntó:

—¿Te falta mucho? Vamos a ir dentro de un rato al baño del paralítico a ver si ha mejorado de verdad.

Ella respondió, muy tranquila:

—Sí, querido Will, estaré lista dentro de cinco minutos.

Pero Gontran había vuelto a entrar en el salón y estaba llamando a Andermatt.

—Figúrese —decía— que me he encontrado en el parque con ese imbécil de Honorat que también se niega a atenderlos por temor a los demás. Habla de procedimientos, de consideraciones, de costumbres... Parece como si... da la impresión de que... Bueno, que es de la misma calaña que sus dos colegas. La verdad es que creía que era menos mono de imitación.

El marqués se había quedado aterrado. La idea de tomar las aguas sin médico, de bañarse cinco minutos de más, de beber un vaso de menos le daba pánico, pues creía que todas las dosis, horas y fases del tratamiento estaban reguladas con exactitud por una ley de la naturaleza que había pensado en los enfermos cuando mandó correr las aguas minerales, y cuyos misteriosos secretos conocían en su totalidad los médicos, como inspirados sacerdotes y sabios.

Exclamó:

—Así que uno puede morirse aquí... ¡Puede uno reventar como un perro sin que ninguno de esos caballeros se tome la molestia de acudir!

Y lo invadió la ira, una ira egoísta y furibunda de hombre cuya salud se siente amenazada.

—¿Acaso tienen derecho a portarse así? Pues los sinvergüenzas esos pagan una patente, igual que los tenderos de ultramarinos. Debe de ser posible obligarlos a cuidar a la gente, igual que los trenes tienen obligación de admitir a todos los pasajeros. Voy a escribir a los periódicos para ponerlos al tanto.

Caminaba de un lado a otro, muy agitado. Y siguió diciendo, vuelto hacia su hijo:

—Oye, va a haber que mandar venir a uno desde Royat o desde Clermont. ¡No podemos quedarnos así!...

Gontran contestó sonriente:

—Pero los de Clermont o de los de Royat no conocen bien el agua de Enval, que no tiene el mismo efecto especial que la de ellos en el tubo digestivo y el aparato circulatorio. Y además, puedes estar seguro de que ellos tampoco vendrán, para que no parezca que les socavan el terreno a los colegas.

El marqués, despavorido, balbuceó:

—Pero, entonces, ¿qué va a ser de nosotros?

Andermatt cogió el sombrero:

—Déjeme a mí, y le garantizo que esta noche los vamos a tener a los tres, me oye bien, a los tres —dijo recalcando las palabras—, arrodillados delante de nosotros. Y ahora vamos a ver al paralítico.

Gritó:

—¿Estás lista, Christiane?

Ésta apareció en la puerta, muy pálida, con aspecto de determinación. Besó a su padre y a su hermano, y luego se volvió hacia Paul y le tendió la mano. La tomó con

los ojos bajos, estremecido de angustia. Como el marqués, Andermatt y Gontran salían charlando y sin ocuparse de ella, Christiane dijo con voz firme clavando en el joven una mirada tierna y resuelta:

—Le pertenezco a usted en cuerpo y alma. A partir de ahora puede hacer conmigo lo que quiera.

Luego salió sin dejarlo responder.

Al acercarse al manantial de los Oriol, divisaron, como si de una enorme seta se tratara, el sombrero del tío Clovis, que dormitaba al sol, en el agua caliente, en el fondo de su hoyo. Ahora se pasaba allí las mañanas enteras, pues se había acostumbrado a aquel ardiente baño que lo hacía sentirse, a lo que decía, más mozo que un recién casado.

Andermatt lo despertó:

—¿Qué, amigo, mejora usted?

Al reconocer a su hombre, el viejo hizo una mueca de satisfacción:

—Ya lo creo, voy a pedir de boca.

—¿Anda usted ya un poco?

—Como un conejo, caballero, como un conejo. El primer domingo del *mesh eshtoy* por bailar la *bourrée* con la novia.

Andermatt notó que le latía el corazón; repitió:

—¿De verdad que anda usted?

El tío Clovis dejó de bromear:

—Poca *cosha*, poca *cosha*. Pero no importa, voy tirando.

Entonces el banquero quiso ver en el acto cómo caminaba el vagabundo. Daba vueltas en tomo al hoyo, iba de un lado para otro, daba órdenes como si quisiera poner a flote un barco hundido.

—Venga, Gontran, cójalo del brazo derecho. Usted, Brétigny, del brazo izquierdo. Yo voy a cogerlo por las caderas. Vamos, a un tiempo, uno, dos, tres. Querido suegro, tire de la pierna, no, de la otra, de la que tiene en el agua. ¡Rápido, por favor, que ya no puedo más! Ya está, uno, dos, ya, ¡uf!

Habían sentado en el suelo al buen hombre que los dejaba esforzarse con cara de burla, sin colaborar en absoluto.

Luego lo alzaron otra vez y lo pusieron de pie, dándole las muletas, que usó como bastones; y empezó a caminar, doblado en dos, arrastrando los pies, quejándose, resoplando. Iba como una babosa y dejaba tras de sí un largo rastro de agua en el polvo blanco de la carretera.

Andermatt, entusiasmado, aplaudió gritando como en el teatro cuando se aclama a los actores: «¡Bravo, bravo, admirable, bravo!». Luego, como el viejo parecía agotado, se abalanzó para sostenerlo, lo tomó en sus brazos, aunque le chorreaban los harapos, y repetía:

—Basta ya, no se canse. Vamos a volver a meterlo en el baño.

Y los cuatro hombres metieron otra vez al tío Clovis en el hoyo cogiéndolo por las cuatro extremidades y llevándolo con mil cuidados, como si fuera un objeto frágil y de gran valor.

Entonces, el paralítico declaró con acento convencido:

—*Deshde* luego que *esh* buena agua, buena agua como no hay otra. ¡Vale un *teshoro* un agua como *éshta*!

Andermatt se volvió de pronto hacia su suegro:

—No me esperen para comer. Voy a casa de los Oriol y no sé cuándo acabaré. ¡Estas cosas no hay que dejarlas para luego!

Y se fue, presuroso, casi corriendo, y haciendo con el junquillo molinetes de hombre encantado de la vida.

Los demás se sentaron bajo los sauces, a la orilla del camino, frente al hoyo del tío Clovis.

Christiane, al lado de Paul, miraba el elevado montículo que tenía ante sí, desde el que había visto volar el peñasco. ¡Aquel día, hacía poco más de un mes, estaba allá arriba! ¡Estaba sentada en aquella hierba rojiza! ¡Un mes! ¡Un mes nada más! ¡Recordaba los más nimios detalles, las sombrillas tricolores, los pinches de cocina, todo lo que había dicho cada cual! ¡Y el perro, el pobre perro destrozado por la explosión! ¡Y aquel joven alto, aquel desconocido que se había abalanzado, por una simple palabra de ella, para salvar al animal! ¡Ahora era su amante! ¡Su amante! ¡Así que tenía un amante! Y ella era amante suya «¡amante suya!». Se repetía aquello en la intimidad de su conciencia «¡amante suya!». ¡Qué extraña palabra! Aquel hombre, sentado a su lado, cuya mano veía arrancando una a una las briznas de hierba, cerca de su vestido que intentaba tocar, aquel hombre estaba ahora unido a su carne y a su corazón por esa cadena misteriosa, inconfesable, vergonzosa, que ha tendido la naturaleza entre la mujer y el hombre.

Con aquella voz del pensamiento, aquella voz muda que tan alto parece hablar en el silencio de las almas turbadas, se repetía sin cesar: «¡Soy su amante, su amante, su amante!». ¡Qué raro era aquello, qué imprevisto!

«¿Lo amo?». Lo miró rápida y furtivamente. Sus ojos se encontraron y notó que la ardiente mirada con que la recorría la acariciaba de tal modo que se estremeció de arriba abajo. Ahora sentía deseos, unos deseos locos, irresistibles de tomar aquella mano que jugaba en la hierba y de oprimirla muy fuerte para expresarle cuanto se puede decir con una presión. Dejó que la suya se fuera deslizándose por el vestido, hasta la hierba, y luego la dejó allí, inmóvil, con los dedos abiertos. Entonces vio la otra, que acudía despacio, como un animal enamorado que busca a la compañera. ¡Llegó muy cerca, muy cerca, y los dedos meñiques se tocaron! Se rozaron en la punta, con suavidad, apenas, se separaron y se volvieron a encontrar, como labios que

se besan. Pero aquella caricia imperceptible, aquel roce ligero calaba en ella con tal violencia que se sentía desfallecer como si él la hubiera estrechado de nuevo con fuerza entre sus brazos.

Y comprendió de pronto lo que es pertenecer a alguien, lo que es anonadarse bajo el amor que se apodera de nosotros, cómo otro ser puede hacernos suyos en cuerpo y alma, en carne, pensamiento, voluntad, sangre, nervios, todo, todo, todo lo que llevamos dentro, igual que hace una gran ave de presa de anchas alas que se abate sobre un reyezuelo.

El marqués y Gontran hablaban de la futura estación termal, pues se habían contagiado del entusiasmo de Will. Estaban enumerando los méritos del banquero, la mente clara, el juicio atinado, el método especulativo seguro, los procedimientos osados y la forma de ser sin altibajos. El suegro y el cuñado, ante el probable éxito, del que creían tener la seguridad, estaban de acuerdo y se congratulaban por aquella alianza.

Christiane y Paul parecía como si no oyeran, pendientes por completo uno de otro.

El marqués le dijo a su hija:

—Sabrás, monina, que a lo mejor, un día de éstos, te conviertes en una de las mujeres más ricas de Francia, y hablarán de ti como se habla de los Rothschild. Hay que reconocer que Will es un hombre notable, notabilísimo, con una inteligencia tremenda.

Pero unos súbitos y extraños celos se le metieron de pronto a Paul en el corazón.

—No se crea —dijo—, que ya sé yo cómo es la inteligencia de todos esos grandes hombres de negocios. Sólo piensan en una cosa: ¡en el dinero! ¡Todos los pensamientos que les dedicamos nosotros a las cosas hermosas, todo lo que dejamos de hacer por atender a nuestros caprichos, todas las horas que les concedemos a nuestros entretenimientos, toda la energía que derrochamos en nuestros placeres, todo el ardor y la fuerza que nos toma el amor, el divino amor, los dedican ellos a buscar oro, a pensar en el oro, a acumular oro! El hombre, el hombre inteligente vive para todas las grandes ternuras desinteresadas, las artes, el amor, la ciencia, los viajes, los libros; y, si busca el dinero, es porque le facilita las auténticas alegrías de la mente e incluso la dicha del corazón. ¡Pero ellos sólo tienen en la mente y en el corazón ese innoble gusto por los negocios! Esos piratas de la vida se parecen tanto a los hombres que valen algo como el comerciante de cuadros al pintor, como el editor al escritor, como el director dramático al poeta.

Calló de repente dándose cuenta de que se estaba dejando llevar por el enojo, y siguió diciendo con más calma:

—No lo digo por Andermatt, que me parece una persona muy agradable. Lo estimo mucho, pues es cien veces superior a los demás...

Christiane había retirado la mano. Paul calló de nuevo.

Gontran se echó a reír y exclamó, con aquella voz perversa con la que no se recataba de decir nada cuando hablaba con guasona sinceridad:

—En cualquier caso, amigo mío, esos hombres poseen una cualidad de gran valor: se casan con nuestras hermanas y tienen hijas ricas que se casan con nosotros.

El marqués, ofendido, se puso de pie:

—¡Gontran! A veces me indignas.

Paul, entonces, murmuró vuelto hacia Christiane:

—¿Sabrían morir por una mujer o, al menos, darle su fortuna —toda su fortuna— sin quedarse con nada?

Con aquellas palabras decía de forma tan clara: «Todo lo que poseo es suyo, incluso mi vida» que ella se emocionó. Y se le ocurrió una argucia para tomarle las manos:

—Levántese y tire de mí; me he quedado entumecida y no me puedo mover.

Él se puso de pie, la tomó por las muñecas y atrayéndola hacia sí, la enderezó, pegada a él, al borde de la carretera. Ella vio que sus labios balbuceaban: «La amo», y se apartó a toda prisa para no contestarle también con esas dos palabras que se le venían a la boca a pesar suyo, junto con un impulso que la hacía abalanzarse hacia él.

Volvieron al hotel.

Había terminado la hora de los baños. Todo el mundo esperaba la hora del almuerzo. Ésta llegó, pero Andermatt no volvía. Decidieron, pues, tras haber dado otra vuelta por el parque, sentarse a la mesa. Aunque la comida se prolongó, concluyó sin que apareciera el banquero. Salieron y se sentaron bajo los árboles. Las horas iban pasando, una tras otra, el sol se deslizaba por las hojas, se inclinaba hacia los montes, el día iba concluyendo, y ni rastro de Will.

De pronto, lo vieron venir. Caminaba deprisa, con el sombrero en la mano, secándose la frente; llevaba la corbata torcida, el chaleco entreabierto, como tras un viaje, como tras una lucha, tras un esfuerzo tremendo y prolongado.

Nada más ver a su suegro, dijo a voces:

—¡Victoria! ¡Ya está! ¡Pero qué día, amigos míos! ¡Vaya trabajo que me ha dado el viejo zorro!

Y se puso en el acto a explicar las gestiones que había hecho y lo que le habían costado.

El tío Oriol se había mostrado, al principio, tan poco razonable que Andermatt había roto las negociaciones y se había marchado. Pero lo habían hecho volver. El campesino pretendía no vender sus tierras, sino aportarlas a la Sociedad, con el derecho de recuperarlas si el negocio fracasaba. Y, en caso de éxito, exigía la mitad de los beneficios.

El banquero había tenido que demostrarle, echando cuentas en un papel y

dibujando los terrenos, que los campos en conjunto no valían más de ochenta mil francos en aquel momento, mientras que los gastos de la Sociedad se pondrían, de entrada, en un millón.

Pero el auvernés le había contestado que pensaba aprovecharse de la gigantesca plusvalía que la propia construcción del balneario y de los hoteles concedía a sus posesiones y cobrar los intereses basándose en el valor que adquirirían y no en el antiguo valor.

Andermatt había tenido que explicarle entonces que los riesgos deben ser proporcionales a las posibles ganancias y amedrentarlo con el temor a las pérdidas.

Habían llegado, por tanto, al siguiente acuerdo: el tío Oriol aportaba a la Sociedad todos los terrenos que estaban a orillas del arroyo, es decir, todos aquéllos en que parecía posible encontrar agua mineral, amén de la parte alta del montículo para construir allí un casino y un hotel, y unos cuantos viñedos en cuesta que se parcelarían y se ofrecerían a los médicos más importantes de París.

El campesino, a cambio de esta aportación, tasada en doscientos cincuenta mil francos, es decir, cuatro veces aproximadamente lo que valían, recibiría la cuarta parte de los beneficios de la Sociedad. Como se quedaba, en torno al balneario, con una cantidad de terreno diez veces mayor que la que cedía, en caso de éxito, tenía la seguridad de poder hacerse con una fortuna al vender con buen criterio aquellas tierras que, a lo que decía, eran la dote de sus hijas.

Nada más haber quedado de acuerdo en dichas condiciones, Will había tenido que obligar al padre y al hijo a acudir al notario para redactar una promesa de venta, anulable en caso de que no apareciera el agua necesaria.

Y la redacción de los artículos, la discusión de cada punto, la infinita repetición de los mismos argumentos, la eterna reanudación de las mismas explicaciones había durado toda la tarde.

Al fin era cosa hecha. El banquero había conseguido su estación termal. Pero repetía reconcomido por una contrariedad:

—Tendré que limitarme al agua, sin poder meterme en los negocios del terreno. Qué listo ha sido el viejo zorro.

Luego añadió:

—¡Bueno, compraré la antigua Sociedad y ahí será donde pueda especular!... Bien, el caso es que me tengo que marchar esta misma noche a París.

El marqués, estupefacto, exclamó:

—¿Cómo que esta noche?

—Pues claro, querido suegro, para preparar la escritura definitiva mientras hace prospecciones el señor Aubry-Pasteur. También tengo que apañármelas para empezar las obras dentro de quince días. No puedo perder ni una hora. Por cierto, quedan avisados de que forman ustedes parte de mi consejo de administración, donde

necesito una mayoría fuerte. Le doy a usted diez acciones. A usted también, Gontran, le doy diez acciones.

Gontran se echó a reír:

—Gracias, querido cuñado, se las vendo. Así que me debe usted cinco mil francos.

Pero Andermatt, en asuntos tan serios, no se andaba con bromas. Siguió diciendo muy seco:

—Si no se porta usted como una persona seria, ya me buscaré a otro.

Gontran dejó de reírse:

—No, no, querido cuñado, ya sabe que estoy a su disposición.

El banquero se volvió hacia Paul:

—Mi querido señor, si quiere usted hacerme un favor de amigo, acepte también diez acciones junto con el cargo de consejero.

Paul hizo una reverencia y contestó:

—Permítame, caballero, que no acepte una oferta tan generosa, pero consienta en dejarme invertir cien mil francos en este negocio que me parece espléndido. Soy yo, pues, quien le pide un favor.

William, encantado de la vida, le tomó las manos. Aquel rasgo de confianza lo había conquistado. Además, siempre sentía irresistibles deseos de abrazar a las personas que aportaban dinero a sus empresas.

Pero Christiane se había ruborizado hasta la raíz del pelo, turbada, herida. Le parecía que acababan de venderla y de comprarla. ¿Si Paul no hubiera estado enamorado de ella, le habría ofrecido a su marido aquellos cien mil francos? ¡Desde luego que no! Al menos, no debería haber tratado aquel asunto en presencia de ella.

Llamaban para la cena. Volvieron al hotel. Nada más sentarse a la mesa, la señora Paille madre le preguntó a Andermatt:

—¿Así que va usted a construir otro balneario?

Ya había corrido la noticia por toda la comarca. Todo el mundo se hallaba al tanto. Todos los bañistas estaban alterados.

William respondió:

—Pues sí; el que hay ahora no basta.

Y, volviéndose hacia el señor Aubry-Pasteur, dijo:

—Discúlpeme, mi querido señor, si le hablo en la mesa de algo que quería tratar con usted, pero me marcho esta noche a París y ando muy mal de tiempo. ¿Accedería usted a dirigir las prospecciones para dar con un volumen superior de agua?

El ingeniero, halagado, aceptó; y, en medio del general silencio, zanjaron los principales puntos de las investigaciones que debían comenzar en el acto. Todo se discutió y se acordó en pocos minutos, con la claridad y la precisión que Andermatt ponía siempre en los negocios. Luego hablaron del paralítico. Se lo había visto,

durante la tarde, cruzar el parque con un solo bastón, mientras que aquella misma mañana usaba aún dos. El banquero repetía: «¡Es un milagro, un auténtico milagro! Su curación va a toda velocidad».

Paul, para agradar al marido, dijo:

—El que va a toda velocidad es el tío Clovis.

Una risa de aprobación corrió en torno a la mesa. Todos los ojos estaban fijos en Will, todas las bocas lo felicitaban. Los camareros habían empezado a servirle antes que a los demás, con una respetuosa deferencia que se les borraba del rostro y de los ademanes en cuanto le presentaban la fuente al siguiente comensal.

Uno de los camareros le trajo una tarjeta en un plato.

La tomó y leyó a media voz: «El doctor Latonne, de París, agradecería mucho al señor Andermatt que le concediera una breve entrevista antes de su partida».

—Dígale que hoy no tengo tiempo, pero que volveré dentro de ocho o diez días.

En ese mismo momento, le traían a Christiane un ramo de flores de parte del doctor Honorat.

Gontran se reía:

—El tío Bonnefille ha quedado tercero, y muy mal situado —dijo.

La cena estaba a punto de acabar. Vinieron a avisar a Andermatt de que lo estaba esperando su landó. Subió para buscar el bolsito, y, al bajar, vio a medio pueblo apelotonado ante la puerta. Petrus Martel acudió a estrecharle la mano con familiaridad de histrión y le susurró al oído:

—Tengo que hacerle una proposición, algo estupendo para su negocio.

De pronto apareció el doctor Bonnefille, con prisas como solía. Pasó cerca de Will y, con una gran reverencia como las que le hacía al marqués, le dijo:

—Buen viaje, señor barón.

—¡Tocado! —murmuró Gontran.

Andermatt, triunfante, henchido de júbilo y orgullo, estrechaba manos, daba las gracias, repetía: «¡Adiós!»). Pero estaba tan distraído que casi se le olvida darle un beso a su mujer. Aquella indiferencia fue para ella un alivio, y, cuando vio alejarse el landó por la oscura carretera, al trote de los dos caballos, le pareció que ya no tenía nada que temer de nadie en lo que le quedaba de vida.

Pasó toda la velada sentada delante del hotel, entre su padre y Paul Brétigny, pues Gontran se había ido, como todos los días, al Casino.

No quería ni pasear ni hablar, y permanecía inmóvil, con las manos cruzadas en la rodilla, los ojos perdidos en la oscuridad, lánguida y debilitada, algo preocupada, y feliz sin embargo, casi sin pensamientos, sin soñar siquiera, luchando a ratos contra algunos vagos remordimientos que apartaba al repetir: «¡Lo amo, lo amo, lo amo!»).

Subió temprano a su habitación para estar sola y pensar. Sentada en un sillón y envuelta en una bata suelta, miraba las estrellas por la ventana que había quedado

abierta. Y en el marco de aquella ventana evocaba sin cesar la silueta del que acababa de conquistarla. Lo veía bueno, dulce y violento, tan fuerte y tan sumiso ante ella. Sentía que aquel hombre se había apoderado de ella, se había apoderado de ella para siempre. Ya no estaba sola, eran dos cuyos corazones no serían en adelante sino un solo corazón, cuyas almas no serían en adelante sino una sola alma. ¿Dónde estaba? No lo sabía, pero tenía la seguridad de que pensaba en ella, igual que ella pensaba en él. Tras cada latido de su corazón, le parecía oír otro latido que, en algún lugar, contestaba. Notaba en torno a ella un deseo que la rozaba como un ala de pájaro; sentía cómo aquel deseo, que de él procedía, entraba por la ventana abierta, aquel deseo ardiente que la buscaba, que la imploraba en el silencio de la noche. ¡Cuán grato, dulce, nuevo era sentirse amada! ¡Qué alegría poder pensar en alguien notando que los ojos querían llorar!, llorar de ternura, y querer también abrir los brazos, incluso sin verlo, para llamarlo, abrirle los brazos a la visión de su imagen, a aquel beso que él le lanzaba continuamente, desde cerca o desde lejos, en su febril espera.

Tendía hacia las estrellas los dos brazos blancos, dentro de las mangas de la bata. De pronto, dio un grito. Una elevada sombra negra había aparecido en la ventana y estaba saltando la barandilla.

¡Se puso de pie enajenada! ¡Era él! Y, sin pensar siquiera en que podían verlos, se arrojó contra su pecho.

VIII

La ausencia de Andermatt se prolongaba. El señor Aubry-Pasteur hacía prospecciones. Dio con otros cuatro manantiales que le proporcionaban a la nueva Sociedad un volumen de agua dos veces mayor del que precisaba. La comarca entera, trastornada por aquellas investigaciones, por aquellos descubrimientos, por las importantes noticias que corrían, por las perspectivas de un espléndido porvenir, estaba bulliciosa y entusiasmada, no tenía ya más tema de conversación, no pensaba en nada más. Incluso el marqués y Gontran se pasaban los días junto a los obreros que sondeaban las venas del granito, y escuchaban con creciente interés las explicaciones y las lecciones del ingeniero acerca de la naturaleza geológica de Auvernia. Y Paul y Christiane se amaban con toda libertad, tranquilos, con absoluta seguridad, sin que nadie se ocupara de ellos, sin que nadie adivinara nada, sin que nadie pensara ni siquiera en espiarlos, pues toda la atención, toda la curiosidad, toda la pasión de la gente se hallaban absortas en el futuro balneario.

Christiane había hecho lo que un adolescente que se emborracha por vez primera. El primer vaso, el primer beso, la había abrasado, aturdido. Había bebido el segundo sin tardanza y le había parecido mucho mejor; y ahora se embriagaba sin medida.

Desde la noche en que Paul había entrado en su cuarto, ya no sabía en absoluto qué estaba pasando en el mundo. El tiempo, las cosas, los seres habían dejado de existir para ella; sólo existía un hombre. No había ya, ni en la tierra ni en el cielo, más que un hombre, sólo un hombre, aquél al que amaba. Sus ojos sólo lo veían a él, su mente sólo pensaba en él, su esperanza sólo se refería a él. Vivía, cambiaba de lugar, comía, se vestía, parecía escuchar, y contestaba, sin comprender, sin saber lo que estaba haciendo. ¡No la embargaba inquietud alguna, pues ninguna desgracia habría podido alcanzarla! Se había vuelto insensible a todo. Ningún dolor físico podría haber hecho presa en su carne que sólo el amor podía estremecer. Ningún dolor moral podría haber hecho presa en su alma, paralizada por la dicha.

Él, por su parte, la amaba con el frenesí que ponía en todas sus pasiones, y ello exacerbaba hasta la locura la ternura de la joven. Con frecuencia, al caer la tarde, cuando sabía que el marqués y Gontran estaban en los manantiales, decía: «Vamos a ver nuestro cielo». Llamaba su cielo a un grupo de pinos que había crecido en la ladera, precisamente encima de la hoz. Subían hasta allí cruzando un bosquecillo, por un sendero empinado que le hacía perder el aliento a Christiane. Como tenían poco tiempo, andaban deprisa, y, para que se cansara menos, la llevaba en volandas, cogida por la cintura. Ella le ponía una mano en el hombro y se dejaba llevar, y, a veces, se le echaba al cuello y le ponía la boca en los labios. Según iban subiendo, el aire se hacía más estimulante. Y, al llegar al grupo de pinos, el olor de la resina los refrescaba como la brisa del mar.

Se sentaban bajo los sombríos árboles, ella en un montículo de hierba, él más abajo, a sus pies. El viento, por entre los tallos, cantaba ese suave canto de los pinos que se asemeja algo a un quejido; y la inmensa Limagne, de invisibles horizontes, sumida en las brumas, les daba una completa impresión de océano. ¡Sí, allá estaba el mar, ante ellos, allá lejos! ¡No podían dudarlo, pues su aliento les daba en el rostro!

La mimaba como a una niña:

—A ver esos dedos, que me los voy a comer, son mis caramelos.

Se los metía en la boca, uno tras otro, y parecía saborearlos con escalofríos golosos:

—¡Ay, qué ricos! Sobre todo el meñique. Nunca he probado nada más rico que el meñique.

Luego se ponía de rodillas, apoyaba los codos en las rodillas de Christiane y susurraba:

—Liana, míreme.

La llamaba Liana porque se enroscaba en él para besarlo, como una planta se abraza a un árbol.

—Míreme. Voy a meterme en su alma.

¡Y se miraban con esa mirada inmóvil, obstinada, que parece mezclar, efectivamente, entre sí a dos seres!

—No puede uno quererse bien más que perteneciéndose así —decía—; todas las demás cosas del amor son picardías.

Y cara a cara, fundiendo los alientos, se buscaban desesperadamente en la transparencia de las miradas.

Él murmuraba:

—La veo, Liana. ¡Veo su corazón adorado!

Ella contestaba:

—¡Yo también le veo el corazón, Paul!

Se veían ambos, en efecto, hasta lo hondo del alma y del corazón, pues no tenían en el alma ni en el corazón más que un rabioso impulso de amor recíproco.

Él decía:

—¡Liana, tiene los ojos como el cielo! ¡Azules, con tantos reflejos, con tanta claridad! ¡Me parece que veo pasar golondrinas por ellos! ¿Serán sus pensamientos?

Y, cuando se habían estado mirando así mucho, mucho rato, se acercaban más y se besaban despacio, brevemente, volviendo a mirarse entre beso y beso. A veces, la cogía en brazos y se la llevaba corriendo a lo largo del arroyo que fluía hacia la hoz de Enval antes de caer por ella. Era un valle estrecho donde alternaban praderas y bosques. Paul corría por la hierba y, a veces, alzando a la joven a pulso con las fuertes muñecas, gritaba: «Liana, vámonos volando». Y aquella necesidad de salir volando se la infundía, acuciante, incesante, dolorosa, el amor, su exaltado amor. Y en torno a

ellos, todo agudizaba aquel deseo de sus almas, el liviano aire, un aire de pájaro, como decía él, y el amplio y azulado horizonte hacia el que habrían querido lanzarse los dos, cogidos de la mano, para desaparecer sobre el llano infinito cuando lo cubría la noche. Habrían querido irse así por el cielo brumoso del anochecer para no volver nunca. ¿Adónde habrían ido? No lo sabían, pero ¡qué hermoso sueño!

¡Cuándo estaba sin aliento por haber corrido llevándola así, la dejaba en una roca y se arrodillaba ante ella! Besándole los tobillos, la adoraba susurrándole palabras pueriles y tiernas.

Si se hubieran amado en una ciudad, es probable que su pasión hubiera sido diferente, más prudente, más sensual, menos aérea y menos novelesca. Pero allí, en aquella comarca verde cuyo horizonte daba mayor amplitud a los impulsos del alma, solos, sin nada que los distrajera, que atenuara su despierto instinto de amor, habían caído repentinamente en una ternura frenéticamente poética, toda éxtasis y locura. El paisaje que los rodeaba, el viento tibio, los bosques, el gustoso olor de aquel campo interpretaban para ellos, todo el día y toda la noche, la música de su amor; y aquella música los había sacado de sí hasta la demencia, igual que el sonido de las panderetas y de las flautas agudas impele a actos de salvaje locura al derviche que gira preso de una idea fija.

Una noche, cuando volvían a la hora de la cena, el marqués les dijo de pronto:

—Andermatt vuelve dentro de cuatro días. Ya están todos los negocios arreglados. Nosotros nos iremos al día siguiente de su llegada. Ya llevamos mucho aquí, no se deben prolongar demasiado las curas de aguas minerales.

Se quedaron tan sorprendidos como si les hubieran anunciado el fin del mundo; y ninguno de los dos dijo nada durante la cena, tan grande era el asombro con el que pensaban en lo que iba a suceder. Así pues, pasados unos días, estarían separados y no se verían ya con libertad. Les parecía tan imposible y tan extraño que no lo entendían.

Andermatt volvió, efectivamente, a finales de la semana. Había teleografiado para que le mandaran dos landós al primer tren. Christiane, que no había dormido, presa de una emoción extraña y nueva, una especie de miedo a su marido, un miedo mezclado con ira, con inexplicado desprecio y con deseos de desafiarlo, se había levantado al amanecer y lo estaba esperando. Apareció en el primer coche, acompañado por tres caballeros bien vestidos pero de aspecto modesto. En el segundo landó iban otros cuatro, que parecían de condición algo inferior a los primeros. Al marqués y a Gontran los extrañó. Éste preguntó:

—¿Quiénes son éstos?

Andermatt contestó:

—Mis accionistas. Vamos a constituir la Sociedad hoy mismo y a nombrar en el acto el consejo de administración.

Besó a su mujer sin decirle nada y casi sin verla, tan absorto estaba, y volviéndose hacia los siete caballeros, que, respetuosos y mudos, estaban de pie tras él:

—Desayunen ustedes —dijo— y dense una vuelta. Nos encontraremos aquí a las doce.

Se fueron en silencio, como soldados que obedecen una orden, y subiendo de dos en dos la escalinata, entraron en el hotel. Gontran, que miraba cómo se iban, preguntó muy serio:

—¿De dónde ha sacado usted a sus comparsas?

El banquero sonrió:

—Son unos señores muy correctos, hombres de la bolsa, capitalistas.

Y, tras una pausa, añadió con una sonrisa más amplia:

—Que se ocupan de mis negocios.

Luego se fue a casa del notario para volver a leer los documentos que había enviado, redactados ya, unos días antes.

Se encontró allí con el doctor Latonne, con quien se había estado carteando, por cierto, y estuvieron mucho rato charlando en voz baja en un rincón de la notaría, mientras las plumas de los pasantes corrían por el papel con ruidito de insectos.

Quedaron a las dos para constituir la Sociedad.

Habían preparado el despacho del notario como para un concierto. Dos filas de sillas esperaban a los accionistas frente a la mesa a la que iba a sentarse el señor Alain, junto a su primer oficial. El señor Alain se había puesto el frac, en vista de la transcendencia del asunto. Era un hombre muy bajito, una bola de carne blanca que tartamudeaba.

Andermatt entró dando las dos, acompañado del marqués, de su cuñado y de Brétigny, y seguido por los siete señores a los que Gontran llamaba comparsas. Parecía un general. Acto seguido, apareció el tío Oriol con Coloso. Parecían inquietos, desconfiados, como lo están siempre los campesinos cuando tienen que firmar algo. El doctor Latonne llegó el último. Había hecho las paces con Andermatt gracias a una completa sumisión a la que habían precedido disculpas hábilmente presentadas tras las que se había puesto, sin reticencias ni restricciones, a su disposición.

Entonces, el banquero, notando que lo tenía cogido, le había prometido el envidiado puesto de inspector médico del nuevo balneario.

Cuando hubo entrado todo el mundo, reinó un gran silencio.

El notario habló: «Tomen asiento, señores». Dijo unas cuantas palabras más, que nadie oyó con el ruido de las sillas. Andermatt cogió un asiento y lo colocó de cara a su ejército, para tenerlos vigilados a todos; luego, cuando todo el mundo estuvo sentado, dijo:

—Señores, no es preciso que les explique por qué motivo nos hemos reunido

aquí. Vamos a empezar por constituir la nueva Sociedad de la que ustedes han aceptado ser accionistas. Debo, sin embargo, comunicarles unos cuantos detalles que nos han causado ciertas dificultades. Antes que nada, he tenido que cerciorarme de que contaríamos con los preceptivos permisos para crear un nuevo establecimiento de utilidad pública. Me han asegurado que los conseguiremos. De lo que queda por hacer a este respecto, ya me encargo yo. Cuento con la palabra del ministro. Pero me detenía otra circunstancia. Señores, vamos a enfrentarnos con la antigua Sociedad de las aguas de Enval. De este enfrentamiento, saldremos victoriosos, victoriosos y ricos, pueden estar seguros de ello; pero, igual que los combatientes de antaño precisaban un grito de guerra, nosotros, combatientes de la moderna lucha, precisamos un nombre para nuestro balneario, un nombre sonoro, atractivo, adecuado para la propaganda, que suene como un clarín y entre por los ojos como un relámpago. Ahora bien, señores, estamos en Enval, y no podemos quitarle el nombre a la comarca. Nos quedaba un único recurso. Dar a nuestro balneario, y sólo a él, un nombre nuevo.

»Les propongo lo siguiente:

»Si bien es cierto que nuestra casa de baños está al pie del montículo que pertenece al señor Oriol, aquí presente, nuestro futuro casino estará en la cumbre de ese mismo montículo. Puede, pues, decirse que este montículo, este monte, pues de un monte se trata, de un monte pequeño, es el lugar en que nos establecemos, ya que ocupamos la parte de abajo y la de arriba. ¿No es, por lo tanto, natural que llamemos a nuestros baños los Baños de Mont-Oriol y que relacionemos con esta estación termal, que llegará a ser una de las más importantes del mundo entero, el nombre de su primitivo dueño? Demos al César lo que es del César.

»Y fíjense, señores, en que se trata de un nombre excelente. Se hablará del Mont-Oriol como se habla del Mont-Dore. Es pegadizo para la vista y el oído, se ve con claridad, se oye con claridad, se nos queda dentro: ¡Mont-Oriol! ¡Mont-Oriol! Los baños de Mont-Oriol...

Y Andermatt hacía retumbar el nombre, lo lanzaba como una pelota, escuchaba el eco que dejaba.

Siguió diciendo, como si fingiera una conversación:

—¿Va usted a los baños de Mont-Oriol?

—Sí, señora. Dicen que las aguas de Mont-Oriol son estupendas.

—Excelentes, desde luego. Y además, Mont-Oriol es una región agradabilísima.

Y sonreía, parecía que estaba manteniendo una charla, cambiaba de voz para indicar que hablaba la señora, saludaba con la mano al hacer de señor.

Luego siguió diciendo con su voz:

—¿Alguien tiene alguna objeción qué hacer?

Los accionistas contestaron a coro: «No, ninguna».

Tres de los comparsas aplaudieron.

El tío Oriol, emocionado, halagado, seducido, tocado en su orgullo íntimo de campesino nuevo rico, sonreía dándole vueltas al sombrero entre las manos, y decía, a pesar suyo, que sí con la cabeza, un «sí» que daba fe de su júbilo y que Andermatt observaba haciendo como que no lo miraba.

Coloso permanecía impassible, pero estaba tan contento como su padre.

Entonces Andermatt le dijo al notario:

—Tenga la bondad de leer el acta de constitución de la Sociedad, señor Alain.

Y se sentó.

Y el notario le dijo al primer oficial: «Empiece, Marinet».

Marinet, un pobre hombre enteco, carraspeó y, con entonación de predicador y pretensiones declamatorias, comenzó a enumerar los estatutos relacionados con la constitución de una sociedad anónima llamada Sociedad del Balneario de Mont-Oriol, sita en Enval, con un capital de dos millones.

Y el tío Oriol lo interrumpió:

—Un momento, un momento —dijo.

Y se sacó del bolsillo un cuaderno de pringosas hojas, que había estado paseando desde hacía ocho días por todos los notarios y todos los hombres de negocios de la provincia. Era la copia de los estatutos, que su hijo y él, por cierto, empezaban a saberse de memoria.

Luego se puso despacio las gafas, alzó la cabeza, buscó el punto exacto donde veía bien las letras, y ordenó:

—Venga ya, Marinet.

Coloso había arrimado la silla a la de su padre e iba siguiendo en la misma hoja que él.

Y Marinet volvió a empezar. Entonces, el viejo Oriol, desconcertado por la doble tarea de escuchar y leer a un tiempo, atormentado por el temor de una palabra cambiada, obsesionado también por el deseo de ver si Andermatt le hacía alguna seña al notario, no dejó pasar ni una línea sin parar diez veces al oficial, cuya retórica deslucía.

Repetía:

—¿Qué *hash* dicho? ¿Qué *hash* dicho ahí? ¡No he oído! No *corrash* tanto.

Luego se volvía un poco hacia su hijo:

—¿*Esh ashí, Colosho*?

Coloso, más dueño de sí, contestaba:

—¡*Eshtá* bien, padre, deja, deja, *eshtá* bien!

El campesino no se fiaba. Con la punta del engarfiado dedo iba siguiendo en su hoja, mascullando las palabras entre dientes pero, como no podía estar atento a un tiempo a las dos cosas, cuando escuchaba, no leía, y no oía cuando estaba leyendo. Y

resoplaba como si hubiera estado subiendo a un monte, sudaba como si hubiera estado cavando su viñedo a pleno sol, y, de vez en cuando, pedía un descanso de unos minutos, para secarse la frente y recuperar el aliento, como un hombre que está batiéndose en duelo.

Andermatt, impacientado, daba con el pie en el suelo. Gontran, que había visto encima de una mesa *Le Moniteur du Puy-de-Dôme*, lo había cogido y lo estaba leyendo por encima; y Paul, a horcajadas en su silla, con la cabeza gacha y el corazón crispado, pensaba que aquel hombrecillo sonrosado y barrigudo que tenía sentado ante sí se iba a llevar al día siguiente a la mujer a la que amaba con toda el alma, a Christiane, a su Christiane, su rubia Christiane, que era suya, toda suya, sólo suya. Y se preguntaba si no iba a raptarla esa misma noche.

Los siete señores permanecían serios y tranquilos.

Concluyeron al cabo de una hora. Firmaron.

El notario levantó acta de las entregas de dinero. Respondiendo cuando lo nombraron, el cajero, el señor Abraham Lévy, declaró que había recibido los fondos. Luego, nada más quedar constituida legalmente la Sociedad, se la declaró reunida en asamblea general, con la asistencia de todos los accionistas, para nombrar el consejo de administración y elegir presidente.

Todos los votos menos dos proclamaron a Andermatt presidente. Los dos votos disidentes, los del campesino y su hijo, proponían a Oriol. Brétigny quedó nombrado comisario de inspección.

Entonces, el consejo, compuesto por el señor Andermatt, el marqués y el conde de Ravenel, el señor Brétigny, los señores Oriol, padre e hijo, el doctor Latonne, el señor Abraham Lévy y el señor Simon Zidler, rogó al resto de los accionistas que se retiraran, así como al notario y su oficial, para que dicho consejo pudiera deliberar acerca de las primeras decisiones que había que adoptar y determinara los puntos más importantes.

Andermatt volvió a ponerse en pie.

—Señores, entramos en la cuestión vital, la del éxito que tenemos que conseguir cueste lo que cueste.

»Con las aguas minerales pasa como con todo. Es menester que se hable de ellas, que se hable mucho, continuamente, para que los enfermos las beban.

»El gran tema del mundo moderno, señores, es la propaganda. Es el dios de la industria y del comercio contemporáneos. Sin propaganda, no hay salvación. Por otra parte, el arte de la propaganda es difícil, complicado, y exige mucho tacto. Los primeros que utilizaron este nuevo procedimiento lo hicieron de forma poco sutil, y llamaron la atención metiendo ruido, tocando el bombo y disparando cañonazos. Mangin, señores, fue sólo un precursor. Hoy en día, el escándalo resulta sospechoso, los carteles llamativos dan risa, los nombres que se vocean por la calle despiertan más

la desconfianza que la curiosidad. Y, sin embargo, hay que llamar la atención del público y, tras haberlo interesado, hay que convencerlo. El arte consiste, pues, en descubrir el medio, el único medio que puede tener éxito habida cuenta de lo que queremos vender. Nosotros, señores, queremos vender agua. Tenemos que conquistar a los enfermos a través de los médicos.

»Los médicos más célebres, señores, son hombres como nosotros, que tienen debilidades, como nosotros. No quiero decir con esto que se los pueda corromper. ¡La reputación de los ilustres galenos cuyo apoyo precisamos los coloca más allá de toda sospecha de venalidad! ¿Pero existe hombre que no podamos ganarnos si lo hacemos de la forma adecuada? ¡También existen mujeres que no se puede ni pensar en comprar! Y a éstas hay que seducirlas.

»He aquí, pues, señores, lo que voy a proponerles tras haberlo discutido ampliamente con el doctor Latonne:

»Hemos clasificado, de entrada, las enfermedades que abarca nuestro tratamiento en tres grupos principales. Se trata de: 1º el reumatismo, bajo todas sus formas, herpes, artritis, gota, etc. etc., 2º las dolencias de estómago, de intestino y de hígado; 3º todos los desarreglos procedentes de los trastornos circulatorios, pues es indiscutible que nuestros baños agrios ejercen sobre la circulación un efecto admirable.

»Además, señores, la prodigiosa curación del tío Clovis nos augura auténticos milagros.

»Por lo tanto, en vista de las enfermedades para las que son adecuadas estas aguas, vamos a proponerles a los principales médicos que las tratan lo siguiente: "Señores", les diremos, "vengan a verlo, vengan a verlo con sus propios ojos, vengan con sus enfermos, les brindamos nuestra hospitalidad. La comarca es espléndida, ustedes necesitan descanso después de haber trabajado duramente todo el invierno; vengan ustedes. Y no vengan a nuestra casa, señores doctores, vengan a la suya propia, pues les ofrecemos un chalé que, si les agrada, será suyo en condiciones excepcionales"».

Andermatt se tomó un respiro y siguió diciendo con voz más pausada:

—He aquí cómo he llegado a esta idea. Hemos escogido seis parcelas de mil metros cada una. En cada una de esas seis parcelas, la Sociedad de Chalés Móviles de Berna se compromete a instalar una de sus construcciones piloto. Pondremos gratuitamente estos alojamientos, tan elegantes como confortables, a disposición de nuestros médicos. Si están a gusto, comprarán sólo la casa de la Sociedad de Berna; en cuanto al terreno, se lo regalamos... y nos lo pagarán... con enfermos. De esta forma, señores, conseguimos las múltiples ventajas de cubrir nuestros terrenos con unas villas encantadoras que no nos costarán ni un céntimo, de atraer a los mejores médicos del mundo y sus numerosos clientes, y, sobre todo, de convencer de la

eficacia de nuestras aguas a doctores eminentes que no tardarán en convertirse en propietarios en esta zona. En lo referente a todas las negociaciones que deben desembocar en tales resultados, yo me encargo de ellas, señores, y no las llevaré a cabo como un especulador, sino como un hombre de mundo.

El tío Oriol lo interrumpió. Su tacañería auvernesa se indignaba ante aquellos terrenos regalados.

Andermatt tuvo un arranque de elocuencia; comparó al generoso agricultor que arroja a puñados la simiente en la tierra fecunda con el campesino rapaz que cuenta los granos y nunca consigue cosechas más que a medias.

Luego, como Oriol, disgustado, se empecinaba, el banquero hizo votar a su consejo y le cerró la boca al viejo con seis votos contra dos.

Entonces abrió un gran portafolios de cuero y sacó los planos del nuevo balneario, del hotel y del casino, así como los presupuestos y los contratos ya acordados con los contratistas, para aprobarlos y firmarlos en el acto. Las obras debían empezar a principios de la semana siguiente.

Sólo los dos Oriol quisieron mirarlos y discutir. Pero Andermatt, irritado, les dijo: «¿Les estoy pidiendo dinero? ¡No! ¡Pues no den la lata! Y si no están conformes, volvemos a votar».

Así que firmaron junto con los demás miembros del consejo; y se levantó la sesión.

Había tal conmoción en la comarca que todo el mundo estaba esperando para verlos salir y los saludaban respetuosamente. Cuando los dos campesinos iban a dirigirse hacia su casa, Andermatt les dijo:

—No se les olvide que cenamos todos juntos en el hotel. Y traigan a las chiquillas, que les he traído unos regalitos de París.

Quedaron citados a las siete en el salón del Splendid Hotel.

Fue una cena por todo lo alto, a la que el banquero había invitado a los bañistas de mayor relevancia y a las autoridades locales. Christiane estaba en la presidencia, con el cura a la derecha y el alcalde a la izquierda.

No se habló más que del futuro balneario y del porvenir de la comarca. Las hijas de Oriol, que habían encontrado debajo de la servilleta sendos estuches que contenían dos pulseras adornadas con perlas y esmeraldas, estaban locas de contento y charlaban, como nunca lo habían hecho, con Gontran, sentado entre las dos. Incluso la mayor se reía con toda el alma de las bromas del joven, que se animaba con aquella conversación y elaboraba, en su fuero interno, esos juicios masculinos, esos juicios atrevidos y secretos que nacen de la carne y de la mente ante toda mujer deseable.

Paul no comía y no decía nada... Le parecía que su vida se acababa aquella noche. De repente, se acordó de que hacía un mes justo, día por día, que habían cenado en el lago Tazenat. Sentía en el alma ese sufrimiento inconcreto, formado más

por presentimientos que por penas, que sólo conocen los enamorados, ese sufrimiento que hace que el corazón pese tanto, que los nervios estén tan tensos que el menor ruido hace perder el resuello, y que la mente duela con tal tristeza que todo lo que se oye adquiere un significado penoso para ponerse a tono con la idea fija.

Nada más levantarse de la mesa, se reunió con Christiane en el salón.

—Tengo que verla esta noche —dijo—, dentro de un rato, ahora mismo, porque ya no sé cuándo podremos estar solos. ¿Sabe que hace hoy un mes justo de...?

Ella contestó:

—Lo sé.

Él siguió diciendo:

—Escúcheme, la espero en la carretera de La Roche-Pradière, a la entrada del pueblo, cerca de los castaños. Nadie se fijará ahora en su ausencia. Venga enseguida a decirme adiós, ya que nos separamos mañana.

Ella murmuró:

—Estaré allí dentro de un cuarto de hora.

Y él se fue para no seguir en medio de aquella muchedumbre que lo exasperaba.

Tomó, cruzando los viñedos, el camino por el que habían ido un día, el día en que habían mirado juntos la Limagne por primera vez. Y no tardó en llegar a la carretera general. Estaba solo, se sentía solo, solo en el mundo. La inmensa llanura invisible incrementaba aquella sensación de aislamiento. Se paró en el lugar exacto en que se habían sentado, en que le había recitado los versos de Baudelaire acerca de la Belleza. ¡Qué lejos estaba ya aquello! Y, hora por hora, halló en su recuerdo todo lo que había sucedido a partir de aquel momento. ¡Nunca había sido tan feliz, nunca! Nunca había amado con tanta pasión y, al tiempo, de forma tan casta, con tal devoción. Se acordaba de la noche del *gour* de Tazenat, de la que se cumplía un mes justo, del bosque fresco, húmedo de luz pálida, del pequeño lago de plata y de los grandes peces que rozaban la superficie; y del regreso, cuando la veía caminar ante sí, entre luz y sombra, bajo las claras gotas de luna que le caían en el pelo, en los hombros y en los brazos a través de las hojas de los árboles. Eran las horas más dulces de que había gozado en la vida.

Se volvió para mirar si venía. No la vio, pero divisó la luna que aparecía en el horizonte. La misma luna que había salido para su primera confesión salía ahora para su primer adiós.

Le recorrió la piel un escalofrío, un escalofrío helado. Llegaba el otoño, el otoño que precede al invierno. No había sentido hasta aquel momento ese primer tacto del frío, que se le metía dentro de pronto como una amenaza de desgracia.

La carretera blanca, polvorienta, se extendía ante él, semejante a un río entre sus dos orillas. De pronto, apareció una silueta en la revuelta del camino. La reconoció en el acto; y la esperó sin moverse, estremecido por la misteriosa felicidad de sentir que

se acercaba, de verla venir hacia él, para él.

Caminaba a pasitos cortos, sin atreverse a llamarlo, preocupada de no verlo aún, pues permanecía escondido bajo un árbol, y turbada por el hondo silencio, por la clara soledad de la tierra y del cielo. La precedía su sombra, negra y gigantesca, como si le acercara algo de ella, antes de que ella llegara.

Christiane se paró, y también la sombra se quedó inmóvil, echada, caída en la carretera.

Paul se acercó con pasos rápidos hasta el lugar en que la redondeada forma de la cabeza se proyectaba en el camino. Entonces, como si no hubiera querido perder nada de ella, se arrodilló y, prosternándose, apoyó los labios en el filo de la oscura silueta. Como bebe un perro sediento, arrastrando el vientre por la fuente, así empezó a besar apasionadamente el polvo, siguiendo los contornos de la sombra adorada. Y así se acercaba a ella, avanzando con las manos y las rodillas, cubriendo de caricias el perfil de aquel cuerpo como para recoger con los labios la amada y sombría imagen tendida en el suelo.

Ella, sorprendida, algo asustada incluso, esperó a que llegara a sus pies para atreverse a hablarle; luego, cuando hubo levantado la cabeza, aún arrodillado pero estrechándola ahora con ambos brazos, preguntó:

—¿Qué te pasa esta noche?

Él contestó:

—¡Liana, voy a perderte!

Ella le hundió los dedos a su amigo en la espesa cabellera e, inclinándose, le echó hacia atrás la frente para besarle los ojos.

—Perderme, ¿por qué? —dijo sonriente y confiada.

—Porque vamos a separarnos mañana.

—¿Separarnos? Pero por muy poco tiempo, querido mío.

—Nunca se sabe. No recuperaremos los días que hemos pasado aquí.

—Tendremos otros igual de hermosos.

Lo obligó a ponerse de pie, lo condujo al árbol donde la había esperado, hizo que se sentara a su lado, algo más bajo para poder seguir poniéndole la mano en el pelo, y le habló muy en serio, como mujer juiciosa, apasionada y decidida que está enamorada, que ya lo ha previsto todo, que sabe, por instinto, lo que hay que hacer, que está resuelta a todo.

—Escucha, querido mío, en París estoy muy libre. William no me hace caso nunca. Le basta con sus negocios. Así que, como no estás casado, iré a verte. Iré a verte todos los días, a veces por la mañana, antes de comer, a veces por la tarde, por los criados, que podrían andar con comadreo si saliera siempre a la misma hora. Podemos vernos tanto como aquí, incluso más que aquí, porque no tendremos que temer a los curiosos.

Pero él repetía, con la cabeza en las rodillas de ella y apretándole la cintura:

—¡Liana, Liana, voy a perderte! ¡Siento que voy a perderte!

A ella la impacientaba aquella pena sin motivo, aquella pena de niño en aquel cuerpo vigoroso, siendo así que ella era tan frágil, comparada con él, y estaba, sin embargo, tan segura de sí misma, tan segura de que nada podría separarlos.

Él murmuraba:

—Liana, si quisieras, nos fugaríamos juntos, nos iríamos muy lejos, a algún país hermoso, lleno de flores, para querernos. Dime, ¿no quieres que nos vayamos esta noche, no quieres?

Pero ella se encogía de hombros, algo nerviosa, algo molesta de que no le hiciera caso, porque ya no era tiempo de sueños ni de chiquilladas tiernas. Ahora tenían que ser enérgicos y prudentes, y buscar los medios para seguir queriéndose sin despertar ninguna sospecha.

Siguió diciendo:

—Escucha, querido mío, tenemos que ponernos de acuerdo y no cometer imprudencias ni tener fallos. Lo primero de todo, ¿tienes confianza en tus criados? Lo que es más de temer es una denuncia, una carta anónima a mi marido. Él solo no se dará cuenta de nada. Conozco bien a William...

Aquel nombre, dos veces repetido, irritó de pronto el corazón de Paul. Dijo nervioso:

—¡Ay, no me hables de él esta noche!

Ella se extrañó:

—¿Por qué? No queda más remedio... Te aseguro que no tiene ningún interés por mí.

Le había adivinado el pensamiento.

Unos oscuros celos, inconscientes aún, se iban despertando en él. Y, de pronto, arrodillándose y tomándole las manos:

—¡Escucha, Liana!...

Calló. No se atrevía a decirle la preocupación, la vergonzosa sospecha que lo asaltaban, y no sabía cómo expresarlas.

—Escucha... Liana... ¿Cómo te llevas con él?...

Ella no lo entendió.

—Pues... pues... muy bien...

—Sí... ya lo sé... Pero... escucha... entiéndeme bien... Es... es tu marido... en fin... y... y... no sabes cuánto llevo pensando en esto desde hace un rato... Cuánto me atormenta... cuánto me tortura... Me entiendes... ¿verdad?

Ella vaciló unos segundos, luego se dio cuenta de todo lo que quería decir y exclamó en un arranque de indignada sinceridad:

—Pero, querido mío... ¿cómo se te puede ocurrir?... Pero si soy tuya... ¿me

oyes?... sólo tuya... pero si te quiero... ¡Oh, Paul!...

Él dejó caer la cabeza en las rodillas de la joven y dijo muy bajo:

—¡Pero!... en resumidas cuentas... Liana, pequeña mía... ya que es... ya que es tu marido... ¿Cómo te las arreglarás?... ¿Lo has pensado?... ¡Di!... ¿Cómo te las apañarás esta noche?... o mañana... Porque no puedes decirle... decirle siempre, siempre que no.

Ella murmuró muy bajo también:

—Le he dicho que estaba embarazada, y... y con eso le basta... De verdad que no tiene ningún interés... No hablemos más de esas cosas, querido mío, no sabes cuánto me molesta, cuándo me ofende. Fíate de mí, ya que te quiero...

Él se quedó quieto, aspirando el olor del vestido y besándolo, mientras ella le acariciaba el rostro con dedos amorosos y suaves.

Pero, de pronto, dijo:

—Tenemos que volver, porque se van a dar cuenta de que nos hemos ido los dos.

Se besaron largamente, abrazándose como si fueran a quebrantarse los huesos. Luego ella se fue primero, corriendo para llegar antes, mientras que él la miraba alejarse y desaparecer, tan triste como si toda su felicidad y toda su esperanza hubieran huido con ella.

Segunda parte

I

El primero de julio del año siguiente, la estación termal de Enval estaba casi irreconocible.

En la cumbre del montículo, asentado entre las dos bocas del valle, se alzaba un edificio de estilo árabe en cuya fachada se leía la palabra Casino en letras doradas.

Habían aprovechado un bosquecillo para hacer un parque pequeño en la ladera que bajaba hasta la Limagne. Delante del edificio se extendía, dominando la extensa llanura de Auvernia, una terraza sustentada por un muro adornado de punta a punta por grandes jarrones de mármol de imitación.

Más abajo, entre los viñedos, seis chalés mostraban, de trecho en trecho, las fachadas de madera barnizada.

En la ladera que daba al sur, una inmensa construcción enteramente blanca atraía desde lejos la atención de los viajeros, que la divisaban al salir de Riom. Era el gran hotel de Mont-Oriol. Y justo debajo, al pie mismo de la colina, una casa cuadrada, más sencilla, pero amplia, rodeada de un jardín por el que pasaba el arroyuelo procedente de la hoz, brindaba a los enfermos la milagrosa curación que prometía el folleto del doctor Latonne. En la fachada ponía: «Termas de Mont-Oriol». Luego, en el ala derecha, con letras de menor tamaño: «Hidroterapia. Lavados de estómago. Piscinas de agua corriente». Y en el ala izquierda: «Instituto médico de gimnasia automotora».

Todo era blanco, de un blanco flamante, reluciente y crudo. Aunque el balneario llevara ya abierto un mes, aún había obreros trabajando: pintores, fontaneros, terraplenadores.

El éxito, por lo demás, había sobrepasado ya desde los primeros días las esperanzas de los fundadores. Tres médicos importantes, tres celebridades, los señores profesores Mas-Roussel, Cloche y Rémusot, habían tomado bajo su protección la nueva estación termal y habían accedido a residir por un tiempo en las viviendas de la Sociedad de Chalés Móviles de Berna que habían puesto a su disposición los administradores del balneario.

Por influencia de estos médicos acudía gran multitud de enfermos. El gran hotel de Mont-Oriol estaba lleno.

Aunque los baños habían empezado a funcionar ya en los primeros días de junio, la apertura oficial de la estación termal se había retrasado hasta el primero de julio para atraer a mucho público. La fiesta debía empezar a las tres con la bendición de los manantiales. Y, por la noche, una gran función seguida de fuegos artificiales y de un baile iba a reunir a todos los bañistas del lugar con los de las estaciones termales vecinas y con los principales habitantes de Clermont-Ferrand y de Riom.

El casino de la cumbre del monte quedaba oculto tras las banderas. Sólo se veían

colores: azul, blanco, rojo, amarillo, algo parecido a una nube densa y palpitante, mientras que en lo alto de los gigantescos mástiles hincados a lo largo de las avenidas del parque se desplegaban con serpentinas ondulaciones, en el cielo azul, desmesuradas oriflamas.

El señor Petrus Martel, que había conseguido la dirección de este nuevo casino, se creía convertido, bajo aquella nube de banderas, en el todopoderoso capitán de un navío fantástico; y daba órdenes a los camareros de delantales blancos con la misma voz sonora y terrible que deben de tener los almirantes cuando las dan bajo la metralla. Sus vibrantes palabras, llevadas por el viento, llegaban hasta el pueblo.

Andermatt, sin resuello ya, apareció en la terraza. Petrus Martel corrió a su encuentro y lo saludó con un amplio gesto ceremonioso.

—¿Todo va bien? —preguntó el banquero.

—Todo va bien, señor Presidente.

—Si me necesita, me encontrará en la consulta del inspector médico. Tenemos sesión esta mañana.

Y volvió a bajar la colina. Ante la puerta del balneario, el vigilante y el cajero, que también le habían robado a la otra Sociedad, convertida en la Sociedad rival, pero condenada sin posibilidad de lucha, se abalanzaron para recibir a su jefe. El antiguo carcelero le hizo un saludo militar. El otro se inclinó como un pobre que recibe una limosna.

Andermatt preguntó:

—¿Está el señor inspector?

El vigilante contestó:

—Sí, señor Presidente, ya han llegado todos los señores.

El banquero cruzó el vestíbulo por entre los respetuosos mozos y empleadas, giró a la derecha, abrió una puerta y halló reunidos, en una espaciosa habitación de aspecto severo, llena de libros y de bustos de científicos, a todos los miembros presentes en Enval del consejo de administración: a su suegro el marqués, a Gontran, su cuñado, a los Oriol, padre e hijo, hechos casi unos señores, tan altos y con unas levitas tan largas que parecían anuncios de una sastrería de lutos, a Paul Brétigny y al doctor Latonne.

Tras unos rápidos apretones de manos, todo el mundo se sentó y Andermatt empezó a hablar:

—Nos queda aún por decidir una cuestión importante, la del nombre de los manantiales. Sobre este tema, estoy en desacuerdo con el señor inspector. El doctor propone que les demos a los tres manantiales principales los nombres de las tres lumbreras de la medicina que se hallan aquí. Se trata, sin duda, de un halago que los llenaría de satisfacción y los volvería más devotos de esta casa. Pero tengan la seguridad, caballeros, de que nos enajenaría para siempre a aquéllos de sus eminentes

colegas que aún no han contestado a nuestra invitación y a quienes debemos convencer, a costa de todos nuestros esfuerzos y sacrificios, de la eficacia soberana de nuestras aguas. Sí, caballeros, la naturaleza humana nunca cambia, hay que conocerla y utilizarla. Los señores profesores Plantureau, de Larenard y Pascalis, por no citar más que a estos tres especialistas de las afecciones del estómago y del intestino, no mandarían nunca a sus enfermos, a sus clientes, a sus mejores clientes, a los más ilustres, a los príncipes y a los archiduques, a todas esas celebridades mundanas a las que deben a la vez fama y fortuna, no las mandarían nunca a curarse con el agua del manantial Mas-Roussel, del manantial Cloche o del manantial Rémusot. Porque esos clientes, y el público en general, tendrían alguna base para creer que quienes habían descubierto nuestra agua y sus propiedades terapéuticas habían sido los señores profesores Rémusot, Cloche y Mas-Roussel. No cabe duda, caballeros, de que el nombre de Gubler, con el que se bautizó el primer manantial de Châtel-Guyon, predispuso durante mucho tiempo en contra de esta estación termal, hoy próspera, a una parte al menos de los grandes médicos que hubieran podido patrocinarla desde el principio.

»Así pues, les propongo que demos, sencillamente, el nombre de mi mujer al primer manantial descubierto y el de las señoritas Oriol a los otros dos. De esta manera, tendremos los manantiales Christiane, Louise y Charlotte. Queda muy bien, resulta muy simpático. ¿Qué les parece?

Hasta el doctor Latonne fue de esa opinión, y añadió:

—En tal caso, podríamos proponer a los señores Mas-Roussel, Cloche y Rémusot que fueran los padrinos y acompañaran a las madrinas.

—Perfecto, perfecto —dijo Andermatt—. Voy corriendo a verlos y aceptarán. De eso estoy seguro. Aceptarán. Así que quedamos a las tres en la iglesia de donde saldrá la comitiva.

Y se marchó corriendo.

El marqués y Gontran lo siguieron casi al momento. Los dos Oriol, tocados con sendos sombreros de copa, echaron a andar a su vez, uno junto a otro, muy serios y muy negros por el blanco camino; y el doctor Latonne le dijo a Paul, que no había llegado hasta la víspera para asistir a la fiesta:

—Le he pedido que se quede, mi querido amigo, para enseñarle algo de lo que espero maravillas. Se trata de mi instituto médico de gimnasia automotora.

Lo tomó por el brazo y se lo llevó. Pero, nada más llegar al vestíbulo, un mozo de baños paró al médico:

—Aquí está el señor Riquier, esperando para el lavado.

El año anterior, el doctor Latonne echaba pestes de los lavados de estómago que preconizaba y practicaba el doctor Bonnefille en el centro del que era inspector. Pero los tiempos lo habían hecho cambiar de opinión, y la sonda Baraduc se había

convertido en el gran instrumento de tortura del nuevo inspector, que la introducía en todos los esófagos con pueril regocijo.

Le preguntó a Paul Brétigny:

—¿Ha visto alguna vez practicar esta sencilla operación?

—No, nunca —contestó éste.

—Entonces, venga, querido amigo. Es algo muy curioso.

Entraron en la sala de duchas, donde el señor Riquier, el hombre de la cara color ladrillo, que estaba probando aquel año los manantiales recientemente descubiertos, igual que había probado, todos los veranos, los de todas las estaciones termales incipientes, esperaba en un sillón de madera.

Cual un condenado a tormento de la Antigüedad, estaba embutido y asfixiado dentro de una especie de camisa de fuerza de hule que evitaba que le cayeran manchas y salpicaduras en la ropa; tenía el aspecto desdichado, nervioso y dolorido de los pacientes a los que acaba de operar un cirujano.

En cuanto apareció el doctor, el mozo tomó un largo tubo que, más o menos a la mitad, se dividía en tres y parecía una fina serpiente de cola bífida. Luego el hombre conectó uno de los extremos a un grifo pequeño que comunicaba con el manantial. Otro extremo lo dejó caer en un recipiente de vidrio al que irían a parar poco después los líquidos procedentes del estómago del enfermo; y el señor inspector tomó con pulso firme el tercer brazo de aquel conducto, se lo acercó a la barbilla con gesto amable al señor Riquier, se lo metió en la boca y, guiándolo hábilmente, se lo introdujo en la garganta, hundiéndolo cada vez más con el pulgar y el índice, de manera airosa y benévola, mientras repetía: «¡Muy bien, muy bien, muy bien! Va pasando, va pasando, va pasando estupendamente».

El señor Riquier, con la mirada despavorida y las mejillas violáceas, echando espuma por la boca, jadeaba, se asfixiaba, hipaba de angustia; y, aferrado a los brazos del sillón, hacía terribles esfuerzos para arrojar fuera de sí aquel bicho de caucho que se le metía por el cuerpo.

Cuando hubo tragado algo así como medio metro, el doctor dijo:

—Ya hemos llegado al fondo. Abra.

El mozo fue a abrir el grifo; y no tardó el vientre del enfermo en inflarse visiblemente, llenándose poco a poco de agua tibia del manantial.

—Tosa —decía el médico—, tosa para que se inicie la bajada.

En vez de toser, al pobre hombre le daban estertores, y lo sacudían tales convulsiones que parecía más bien a punto de quedarse sin ojos, pues se le salían de las órbitas. Luego, de repente, se oyó un leve gorgoteo en el suelo, junto al sillón. El sifón del tubo de doble conducto acababa de empezar, por fin, a funcionar; y ahora se estaba vaciando el estómago en aquel recipiente de vidrio en que el médico escudriñaba atentamente indicios de inflamación y rastros reconocibles de digestiones

mal hechas.

—¡No vuelva a comer guisantes! —decía—. ¡Ni lechuga! ¡Huy, nada de lechuga! No la digiere en absoluto. ¡Nada de fresas tampoco! ¡Se lo he dicho cien veces, nada de fresas!

El señor Riquier parecía furioso. Ahora forcejeaba sin poder hablar porque el tubo le taponaba la garganta. Pero, cuando una vez concluido el lavado, el doctor le extrajo con suma delicadeza aquella sonda de las entrañas, exclamó:

—¿Acaso tengo yo la culpa de comer a diario unas porquerías que me sientan como un tiro? ¿No debería usted vigilar los menús de su hostelero? He venido a su nuevo figón porque en el antiguo me envenenaban con comidas abominables, y en esta fonda suya de Mont-Oriol que parece un barracón estoy aún peor, ¡palabra!

El médico tuvo que tranquilizarlo y prometió, varias veces seguidas, tomar a su cargo la mesa redonda de los enfermos.

Luego volvió a coger del brazo a Paul Brétigny y, mientras lo iba guiando, le dijo:

—Éstos son los principios sumamente racionales en los que he basado mi tratamiento especial por medio de la gimnasia automotora que voy a enseñarle. Ya conoce usted mi sistema de medicina organométrica, ¿verdad? Sostengo que gran parte de nuestras enfermedades se deben exclusivamente al desarrollo excesivo de un órgano que invade el terreno del vecino, obstaculiza sus funciones y destruye en poco tiempo la armonía general del cuerpo, lo cual provoca trastornos gravísimos.

»Ahora bien, el ejercicio es, junto con las duchas y el tratamiento termal, uno de los medios más enérgicos para restablecer el equilibrio y restituir a las partes invasoras sus proporciones normales.

»Pero ¿cómo convencer a alguien para que haga ejercicio? En el hecho de andar, de montar a caballo, de nadar o de remar, no sólo interviene un esfuerzo físico considerable; interviene también, y ante todo, un esfuerzo intelectual. La mente es la que decide, conduce y sostiene el cuerpo. ¡Los hombres enérgicos son hombres que se mueven! Ahora bien, la energía reside en el alma y no en los músculos. El cuerpo obedece a la voluntad vigorosa.

»No hay ni que pensar, querido amigo, en volver valerosos a los cobardes o decididos a los débiles. Pero podemos hacer otra cosa, podemos hacer más aún, podemos suprimir el valor, suprimir la energía mental, suprimir el esfuerzo intelectual, y no dejar subsistir más que el movimiento físico. ¡Ese esfuerzo intelectual lo sustituyo con ventaja por una fuerza ajena y puramente mecánica! ¿Entiende? No, no muy bien. Vamos a entrar.

Abrió una puerta que daba a una amplia sala en la que se alineaban aparatos extraños, grandes sillones con piernas de madera, toscos caballos de abeto, tablillas articuladas, barras móviles extendidas ante sillas fijas al suelo. Y todos estos objetos estaban provistos de complicados engranajes que se movían con manivelas.

El doctor siguió diciendo:

—Fíjese. Existen cuatro ejercicios principales a los que llamaré ejercicios naturales; me estoy refiriendo a la marcha, la equitación, la natación y el remo. Cada uno de estos ejercicios contribuye al desarrollo de miembros diferentes, actúa de forma distinta. Ahora bien, aquí disponemos de los cuatro, producidos artificialmente. Basta con dejarse llevar, sin pensar en nada, y se puede correr, montar a caballo, nadar o remar durante una hora sin que intervenga la mente ni lo más mínimo en este trabajo puramente muscular.

En aquel momento entraba el señor Aubry-Pasteur, y tras él, un hombre que, al ir remangado, lucía unos vigorosos bíceps. El ingeniero había seguido engordando. Caminaba jadeante, con los muslos separados y los brazos alejados del cuerpo.

El doctor dijo:

—Va usted a comprenderlo *de visu*.

Y dirigiéndose a su enfermo:

—Bien, querido señor, ¿qué vamos a hacer hoy? ¿Marcha o equitación?

El señor Aubry-Pasteur, que estaba dándole un apretón de manos a Paul, contestó:

—Quiero un poco de marcha sentada. Me cansa menos.

El señor Latonne siguió diciendo:

—Tenemos, efectivamente, la marcha sentada y la marcha de pie. La marcha de pie es más eficaz, pero también bastante más penosa. La consigo por medio de unos pedales a los que hay que subirse y que hacen que las piernas se muevan mientras se mantiene el equilibrio agarrándose a unas anillas sujetas a la pared. Pero ahora va a ver la marcha sentada.

El ingeniero se había dejado caer en un sillón basculante, y colocó las piernas en unas de madera con articulaciones móviles, que estaban unidas al asiento. Le ataron con correas los muslos, las pantorrillas y los tobillos, de modo que no pudiera realizar ningún movimiento voluntario; luego, el hombre remangado, asiendo la manivela, empezó a darle vueltas con todas sus fuerzas. El sillón se balanceó primero como una hamaca, a continuación se pusieron en movimiento las piernas, estirándose y encogiéndose, yendo y viniendo a gran velocidad.

—Está corriendo —dijo el doctor, quien ordenó—: Despacio, vaya al paso.

El hombre, aminorando la velocidad, le impuso al grueso ingeniero una marcha sentada más lenta, que le descomponía de manera cómica todos los movimientos del cuerpo.

En éstas, llegaron otros dos enfermos, ambos muy gruesos y seguidos también por dos mozos con los brazos al aire.

Los subieron a sendos caballos de madera que, al ponerse en marcha, empezaron en el acto a saltar sin moverse del sitio, zarandeando a sus jinetes de forma tremenda.

—Al galope —gritó el doctor. Y las monturas artificiales, brincando como olas,

zozobrando como barcos, cansaron tanto a ambos pacientes que éstos se pusieron a gritar a un tiempo, con voz jadeante y plañidera: «¡Basta! ¡Basta! ¡No puedo más! ¡Basta!».

El médico ordenó: «¡Paren!» y añadió a continuación:

—Descansen un poco. Y vuelvan a empezar dentro de cinco minutos.

Paul Brétigny, que reventaba de ganas de reír, comentó que los jinetes no parecían acalorados, mientras que quienes daban vueltas a las manivelas estaban sudando.

—¿No valdría más —decía— que invirtiera usted los papeles?

El doctor contestó muy serio:

—No, en absoluto, querido amigo. No hay que confundir el ejercicio con el cansancio. El movimiento del hombre que le da vueltas a la manivela es perjudicial, mientras que el movimiento del que camina o del que cabalga es buenísimo.

Paul se fijó en una silla de montar femenina.

—Sí —dijo el médico—, las tardes quedan reservadas para las señoras. A los hombres no se los admite pasadas las doce. Venga a ver la natación en seco.

Un sistema de tablillas móviles atornilladas entre sí por los extremos y el centro, que se estiraban formando rombos y se encogían formando cuadrados, como ese juguete infantil que lleva clavados unos soldaditos, permitía encoger y estirar las extremidades de tres nadadores a la vez.

El doctor decía:

—No necesito encomiarle las ventajas de la natación en seco, que no moja el cuerpo más que de sudor y no expone, en consecuencia, a nuestro bañista imaginario a ningún accidente reumático.

Pero vino a buscarlo un mozo con una tarjeta en la mano.

—El duque de Ramas, querido amigo, tengo que dejarlo. Discúlpeme.

Una vez que Paul se quedó solo, se volvió por donde había venido. Los dos jinetes trotaban de nuevo. El señor Aubry-Pasteur seguía caminando; y los tres auverneses jadeaban, con los brazos y la espalda rendidos de tanto sacudir a sus clientes. Parecía que estaban moliendo café.

Al salir, Brétigny vio al doctor Honorat que contemplaba, junto con su mujer, los preparativos de la fiesta. Se pusieron a hablar con los ojos alzados hacia las banderas que aureolaban la colina.

—¿Es de la iglesia de donde sale la comitiva? —preguntó la esposa del médico.

—Sí, de la iglesia.

—¿A las tres?

—A las tres.

—¿Asistirán los señores profesores?

—Sí. Acompañarán a las madrinas.

A continuación lo pararon las señoras Paille. Y luego los Monécu, padre e hija.

Pero, como tenía que almorzar mano a mano con su amigo Gontran en el *Café del Casino*, subió dando un paseo. Paul, que había llegado la víspera, llevaba un mes sin ver a solas a su amigo, y quería contarle muchas historias frívolas, historias de faldas y de garitos.

Se habían quedado charlando hasta las dos y media y Petrus Martel los avisó de que todo el mundo iba a la iglesia.

—Vamos a buscar a Christiane —dijo Gontran.

—Vamos —dijo también Paul.

La encontraron de pie en la escalinata del nuevo hotel. Tenía las mejillas chupadas, el rostro con paño de las mujeres encintas; y la cintura muy deformada anunciaba un embarazo de por lo menos seis meses.

—Los estaba esperando —dijo—. William ha ido por delante. Tiene tanto que hacer hoy.

Alzó una mirada llena de ternura hacia Paul Brétigny y lo cogió del brazo.

Echaron a andar despacio, evitando las piedras. Christiane iba repitiendo:

—¡Qué torpe estoy! ¡Qué torpe estoy! Ya no sé andar. ¡Me da tanto miedo caerme!

Paul no contestaba y la sujetaba cuidadosamente, intentando no tropezarse con esa mirada que ella volvía constantemente hacia él. Una densa muchedumbre los esperaba a la puerta de la iglesia.

Andermatt gritó:

—¡Por fin! ¡Por fin! ¡Dense prisa! Miren, éste es el orden: dos monaguillos, dos chantres con sobrepelliz, la cruz, el agua bendita, el sacerdote, luego Christiane con el señor profesor Cloche, la señorita Louise con el señor profesor Rémusot y la señorita Charlotte con el señor profesor Mas-Roussel. Detrás, el consejo de administración, el cuerpo médico y luego el público. ¿Han entendido? ¡Adelante!

Los eclesiásticos salieron en ese momento de la iglesia y se pusieron a la cabeza de la procesión. A continuación, un caballero alto de cabello blanco peinado hacia atrás, el clásico sabio según los cánones, se acercó a la señora Andermatt haciéndole una profunda reverencia.

Cuando se hubo enderezado, echó a andar a su lado, con la cabeza al aire para lucir la hermosa y científica cabellera, con el sombrero dándole en el muslo y el mismo aspecto imponente que si hubiera aprendido en la Comedia Francesa a caminar y a lucir ante el vulgo la escarapela de la Legión de Honor, demasiado grande para un hombre modesto.

Iba diciendo:

—Su esposo me estaba hablando de usted hace un rato, y de su estado, que le inspira una tierna preocupación. Me ha contado las dudas y vacilaciones que tiene usted sobre el momento probable del alumbramiento.

Ella se había puesto colorada hasta la raíz del pelo y murmuró:

—Sí, creí que era madre mucho antes de serlo. Ahora ya no sé... ya no sé...

Balbuceaba muy avergonzada. Tras ellos, una voz iba diciendo:

—Esta estación termal tiene muchísimo porvenir. Ya estoy consiguiendo unos resultados sorprendentes.

Era el profesor Rémusot, que se dirigía a su acompañante, Louise Oriol. Era bajo, con el cabello amarillo y mal peinado, una levita mal cortada, y el aspecto desaseado del sabio mugriento.

El profesor Mas-Roussel, que iba dando el brazo a Charlotte Oriol, era un médico guapo, sin barba ni bigote, sonriente, pulcro, con alguna que otra cana, un poco grueso, y cuya bondadosa cara afeitada no se parecía ni a la de un sacerdote ni a la de un actor, a diferencia de lo que le sucedía al doctor Latonne. Detrás, con Andermatt a la cabeza, venía el consejo de administración en el que sobresalían los gigantescos sombreros de los dos Oriol.

Tras ellos, caminaba toda una caterva de sombreros de copa, el cuerpo médico de Enval, en el que faltaba el doctor Bonnefille, sustituido, por lo demás, por dos nuevos médicos: el doctor Black, un anciano muy bajito, casi un enano, cuya excesiva devoción había sorprendido a la comarca entera desde el día en que llegó, y un joven muy apuesto, muy presumido, tocado con un sombrero pequeño, el doctor Mazelli, un italiano ligado a la persona del duque de Ramas, aunque otros decían que a la persona de la duquesa.

Y, en pos de ellos, el público, una enorme cantidad de público, bañistas, campesinos y habitantes de las vecinas ciudades. La bendición de los manantiales duró muy poco. El padre Litre los hisopeó uno tras otro, lo que hizo decir al doctor Honorat que el cloruro de sodio iba a incrementar sus propiedades. Luego todas las personas expresamente invitadas pasaron a la gran sala de lectura, donde se servía un ágape.

Paul le estaba diciendo a Gontran:

—¡Qué guapas se han puesto las hijas de Oriol!

—¡Son un encanto, querido amigo!

—¿No han visto al señor presidente? —les preguntó de pronto a los jóvenes el vigilante que había sido carcelero.

—Sí, está en aquel rincón.

—Es que el tío Clovis está arremolinando a la gente a la entrada.

Según iba a los manantiales para bendecirlos, la procesión había desfilado ya por delante del viejo inválido, curado el año anterior, que ahora estaba más parálítico que nunca. Paraba a los forasteros por los caminos, preferentemente a los recién llegados, para contarles su historia:

—Las *aguash eshtas, shaben*, no valen para nada; curan, *esho shí*, pero luego va

uno para *atrásh* y *she* queda peor que *antesh*. Yo *lash piemash lash* tenía *imposhiblesh*; y ahora, con la cura, lo que tengo *imposhiblesh shon losh brazosh*. Y *lash piemash*, como de hierro, pero de hierro que habría que cortarlo, que de doblarlo, nada.

Andermatt, muy contrariado, lo había denunciado al juez por daños a las aguas de Mont-Oriol e intento de chantaje, para conseguir que lo metieran en la cárcel. Pero no había conseguido que lo condenaran ni taponarle la boca.

En cuanto lo hubieron informado de que el viejo andaba dándole a la lengua a la entrada del balneario, corrió a hacerlo callar.

Al borde de la carretera principal, en medio de una aglomeración, oyó voces airadas. La gente se apretujaba para oír y ver. Unas señoras preguntaban: «¿Qué pasa?». Unos hombres contestaban: «Es un enfermo al que han rematado las aguas de aquí». Otros creían que acababan de atropellar a un niño. También se hablaba de un ataque de epilepsia que le había dado a una pobre mujer.

Andermatt se abrió paso a través de la muchedumbre como él sabía hacerlo, desplazando con fuerza por entre las tripas de los demás la propia tripa, pequeña y redonda. «Es la prueba —decía Gontran— de que las bolas valen más que los pinchos».

El tío Clovis, sentado en la cuneta, se lamentaba de sus desgracias, contaba sus sufrimientos, lloriqueando, mientras que, de pie ante él y separándolo del público, los dos Oriol, exasperados, lo insultaban y amenazaban a voz en cuello:

—No *esh* verdad —gritaba Coloso—, *esh* un *embushtero*, un holgazán, un furtivo que *she pasea lash nochesh* corriendo por el *boshque*.

Pero el viejo, sin inmutarse, repetía con vocecilla chillona que se oía pese a las vociferaciones de los dos hombres:

—Me han matado, *sheñoresh*, me han matado con *shu* agua. Me bañaron a la fuerza el año *pashado*. ¡Y miren cómo *eshtoy* ahora, miren cómo *eshtoy*!

Andermatt impuso silencio a todo el mundo, e inclinándose hacia el inválido, le dijo mirándolo a los ojos:

—Si está usted peor, la culpa es suya, ¿se entera? Pero si me hace caso, yo le garantizo que se curará con quince o veinte baños como mucho. Venga a verme dentro de una hora al balneario, cuando se haya ido todo el mundo, y lo arreglaremos, abuelo. Mientras tanto, a callar.

El viejo había entendido. Dejó de hablar y luego, tras un silencio, contestó:

—Por intentarlo, que no quede. *Veremosh*.

Andermatt tomó del brazo a los dos Oriol y se los llevó a toda prisa, mientras que el tío Clovis se quedaba tumbado en la hierba entre sus dos muletas, al borde de la carretera, guiñando los ojos bajo el sol.

La muchedumbre, intrigada, se apiñaba a su alrededor. Unos señores le hacían

preguntas; pero él ya no contestaba, como si no oyera o no entendiera; y, cuando se hartó de aquella curiosidad, ahora inútil, se puso a cantar a voz en cuello, con voz tan desafinada como chillona, una interminable e incomprensible canción en el dialecto de la región.

Y la muchedumbre fue dispersándose poco a poco. Sólo unos cuantos niños permanecieron un buen rato ante él, contemplándolo con el dedo en la nariz.

Christiane, rendida, se había retirado a descansar; Paul y Gontran se paseaban por el nuevo parque, entre los visitantes. De repente, vieron a la compañía de actores, que también había abandonado el antiguo Casino para ligarse a la naciente fortuna del nuevo.

La señorita Odelin, que se había vuelto muy elegante, paseaba del brazo de su madre, que ahora se daba mucha importancia. El señor Petitnivelle, del Vaudeville, parecía muy solícito con las damas, a las que seguía el señor Lapalme, del Gran Teatro de Burdeos, conversando con los músicos, que eran los de siempre, el maestro Saint-Landri, el pianista Javel, el flautista Noirot y el contrabajista Nicordi.

Al ver a Paul y a Gontran, Saint-Landri corrió hacia ellos. Durante el invierno le había puesto música a una obrita, y ésta se había representado en un diminuto teatro muy poco céntrico; pero los periodistas no la habían puesto mal, y, ahora, trataba con desdén a los señores Massenet, Reyer y Gounod.

Tendió ambas manos con impulso benevolente y contó en el acto la discusión que había tenido con los músicos de la orquesta que dirigía:

—Sí, querido amigo, los compositores de melopeas de la vieja escuela están más que acabados. La época de los que escribían melodías está completamente pasada de moda. Eso es lo que no se quiere entender.

»La música es un arte nuevo. Las melodías no son más que el balbuceo de la música. Los oídos ignorantes sienten preferencia por las cantinelas, igual que los niños y los salvajes. Añadiré que a los oídos del pueblo o del público ingenuo, a los oídos simples, siempre les agradarán las cancioncillas, las coplas, vamos. Los divierten, como se divierten los parroquianos de los cafés concierto.

»Voy a hacer una comparación para que se me entienda bien. La mirada del patán disfruta con los colores fuertes y los cuadros chillones, la mirada del burgués culto, pero no artista, disfruta con los matices gratos y pedantes y con los temas que enternecen; pero la mirada del artista, la mirada exquisita, gusta, comprende, distingue las imperceptibles modulaciones de un mismo tono, los acordes misteriosos de los matices que los demás no ven.

»Lo mismo ocurre con la literatura: a los porteros les gustan las novelas de aventuras, a los burgueses las novelas que los conmueven, y a quienes son verdaderamente cultos sólo les gustan los libros con arte, incomprensibles para los demás.

»Cuando un burgués me habla de música, me dan ganas de matarlo. Y, cuando es en la ópera, le pregunto: "¿Es usted capaz de decirme si el tercer violín ha desafinado en la obertura del tercer acto? —No. —Entonces cállese". No tiene usted oído. El hombre que, en una orquesta, no oye a un tiempo el conjunto y todos los instrumentos por separado no tiene oído y no es músico. ¡Eso es todo! ¡No hay más que hablar!».

Giró sobre un talón y siguió diciendo:

—Para un artista, toda la música está en un acorde. ¡Ay, querido amigo, algunos acordes me enloquecen, me impregnan el cuerpo entero de una oleada de felicidad indecible! Ahora tengo el oído tan ejercitado, tan acostumbrado, tan maduro, que llego a gustar hasta de determinados acordes desafinados, como un buen conocedor cuya madurez de gusto alcanza la depravación. Estoy empezando a convertirme en un ser corrompido que persigue las sensaciones extremas del oído. ¡Sí, amigos míos, algunas notas desafinadas proporcionan un placer...! ¡Qué perverso y profundo placer! ¡Cómo turban, cómo fustigan los nervios, cómo rascan el oído, cómo rascan...! ¡Cómo rascan...!

Se frotaba las manos con arrobamiento, y canturreó:

—Ya escucharán mi ópera, mi ópera, mi ópera. Ya escucharán mi ópera.

Gontran dijo:

—¿Está usted escribiendo una ópera?

—Sí, estoy acabándola.

Pero las voces de mando de Petrus Martel resonaban:

—¿Me ha entendido bien? ¡Quedamos en que cuando vea el cohete amarillo empieza!

Estaba dando órdenes para los fuegos artificiales. Se reunieron con él y explicó qué disposiciones había tomado, indicando con el brazo tendido, como si amenazara a una flota enemiga, unas estacas de madera blanca que había en la montaña, más arriba de la hoz, al otro lado del valle.

—Allí es donde los van a quemar. Le estaba diciendo al artificiero que estuviera en su puesto a partir de las ocho y media. En cuanto acabe la función, le daré la señal desde aquí con un cohete amarillo, y entonces encenderá la primera traca.

Apareció el marqués:

—Voy a beber un vaso de agua —dijo.

Paul y Gontran lo acompañaron y volvieron a bajar la colina. Al llegar al balneario, vieron al tío Clovis que entraba en él, sostenido por los dos Oriol, seguido de Andermatt y del doctor; cada vez que le arrastraban las piernas por el suelo, se retorció de dolor.

—Vamos a entrar —dijo Gontran—, seguro que resulta divertido.

Sentaron al inválido en un sillón, y a continuación Andermatt le dijo:

—Esto es lo que le propongo, so granuja. Va usted a curarse inmediatamente tomando dos baños diarios. Y le daré doscientos francos en cuanto ande...

El paralítico empezó a quejarse:

—*Esh* que mire *ushted*, caballero, tengo *lash piernash* como de hierro.

Andermatt lo hizo callar y siguió diciendo:

—Atienda... Le daré doscientos francos más todos los años mientras viva... ¿me oye?... mientras viva, si sigue notando el saludable efecto de nuestras aguas.

El viejo se quedó pensativo. La curación permanente iba en contra de todos sus planes de existencia.

Dijo titubeante:

—Pero, cuando... cuando *eshté* cerrado el *shitio eshte*... si me vuelve a dar... yo... qué le voy a hacer... porque *eshtarán cerradash*... *eshtash aguash de ushtedesh*...

El doctor Latonne lo interrumpió; y, volviéndose hacia Andermatt, dijo:

—¡Perfecto...! ¡Perfecto...! Lo curaremos todos los años, vale más; así se demostrará la necesidad del tratamiento anual, se demostrará que es indispensable volver. ¡Perfecto, de acuerdo! Pero el viejo repetía de nuevo:

—*Eshta* vez no va a *reshultar* fácil, *caballerosh*. Tengo *lash piemash* como de hierro, como *barrash* de hierro...

En la mente del doctor estaba germinando una idea nueva:

—Si le diera unas cuantas sesiones de marcha sentada —dijo—, se aceleraría el efecto de las aguas. Hay que intentarlo.

—Muy bien pensado —contestó Andermatt, quien añadió—: Ahora, tío Clovis, váyase y no se olvide de lo acordado.

El viejo se fue, sin dejar de quejarse; y, como estaba cayendo la tarde, todos los administradores de Mont-Oriol se fueron a cenar, pues la función teatral estaba anunciada para las siete y media.

Se celebraba en la gran sala del nuevo Casino, donde cabían mil personas.

A partir de las siete, se fueron presentando los espectadores que no tenían asientos numerados.

A las siete y media la sala estaba llena y se alzó el telón para dar paso a un *vaudeville* en dos actos que precedía a la opereta de Saint-Landri, interpretada por cantantes que Vichy había cedido para el acontecimiento.

A Christiane, en primera fila entre su padre y su marido, la afectaba mucho el calor.

No dejaba de decir:

—¡No puedo más! ¡No puedo más!

Después del *vaudeville*, cuando empezó la opereta, estuvo a punto de sufrir una indisposición, y, volviéndose a su marido:

—Querido Will —dijo—, no voy a tener más remedio que salirme. ¡Me ahogo!

Para el banquero era una contrariedad. Tenía sumo empeño en que la fiesta fuera un éxito de principio a fin, sin ningún tropiezo. Contestó:

—Intenta aguantar todo lo que puedas, te lo ruego. Si te fueras, lo echarías todo a perder. Tendrías que atravesar toda la sala.

Pero Gontran, que estaba sentado detrás de ella con Paul, lo había oído todo. Se inclinó hacia su hermana:

—¿Tienes mucho calor? —dijo.

—Sí, estoy asfixiada.

—Bueno. Espera. Ya verás qué risa.

Cerca, había una ventana. Se deslizó hacia ella, se subió a una silla y saltó fuera sin que casi nadie se diera cuenta.

Luego entró en el café completamente vacío, metió la mano debajo del mostrador donde había visto a Petrus Martel esconder el cohete de la señal, se apoderó de él, corrió a esconderse en un macizo y, a continuación, lo encendió.

El raudo cohete amarillo echó a volar hacia las nubes describiendo una curva y lanzando a través del cielo una prolongada lluvia de gotas de fuego.

Casi en el acto estalló una formidable detonación en la montaña vecina y se diseminó por la oscuridad un haz de estrellas.

Alguien gritó en la sala de espectáculos, donde vibraban los acordes de Saint-Landri:

—¡Han empezado los fuegos artificiales!

Los espectadores más cercanos a las puertas se levantaron bruscamente para ver si era verdad y salieron con paso rápido. Todos los demás volvieron los ojos hacia las ventanas, pero no vieron nada, pues éstas daban a la Limagne.

La gente preguntaba:

—¿Es verdad? ¿Es verdad?

La impaciente muchedumbre bullía, ávida sobre todo de diversiones sencillas.

Una voz anunció desde fuera:

—Es verdad, han empezado.

Entonces, en un santiamén, toda la sala de puso en pie. La gente se abalanzaba hacia las puertas, se atropellaba, decía a voces a quienes obstruían la salida: «¡Dense prisa, vamos, dense prisa!».

No tardó todo el mundo en estar en el parque. Sólo Saint-Landri, exasperado, seguía marcando el compás ante una orquesta distraída. Y allá lejos, las girándulas sucedían a las candelas romanas, entre detonaciones.

De repente, un vozarrón gritó por tres veces con furia: «¡Paren, voto a bríos! ¡Paren, voto a bríos! ¡Paren, voto a bríos!».

Y, al encenderse en ese momento en el monte unas enormes bengalas que

iluminaban, de rojo a la derecha, de azul a la izquierda, las grandes peñas y los árboles, la gente vio, de pie en uno de los jarrones de mármol de imitación que decoraban la terraza del Casino, a Petrus Martel desesperado, sin sombrero, con los brazos en alto, gesticulando y vociferando.

Luego, al apagarse la gran claridad, ya nadie vio nada a no ser las estrellas de verdad. Pero al instante prendieron otro castillo, y Petrus Martel, bajando de un salto, exclamó: «¡Qué desastre! ¡Qué desastre! ¡Dios mío, qué desastre!».

Y pasaba por entre la muchedumbre haciendo gestos trágicos, dando puñetazos al vacío, pataleando de rabia, sin dejar de repetir: «¡Qué desastre, Dios mío, qué desastre!».

Christiane se había cogido del brazo de Paul para ir a sentarse al aire libre, y miraba encantada los cohetes que subían por los aires.

Su hermano llegó de repente y dijo:

—¿Verdad que lo he hecho muy bien? ¿A que tiene gracia?

Ella murmuró:

—¿Cómo? ¿Has sido tú?...

—Pues claro que he sido yo. Ésta sí que es buena, ¿eh?

Ella se echó a reír, pues, efectivamente, le hacía mucha gracia. Pero ya llegaba Andermatt desconsolado. No comprendía a quién podía habersele ocurrido aquella jugarreta. Alguien había robado el cohete de debajo del mostrador para hacer la señal convenida. ¡Semejante infamia no podía venir más que de un emisario de la antigua Sociedad, de un agente del doctor Bonnefille!

Y repetía:

—Es desolador, francamente desolador. ¡Ahí tienen dos mil trescientos francos de fuegos artificiales despilfarrados, totalmente despilfarrados!

Gontran replicó:

—No, querido cuñado, haciendo bien las cuentas, las pérdidas no se elevan más que a la cuarta, digamos a la tercera parte, si quiere; es decir, a setecientos sesenta y seis francos. Sus invitados habrán disfrutado, por lo tanto, de mil quinientos treinta y cuatro francos de cohetes. La verdad, no está mal.

La rabia del banquero se volvió contra su cuñado. Lo tomó bruscamente del brazo y le dijo:

—Con usted tengo que hablar en serio. Puesto que está aquí, vamos a dar una vuelta por los paseos. No nos llevará más de cinco minutos, además.

Volviéndose a continuación hacia Christiane, le dijo:

—La dejo al cuidado de nuestro amigo Brétigny, querida; pero no se quede mucho rato al aire libre, cuídese. Podría coger frío, ya sabe. ¡Tenga cuidado, tenga cuidado!

Ella contestó:

—No se preocupe, amigo mío.

Y Andermatt se llevó a Gontran.

En cuanto estuvieron a solas, algo alejados de la multitud, el banquero se detuvo.

—De lo que quiero hablarle, querido cuñado, es de su situación financiera.

—¿De mi situación financiera?

—¡Sí! ¿Conoce usted su situación financiera?

—No. Pero usted sí que debe de conocerla, puesto que me presta dinero.

—¡Pues sí, yo sí que la conozco! Y por eso le hablo de ella.

—Me parece que no es éste precisamente el momento más apropiado... ¡En plenos fuegos artificiales!

—El momento es, por el contrario, de lo más apropiado. No le estoy hablando en plenos fuegos artificiales, sino antes del baile...

—¿Antes del baile?... No entiendo.

—Bueno, ya entenderá. Su situación es la siguiente: no tiene nada más que deudas; y nunca tendrá nada más que deudas...

Gontran replicó muy serio:

—Me lo está diciendo de una manera un poco cruda.

—Sí, porque es necesario. Escuche: se ha comido la parte de fortuna que le correspondía de su madre. Vamos a olvidarnos de ella.

—Vamos a olvidarnos.

—En cuanto a su padre, posee treinta mil francos de renta, es decir, un capital de unos ochocientos mil francos. A usted le corresponderá, pues, más adelante, una herencia de cuatrocientos mil francos. Ahora bien, a mí me debe ciento noventa mil francos. Y además, les debe usted a unos usureros...

Gontran murmuró con altivez:

—Diga más bien a unos judíos.

—De acuerdo, a unos judíos, aunque entre ellos haya un mayordomo de la parroquia de San Sulpicio que ha utilizado a un sacerdote como intermediario entre él y usted, pero no voy a buscarle tres pies al gato por tan poca cosa... Así que debe a distintos usureros, israelitas o católicos, más o menos otro tanto... Digamos ciento cincuenta mil, tirando por lo bajo. Eso supone un total de trescientos cuarenta mil francos; para pagar los intereses pide más préstamos, salvo en lo que a mí se refiere, que no me paga en absoluto.

—Eso es cierto —dijo Gontran.

—Entonces ya no le queda nada.

—Nada, en efecto... más que mi cuñado.

—Su cuñado, que está harto de prestarle dinero.

—¿Entonces?

—Entonces, querido amigo, el campesino más pobre de los que viven en esas

chozas, allá a lo lejos, es más rico que usted.

—Sí señor... ¿algo más?

—Algo más... algo más... pues que si su padre muriera mañana, no le quedaría más remedio para ganarse el pan, para ganarse el pan, se entera, que aceptar un puesto de empleado en mi casa. Y eso no sería más que un medio de disfrazar la pensión que yo iba a pasarle.

Gontran dijo con tono irritado:

—Querido William, estas cosas me aburren. Y además, las sé tan bien como usted, y, se lo repito, no es el momento más apropiado para recordármelas con... con... tan poca diplomacia...

—Permita, déjeme acabar. No puede salir de esta situación más que por medio de una boda. Pero usted es un partido deplorable, a pesar de que su apellido, aunque no sea ilustre, suene bien. Pero, en fin, no es de éstos que una heredera, ni siquiera una heredera israelita, paga con una fortuna. Así que hay que encontrarle una mujer aceptable y rica, lo que no resulta muy fácil...

Gontran lo interrumpió:

—Más vale que me diga sin rodeos de quién se trata.

—De acuerdo: de una de las hijas del tío Oriol, a su elección. Y ésa es la razón de que le hable de ello antes del baile.

—Ahora explíquese más ampliamente —siguió diciendo Gontran con frialdad.

—Es muy sencillo. Ya ve el éxito que he conseguido, desde el principio, con esta estación termal. Ahora bien, si tuviera, o más bien, si tuviéramos todas las tierras que siguen siendo del paleta astuto ese, las convertiría en oro. Por no hablar más que de los viñedos que se extienden desde el balneario hasta el hotel y desde el hotel hasta el casino, yo, Andermatt, daría un millón por ellos mañana mismo. Ahora bien, esos viñedos y los demás, los que hay alrededor del montículo, serán las dotes de las hijas. El padre en persona me lo estaba diciendo hace un rato, tal vez no sin intención. Bueno, pues... si quisiera, podríamos hacer un gran negocio los dos...

Gontran, que parecía estar meditando, murmuró:

—Es posible. Me lo pensaré.

—Piénselo, querido cuñado. Y no olvide que no hablo nunca más que de cosas muy seguras, tras haberles dado muchas vueltas, y cuando conozco todas las consecuencias posibles y todas las ventajas ciertas.

Pero Gontran, alzando un brazo, exclamó como si acabara de olvidar bruscamente cuanto le había dicho su cuñado:

—¡Mire! ¡Qué bonito!

Resplandecía la traca final que representaba un palacio de ascuas, sobre el que, en una flameante bandera, se leía *Mont-Oriol* en letras de fuego, completamente rojas, y frente a ella, por encima de la llanura, la luna, roja también, parecía haber salido para

contemplar ese espectáculo. Pero, cuando el palacio, tras haber ardido durante unos cuantos minutos, estalló como un barco que explota, proyectando por todo el cielo astros de fantasía que estallaban a su vez, sólo permaneció la luna, tranquila y redonda en el horizonte.

El público aplaudía a rabiar y gritaba: «¡Hurra! ¡Bravo! ¡Bravo!».

Andermatt dijo de pronto:

—Vamos a abrir el baile, querido amigo. ¿Quiere bailar frente a mí la primera contradanza?

—Claro que sí, por supuesto, querido cuñado.

—¿A quién tiene la intención de invitar? Yo me he comprometido con la duquesa de Ramas.

Gontran contestó con aire indiferente:

—Yo invitaré a Charlotte Oriol.

Subieron. Al pasar por delante del sitio en que se había quedado Christiane con Paul Brétigny, ya no los vieron.

William murmuró:

—Ha seguido mi consejo y ha ido a acostarse. Estaba muy cansada hoy.

Y fue hacia el salón de baile, que el servicio había preparado durante los fuegos artificiales.

Pero Christiane no se había retirado a su habitación como pensaba su marido.

Nada más verse a solas con Paul, le había dicho muy bajito apretándole la mano.

—Al fin has venido, llevo un mes esperándote. Todas las mañanas me preguntaba: «¿Será hoy cuando lo vea? ...». Y todas las noches me decía: «¿Será mañana? ...». ¿Por qué has tardado tanto, amor mío?

Él contestó molesto:

—He tenido ocupaciones, asuntos.

Ella se arrimaba a él murmurando:

—No estaba bien que me dejaras aquí sola con ellos, sobre todo en mi estado.

Él apartó un poco la silla y dijo:

—Ten cuidado, podrían vernos. Estos cohetes lo iluminan todo.

A ella le traía sin cuidado. Replicó:

—¡Te quiero tanto!

Y luego añadió estremeciéndose de alegría:

—¡Ay! ¡Qué feliz soy, qué feliz de que volvamos a estar juntos aquí! ¿Te das cuenta? ¡Paul, qué alegría! ¡Cuánto vamos a seguir amándonos!

Suspiró con voz tan débil que parecía un soplo:

—Tengo unas ganas locas de besarte, locas... sí... locas. ¡Hace tanto que no te veo!

Y luego, súbitamente, con una energía violenta de mujer apasionada a la que todo

debe doblegarse, le dijo:

—Escucha, quiero... lo oyes... ¡quiero ir contigo ahora mismo al sitio donde nos despedimos el año pasado! ¿Te acuerdas, en la carretera de La Roche-Pradière?

Él contestó estupefacto:

—Pero eso es una locura, no puedes andar más. ¡Has estado de pie todo el día! Es una locura y no lo permitiré.

Ella se había levantado y repitió:

—Pues yo quiero ir. Si no me acompañas, iré sola.

Y señalándole la luna que salía:

—¡Mira, era una noche exactamente igual! ¿Te acuerdas de cómo besabas mi sombra?

Él la sujetaba:

—Christiane... escucha... es ridículo... Christiane.

Ella no contestaba y se encaminaba a la cuesta que conducía a los viñedos. Él conocía aquella voluntad tranquila que nada podía desviar, la grácil terquedad de aquellos ojos azules, de aquella cabecita rubia, que no se detenía ante ningún obstáculo; y la cogió del brazo para sostenerla por el camino.

—¿Y si nos vieran, Christiane?

—No decías eso el año pasado. Y además, todo el mundo está en la fiesta. Antes de que se hayan dado cuenta de que nos hemos ido, estaremos de vuelta.

No tardaron en tener que subir por el camino pedregoso. Ella jadeaba y se apoyaba en él con todas sus fuerzas. Y a cada paso, decía:

—¡Qué bueno es, qué bueno es, qué bueno es sufrir así!

Él se detuvo y quiso dar marcha atrás. Pero ella no le hacía caso:

—No, no. Si soy feliz. Tú no puedes entenderlo. Fíjate... lo siento moverse... a nuestro hijo... a tu hijo... ¡Qué felicidad!... Trae la mano... Mira... ¿lo sientes tú?

No se daba cuenta de que aquel hombre era de la raza de los amantes y no de la raza de los padres. Desde que sabía que estaba embarazada, se alejaba y se hastiaba de ella a su pesar. Antaño, había repetido a menudo que cuando una mujer ha cumplido una función reproductora no es ya digna de amor. Lo que le exaltaba la ternura era ese echar a volar de dos corazones hacia un ideal inaccesible, esa unión de dos almas inmateriales, era todo lo artificial y lo irrealizable que le ponen los poetas a la pasión. En la mujer de carne, adoraba a la Venus cuyo sagrado flanco había de conservar siempre la forma pura de la esterilidad. Pensar en un ser en miniatura nacido de él, en esa larva humana que se movía dentro de aquel cuerpo que ya había mancillado y privado de su belleza le inspiraba una repulsión casi insuperable. La maternidad convertía a aquella mujer en un animal. Había dejado de ser la criatura excepcional, adorada y soñada, y ahora era el ser irracional que engendra a su raza. Y con aquel asco que sentía su mente se mezclaba también una repugnancia física.

¿Cómo iba a darse cuenta y a adivinarlo ella, siendo así que cada movimiento del hijo deseado la unía aún más a su amante? Aquel hombre al que adoraba, al que había ido amando cada día un poco más desde el momento del primer beso, no sólo le había llegado a lo hondo del corazón sino también a lo hondo del cuerpo, donde había sembrado su propia vida, que iba a salir de aquel cuerpo hecha niño. Sí, lo llevaba allí, bajo las manos cruzadas, a su buen, a su querido, a su tierno, a su único amigo, que le había vuelto a nacer en las entrañas por obra y gracia del misterio de la naturaleza. Y lo amaba doblemente, ahora que lo tenía dos veces, que tenía al grande y al pequeño aún desconocido, al que veía, al que tocaba, al que besaba, al que oía hablar, y al que sólo podía sentir moverse bajo la piel.

Habían llegado a la carretera.

—Aquella noche me estabas esperando allí —le dijo.

Y le ofreció los labios. Él los besó sin contestar, con un beso frío.

Por segunda vez susurró ella:

—¿Recuerdas cómo me besabas por el suelo? Estábamos así, mira.

Y, con la esperanza de que volviera a hacerlo, echó a correr para alejarse de él. Luego se detuvo, jadeante, y esperó, de pie en medio de la carretera. Pero la luna, que le alargaba la silueta por el suelo, dibujaba el abultamiento del vientre deformado. Y Paul, mirando a sus pies la sombra de aquel embarazo, permanecía inmóvil frente a ella, herido en su pudor de poeta, exasperado por que ella no notara, no adivinara sus pensamientos, por que no tuviera suficiente coquetería, suficiente tacto e intuición femenina para captar todos esos matices que hacen que las circunstancias sean diferentes; y le dijo con voz impaciente:

—Vamos, Christiane, estas niñerías son ridículas.

Ella volvió a su lado, turbada, triste, con los brazos abiertos, y se arrojó contra su pecho:

—¡Ay, me quieres menos! ¡Lo noto! ¡Estoy segura!

Él sintió lástima, le cogió la cabeza y le puso en los párpados dos prolongados besos.

Luego regresaron en silencio. A él no se le ocurría nada que decirle; y como se apoyaba en él, rendida de cansancio, aligeraba el paso para dejar de notar en la cadera el roce de aquella cintura abultada.

Al llegar cerca del hotel, se separaron y ella subió a su habitación.

La orquesta del Casino estaba tocando y Paul fue a ver el baile. Era un vals, todo el mundo estaba bailando el vals: el doctor Latonne con la señora Paille, la hija, Andermatt con Louise Oriol, el apuesto doctor Mazelli con la duquesa de Ramas y Gontran con Charlotte Oriol. Le hablaba al oído con ese aire tierno que indica que ha empezado el cortejo; y ella sonreía tras el abanico, se sonrojaba, parecía encantada.

Paul oyó tras de sí:

—Vaya, vaya, el señor de Ravenel galanteando a mi clienta.

Era el doctor Honorat, en pie junto a la puerta, que se entretenía mirando. Siguió diciendo:

—Sí, sí, ya lleva media hora así. Todo el mundo se ha fijado ya. Y la cosa no parece desagradar a la jovencita.

Y, tras un silencio, añadió:

—Es una joya, esa niña, buena, alegre, sencilla, sacrificada, recta, una chica estupenda, sabe usted... Harían falta diez como la mayor para igualar a ésta. Yo las conozco desde que eran pequeñas... a estas chiquillas... Y, sin embargo, el padre prefiere a la mayor, porque es más... más... como él... más campesina... menos recta... más ahorradora... más taimada... y más... más envidiosa. ¡Bueno, de todas maneras, es una buena muchacha!... no quisiera hablar mal de ella... pero, sin poderlo remediar, comparo, ¿entiende? Y, después de comparar... juzgo... eso es todo.

El vals se estaba acabando; Gontran se acercó a su amigo y, al ver al doctor:

—¡Ah! Oiga, el cuerpo médico de Enval me parece que se ha incrementado mucho. Tenemos a un señor Mazelli que baila el vals a la perfección y a un señor Black, viejo y bajito, que parece en muy buenas relaciones con el cielo.

Pero el doctor Honorat se mostró discreto. No le gustaba opinar de sus colegas.

II

El tema de los médicos era ahora candente en Enval. Éstos, de repente, se habían convertido en lo más importante del pueblo, en el centro de toda la atención, de toda la pasión de los vecinos. Antaño, los manantiales corrían bajo la autoridad única del doctor Bonnefille, entre las inofensivas animosidades del nervioso doctor Latonne y del plácido doctor Honorat.

Las cosas eran muy distintas en la actualidad.

En cuanto el éxito que durante el invierno había preparado Andermatt se hubo manifestado por completo, gracias al poderoso concurso de los señores profesores Cloche, Mas-Roussel y Rémusot, cada uno de los cuales había aportado un contingente de entre dos y trescientos enfermos por lo menos, el doctor Latonne, inspector del nuevo balneario, se había convertido en un gran personaje, especialmente amparado por el profesor Mas-Roussel, del que había sido alumno y cuyo atuendo y gestos imitaba.

Del doctor Bonnefille ya casi ni se hablaba. Rabioso, exasperado, despotricando contra Mont-Oriol, el viejo médico se pasaba los días en el antiguo balneario, con unos cuantos enfermos antiguos que le habían seguido siendo fieles.

Para algunos clientes, en efecto, era el único que conocía las auténticas propiedades de las aguas y poseía, por así decirlo, el secreto de las mismas, puesto que las llevaba administrando oficialmente desde los orígenes de la estación termal.

El doctor Honorat no conservaba casi más que la clientela auvernesa. Se conformaba con esa mediocridad, estaba a bien con todo el mundo y se consolaba mostrando su preferencia por las cartas y el vino blanco antes que por la medicina.

Pero tampoco llegaba al punto de sentir afecto por sus colegas.

El doctor Latonne habría seguido, pues, siendo el gran augur de Mont-Oriol si no se hubiera presentado una mañana un hombre muy bajito, casi un enano, al que la enorme cabeza hundida entre los hombros, los grandes y redondos ojos y las anchas manos convertían en un ser muy extraño. Este nuevo médico, el señor Black, al que había llevado a la comarca el profesor Rémusot, había destacado inmediatamente por su excesiva devoción.

Casi todas las mañanas, entre visita y visita, entraba unos minutos en la iglesia, y comulgaba casi todos los domingos. No tardó el cura en proporcionarle algunos enfermos, solteronas, personas humildes que atendía gratis, damas piadosas que pedían consejo a su director espiritual antes de llamar a un hombre de ciencia del que querían conocer, sobre todo, la forma de pensar, así como la discreción y el pudor profesionales.

Luego, un día, anunciaron que venía la princesa de Maldeburgo, una anciana de sangre real alemana, católica muy ferviente, que, la misma noche de su llegada,

recurrió al doctor Black por recomendación de un cardenal de Roma.

Desde aquel momento se puso de moda. Ser paciente suyo revelaba gusto refinado, buen tono, mucha elegancia. Era el único médico como es debido, decían, el único en que una mujer podía tener plena confianza.

Y se vio correr de un hotel a otro, desde por la mañana hasta por la noche, a aquel hombrecillo con cabeza de *bulldog* que se pasaba la vida hablando en voz baja, en todas las esquinas, con todo el mundo. Era como si tuviera que estar constantemente confiando o recibiendo secretos importantes, pues se lo encontraba por los pasillos conferenciando larga y sigilosamente con los dueños de los hoteles, con las doncellas de sus clientes, con cualquiera que tuviera relación con sus enfermos.

Por la calle, en cuanto veía a una persona conocida, se iba derecho a ella con su paso corto y rápido, y empezaba al instante a mascullar nuevas y minuciosas recomendaciones, como un sacerdote en el confesonario.

Las ancianas sobre todo lo adoraban. Escuchaba sus historias hasta el final, sin interrumpirlas, tomaba buena nota de todos sus comentarios, todas sus preguntas, todos sus deseos.

Aumentaba o disminuía a diario la dosis de agua que bebían sus enfermos, lo que les infundía plena confianza en la atención que les prestaba.

—Ayer nos quedamos en dos vasos tres cuartos —decía—; bueno, pues hoy tomaremos sólo dos vasos y medio; y mañana, tres vasos... Que no se le olvide... mañana, tres vasos... ¡Es muy importante, mucho!

Y todos sus enfermos estaban convencidos de que, efectivamente, era muy importante.

Para que no se le olvidaran aquellas cifras y aquellas fracciones de cifras las apuntaba en un cuadernito, con el fin de no equivocarse nunca. Pues el cliente no perdona un error de medio vaso.

Disponía y modificaba con igual minucia la duración de los baños diarios, en virtud de principios que sólo él conocía.

El doctor Latonne, celoso e irritado, se encogía de hombros con desdén y afirmaba: «Es un embaucador». El odio que sentía por el doctor Black había llegado incluso a hacerlo hablar mal a veces de las aguas minerales. «Ya que apenas sabemos cómo actúan, es completamente imposible prescribir a diario modificaciones de dosificación que ninguna ley terapéutica puede regular. Esos comportamientos le hacen mucho daño a la medicina».

El doctor Honorat se limitaba a sonreír. Tenía siempre buen cuidado de que se le olvidara, a los cinco minutos de acabada una consulta, el número de vasos que acababa de recetar. «Dos de más o dos de menos, le decía a Gontran en los ratos de expansión, el único que se entera es el manantial; ¡y como a él le da lo mismo!». La única broma venenosa que se permitía para con su piadoso colega consistía en

llamarlo «el médico de las aguas de la Santa Sed». Sus envidias eran prudentes, socarronas y tranquilas.

A veces añadía: «¡Huy! Ése conoce al enfermo a fondo... cosa que para los médicos es más útil que conocer la enfermedad». Pero hete aquí que una mañana llegaron al hotel de Mont-Oriol unos nobles españoles, el duque y la duquesa de Ramas-Aldavarra, que traían consigo a su médico, un italiano, el doctor Mazelli, de Milán.

Era un hombre de unos treinta años, alto, delgado, apuesto, que no llevaba barba, sólo bigote.

Desde la primera noche, conquistó a la mesa redonda, pues el duque, hombre tristón que padecía una obesidad monstruosa, sentía horror por el aislamiento y prefería comer en el comedor. El doctor Mazelli conocía ya por su nombre a casi todos los habituales; tuvo una palabra amable para cada hombre, una galantería para cada señora, e incluso una sonrisa para cada miembro del servicio.

Sentado a la derecha de la duquesa, una hermosa mujer de treinta y cinco a cuarenta años, de tez pálida, ojos negros, cabello azulado, le decía a cada plato: «Muy poco», o: «No, de esto no», o: «Sí, coma de esto». Y le servía personalmente la bebida con gran esmero, midiendo con mucha exactitud las proporciones de vino y agua que mezclaba.

También gobernaba las comidas del duque, pero con visible negligencia. Su cliente, por lo demás, no tenía en absoluto en cuenta sus opiniones. Se lo tragaba todo con bestial voracidad, se bebía en cada comida dos jarras de vino puro, y luego iba a desplomarse en una silla, al aire libre, delante del hotel, y empezaba a quejarse de sus malas digestiones.

Tras la primera cena, el doctor Mazelli, que había sopesado y juzgado de una ojeada a toda la concurrencia, fue a reunirse en la terraza del Casino con Gontran, que estaba fumando un puro; se presentó y entablaron conversación.

Al cabo de una hora, eran íntimos. Al día siguiente, a la salida del baño, hizo que lo presentaran a Christiane, cuya simpatía se granjeó en diez minutos de conversación, y ese mismo día la puso en relación con la duquesa, a quien tampoco le gustaba la soledad.

Se cuidaba de todo en la casa de los españoles, le daba excelentes consejos culinarios al cocinero; a la doncella, valiosas opiniones acerca de la higiene de la cabeza, para que mantuviera el brillo, el hermoso color y la abundancia del cabello de su señora; al cochero, consejos sumamente útiles de medicina veterinaria; y sabía hacer las horas cortas y llevaderas, inventar distracciones, encontrar en los hoteles amistades de paso siempre escogidas con buen criterio.

Hablando de él, la duquesa le decía a Christiane:

—Es un hombre maravilloso, querida señora, sabe de todo, hace de todo. A él le

debo mi talle.

—¿Cómo que su talle?

—Sí, estaba empezando a engordar y me salvó con su régimen y sus licores.

Sabía, por otra parte, hacer interesante la propia medicina, pues hablaba de ella con facilidad, alegría y un leve escepticismo que le servía para convencer al auditorio de su superioridad.

—Es muy sencillo —decía—, no creo en los medicamentos. O, más bien, no creo demasiado en ellos. La medicina antigua partía del principio de que hay un remedio para cada enfermedad. Se creía que Dios, en su divina providencia, había creado drogas para todos los males, sólo les había dejado a los hombres, tal vez con malicia, el trabajo de descubrir esas drogas. Ahora bien, los hombres descubrieron un número incalculable de ellas, sin saber nunca con exactitud para qué mal era adecuada cada una. En realidad, no hay medicamentos, sólo hay enfermedades. Cuando se declara una enfermedad, unos dicen que hay que interrumpir su curso, otros que hay que acelerarlo como sea. Cada escuela preconiza su procedimiento. Para el mismo caso, vemos que se utilizan los métodos más contradictorios y las medicaciones más contrapuestas: unos el hielo y otros un calor excesivo, éste una dieta y el de más allá alimentación forzosa. Y no digo nada de los innumerables productos venenosos que nos proporciona la química sacándolos de los minerales o de los vegetales. Todo tiene sus efectos, desde luego, pero nadie sabe de qué forma actúan. A veces sienta bien y a veces mata.

Y, con gran elocuencia, indicaba la imposibilidad de una certidumbre, la ausencia de cualquier base científica mientras la química orgánica, la química biológica no se convirtiera en el punto de partida de una medicina nueva. Contaba anécdotas, errores monstruosos de los más eminentes médicos, demostraba la insania y la falsedad de su supuesta ciencia.

—Hagan que funcione el cuerpo —decía—, hagan que funcionen la piel, los músculos, todos los órganos, y, sobre todo, el estómago, que es el padre nutricio de toda la maquinaria, su regulador y su almacén de vida.

Afirmaba que podía, si lo deseaba, poner a las personas, exclusivamente mediante un régimen, tristes o alegres, hacerlas capaces de actividades físicas o intelectuales, según el tipo de alimentación que les impusiera. Podía incluso incidir en las facultades cerebrales, en la memoria, en la imaginación, en todas las manifestaciones de la inteligencia. Y acababa, en broma, con estas palabras:

—Mis tratamientos son a base de masajes y curasao.

Decía maravillas de los masajes y hablaba, como de un dios, del holandés Hamstrang, que obraba milagros. Luego, mostrando las blancas y finas manos, decía:

—Con esto se puede resucitar a los muertos.

Y la duquesa añadía:

—Es verdad que da masajes a la perfección.

También preconizaba los licores en pequeñas proporciones para estimular el estómago en determinados momentos; preparaba mezclas, hábilmente combinadas, que la duquesa debía beber a horas fijas, bien antes, bien después de las comidas.

Se lo veía a diario llegar al café del Casino a eso de las nueve y media y pedir sus botellas. Se las traían cerradas con unos candaditos de plata cuya llave tenía él. Vertía un poco de una, un poco de otra, despacio, en un vaso azul muy bonito que sostenía respetuosamente un lacayo muy correcto.

Luego el doctor ordenaba:

—¡Ya está! Lléveselo a la duquesa al baño para que lo beba antes de vestirse, al salir del agua.

Y, cuando le preguntaban con curiosidad: «¿Qué ha puesto?», contestaba: «Sólo anisete fino, curasao purísimo y bíter de primera calidad».

En unos cuantos días, aquel apuesto médico se convirtió en el punto de mira de todas las enfermas. Y empleaban todas las artimañas para arrancarle algunos consejos.

Cuando pasaba por las avenidas del parque, a la hora del paseo, sólo se oía este grito: «¡Doctor!», desde todas las sillas en que estaban sentadas las jóvenes y elegantes señoras que descansaban un poco entre dos vasos del manantial Christiane. Luego, cuando se había parado, con una sonrisa en los labios, se lo llevaban por unos instantes al camino que bordeaba el río.

Primero le hablaban de esto y de lo otro, y luego, discreta y hábilmente, con coquetería, sacaban a relucir la pregunta relacionada con la salud, pero con indiferencia, como si se tratara de cualquier otra cosa.

Pues él sí que no le bailaba el agua a la gente. No cobraba, no podían llamarlo a domicilio, pertenecía a la duquesa, sólo a la duquesa. Y tal situación estimulaba los esfuerzos, alimentaba los deseos. Y, como se decía por lo bajo que la duquesa era celosa, muy celosa, se entabló entre todas aquellas señoras una lucha encarnizada por conseguir los consejos del apuesto doctor italiano.

Él los daba sin hacerse de rogar demasiado.

Entonces, entre las señoras a las que había favorecido con sus consejos, empezó el juego de las confidencias íntimas para probar sin lugar a dudas la solicitud del doctor.

—¡Ay, querida! Me ha hecho unas preguntas, qué preguntas...

—¿Muy indiscretas?

—¡Huy! ¡Indiscretas! Diga más bien horrorosas. No sabía ni qué contestar. Quería saber unas cosas... qué cosas...

—¡Igual que a mí! ¡Me hizo muchas preguntas acerca de mi marido!...

—¡A mí también!... ¡Con unos detalles... tan... personales! Resultan muy

violentas esas preguntas. Pero hay que comprender que son necesarias.

—¡Muy necesarias! La salud depende de esos pequeños detalles. A mí me ha prometido que me daría masajes en París este invierno. Me hacen mucha falta para completar el tratamiento de aquí.

—Oiga, querida, ¿usted qué piensa hacer? ¿No podemos pagarle?

—Pues tenía la intención de regalarle un alfiler de corbata. Deben de gustarle, pues tiene dos o tres preciosos...

—¡Ay! No sabe en qué aprieto me pone. Se me había ocurrido lo mismo. Pues le regalaré una sortija.

Y todas andaban maquinando sorpresas para complacerlo, regalos ingeniosos para impresionarlo, atenciones para seducirlo. Se había convertido en el «asunto del día», en el gran tema de conversación, el único centro de la atención pública, cuando cundió la noticia de que el conde Gontran de Ravenel le hacía la corte a Charlotte Oriol con intenciones matrimoniales. Y enseguida corrió por Enval como un rumor ensordecedor.

Desde la noche que había abierto con ella el baile de inauguración del Casino, Gontran se había pegado a las faldas de la joven. Tenía para con ella, en público, todas las pequeñas atenciones de los hombres que quieren agrandar sin ocultar sus fines; y sus relaciones cotidianas adquirirían al tiempo un carácter de galantería jovial y espontánea que no podía por menos de desembocar en afecto.

Se veían casi a diario, pues las chiquillas le habían cobrado a Christiane una desorbitada amistad en la que sin duda había mucho de vanidad halagada. Gontran, de pronto, no se separaba ya de su hermana; se puso a organizar excursiones por la mañana y juegos por la tarde, para mayor asombro de Christiane y Paul. Luego todo el mundo se dio cuenta de que estaba pendiente de Charlotte; la hacía rabiarse en broma, la galanteaba como quien no quiere la cosa, tenía con ella las mil pequeñas atenciones que crean entre dos seres lazos de ternura. La joven, acostumbrada ya a los modales libres y campechanos de aquel pilluelo del mundo parisino, al principio no notó nada, y dejándose llevar por su carácter confiado y recto, empezó a reír y a jugar con él como hubiera hecho con un hermano.

Estando así las cosas, regresaba a casa con su hermana mayor, tras una velada en el hotel durante la cual Gontran había intentado varias veces besarla en el transcurso de un juego de prendas, cuando Louise, que parecía preocupada y nerviosa desde hacía algún tiempo, le dijo en tono brusco:

—No estaría de más que te fijaras un poco en cómo te portas. El señor Gontran no es correcto contigo.

—¿Qué no es correcto? ¿Pues qué ha dicho?

—De sobra lo sabes, no te hagas la tonta. ¡Si sigues así no tardarás mucho en comprometerte! Y si tú no sabes portarte como es debido, aquí estoy yo para

vigilarte.

Charlotte, confusa, avergonzada, balbuceó:

—Pues no sé... te aseguro... no me ha llamado nada la atención.

Su hermana siguió diciendo con severidad:

—¡Mira, las cosas no pueden seguir así! ¡Si quiere casarse contigo, será papá quien tenga que pensarlo y dar una respuesta!; pero si lo único que quiere es pasar el rato, hay que cortar por lo sano.

Entonces, de repente, Charlotte se enfadó, sin saber por qué, sin saber de qué. Ahora la indignaba que su hermana se metiera a dirigirla y a reñirla; le dijo con voz temblorosa y lágrimas en los ojos que no volviera a ocuparse de lo que no le importaba. Tartamudeaba, exasperada, y un vago y certero instinto la avisaba de los celos que había despertado en el corazón agriado de Louise.

Se separaron sin darse un beso, y Charlotte lloró en la cama pensando en cosas que nunca había previsto ni imaginado. Poco a poco se le pasó el llanto y reflexionó.

Era verdad que los modales de Gontran habían cambiado. Hasta aquel momento lo había intuido sin caer en la cuenta. Ahora caía. Le decía, viniera o no a cuento, cosas amables, finuras. Una vez le había besado la mano. ¿Qué pretendía? Ella le gustaba, pero ¿hasta qué punto? ¿Acaso sería posible que se casara con ella? Y al instante le pareció oír por el aire, no sabía dónde, en la oscuridad vacía por la que empezaban a revolotear sus sueños, una voz que gritaba: «¡Condesa de Ravenel!».

La emoción fue tan fuerte que se sentó en la cama; luego buscó, descalza, las zapatillas debajo de la silla donde había dejado tirada la ropa y se fue a abrir la ventana, sin saber lo que hacía, para hacerles sitio a sus esperanzas.

Oyó que hablaban en la sala de abajo, y la voz de Coloso se alzó: «Deja, deja. Ya *veremosh*. *Esho esh cosha* de padre. De momento no ha *pashado* nada de particular. Padre *she* encargará del *ashunto*».

Veía en la fachada de la casa de enfrente el recuadro claro de la ventana encendida debajo de la suya. Se preguntaba: «¿Quién hay? ¿De qué están hablando?». Pasó una sombra por la pared iluminada. ¡Era su hermana! Así que no se había acostado. ¿Por qué? Pero la luz se apagó, y Charlotte se puso otra vez a pensar en las cosas nuevas que le agitaban el corazón.

Ahora no podía dormirse. ¿La amaba? ¡No! ¡Todavía no! ¡Pero podía llegar a amarla, puesto que le gustaba! Y, si llegara a amarla mucho, con locura, como se ama la gente de la buena sociedad, se casaría con ella sin duda alguna.

Nacida en una casa de viticultores, había conservado, aunque educada en el convento al que iban las señoritas de Clermont, una modestia y una humildad de campesina. Pensaba que tendría por marido a un notario tal vez, o a un abogado, o a un médico, pero el deseo de llegar a ser una auténtica dama de la alta sociedad, con título de nobleza delante del apellido, nunca había calado en ella. Apenas si, al acabar

una novela de amor, había soñado despierta unos cuantos minutos bajo la caricia de aquel grato deseo, que se había desvanecido al momento, como se desvanecen las quimeras. Pero hete aquí que le parecía que se aproximaba, como una vela de barco empujada por el viento, aquella circunstancia imprevista, imposible, que habían evocado de repente unas cuantas palabras de su hermana.

Musitaba con cada soplo de respiración: «Condesa de Ravenel». Y la sombra de los párpados cerrados en la oscuridad se le iluminaba con visiones. Veía hermosos salones encendidos, hermosas damas que le sonreían, hermosos coches que la esperaban ante la escalinata de un palacio, y altos sirvientes de librea inclinados a su paso.

Tenía calor en la cama; ¡le latía el corazón! Se levantó otra vez para beber un vaso de agua y quedarse de pie unos instantes, descalza, en las frías baldosas del dormitorio.

Luego, algo calmada, acabó por dormirse. Pero el desasosiego de la mente se le había metido hasta tal punto en la sangre que se despertó al alba.

Se avergonzó de su cuarto pequeño con las paredes blancas pintadas al temple por el vidriero del pueblo, de las humildes cortinas de indiana y de las dos sillas de paja que nunca se movían de su sitio, a ambos lados de la cómoda.

Rodeada de aquellos muebles de patanes que proclamaban su origen, se daba cuenta de que era una campesina, se sentía humilde, indigna de aquel guapo muchacho burlón cuyo rostro rubio y risueño le flotaba ante los ojos, se esfumaba, reaparecía, se apoderaba de ella poco a poco, se le metía ya en el corazón.

Entonces saltó de la cama y corrió en busca del espejo, el espejo pequeño de mano, del tamaño de un culo de plato; luego volvió a acostarse con el espejo entre las manos; y se miró el rostro enmarcado por el despeinado cabello, sobre el fondo blanco de la almohada.

A ratos, posaba en las sábanas el ligero trozo de vidrio que le mostraba su imagen, y pensaba cuán difícil sería esa boda, tan grande era la distancia que los separaba. Entonces, se apenaba mucho y se le ponía un nudo en la garganta. Pero al momento volvía a mirarse, sonriéndose para gustarse, y, como se encontraba bonita, desaparecían las dificultades.

Cuando bajó a almorzar, su hermana, que parecía irritada, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer hoy?

Charlotte contestó sin vacilar:

—¿No vamos en coche a Royat con la señora Andermatt?

Louise siguió diciendo:

—Pues irás sola, pero harías mejor, después de lo que te dije anoche...

La menor le cortó la palabra:

—No te estoy pidiendo ningún consejo... ocúpate de tus asuntos.

Y no se volvieron a hablar.

El tío Oriol y Jacques llegaron y se sentaron a la mesa. El viejo preguntó casi al momento:

—¿Qué *hacéish* hoy, *chiquitash*?

Charlotte no esperó a que su hermana contestara, y dijo:

—Yo voy a Royat con la señora Andermatt.

Ambos hombres la miraron con cara de satisfacción, y el padre murmuró con esa sonrisa alentadora que ponía cuando trataba negocios ventajosos:

—*Esho eshtá* bien, *esho eshtá* bien.

Aquella satisfacción secreta que se les traslucía en la forma de comportarse la sorprendió más que el visible enfado de Louise; y se preguntó, algo turbada: «¿Habrán hablado del asunto?».

Nada más comer, volvió a subir a su cuarto, se puso el sombrero, cogió la sombrilla, se echó al brazo un abrigo fino y se fue hacia el hotel, pues tenían que emprender la marcha a la una y media.

A Christiane le extrañó que no fuera Louise.

Charlotte sintió que se ruborizaba al contestar:

—Está un poco cansada, creo que le duele la cabeza.

Y subieron al landó, al gran landó de seis plazas que seguían utilizando. El marqués y su hija iban al fondo, la hija de Oriol se sentó, por lo tanto, entre los dos jóvenes, de espaldas a la marcha.

Pasaron delante de Tournoël, luego siguieron el pie de la montaña por una agradable carretera que iba serpenteando bajo nogales y castaños. En varias ocasiones, Charlotte sintió que Gontran se arrimaba a ella, pero con demasiada prudencia para que pudiera ofenderse. Como se sentaba a su derecha, le hablaba acercándosele mucho a la mejilla; y ella no se atrevía a volverse para contestarle, por temor a su aliento, que ya sentía en los labios, y por temor también a sus ojos, cuya mirada la hubiera puesto violenta.

Él le iba diciendo chiquilladas galantes, tonterías divertidas, cumplidos graciosos y amables.

Christiane apenas hablaba, agobiada, enferma por el embarazo. Y Paul parecía triste, preocupado. El marqués era el único que conversaba sin turbación ni inquietud, con su cordialidad jovial de viejo hidalgo egoísta.

Bajaron en el parque de Royat para escuchar la música, y Gontran, tomando a Charlotte del brazo, fue con ella delante. El ejército de bañistas miraba desfilas a los paseantes desde las sillas que rodeaban el quiosco donde el director de orquesta marcaba el compás al metal y los violines. Las mujeres, estirando los pies hasta el barrote de la silla más cercana, lucían los vestidos y los frescos tocados de verano que las hacían más encantadoras.

Charlotte y Gontran deambulaban por entre la gente sentada buscando caras graciosas que les permitieran bromear.

Él oía decir continuamente a sus espaldas: «¡Caramba! Qué linda personita». Se sentía halagado y se preguntaba si la tomaban por su hermana, su mujer o su amante.

Christiane, sentada entre su padre y Paul, los vio pasar varias veces y, como estimaba que «parecían algo jóvenes», los llamaba para calmarlos. Pero ellos no la escuchaban y seguían vagabundeando por entre la muchedumbre divirtiéndose de lo lindo.

Christiane le dijo por lo bajo a Paul Brétigny:

—Acabará comprometiéndola. Tendremos que hablar con él esta noche al volver.

Paul contestó:

—Ya lo había pensado. Tiene usted mucha razón.

Fueron a cenar a uno de los restaurantes de Clermont-Ferrand, pues, según decía el marqués, que era muy laminero, los de Royat no valían nada, y regresaron cuando ya había caído la noche.

Charlotte se había puesto seria, pues Gontran le había apretado con fuerza la mano al darle los guantes cuando se levantaban de la mesa. Su conciencia de chiquilla se inquietaba de repente. ¡Aquello era una confesión, un paso adelante, una inconveniencia! ¿Qué habría debido hacer? ¿Hablar con él? Pero ¿qué le iba a decir? ¡Enfadarse hubiera sido ridículo! ¡Se necesitaba tanto tacto en aquellas circunstancias! Pero si no hacía nada, si no decía nada, parecía que aceptaba la insinuación, que se hacía cómplice suya, que daba el sí a la presión de aquella mano.

Y sopesaba la situación, acusándose de haberse mostrado demasiado alegre en Royat y haberle dado demasiadas confianzas; ahora le parecía que su hermana tenía razón, que se había comprometido, ¡qué se había perdido! El coche iba carretera adelante, Paul y Gontran fumaban en silencio, el marqués dormía, Christiane miraba las estrellas, y Charlotte apenas podía contener las lágrimas, pues había bebido tres copas de champaña.

Cuando estuvieron de vuelta, Christiane le dijo a su padre:

—Como es de noche, ve a acompañar a la joven.

El marqués le ofreció el brazo y se alejó con ella al instante. Paul tomó a Gontran por los hombros y le susurró al oído:

—Ven a charlar cinco minutos con tu hermana y conmigo.

Y subieron al saloncito que comunicaba las habitaciones de Andermatt con las de su mujer.

En cuanto se hubieron sentado, Christiane le dijo:

—Oye, el señor Brétigny y yo queremos sermonearte.

—¡Sermonearme!... ¿A cuento de qué? Si soy un santo. Claro que tampoco es que abunden las ocasiones...

—Déjate de bromas. Estás haciendo algo muy imprudente y peligroso sin darte cuenta. Estás comprometiendo a esa chiquilla.

Pareció muy sorprendido.

—¿A quién?... ¿A Charlotte?

—A Charlotte, sí.

—¿Qué estoy comprometiendo a Charlotte?... ¿Yo?...

—Sí, la estás comprometiendo. Aquí, la gente no habla de otra cosa, y, hace un rato, en el parque de Royat, habéis tenido un comportamiento muy... muy... ligero. ¿Verdad, Brétigny?

Paul contestó:

—Sí, señora, soy enteramente de su opinión.

Gontran le dio la vuelta a la silla, y se puso a horcajadas en ella como si de un caballo se tratara, cogió otro puro, lo encendió, y luego se echó a reír.

—¡Vaya! Así que estoy comprometiendo a Charlotte Oriol.

Esperó unos segundos para ver el efecto de sus palabras, y a continuación declaró:

—Bueno, ¿y no se os ha ocurrido que podría querer casarme con ella?

Christiane dio un respingo de asombro.

—¿Casarte con ella? ¿Tú?... ¡Pero estás loco!...

—¿Por qué?

—Con esa... con esa... campesina...

—Tonterías... prejuicios... ¿Se te han pegado de tu marido?...

Como su hermana no le contestaba nada a aquel argumento tan directo, Gontran siguió hablando, respondiendo a sus propias preguntas:

—¿Es guapa? ¡Sí! ¿Está bien educada? ¡Sí! Es más ingenua, y más amable, y más sencilla, y más sincera que las chicas de buena sociedad. Es tan culta como cualquier otra, pues habla inglés y auvernés, o sea dos idiomas extranjeros. Será más rica que una heredera del muy noble *faubourg* Saint-Germain, al que se debería llamar *faubourg* Santa Miseria, y, en resumidas cuentas, si es hija de un campesino estará más sana para darme hijos robustos... Eso es todo...

Como siempre parecía estar de guasa, Christiane le preguntó titubeando:

—Oye, ¿hablas en serio?

—¿Tú que crees? Esa chiquilla es encantadora. Tiene buen corazón y cara bonita, genio alegre y buen humor, las mejillas como rosas, los ojos claros, los dientes blancos, los labios rojos, el pelo largo, brillante, abundante y suave; y el viticultor de su padre será más rico que Crespo gracias a tu marido, querida hermana. ¿Qué más quieres? ¡Hija de un campesino! Pues bueno, ¿acaso la hija de un campesino no vale tanto como todas las hijas de los banqueros dudosos que tan elevadas sumas pagan por casarse con duques de título no muy claro, o como todas las hijas de busconas

con título que le debemos al Imperio, o como todas las hijas de dos padres con que se topa uno en la buena sociedad? Pues casarme con esa chica sería el primer acto juicioso y sensato de mi vida...

Christiane se había quedado pensativa; luego, de repente, convencida, conquistada, encantada, exclamó:

—¡Pues es verdad todo lo que dice! ¡Es totalmente cierto, totalmente exacto!... Entonces, ¿te casas con ella, hermanito?...

Fue él, entonces, quien la calmó.

—No tan deprisa... No tan deprisa... Deja que piense yo también. Simplemente, hago constar que casarme con ella sería el primer acto juicioso y sensato de mi vida. Eso no quiere decir todavía que vaya a casarme con ella; pero me lo estoy pensando, me lo estoy planteando, la cortejo un poco para saber si acaba de gustarme. En fin, no te contesto ni que sí ni que no, pero estoy más cerca del sí que del no.

Christiane se volvió hacia Paul:

—¿Qué le parece a usted, señor Brétigny?

Lo mismo lo llamaba señor Brétigny que Brétigny a secas.

Éste, siempre seducido por aquello en lo que creía ver grandeza, por las uniones desiguales que le parecían desinteresadas, por toda la teatralidad sentimental en que se arropa el corazón humano, contestó:

—A mí ahora me parece que tiene razón. Si le gusta, que se case con ella, no podría encontrar otra mejor...

Pero el regreso del marqués y de Andermatt los hizo cambiar de conversación; y los dos jóvenes se fueron al Casino a ver si la sala de juego aún no estaba cerrada.

A partir de aquel día, Christiane y Paul parecieron favorecer la corte que, abiertamente, le hacía Gontran a Charlotte.

Invitaban más a menudo a la joven, la hacían quedarse a cenar, la trataban, en fin, como si formara ya parte de la familia.

¡Ella se daba cuenta de todo aquello, lo entendía y la trastornaba! Su cabecita divagaba y hacía fantásticos castillos en el aire. Gontran, sin embargo, no le había dicho nada; pero su comportamiento, todo lo que le decía, la forma de tratarla, aquel aire de galantería más formal, aquella caricia de la mirada parecían repetirle a diario: «La he escogido; usted será mi mujer».

Y el tono de dulce amistad, de discreta confianza, de casta reserva que ahora adoptaba con él parecía responder: «Lo sé, y diré que sí cuando me pida la mano».

La familia de la joven andaba de cuchicheos. Louise ya casi no le hablaba más que para irritarla con alusiones ofensivas, palabras agrias y mordaces. El tío Oriol y Jacques parecían contentos.

Ella, sin embargo, no se había preguntado si amaba a aquel guapo pretendiente con el que era probable que se casara. Le gustaba, pensaba continuamente en él, le

parecía apuesto, ingenioso, elegante; pensaba, sobre todo, en lo que haría cuando fuera su mujer.

En Enval, a todo el mundo se le habían olvidado las rencorosas rivalidades de los médicos y de los dueños de los manantiales, las suposiciones sobre el afecto que sentía la duquesa de Ramas por su protector, todos los rumores que corren al mismo tiempo que el agua en las estaciones termales, y nadie se ocupaba más que de aquel acontecimiento extraordinario: el conde Gontran de Ravenel iba a casarse con la pequeña de los Oriol.

Entonces Gontran pensó que había llegado el momento y, una mañana, al levantarse de la mesa, tomando a Andermatt del brazo, le dijo:

—Querido cuñado, la cosa está a punto de caramelo. La situación exacta es la siguiente: la jovencita espera una petición por mi parte sin que yo me haya comprometido en absoluto, pero no la rechazará, puede estar seguro. Hay que tantear al padre para sacar adelante, a un tiempo, los negocios de usted y los míos.

Andermatt contestó:

—No se preocupe, que de eso me encargo yo. Voy a sondearlo hoy mismo, sin comprometerlo a usted; y, cuando la situación esté bien clara, hablaré.

—Perfecto.

Luego, tras unos instantes de silencio, Gontran siguió diciendo:

—Hombre, quizá sea éste mi último día de libertad. Me voy a Royat, donde vi el otro día a unos cuantos conocidos. Volveré tarde y pasaré por su habitación para que me cuente lo que hay.

Mandó que le ensillaran el caballo y se fue por la montaña, aspirando el puro y liviano viento y galopando a ratos para sentir la rápida caricia del aire rozarle la piel lozana de las mejillas y hacerle cosquillas en el bigote.

La velada en Royat fue alegre. Se encontró con unos amigos a los que acompañaban unas chicas de vida alegre. Se entretuvieron mucho cenando; regresó muy entrada la noche. Todo el mundo estaba descansando en el hotel de Mont-Oriol cuando Gontran llamó a la puerta de Andermatt.

De entrada, no obtuvo respuesta; luego, cuando empezó a golpear la puerta con fuerza, una voz ronca, la voz de alguien que estaba durmiendo, masculló desde dentro:

—¿Quién es?

—Soy yo, Gontran.

—Espere, que le abro.

Apareció Andermatt en camisón, con la cara abotagada, los pelos de la barba tiesos y un pañuelo en la cabeza. Luego se volvió a meter en la cama, se sentó y, extendiendo las manos sobre las sábanas, dijo:

—Bueno, pues la cosa no va bien, querido cuñado. La situación es ésta. He

sondeado a ese viejo zorro de Oriol, sin mencionarlo a usted, diciendo que un amigo mío —quizá he dado a entender que se trataba de Paul Brétigny— le podría convenir a una de sus hijas, y le he preguntado qué dote tenían. Me ha contestado con otra pregunta. Quería saber qué fortuna tenía el joven; la he calculado en trescientos mil francos, más una posible herencia.

—Pero si yo no tengo nada —murmuró Gontran.

—Se los presto, amigo mío. Si hacemos juntos este negocio, sus terrenos me darán lo suficiente para resarcirme.

Gontran dijo burlonamente:

—Muy bien. Yo me quedo con la mujer y usted, con el dinero.

Pero Andermatt se enfadó mucho:

—Si me molesto por usted para que me insulte, se acabó, hasta aquí hemos llegado...

Gontran se disculpó:

—No se enfade, querido cuñado, y perdóneme. Sé que es usted un hombre sumamente honrado, de irreprochable lealtad en los negocios. No le pediría propina si fuera su cochero, pero le entregaría mi fortuna con toda confianza si fuera millonario...

William, calmado, siguió diciendo:

—De eso ya hablaremos después. Ahora, vamos a acabar con la cuestión principal. El viejo no se ha tragado el anzuelo de mis artimañas y me ha contestado: «Según de cuál de las dos se trate. Si es de Louise, la mayor, ésta es su dote». Y me ha enumerado todas las tierras que rodean el balneario, las que unen los baños con el hotel y el hotel con el Casino, las que nos son indispensables, vamos, las que tienen para mí un valor inestimable. En cambio, le da a la segunda el lado opuesto del monte, que también valdrá mucho dinero más adelante, sin duda, pero que para mí no vale nada. He tratado por todos los medios posibles de hacerle modificar ese reparto e invertir las partes. Me he tropezado con una terquedad de mulo. No cambiará, está decidido. A ver, ¿qué le parece?

Gontran, muy turbado y perplejo, contestó:

—¿Y a usted qué le parece? ¿Cree que ha pensado en mí al hacer las partes así?

—No me cabe la menor duda. El patán se ha dicho: «Puesto que le gusta la pequeña, mantengamos cerrados los cordones de la bolsa». Tiene la esperanza de darle a su hija y no desprenderse de sus mejores tierras. Y además, es posible que haya querido mejorar a la mayor... Es su preferida... quién sabe... se le parece más... es más astuta... más hábil... con más sentido práctico... Creo que esa chiquilla es muy lista... yo que usted... apuntaría a este otro blanco...

Pero Gontran, estupefacto, murmuraba:

—¡Demonios... demonios... demonios!... Y las tierras de Charlotte... ¿usted no

las quiere?...

Andermatt exclamó:

—Yo... no... ¡mil veces no!... Necesito las que unen mis baños, mi hotel y mi Casino. Es así de sencillo. Por las otras, que no podrán venderse hasta más adelante en parcelas pequeñas, a particulares, no daría un cuarto...

Gontran seguía repitiendo:

—Demonios... demonios... qué asunto tan enojoso... Entonces, ¿qué me aconseja?

—No le aconsejo nada. Creo que debería pensarlo antes de decidirse por una de las dos hermanas.

—Sí... sí... es cierto... lo pensaré... primero me voy a la cama... lo consultaré con la almohada...

Ya estaba levantándose; Andermatt lo retuvo diciendo:

—Permítame, querido cuñado, que le diga dos palabras sobre otro asunto. Yo hago como si no me enterara, pero me entero perfectamente de las alusiones que me hace sin cesar, y no quiero que vuelva a hacerme ninguna.

»Me echa en cara que soy judío, es decir, que gano dinero, que soy avaro, que soy especulador hasta rayar en la estafa. Pero, amigo mío, me paso la vida prestándole ese dinero que gano no sin esfuerzo, es decir, dándoselo. ¡Dejemos eso! ¡Pero hay un punto que no admito! No, no soy un avaro; prueba de ello es que le hago a su hermana regalos de veinte mil francos, que le he comprado a su padre un Théodore Rousseau de diez mil francos del que se había encaprichado, que le he regalado a usted, al venir aquí, el caballo en el que ha ido a Royat hace un rato.

»¿En qué sentido soy avaro? En el siguiente, en que no me dejo robar. Y todos los de mi raza somos así, y hacemos bien, señor mío. Quiero decírselo de una vez por todas. Nos tildan de avaros porque conocemos el valor exacto de las cosas. Para usted, un piano es un piano, una silla es una silla, unos pantalones son unos pantalones. Para nosotros también, pero, al mismo tiempo, representan un valor, un valor mercantil apreciable y concreto que un hombre práctico debe evaluar de una simple ojeada, no por ahorrar, sino para no favorecer el fraude.

»¿Qué diría si una estanquera le pidiera veinte céntimos por un sello de correos o por una caja de cerillas? Iría a buscar a un guardia, señor mío, ¡por cinco céntimos, sí, por cinco céntimos! ¡Hasta ese punto se indignaría! Y todo porque conoce por casualidad el valor de esos dos objetos. Bueno, pues yo conozco el valor de todos los objetos con que se puede comerciar. ¡Y esa indignación que se apoderaría de usted si le pidieran veinte céntimos por un sello de correos la siento yo cuando me piden veinte francos por un paraguas que vale quince! ¿Comprende? Protesto contra el robo establecido, incesante, abominable de los comerciantes, de los criados, de los cocheros. Protesto contra la falta de honradez comercial de toda su raza, ésa que nos

desprecia. Doy la propina que debo dar, según el servicio prestado, y no la propina fantasiosa que usted arroja, sin saber por qué, y que puede ser de veinticinco céntimos o de cinco francos, según de qué humor esté, ¿comprende?

Gontran se había levantado y, sonriendo con esa ironía fina que les sentaba tan bien a sus labios, dijo:

—Sí, querido cuñado, comprendo, y tiene razón que le sobra, tanto más cuanto que mi abuelo, el viejo marqués de Ravenel, no le dejó casi nada a mi pobre padre debido a la mala costumbre que tenía de no coger nunca la vuelta en las tiendas cuando pagaba un objeto cualquiera. Era algo que le parecía indigno de un hidalgo, y siempre daba la cantidad redonda y la moneda entera.

Y Gontran salió con cara de satisfacción.

III

Al día siguiente, estaban a punto de servir la cena en el comedor particular de las familias Andermatt y Ravenel cuando Gontran abrió la puerta anunciando: «¡Las señoritas Oriol!».

Éstas entraron violentas. Gontran las iba empujando y se reía mientras explicaba:

—Aquí están, las he raptado a las dos en plena calle. Menudo escándalo, por cierto. Las he traído a la fuerza porque tengo que explicarme con la señorita Louise y no podía hacerlo en mitad del pueblo.

Les quitó los sombreros, las sombrillas que aún tenían en la mano, pues regresaban de dar un paseo, las mandó sentar, le dio un beso a su hermana, estrechó las manos de su padre, de su cuñado y de Paul. Y luego, volviéndose hacia Louise Oriol, dijo:

—Vamos a ver, señorita, ¿quiere decirme ahora qué tiene contra nosotros desde hace unos días?

Louise parecía asustada como el pájaro cogido en la red que se lleva el cazador.

—¡Pues nada, caballero, absolutamente nada! ¿En qué se basa para pensar tal cosa?

—¡Pues en todo, señorita, absolutamente en todo! Ya no aparece por aquí, ha dejado de venir de paseo en el Arca de Noé (que era como llamaba al landó), se pone arisca cuando me la encuentro y le hablo.

—No, caballero, se lo aseguro.

—Sí, señorita, se lo mantengo. En cualquier caso, no quiero que las cosas sigan así y voy a firmar la paz con usted hoy mismo. Ha de saber que soy muy testarudo. No por ponerme mala cara voy a dejar de obligarla a cambiar de comportamiento y a ser tan amable con nosotros como su hermana, que es un ángel de simpatía.

Anunciaron que la cena estaba servida y entraron en el comedor. Gontran cogió del brazo a Louise.

Las colmó de atenciones a ella y a su hermana, repartiendo los cumplidos con admirable tacto y diciéndole a la menor:

—A usted, que es amiga nuestra, voy a hacerle menos caso durante unos cuantos días. Ya sabe que siempre se atiende peor a los amigos que a los demás.

Y a la mayor le decía:

—A usted, señorita, quiero conquistarla, y se lo advierto como enemigo leal que soy. Llegaré incluso a cortejarla. ¡Ah, se está ruborizando! ¡Buena señal! Ya verá lo simpático que soy cuando me empeño. ¿Verdad que sí, señorita Charlotte?

Y, efectivamente, las dos se ruborizaban. Y Louise balbuceaba con cara seria:

—¡Ay, caballero, qué loco está usted!

Él contestaba:

—¡Bah! Ya se verá usted en otras más adelante, en sociedad, cuando esté casada, cosa que no tardará en ocurrir. ¡Entonces sí que le dirán galanterías!

Christiane y Paul Brétigny veían con agrado que hubiera vuelto a traer a Louise Oriol; el marqués sonreía, divertido por aquel pueril discreteo; Andermatt pensaba: «No tiene un pelo de tonto el mozo». Y Gontran, irritado por el papel que le tocaba representar, llevado por los sentidos hacia Charlotte y por el interés hacia Louise, murmuraba entre dientes, mientras le sonreía a ésta: «¡Ah! El bribón de tu padre ha creído que se iba a burlar de mí; pero te voy a llevar a la baqueta, hermosa; y ya verás lo bien que lo hago».

Y las comparaba, mirando primero a una y luego a otra. En verdad, la menor le gustaba más; era más graciosa, más vivaz, con aquella nariz algo respingona, aquellos ojos alegres, aquella frente estrecha y aquellos hermosos dientes, quizá un poco grandes en aquella boca un poco ancha.

Sin embargo, la otra era igual de guapa, más fría, menos alegre. Nunca tendría chispa ni encanto en la vida íntima, pero, cuando a la entrada de un baile anunciaran: «¡La señora condesa de Ravenel!», podría llevar el apellido con dignidad, más tal vez que la menor, en cuanto se acostumbrara y tratara con gente de alcurnia. De todas formas, estaba rabioso, resentido con las dos, con el padre y con el hermano también, y se prometía hacerles pagar el contratiempo más adelante, cuando tuviera la sartén por el mango.

Cuando volvieron al salón, hizo que Louise, que se daba mucha maña para predecir el futuro, le echara las cartas. El marqués, Andermatt y Charlotte escuchaban con atención, atraídos a su pesar por el misterio de lo desconocido, por la posibilidad de lo inverosímil, por esa credulidad invencible en lo maravilloso que obsesiona al hombre y turba con frecuencia a las mentes más incrédulas ante las más estúpidas invenciones de los charlatanes.

Paul y Christiane conversaban ante el hueco de una ventana abierta.

Ella se sentía muy desgraciada desde hacía algún tiempo, notaba que no la quería de la misma manera; y el malentendido amoroso que había entre ellos iba aumentando día a día por culpa de ambos. Había sospechado aquella desgracia por primera vez la noche de la fiesta, al llevar a Paul a la carretera. Pero, aun comprendiendo que ya no tenía la misma ternura en la mirada, la misma caricia en la voz, la misma apasionada entrega de antaño, no había podido adivinar la causa de aquel cambio.

Y aquel cambio no era nada nuevo, había comenzado hacía mucho, desde el día en que le había gritado, llena de felicidad, al llegar al lugar de la cita cotidiana: «Sabes, creo que esta vez estoy embarazada de verdad». En aquel momento, él había experimentado, a flor de piel, un leve escalofrío desagradable.

Luego, cada vez que se habían visto, ella le había hablado de aquel embarazo que

le hacía brincar el corazón de alegría; pero semejante interés por algo que a él le parecía fastidioso, feo, sucio, ofendía su devota exaltación hacia el ídolo que adoraba.

Más adelante, cuando la vio cambiada, más delgada, con las mejillas chupadas y la tez amarilla, pensó que habría debido ahorrarse aquel espectáculo y desaparecer por unos meses para volver a aparecer más lozana y bonita que nunca, sabiendo hacer olvidar aquel accidente, o sabiendo quizá añadir a su encantadora coquetería de amante otro encanto, hábil y discreto, de madre joven que no enseña a su hijo, envuelto en lazos rosa, más que de lejos.

Se le brindaba, por otra parte, una ocasión excepcional para hacer gala de ese tacto que él esperaba de ella, yéndose a pasar el verano a Mont-Oriol y dejándolo a él en París, para que no la viera ajada y deforme. ¡Tenía la esperanza de que lo comprendiera!

Pero, nada más llegar a Auvernia, había empezado a llamarlo con incesantes cartas desesperadas, tantas y tan acuciantes que había venido por debilidad, por lástima. Y ahora lo agobiaba con su ternura ridícula y quejumbrosa; y él experimentaba unos deseos inmoderados de dejarla, de no volver a verla, de no volver a oírla entonar su cantinela enamorada, irritante, inoportuna. Hubiera querido gritarle todo lo que sentía, explicarle cuán torpe y necia se mostraba, pero no podía hacerlo, y no se atrevía a irse, y tampoco conseguía no demostrarle su impaciencia con palabras amargas y ofensivas.

Ella sufría tanto más cuanto que, indispuesta, cada día menos ágil, presa de todos los achaques de las mujeres embarazadas, tenía más necesidad que nunca de que la consolaran, de que la mimaran, de que la rodearan de afecto. Lo amaba con ese abandono total del cuerpo, del alma, de todo el ser que convierte, a veces, al amor en un sacrificio sin reservas y sin límites. No se creía ya su amante sino su mujer, su compañera, su devota, su fiel, su prosternada esclava, algo que le pertenecía. No pensaba que entre ellos tuviera que haber ya galanteo, coquetería, deseo de seguir agradando, esfuerzos por gustar, puesto que le pertenecía por completo, puesto que los unía aquella cadena tan suave y fuerte: el hijo que no tardaría en nacer. En cuanto estuvieron solos ante la ventana, volvió a su tierno lamento:

—Paul, querido mío, dime, ¿sigues queriéndome?

—¡Pues claro! Oye, me lo preguntas todos los días, y acaba por resultar monótono.

—¡Perdóname! Es que ya no sé qué pensar, y necesito que me tranquilices, necesito oírte decir continuamente esas palabras que me hacen tanto bien; y, como ya no me las repites tan a menudo como antes, tengo que pedirte, que implorarte, que mendigarte que me las digas.

—¡Pues sí, te quiero! ¡Pero hablemos de otra cosa, por favor!

—¡Ay! ¡Qué duro eres!

—No, no soy duro. Sólo que... sólo que, no comprendes... no comprendes que...

—¡Ya! Comprendo perfectamente que ya no me quieres. ¡Si supieras cómo sufro!

—Vamos, Christiane, por lo que más quieras, no me pongas nervioso. Si supieras tú qué torpe es lo que haces.

—¡Ay! Si me quisieras, no hablarías así.

—Pero, por todos los demonios, si ya no te quisiera, no habría venido.

—Escucha. Ahora me perteneces. Tú eres mío y yo soy tuya. Entre nosotros existe este lazo, que nada puede desatar, de una vida que va a nacer. Pero prométeme que si dejaras de quererme un día, más adelante, me lo dirías.

—Sí, te lo prometo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Y, en ese caso, a pesar de todo, seguiríamos siendo amigos, ¿verdad?

—Pues claro que seguiríamos siendo amigos.

—El día que ya no estés enamorado de mí, vendrás a verme y me dirás: «Mi querida Christiane, sigo teniéndote afecto, pero ya no es lo mismo. Vamos a ser amigos, sólo amigos».

—De acuerdo, te lo prometo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¡De todas formas, me pondré muy triste! ¡Cómo me adorabas el año pasado!

Tras ellos una voz gritaba:

—¡La señora duquesa de Ramas-Aldavarra!

Venía en calidad de vecina, pues Christiane recibía todas las noches a los principales bañistas, igual que reciben los príncipes en sus reinos.

El doctor Mazelli iba tras la guapa española con ademanes risueños y sumisos. Ambas mujeres se dieron la mano, se sentaron y se pusieron a hablar.

Andermatt llamaba a Paul:

—Querido amigo, venga, la señorita Oriol echa las cartas de maravilla y me ha dicho cosas sorprendentes.

Lo cogió del brazo y añadió:

—¡Qué raro es usted! En París no nos vemos nunca, ni una vez al mes, a pesar de la insistencia de mi mujer. Aquí, han sido menester quince cartas para que viniera. Y, desde que ha llegado, tiene una cara de desconsuelo que parece que estuviera perdiendo un millón diario. Vamos, ¿nos está ocultando algún asunto que lo preocupe? Tal vez podríamos ayudarlo. Tiene que decírnoslo.

—No hay nada en absoluto, amigo mío. Si no voy a verlos más a menudo en París... Es que en París, ¿comprende?...

—Perfectamente... me hago cargo. Pero aquí, al menos, hay que estar siempre

animado. Les estoy preparando dos o tres fiestas que espero que sean todo un éxito.

Estaban anunciando: «La señora Barre y el señor profesor Cloche». Éste entró con su hija, una joven viuda pelirroja y descarada. Luego, casi de inmediato, el mismo criado gritó: «El señor profesor Mas-Roussel».

Iba acompañado de su mujer, pálida, madura, con unas crenchas lisas y pegadas a las sienes.

El profesor Rémusot se había marchado la víspera, tras haber comprado el chalé en que vivía en unas condiciones excepcionalmente ventajosas, a lo que decían.

A los otros dos médicos les hubiera gustado mucho conocer esas condiciones, pero Andermatt se limitaba a contestar: «Bueno, hemos llegado a un acuerdo interesante para todo el mundo. Si quiere imitarlo, ya intentaríamos entendernos, ya intentaríamos... Cuando esté decidido, me lo dice, y entonces hablaremos».

Apareció a su vez el doctor Latonne, y luego el doctor Honorat, sin su mujer, a la que solía dejar en casa.

Un murmullo de voces llenaba ahora el salón, un rumor de conversaciones. Gontran no se separaba ni un instante de Louise Oriol, le hablaba junto al hombro, y, de vez en cuando, le decía riendo al primero que pasaba por su lado:

—Es una enemiga a la que estoy conquistando.

Mazelli se había sentado junto a la hija del profesor Cloche. Desde hacía unos días la seguía con asiduidad; y ella recibía sus cumplidos con provocativa audacia.

La duquesa no la perdía de vista y parecía irritada y temblorosa. Se levantó de repente, cruzó el salón, e interrumpiendo la íntima conversación de su médico con la guapa pelirroja, dijo:

—Oiga, Mazelli, vamos a irnos. Me siento un poco indispueta.

En cuando salieron, Christiane, que se había acercado a Paul, le dijo:

—¡Pobre mujer! ¡Debe de sufrir tanto!

Él preguntó con atolondramiento:

—¿Quién?

—¡La duquesa! ¿No ve usted lo celosa que está?

Él contestó con brusquedad:

—Si ahora va a empezar a compadecerse de todas las pesadas, se va a pasar la vida llorando.

A ella le pareció tan cruel que se apartó, a punto de echarse a llorar de verdad. Y, sentándose junto a Charlotte Oriol, que estaba sola y sorprendida, pues no entendía lo que hacía Gontran, le dijo sin que la chiquilla comprendiera el significado de sus palabras:

—Hay días en que una quisiera estar muerta.

Andermatt, rodeado de médicos, contaba el extraordinario suceso del tío Clovis, cuyas piernas habían empezado de nuevo a revivir. Parecía tan convencido que nadie

hubiera podido dudar de su buena fe.

Desde que había calado la artimaña de los campesinos y del paralítico, desde que había comprendido que se había dejado engañar y convencer, el año anterior, por el único deseo de creer en la eficacia de las aguas, y, sobre todo, desde que no había podido quitarse de encima sin pagar las temibles denuncias del viejo, había convertido a éste en una poderosa propaganda y lo utilizaba a las mil maravillas.

Mazelli acababa de volver, libre, tras haber acompañado a su clienta hasta sus habitaciones.

Gontran lo tomó del brazo:

—Dígame, apuesto doctor, ¿le puedo pedir un consejo? ¿A cuál de las dos Oriol prefiere usted?

El guapo médico le dijo muy bajito al oído:

—Para acostarme, a la pequeña; para casarme, a la mayor.

Gontran se reía:

—Hombre, opinamos exactamente lo mismo. ¡Me encanta!

Luego, yendo hacia su hermana, que seguía charlando con Charlotte, le dijo:

—¿Sabes qué? Acabo de decidir que el jueves iremos al puy^[2] de la Nugère. Es el cráter más bonito de la cordillera. Todo el mundo está de acuerdo. Así que no se hable más.

Christiane murmuró con indiferencia:

—Me parece bien todo lo que queráis.

En ese momento, el profesor Cloche, seguido de su hija, venía a despedirse, y Mazelli, que se ofreció a acompañarlos, salió tras la joven viuda.

En pocos minutos todo el mundo se fue, pues Christiane se acostaba a las once.

El marqués, Paul y Gontran acompañaron a las hijas de Oriol. Gontran y Louise iban delante, y Brétigny, unos pasos detrás, sentía temblar un poco en su brazo el de Charlotte.

Se separaron exclamando: «Hasta el jueves a las once para almorzar en el hotel».

De regreso, se encontraron a Andermatt, al que había retenido en un rincón del jardín el profesor Mas-Roussel, quien le estaba diciendo:

—Bueno, pues si no lo molesta, iré a hablar con usted mañana por la mañana de ese asuntillo del chalé.

William se reunió con los jóvenes para volver con ellos, y empinándose para hablarle al oído, le dijo a su cuñado:

—Lo felicito, querido amigo, ha estado usted admirable.

A Gontran, desde hacía dos años, lo acosaban necesidades monetarias que le envenenaban la existencia. Mientras se había ido comiendo la fortuna de su madre, había vivido sin preocupaciones, con la indolencia y la indiferencia heredadas de su padre, en aquel ambiente de jóvenes ricos, hastiados y corruptos de los que hablan

todas las mañanas los periódicos, jóvenes de la alta sociedad que la frecuentan poco, y adquieren con el trato de las mujeres galantes costumbres y sentimientos de ramera.

Eran una docena del mismo grupo y se los veía todas las noches en el mismo café de los bulevares, entre las doce y las tres de la mañana. Elegantísimos, siempre de frac y chaleco blanco, con gemelos de veinte luises que renovaban todos los meses y compraban en las joyerías más importantes, vivían con la única preocupación de divertirse, de conseguir mujeres, de dar que hablar de sí mismos y de encontrar dinero por todos los medios posibles.

Como sólo sabían de los escándalos de la víspera, de los ecos de las alcobas y de las cuadras, de los duelos y las historias de juego, todo el horizonte de sus pensamientos lo limitaban esos muros.

Habían tenido todas las mujeres que se cotizaban en el mercado galante, se las habían traspasado, se las habían cedido, se las habían prestado, y hablaban entre sí de sus méritos amorosos como de las cualidades de un caballo de carreras. También frecuentaban el bullanguero mundo de la nobleza que da que hablar, con cuyas mujeres, casi en su totalidad, mantenían relaciones amorosas notorias, ante los ojos indiferentes, o desviados, o ciegos, o poco clarividentes de los maridos; y tenían de aquellas mujeres la misma opinión que de las otras, les tenían el mismo aprecio, estableciendo, no obstante, una ligera diferencia debida a la cuna y al rango social.

A fuerza de emplear artimañas para encontrar el dinero que requería la vida que llevaban, de engañar a los usureros, de pedir prestado por todas partes, de dar esquinazo a los proveedores, de reírse en las narices del sastre, que presentaba cada seis meses una factura aumentada en tres mil francos, de oír contar a las mujeres sus marrullerías de hembras ansiosas, de ver hacer trampas en los casinos, de saber y sentir que a ellos también les robaba todo el mundo, los criados, los comerciantes, los grandes cocineros, y mucha gente más, de estar al tanto y de intervenir en ciertos chanchullos de bolsa o de negocios turbios para conseguir unos cuantos luises, se les había embotado, desgastado el sentido de la moral; el pundonor para ellos consistía sólo en batirse en duelo en cuanto sentían que los consideraban sospechosos de todo aquello de lo que eran capaces o culpables.

Todos, o casi todos, habían de acabar, al cabo de unos cuantos años de semejante vida, casándose con una mujer rica, o mezclados en un escándalo, o suicidándose, o desapareciendo misteriosamente de forma tan definitiva como si hubiesen muerto.

Pero todos contaban con el matrimonio de interés. Unos tenían las esperanzas puestas en su familia para que se lo consiguiera, otros lo buscaban por sus propios medios aunque de forma disimulada, y tenían listas de herederas como quien tiene listas de casas en venta. Acechaban sobre todo a las mujeres exóticas, americanas del norte o del sur, y pensaban deslumbrarlas con su distinción, su fama de vividores, el eco de sus éxitos y la elegancia de su persona.

Y sus proveedores contaban también con esas bodas.

Pero dar caza a la hija con buena dote podía ser largo. En el mejor de los casos, requería investigaciones, trabajo de seducción, esfuerzos, visitas, todo un despliegue de energía del que Gontran, despreocupado por naturaleza, se sentía completamente incapaz.

Llevaba tiempo diciéndose, al sentir cada día más los sufrimientos de la falta de dinero: «No tengo más remedio que tomar una determinación». Pero no acababa de tomarla, y no se le ocurría nada.

Por ello, se veía reducido a usar de su ingenio para conseguir pequeñas sumas, a utilizar todos los procedimientos poco claros de quienes están sin recursos, y, en último término, a pasar largas temporadas con la familia, cuando Andermatt le sugirió de repente la idea de casarse con una de las hijas de Oriol. Primero, se había callado, por prudencia, aunque la joven le parecía, a primera vista, demasiado inferior a él para consentir en un casamiento tan desigual. Pero no tardaron unos cuantos minutos de reflexión en hacerlo cambiar de parecer, y se había decidido en seguida a hacerle una corte poco seria, una corte de ciudad termal que no lo comprometiera a nada y le permitiera dar marcha atrás.

Como conocía admirablemente a su cuñado, sabía que éste debía de haber meditado, sopesado y preparado tal proposición durante mucho tiempo, y que, viniendo de él, valía un alto precio difícil de encontrar en otro sitio.

No tenía que tomarse además más molestia que la de agacharse y tomar a una linda muchacha, ya que la menor le gustaba mucho y se había dicho a menudo que podría resultar muy agradable coincidir con ella más adelante.

Así que había elegido a Charlotte Oriol, y, en poco tiempo, la había llevado al punto necesario para poder hacer una petición de mano en regla.

Ahora bien, como el padre le daba a su otra hija la dote que codiciaba Andermatt, a Gontran no le había quedado más remedio que renunciar al casamiento o volverse hacia la mayor.

Ello lo había contrariado mucho, y se le había pasado por la cabeza, en los primeros momentos, mandar a freír espárragos a su cuñado y seguir soltero hasta nueva orden.

Pero precisamente en aquel momento estaba sin blanca, tan sin blanca que para jugar una partida en el Casino le había tenido que pedir veinticinco lises a Paul, después de haberle pedido otros muchos que nunca le había devuelto. Y además, a otra mujer habría que buscarla, encontrarla, seducirla. Tal vez tendría que luchar con una familia hostil, mientras que, sin moverse del sitio, con unos cuantos días de atenciones y galanteos, podría tomar a la mayor de las Oriol, lo mismo que había sabido conquistar a la pequeña. De este modo, convertía a su cuñado en un banquero de toda confianza a quien siempre le podría echar las culpas, a quien podría hacerle

eternos reproches, y cuya caja seguiría teniendo abierta.

En cuanto a su mujer, se la llevaría a París y la presentaría como la hija del socio de Andermatt. Además se apellidaba como la ciudad termal, donde no volvería a traerla nunca —¡nunca! ¡nunca!— en virtud de ese principio que reza que los ríos no vuelven a las fuentes. Era agradable de rostro y de apariencia, lo bastante distinguida para llegar a serlo del todo, lo bastante inteligente para comprender la sociedad y para saber comportarse en ella, hacer buen papel, e incluso honrarla. La gente decía: «El bromista ese se ha casado con una chica guapa que le importa un bledo», y le importaría un bledo efectivamente, pues tenía la intención de continuar, una vez casado con ella, su vida de soltero, con dinero en el bolsillo.

Se había vuelto, pues, hacia Louise Oriol, y, aprovechándose sin saberlo de los celos que había despertado en el corazón envidioso de la joven, había avivado en ella una coquetería aún latente y un deseo vago de arrebatarse a su hermana aquel apuesto galán a quien llamaban: «Señor conde».

Ella no se había confesado a sí misma tales sentimientos, no había pensado ni preparado nada, sorprendida por el encuentro y el secuestro de ambas. Pero, al verlo solícito y galante, se había dado cuenta, por su aspecto, por sus miradas, por su actitud toda, que no estaba enamorado de Charlotte, y, sin intentar prever qué pasaría después, se sentía feliz, alegre, casi victoriosa al acostarse.

El jueves siguiente, antes de salir para el puy de la Nugère, lo dudaron mucho. El cielo negro y con nubes bajas hacía temer lluvia. Pero Gontran insistió tanto que puso en marcha a los indecisos.

El almuerzo había sido triste. Christiane y Paul habían reñido la víspera sin motivo aparente. Andermatt temía que no se realizara el casamiento de Gontran, pues el tío Oriol había hablado de él en términos ambiguos esa misma mañana. Gontran, al tanto, estaba indignado y resuelto a salir victorioso. Charlotte, que presentía el triunfo de su hermana sin entender nada de aquel brusco cambio, se había empeñado en quedarse en el pueblo. No sin esfuerzo la decidieron a acompañarlos.

El Arca de Noé se llevó, pues, a todos los pasajeros habituales al completo hacia la alta meseta que domina Volvic.

Louise Oriol, que de pronto se había vuelto locuaz, hacía los honores del recorrido. Explicó cómo la piedra de Volvic, que no es sino la lava de los puyes aledaños, había servido para construir todas las iglesias y todas las casas de la región, lo que hace que las ciudades de Auvernia sean poco alegres y parezcan hechas con carbón. Mostró las canteras donde tallan esa piedra, señaló la colada que hace las veces de cantera y de la que se extrae la lava bruta, y les hizo admirar, de pie en una cumbre y dominando Volvic, la gigantesca Virgen negra que ampara la ciudad.

Luego subieron hacia la meseta superior, deformada por los antiguos volcanes. Los caballos iban al paso por la larga y dificultosa carretera. Bordeaban el camino

hermosos bosques verdes. Y todos habían dejado de hablar.

Christiane iba pensando en Tazenat. ¡Era el mismo coche! ¡Eran las mismas personas, pero los corazones ya no eran los mismos! Todo parecía igual... y ¿sin embargo?... ¿sin embargo?... ¿Qué había pasado? ¡Tan poca cosa!... ¡Un poco más de amor por su parte!... ¡Un poco menos de amor por parte de él!... ¡Tan poca cosa!... ¡La diferencia que va del deseo que nace al deseo que muere!... ¡Tan poca cosa!... ¡El invisible desgarró que causa el cansancio en la ternura!... ¡Ay! ¡Tan poca cosa, tan poca cosa!... ¡Y la mirada de los ojos que ha cambiado, porque los mismos ojos no ven ya igual el mismo rostro!... ¿Qué es una mirada?... ¡Tan poca cosa!

El cochero se detuvo y dijo: «Es aquí, a la derecha, por ese sendero del bosque. Vayan por él».

Se apearon todos excepto el marqués, a quien el tiempo le parecía demasiado caluroso. Louise y Gontran fueron por delante y Charlotte se quedó atrás con Paul y Christiane, que apenas podía andar. El camino se les hizo largo al cruzar el bosque, y a continuación llegaron a una cresta cubierta de hierba alta que conducía, siempre cuesta arriba, a los bordes del antiguo cráter.

Louise y Gontran, que se habían detenido en la cumbre, altos y delgados ambos, parecían estar de pie en las nubes. Cuando se reunieron con ellos, el alma exaltada de Paul Brétigny tuvo un arrebató de lirismo.

A su alrededor, tras ellos, a la derecha, a la izquierda, los rodeaban conos extraños, decapitados, estilizados unos, achatados otros, pero todos con su curioso aspecto de volcanes extinguidos. Aquellos pesados tocones montañosos de cumbre plana se alzaban de sur a oeste sobre una inmensa y árida meseta, muy elevada también, a unos mil metros por encima de la Limagne, que dominaba, hasta donde se perdía la vista, por el este y el norte, hasta el invisible horizonte, siempre velado, siempre azulado.

El *puy* de Dôme, a la derecha, sobresalía por encima de todos sus hermanos, unos setenta u ochenta cráteres ahora dormidos. Más allá, los *puys* de Gravenoire, de Crouel, de la Pedge, de Sault, de Noschamps, de la Vache. Más cerca, el *puy* de Pariou, el *puy* de Côme, los *puys* de Jumes, de Tressoux, de Louchadière, un enorme cementerio de volcanes.

Los jóvenes miraban todo aquello estupefactos. A sus pies se abría el primer cráter de la Nugère, profunda hondonada de césped en cuyo fondo aún se veían tres enormes bloques de lava parda, que había levantado el último aliento del monstruo y habían caído a continuación en sus expirantes fauces, en las que llevaban siglos y siglos, en las que se habían quedado para siempre.

Gontran gritó:

—Voy a bajar al fondo. Quiero ver cómo entregan el alma estas fieras. Vamos, señoritas, una carrerita cuesta abajo.

Y, cogiendo del brazo a Louise, tiró de ella. Charlotte corrió tras ellos; luego, de repente, se paró, miró cómo huían, enlazados y dando saltos, y, volviéndose bruscamente, regresó hacia donde estaban Christiane y Paul, sentados en la hierba en lo alto de la cuesta. Al llegar junto a ellos, cayó de rodillas y, ocultando al cara en el vestido de Christiane, rompió en sollozos.

Christiane, que había comprendido, y en quien todas las penas de los demás calaban desde hacía algún tiempo como heridas propias, le echó los brazos al cuello y susurró, a punto de echarse a llorar también: «¡Pobrecita! ¡Pobrecita!». La joven seguía llorando, de hinojos, ocultando la cara, y con las manos arrancaba la hierba del suelo como sin darse cuenta.

Brétigny se había puesto de pie para disimular que lo había visto todo, pero la pena de aquella chiquilla, el desconsuelo de aquella inocente lo llenaron bruscamente de indignación contra Gontran. A él, a quien exasperaba la honda angustia de Christiane, le llegó a lo más hondo del corazón aquella primera desilusión de niña.

Volvió y, arrodillándose a su vez para hablar con ella, le dijo:

—Vamos, cálmese, se lo ruego. Van a volver a subir, cálmese. No deben verla llorar.

Ella se enderezó, asustada ante la idea de que su hermana pudiera encontrarla con lágrimas en los ojos. Seguía con el pecho lleno de sollozos que reprimía, que se tragaba, que se le metían en el corazón y se lo oprimían aún más. Balbuceaba.

—Sí... sí... ya se me ha pasado... no es nada... ya se me ha pasado... Fíjese... ya no se me nota... ¿verdad?... ¿A que ya no se me nota?

Christiane le secaba las mejillas con su pañuelo, y luego se lo pasaba también por las suyas. Le dijo a Paul:

—Ande, vaya a ver qué están haciendo. Ya no se los ve. Han desaparecido tras los bloques de lava. Yo me quedaré con esta criatura para consolarla.

Brétigny se había levantado, y exclamó con voz temblorosa:

—Voy... y los traigo, pero su hermano... tendrá que vérselas conmigo... hoy mismo... y me explicará su incalificable conducta después de lo que nos dijo el otro día.

Echó a correr hacia el centro del cráter.

Gontran, tirando de Louise, la había lanzado con todas sus fuerzas por la rápida pendiente del gran agujero para poder refrenarla, sostenerla, hacerle perder el aliento, aturdira y asustarla. Ella, llevada por el impulso, trataba de frenarlo, balbuceaba: «¡Ay! ¡No corra tanto!... ¡Qué voy a caerme!... ¡Está usted loco... voy a caerme!».

Fueron a tropezar con los bloques de lava y se quedaron de pie, sin resuello ambos. Luego los rodearon, contemplando unas anchas hendiduras que formaban por debajo una especie de caverna con dos entradas.

Al arrojar el volcán, casi sin vida, aquella última espuma, como no podía lanzarla

al cielo como antaño, la había escupido, espesa, medio fría, y se le había solidificado en los labios moribundos.

—Vamos a meternos por ahí —dijo Gontran.

Y dejó pasar delante a la joven. Luego, cuando estuvieron en la gruta, le dijo:

—Bueno, señorita, pues ha llegado el momento de que le haga una declaración.

Ella se quedó estupefacta:

—Una declaración... ¡a mí!

—Pues sí. En cuatro palabras: me parece usted encantadora.

—A quien tiene que decirle eso es a mi hermana.

—¡Bah! Bien sabe usted que a su hermana no le he hecho ninguna declaración.

—Eso lo dirá usted.

—¡Venga, no sería usted mujer si no hubiera comprendido que he sido galante con su hermana para ver qué le parecía a usted!... ¡Y ver qué cara me pondría!... Y me ha puesto una cara muy enfadada. ¡Ay! ¡Cuánto me he alegrado! ¡Así que he intentado mostrarle, con todos los miramientos posibles, lo que pensaba de usted!...

Nunca le habían hablado así. Se sentía avergonzada y encantada, con el corazón lleno de alegría y orgullo.

Él siguió diciendo:

—Ya sé que no me he comportado bien con su hermanita. Qué le vamos a hacer. Ella no se ha engañado, mire. Ya ve que se ha quedado en la cuesta, que no ha querido seguirnos... ¡Claro, lo ha entendido, lo ha entendido!...

Le había tomado una mano a Louise Oriol y le besó la punta de los dedos, suave, galantemente, y susurrando:

—¡Qué bonita es usted! ¡Qué bonita es usted!

Ella, apoyada contra la pared de lava, escuchaba en silencio cómo le latía el corazón emocionado. El único pensamiento que le flotaba en la turbada mente era un pensamiento triunfal: había vencido a su hermana.

Pero apareció una sombra en la entrada de la gruta. Paul Brétigny los estaba mirando. Gontran dejó caer con naturalidad la manita que se había llevado a los labios y dijo:

—Ah, eres tú... ¿Estás solo?

—Sí, nos ha extrañado veros desaparecer aquí debajo.

—Bueno, ya volvemos, querido amigo. Estábamos echando una mirada, ¿Verdad que es bastante curioso?

Louise, ruborizada hasta la raíz del pelo, salió delante y empezó a subir la cuesta seguida por los dos jóvenes, que iban hablando en voz baja detrás de ella.

Christiane y Charlotte los miraban acercarse y los esperaban cogidas de la mano.

Emprendieron el regreso hacia el coche, donde se había quedado el marqués; y el Arca de Noé volvió a tomar el camino de Enval.

De repente, en medio de un bosquecillo de pinos, el landó se detuvo y el cochero empezó a renegar; un burro viejo muerto obstruía el camino.

Todos quisieron verlo y se apearon. Estaba tendido en el polvo negruzco y también él era oscuro, y tan flaco que parecía que los huesos, que abultaban el rozado pellejo, habrían acabado por perforarlo si el animal no hubiera dado antes el último suspiro. Se le marcaba todo el esqueleto bajo el pelo raído de las costillas, y la cabeza parecía enorme, una cabeza triste con los ojos cerrados, tranquila sobre su lecho de piedras trituradas, tan tranquila, tan muerta que hubiérase dicho que la hacía feliz y la sorprendía aquel descanso desconocido. Las grandes orejas, ahora lacias, yacían como andrajos. Dos mataduras abiertas en las rodillas probaban que ese mismo día se había caído a menudo antes de desplomarse por última vez. Y otra matadura en el flanco indicaba el lugar en que su amo llevaba muchos años azuzándolo con un pincho de hierro clavado en la punta de un palo, para que aligerara el cansino caminar.

El cochero lo había cogido por las patas traseras y lo estaba arrastrando hacia una de las cunetas; y al animal se le estiraba el cuello como si quisiera seguir rebuznando, lanzar la última queja. Cuando lo hubo dejado en la hierba, el hombre, furioso, murmuró: «¡Qué zopencos! ¡Mira que haberlo dejado en medio de la carretera!».

Nadie más había dicho nada; volvieron a subirse al coche.

Christiane, desconsolada, conmovida, veía toda la desventurada vida de aquel animal, que había concluido así al borde de un camino: el alegre borriquillo de cabeza grande en la que brillaban unos grandes ojos, gracioso y bonachón, con su pelo áspero y sus largas orejas, brincando, libre aún, entre las patas de la madre. ¡Y luego la primera carreta, la primera cuesta arriba, los primeros golpes! ¡Y luego, más adelante, la incesante y terrible marcha por las interminables carreteras! ¡Los golpes! ¡Los golpes! ¡Las cargas demasiado pesadas, los soles de justicia, y para comer un poco de paja, un poco de heno, alguna que otra rama, y la tentación de las praderas verdes a lo largo de los fatigosos caminos!

Y luego, también, al ir envejeciendo, el pincho de hierro en vez de la flexible vara, y el horroroso martirio del animal cansado, sin resuello, rendido, tirando siempre de cargas excesivas, doliéndole todos los miembros, todo el viejo cuerpo raído como la ropa de un pobre. Y luego la muerte, la bienhechora muerte a tres pasos de la hierba de la cuneta, hasta la que lo arrastra, renegando, un hombre que pasa, para despejar el camino.

Christiane comprendió por primera vez la miseria de las criaturas esclavas; y también la muerte se le apareció como algo que a veces puede ser muy deseable.

De pronto, adelantaron a una carreta pequeña de la que tiraban, agotados de cansancio, un hombre casi desnudo, una mujer vestida de harapos y un perro esquelético.

Se los veía sudar y jadear. El perro, con la lengua fuera, flaco y sarnoso, iba atado entre las ruedas. En la carreta, leña recogida por doquier, robada sin duda, raíces, tocones, ramas rotas bajo las que parecía haber algo más; y encima de las ramas unos andrajos, y encima de los andrajos un niño, una cabeza nada más, que asomaba entre los harapos grises, ¡una bola con dos ojos, una nariz, una boca!

¡Aquello era una familia, una familia humana! El burro había sucumbido a las fatigas, y el hombre, sin compasión por el servidor muerto, sin empujarlo siquiera hasta la cuneta, lo había dejado en pleno camino, cortándoles el paso a los coches que pasaran después. Y luego, enganchándose a su vez, junto con su mujer, entre los varales vacíos, había empezado a tirar, lo mismo que tiraba el animal antes. ¡Allá iban! ¿Adónde? ¿Para qué? ¿Tenían siquiera algún dinero? Si no podían comprar otro animal, ¿seguirían arrastrando sin parar aquella carreta? ¿De qué vivirían? ¿Dónde se pararían? Probablemente morirían lo mismo que había muerto su borriquillo.

¿Estaban casados aquellos mendigos o sólo emparejados? Y su hijo, aquel animalillo informe, oculto bajo unos trapos sórdidos, viviría como habían vivido ellos.

Christiane pensaba en todo aquello, y de lo hondo del alma asustada le brotaban sentimientos nuevos. Le llegaba un atisbo de la miseria de los pobres.

Gontran dijo de repente:

—No sé por qué, pero me parecería muy agradable que pudiéramos cenar todos juntos esta noche en el Café Inglés. Me gustaría ver los bulevares.

Y el marqués murmuró:

—¡Bah! Aquí estamos bien. El nuevo hotel está mucho mejor que el antiguo.

Estaban pasando por delante de Tournoël. A Christiane un recuerdo le hizo latir el corazón al reconocer un castaño. Miró a Paul, que había cerrado los ojos y no vio su humilde llamada.

No tardaron en divisar a dos hombres delante del coche, dos viñadores que volvían del trabajo, con el binador al hombro y el paso largo y cansino de los trabajadores.

Las hijas de Oriol se ruborizaron hasta la raíz del pelo. Eran su padre y su hermano, que habían vuelto a los viñedos, como antaño, que se pasaban los días sudando sobre la tierra que los había enriquecido, que, con el sol pegándoles en los riñones, trabajaban en ella de la mañana a la noche mientras que las elegantes levitas, cuidadosamente dobladas, descansaban en la cómoda, y los sombreros de copa, en un armario.

Ambos campesinos saludaron con sonrisa amistosa mientras todas las manos del landó contestaban a su saludo.

En cuanto estuvieron de regreso, al apearse Gontran del Arca para subir al Casino, Brétigny lo acompañó y, deteniéndolo nada más dar los primeros pasos, dijo:

—Oye, amigo mío, no está bien lo que haces y le he prometido a tu hermana que hablaría contigo.

—Que hablarías conmigo ¿de qué?

—De cómo te portas desde hace unos días.

Gontran había puesto su gesto impertinente.

—¿De cómo me porto? ¿Con quién?

—Con esa niña a la que has dejado plantada de mala manera.

—¿Tú crees?

—Sí que lo creo... y tengo razón.

—¡Bah! Te has vuelto muy escrupuloso en eso de dejar plantado a alguien.

—Ojo, querido amigo, que no se trata de una pelandusca sino de una señorita.

—De sobra lo sé, por eso no me he acostado con ella. La diferencia está clara.

Habían echado a andar otra vez, uno junto a otro. El comportamiento de Gontran exasperaba a Paul, que siguió diciendo:

—Si no fuera amigo tuyo, te diría cosas muy duras.

—Y yo no te consentiría que las dijeras.

—Vamos a ver, atiende, esa niña me da lástima. Hace un rato estaba llorando.

—¡Anda! ¿Qué estaba llorando? ¡Hombre, no sabes lo que me halaga!

—Venga, déjate de bromas. ¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? Nada.

—Vamos a ver, has llegado lo bastante lejos con ella como para comprometerla. El otro día nos decías a tu hermana y a mí que pensabas casarte con ella...

Gontran se detuvo, y, con tono burlón en el que se traslucía una amenaza, replicó:

—A mi hermana y a ti os valdría más no meteros en los amoríos del prójimo. Os dije que esa chica me gustaba bastante y que si, llegado el caso, me casaba con ella actuaría prudente y razonablemente. Eso es todo. ¡Pero ahora resulta que la mayor me gusta más! He cambiado de opinión. Eso es algo que le ocurre a todo el mundo.

Y luego, mirándolo frente a frente, añadió:

—¿Qué haces tú cuando una mujer deja de gustarte? ¿Te andas con miramientos?

Sorprendido, Paul Brétigny intentaba adivinar el sentido profundo, el sentido oculto de aquellas palabras. También él se estaba acalorando; dijo violentamente:

—Te repito que no se trata ni de una desvergonzada ni de una mujer casada, sino de una señorita a la que has engañado, si no con promesas, al menos con tu comportamiento. ¡Y eso no es, entérate, ni de caballero... ni de hombre honrado!...

Gontran, pálido, con voz tajante, lo interrumpió:

—¡Cállate!... Ya has dicho demasiado... y ya he oído demasiado... Si no fuera amigo tuyo, te... te demostraría que no tengo mucho aguante. Como digas algo más, hemos acabado para siempre.

Luego, midiendo las palabras, despacio, le dijo en la cara:

—No tengo por qué darte explicaciones... es más, podría pedírtelas yo a ti... Lo que no es de caballero ni de hombre honrado es cierta falta de tacto... que puede adoptar muchas formas... de la que la amistad debería guardar a ciertas personas... y a la que el amor no sirve de disculpa...

De pronto, cambiando de tono y casi bromeando, dijo:

—En cuanto a esa niña, Charlotte, si te enterece y te gusta, tómala y cástate con ella. El matrimonio es, a menudo, una solución en los casos difíciles. Es una solución y una plaza fuerte en la que puede uno parapetarse contra las desesperaciones tenaces... ¡Es guapa y rica! Algún día tendrá que ocurrirte ese accidente... Sería divertido que nos casáramos aquí el mismo día, pues yo me voy a casar con la mayor. Te lo digo en secreto, no vayas contándolo por ahí todavía... Pero que no se te olvide que tú tienes menos derecho que nadie a hablar de probidad sentimental y de escrúpulos de afecto. Y ahora vuelve a tus asuntos. Yo me voy a los míos. Buenas noches.

Y, cambiando bruscamente de dirección, bajó hacia el pueblo. Paul Brétigny, hecho un mar de dudas y con el corazón turbado, volvió a paso lento hacia el hotel de Mont-Oriol.

Intentaba comprender bien, recordar cada palabra, para determinar su sentido, y se asombraba de los recovecos secretos, inconfesables y vergonzosos que pueden ocultar ciertas almas.

Cuando Christiane le preguntó:

—¿Qué le ha contestado Gontran?

Balbuceó:

—Pues resulta que prefiere... ahora prefiere a la mayor... Hasta creo que se quiere casar con ella... Y al hacerle unos reproches algo severos, me ha cerrado la boca con alusiones... inquietantes... para nosotros dos.

Christiane se dejó caer en una silla murmurando:

—¡Ay, Dios mío!... ¡Dios mío!...

Pero, en ese preciso momento, entraba Gontran, pues acababan de avisar para la cena; la besó alegremente en la frente preguntando:

—¿Qué tal, hermanita, cómo te encuentras? ¿No estás demasiado cansada?

Y luego le dio la mano a Paul y, volviéndose hacia Andermatt, que había llegado pisándole los talones, le dijo:

—Oiga, perla de los cuñados, de los maridos y los amigos, ¿puede decirnos exactamente cuánto vale un burro viejo muerto en la carretera?

IV

Andermatt y el doctor Latonne estaban paseando ante el Casino, por la terraza adornada con jarrones de mármol de imitación.

—Ya ni siquiera me saluda —decía el médico refiriéndose a su colega Bonnefille —, está allí en su madriguera como un jabalí. Creo que, si pudiera, envenenaría nuestros manantiales.

Andermatt meditaba profundamente, con las manos a la espalda y en la cabeza un sombrero hongo pequeño de fieltro gris, echado hacia atrás, que no le disimulaba la calvicie.

—Bueno, dentro de tres meses la Sociedad se pondrá de rodillas. Ya sólo discutimos por una diferencia de diez mil francos. Es ese miserable de Bonnefille quien los azuza contra mí y les hace creer que me van a sacar más. Pero se equivoca.

El nuevo inspector siguió diciendo:

—Sabrá que ayer cerraron el Casino. Ya no iba nadie.

—Sí, ya estoy enterado, y también de que al nuestro no viene bastante gente. La gente sale poco de los hoteles, y en los hoteles, se aburre, amigo mío. Hay que divertir a los bañistas, distraerlos, conseguir que la temporada se les haga demasiado corta. Los de nuestro hotel, los de Mont-Oriol, vienen todas las noches porque les queda muy cerca, pero los demás se lo piensan y se quedan en casa. Es una cuestión de carreteras, y nada más. El éxito depende siempre de causas imperceptibles que hay que saber descubrir. Es preciso que los caminos que llevan a un lugar de recreo sean, en sí mismos, un recreo, la primera parte de la satisfacción que se va a conseguir al rato.

»Los caminos para llegar hasta aquí son malos, pedregosos, difíciles; resultan cansados. Cuando la carretera que lleva a un sitio al que uno tiene ciertas ganas de ir es cómoda, ancha, sombreada de día, fácil y no muy empinada por la noche, es inevitable que se la prefiera a otras. ¡Si supiera usted hasta qué punto conserva el cuerpo recuerdos de mil cosas que la mente no se ha tomado el trabajo de retener! ¡Creo que así es como funciona la memoria de los animales! Si pasamos demasiado calor yendo a determinado lugar, si nos destrozamos los pies en los guijarros mal apisonados, si la cuesta nos parece demasiado cansada, volver a ese lugar, incluso aunque hayamos ido pensando en otra cosa, nos producirá una repugnancia física invencible. Íbamos charlando con un amigo, no hemos sido conscientes de las pequeñas dificultades de la caminata, no nos hemos fijado en nada, no se nos ha quedado nada; pero a nuestras piernas, a nuestros músculos, a nuestros pulmones, a nuestro cuerpo entero, sí; a ellos no se les ha olvidado, y le dicen a la mente, cuando la mente quiere volver a llevarlos por el mismo camino: «No, no pienso ir, lo pasé demasiado mal». Y la mente obedece a ese rechazo sin discutir y asume ese mudo

lenguaje de los compañeros que la conducen.

»Así que necesitamos buenos caminos, o lo que es lo mismo: necesito las tierras del borrigo ese del tío Oriol. Pero paciencia... ¡Ah!... A propósito, Mas-Roussel ha comprado su chalé en las mismas condiciones que Rémusot. Es un pequeño sacrificio del que nos resarcirá ampliamente. O sea, que intente saber exactamente cuáles son las intenciones de Cloche.

—Hará lo mismo que los demás —dijo el médico—. Pero hay algo en lo que llevo pensando desde hace unos días y que se nos ha olvidado por completo: el boletín meteorológico.

—¿Qué boletín meteorológico?

—El de los periódicos de París de gran tirada. ¡Es algo indispensable! La temperatura de una estación termal tiene que ser mejor, menos variable, más regularmente templada que la de las estaciones vecinas y rivales. Va usted a abonarse al boletín meteorológico de los principales órganos de opinión, y todas las noches mandaré por telegrama la situación atmosférica. Lo haré de tal forma que la media registrada al final del año sea superior a las demás medias de los alrededores. Lo primero que salta a la vista al abrir los periódicos importantes es la temperatura de Vichy, de Royat, del Mont-Dore, de Châtel-Guyon, etc., etc., durante la temporada de verano; y durante la temporada de invierno la temperatura de Cannes, de Menton, de Niza, de Saint-Raphaël. En esos sitios siempre tiene que hacer calor y buen tiempo, querido director, para que el parisino se diga: «¡Caramba, qué suerte tienen los que van allí!».

Andermatt exclamó:

—¡Pardiez que tiene usted razón! ¿Cómo no se me habrá ocurrido? Voy a ocuparme de ello hoy mismo. Y hablando de cosas útiles, ¿ha escrito a los profesores de Larenard y Pascalis? A esos dos sí que me gustaría tenerlos aquí.

—Inabordables, querido presidente... a menos... a menos que se convenzan por sí mismos, tras muchas experiencias, de que nuestras aguas son excelentes... Pero de ellos no conseguirá nada por persuasión... anticipada.

Pasaban por delante de Paul y Gontran, que habían venido a tomar café después del almuerzo. Iban llegando otros bañistas, hombres sobre todo, pues las mujeres, al levantarse de la mesa, suben siempre una hora o dos a sus habitaciones. Petrus Martel vigilaba a sus camareros y pedía a voces: «Un cúmél, un aguardiente, un anisete», con la misma voz vibrante y profunda que pondría una hora después para dirigir el ensayo y dar el tono a la primera actriz.

Andermatt se paró un momento a hablar con los dos jóvenes, y luego siguió paseándose con el inspector.

Gontran, con las piernas y los brazos cruzados, retrepado en la silla, apoyando la nuca en el respaldo y apuntando con la mirada y con el puro al cielo, fumaba,

ensimismado en una felicidad perfecta.

De repente, preguntó:

—¿Quieres dar una vuelta, dentro de un rato, por el valle de Sans-Souci? Estarán las niñas esas.

Paul dudó y, luego, tras pensarlo, dijo:

—Bueno, de acuerdo.

A continuación, añadió:

—¿Va bien lo tuyo?

—¡Ya lo creo! La tengo cogida; ya no se me escapa.

Gontran había tomado ahora a su amigo como confidente, y le contaba, día a día, lo que iba adelantando. Incluso se lo llevaba, como cómplice, a sus citas, pues había conseguido, de forma ingeniosísima, tener citas con Louise Oriol.

Tras el paseo al *puy* de la Nugère, Christiane puso fin a sus excursiones, y ya apenas salía, lo que dificultaba los encuentros. El hermano, a quien aquella actitud de la hermana causó un trastorno al principio, había buscado los medios para salir del apuro.

Acostumbrado a los usos de París, donde los hombres de su índole consideran a las mujeres como una caza a menudo difícil, había puesto en práctica antaño muchas artimañas para acercarse a aquéllas que codiciaba. Había sabido, mejor que nadie, servirse de los intermediarios, descubrir a los que eran complacientes por interés y darse cuenta de una ojeada de quiénes, hombres o mujeres, favorecerían sus intereses.

Al verse privado, de pronto, de la colaboración inconsciente de Christiane, había buscado entre las personas que lo rodeaban el nexo necesario, el «carácter flexible y comprensivo», como decía él, que sustituyera a su hermana; y su elección había recaído enseguida en la mujer del doctor Honorat. Había muchas razones que hacían de ella la más indicada. En primer lugar, su marido, muy vinculado a los Oriol, trataba a esta familia desde hacía veinte años. Había visto nacer a los hijos, cenaba en su casa todos los domingos, y los sentaba a su mesa todos los martes. La mujer, una señora de medio pelo, gorda, vieja, presuntuosa, y cuyo punto flaco era la vanidad, no podía por menos de prestarse por entero a cualquier deseo del conde de Ravenel, cuyo cuñado era el dueño del balneario de Mont-Oriol.

Por otra parte, a Gontran, que era un experto en celestinas, ésta le había parecido, sólo con verla pasar por la calle, muy bien dotada por la naturaleza. Tiene toda la pinta, pensaba, y cuando se tiene toda la pinta de ser algo, es que ese algo se lleva dentro.

Así pues, había entrado en la casa un día que había acompañado al marido hasta la puerta. Se había sentado, había pegado la hebra, había elogiado a la señora, y, al llegar la hora de cenar, dijo al levantarse:

—¡Qué bien huele en su casa! Guisa usted mejor que los del hotel.

La señora Honorat, muy hueca, balbuceó:

—Dios mío... si me atreviera... si me atreviera, señor conde...

—¿Si se atreviera a qué, querida señora?

—A rogarle que comparta nuestra modesta cena.

—A fe mía... a fe mía... que le diría que sí.

El doctor, preocupado, murmuró:

—Pero si no hay nada, nada. El puchero, un poco de vaca, una gallina, y nada más.

Gontran se reía:

—Me basta, acepto.

Y había cenado en casa del matrimonio Honorat. La obesa anfitriona se levantaba de la mesa, le quitaba de las manos la fuente a la criada para que ésta no echara la salsa en el mantel, y, aunque el marido perdía la paciencia, servía en persona.

El conde le había dado la enhorabuena por el guiso, por su casa, por su amabilidad, y la había dejado inflamada de entusiasmo.

Había vuelto para agradecerle la hospitalidad, había dejado que lo volviera a invitar, y ahora iba a todas horas a casa de la señora Honorat, donde las hijas de Oriol iban también constantemente desde hacía años, como vecinas y amigas.

Así pues, pasaba allí muchas horas entre las tres mujeres, amable con las dos hermanas, pero haciendo notar de día en día su marcada preferencia por Louise.

Los celos que habían nacido entre ambas, en cuanto había empezado a galantear a Charlotte, iban adquiriendo visos de guerra rencorosa por parte de la mayor, y de desdén por parte de la pequeña. Louise, con su aire reservado, ponía en las reticencias y el comportamiento comedido que le reservaba a Gontran más coquetería e insinuaciones que la otra, anteriormente, en toda su libre y alegre llaneza. Charlotte, herida en el fondo del alma, ocultaba la pena por orgullo, parecía no fijarse en nada, no enterarse de nada, y seguía yendo con gran indiferencia aparente a todas aquellas reuniones de casa de la señora Honorat. No quería quedarse en la suya por temor a que pensarán que sufría, que lloraba, que le cedía el puesto a su hermana.

Gontran, demasiado ufano de su travesura para ocultarla, no había podido por menos de contársela a Paul. Y a Paul le había parecido graciosa y se había echado a reír. Por otra parte, se había prometido a sí mismo, desde que su amigo le dijera aquellas frases ambiguas, no entrometerse en sus asuntos, y a menudo se preguntaba con preocupación: «¿Sabrá algo de Christiane y de mí?».

Conocía demasiado a Gontran para no creerlo capaz de cerrar los ojos ante un romance de su hermana. Pero, entonces, ¿cómo no había dado a entender antes que lo adivinaba o que lo sabía? Gontran era, en efecto, de aquéllos para quienes cualquier mujer de mundo debe tener un amante o varios, de aquéllos para quienes la familia no es más que una sociedad de socorros mutuos, para quienes la moral es una actitud

indispensable para ocultar los gustos diversos que la naturaleza ha puesto en nosotros, y de aquéllos para quienes la honorabilidad mundana es la fachada tras la cual se esconden los gratos vicios. Si había animado, por lo demás, a su hermana pequeña a casarse con Andermatt, ¿no lo había hecho acaso con la idea, no inconcreta sino clarísima, de que de aquel judío se iba a poder aprovechar, de todas las formas posibles, toda la familia? ¿Y no habría despreciado tal vez a Christiane si le hubiera sido fiel a aquel marido útil tanto como se habría despreciado a sí mismo si no le hubiera sacado el dinero a su cuñado?

Paul pensaba en todo aquello, y todo aquello le turbaba el alma de Don Quijote moderno, aunque dispuesta a capitular. A partir de aquel momento se había andado con pies de plomo con su enigmático amigo.

Así que, cuando Gontran le había dicho cómo utilizaba a la señora Honorat, Brétigny se había echado a reír, e incluso, desde hacía algún tiempo, dejaba que lo llevara a casa de dicha señora, y le agradaba mucho hablar con Charlotte.

La mujer del médico se prestaba con la mejor disposición del mundo al papel que le hacían desempeñar; servía el té a eso de las cinco, como las señoras parisinas, con pastelillos que había hecho con sus propias manos.

La primera vez que Paul entró en aquella casa, lo recibió como a un viejo amigo, lo mandó sentar, le quitó, a la fuerza, el sombrero, que puso encima de la chimenea, junto al reloj de sobremesa. Y luego, solícita, incansable, yendo de uno a otro, gruesa y tripona, preguntaba:

—¿Sacamos ya la merienda, hijitos?

Gontran decía chascarrillos, bromeaba, reía con total naturalidad. Se llevó a Louise por unos instantes al hueco de una ventana, bajo los alterados ojos de Charlotte.

La señora Honorat, que estaba hablando con Paul, le dijo en tono maternal:

—Estas criaturas vienen aquí a charlar unos minutos. Es algo muy inocente, ¿verdad, señor Brétigny?

—De lo más inocente, señora.

Cuando volvió la siguiente vez, lo llamó con toda confianza «señor Paul», tratándolo un poco como a un compadre.

Y desde entonces Gontran contaba con su estilo guasón todas las concesiones de la señora, a quien le había dicho la víspera:

—¿Por qué no va nunca de paseo con las señoritas por la carretera de Sans-Souci?

—Ya lo creo que iremos, señor conde, ya lo creo que iremos.

—Mañana a eso de las tres, por ejemplo.

—Mañana a eso de las tres, señor conde.

—Es usted amabilísima, señora Honorat.

—A su disposición, señor conde.

Y Gontran le explicaba a Paul:

—Comprenderás que en ese salón no puedo decirle nada un poco tierno a la mayor delante de la pequeña. ¡Pero, en el bosque, me adelanto o me quedo atrás con Louise! ¿Qué, vienes?

—Bueno, de acuerdo.

—Pues vamos allá.

Se levantaron y se fueron despacito, carretera principal adelante; luego, después de cruzar La Roche-Pradière, tomaron a la izquierda y bajaron al valle boscoso por entre los enmarañados matorrales. Después de pasar el riachuelo, se sentaron a esperar al borde del camino.

No tardaron en llegar las tres mujeres, en fila, Louise delante y la señora Honorat detrás. Ambas partes se mostraron sorprendidas de haberse encontrado.

Gontran exclamaba:

—¡Caramba! ¡Qué buena idea han tenido al venir por aquí!

La mujer del médico contestó:

—¡La verdad es que la idea se me ha ocurrido a mí!

Y prosiguieron el paseo.

Louise y Gontran iban apretando el paso poco a poco, se adelantaban, se apartaban tanto que los perdían de vista en los recodos del estrecho sendero.

La opulenta señora Honorat, que iba sin resuello, murmuró lanzándoles una mirada indulgente:

—¡Bah! Son jóvenes y tienen buenas piernas. Yo no puedo seguirlos.

Charlotte exclamó:

—Espere, voy a llamarlos.

Ya iba a echar a correr. La mujer del médico la retuvo:

—¡Déjalos en paz, criatura, si quieren hablar! No está bien que los molestemos. Ya volverán ellos solitos.

Y se sentó en la hierba, a la sombra de un pino, abanicándose con el pañuelo. Charlotte le lanzó a Paul una mirada de angustia, una mirada implorante y desconsolada.

Él la comprendió y dijo:

—Bueno, señorita, vamos a dejar que la señora descanse y alcancemos a su hermana.

Ella contestó impetuosa:

—¡Ay, sí, caballero!

La señora Honorat no puso ninguna objeción:

—Vayan, hijos míos, vayan. Yo los espero aquí. No tarden mucho.

Y se alejaron a su vez. Al principio, al no ver a los otros dos, echaron a andar a buen paso con la esperanza de alcanzarlos; luego, tras unos minutos, se les ocurrió

que Louise y Gontran debían de haber torcido a la izquierda o a la derecha por el bosque, y Charlotte llamó con voz trémula y contenida. Nadie le contestó. Susurró: «¡Ay, Dios mío! ¿Dónde se habrán metido?».

Paul sintió que lo invadía de nuevo esa profunda lástima, esa dolorosa ternura que ya se había apoderado de él al borde del cráter de la Nugère.

No sabía qué decirle a aquella niña desconsolada. Sentía deseos, unos deseos paternos y violentos, de rodearla con los brazos, de besarla, de decirle cosas cariñosas y consoladoras. ¿Cuáles? Ella se volvía a todos lados, registrando las ramas con los asustados ojos, acechando los menores ruidos, balbuceando:

—Creo que están por ahí... No, por ahí... ¿No oye nada?...

—No, señorita, no oigo nada. Lo mejor es que los esperemos aquí.

—¡Ay, Dios mío!... No... Hay que encontrarlos...

El titubeó unos segundos. Y luego le dijo muy bajito:

—¿Tanta pena le da?

Alzó hacia él una mirada extraviada en la que empezaban a apuntar las lágrimas, velándole los ojos con una delgada nube de agua transparente aún contenida por los párpados bordeados de largas y oscuras pestañas. Quería hablar, y no podía, no se atrevía; y, sin embargo, su corazón oprimido, sellado, rebosante de cuitas necesitaban tanto desahogarse...

Él siguió diciendo:

—Así que lo quería mucho... No se merece su amor, ea.

No pudo ella contenerse por más tiempo, y, llevándose las manos a los ojos para ocultar las lágrimas, exclamó:

—¡No... no... a él... no lo quiero... está muy mal lo que ha hecho...! Se ha reído de mí... está muy mal... es una cobardía... pero, de todas maneras, me ha dado pena... mucha... porque... cuesta mucho... mucho... sí... Pero lo que me ha dolido más es lo de mi hermana... mi hermana... que ya no me quiere tampoco... y que... se ha portado peor que él. Siento que ya no me quiere... que no me quiere nada... que me detesta... sólo la tenía a ella... ya no tengo a nadie... ¡Y yo no he hecho nada!...

No le veía más que la oreja y la carne joven del cuello, que bajaba por el escote del vestido, bajo el liviano tejido, hacia formas más llenas. Y lo turbaban hondamente la compasión, la ternura, lo embargaba aquel deseo impetuoso de sacrificio que se apoderaba de él cada vez que una mujer se le metía en el alma, en esa alma pronta a los estallidos de entusiasmo, a la que exaltaba la proximidad de aquel dolor inocente, turbador, ingenuo y cruelmente encantador.

Tendió la mano hacia ella, en un gesto involuntario, como se hace para acariciar, para calmar a los niños, y se la puso en la espalda, junto al hombro. Entonces sintió cómo le palpitaba el corazón con latidos acelerados, como se siente latir el

corazoncito de un pájaro cuando se lo tiene cogido en la mano.

Y aquel latido continuo, precipitado, le subía por el brazo hasta su propio corazón cuyo palpitar aceleraba. Oía aquel rápido toc, toc, que venía de ella y lo iba invadiendo a él, cruzándole por la carne, por los músculos y los nervios, como si ambos tuvieran un solo corazón dolorido con el mismo dolor, movido por la misma palpitación, viviendo con la misma vida, igual que esos relojes a los que une a distancia un hilo que los hace avanzar juntos segundo a segundo.

Pero ella se destapó de pronto el rostro que, aunque enrojecido, seguía igual de bonito; se lo secó con rapidez y dijo:

—Vamos, no hubiera debido hablar con usted de esto. Estoy loca. Vamos a volver enseguida junto a la señora Honorat, y olvídelo... ¿Me lo promete?

—Se lo prometo.

Ella le tendió la mano.

—Me fío. ¡Creo que usted sí que es honrado!

Regresaron. La alzó en vilo para pasar el arroyo, igual que hacía con Christiane el año anterior. ¡Christiane! ¡Cuántas veces había venido con ella por este camino en los días en que la adoraba! Pensó, no sin asombrarse de su propio cambio: «¡Qué poco ha durado esta pasión!».

Charlotte, poniéndole un dedo en el brazo, susurraba:

—La señora Honorat se ha quedado dormida. Vamos a sentarnos sin hacer ruido.

La señora Honorat dormía, en efecto, recostada en el pino, con el pañuelo en la cara y las manos cruzadas sobre el vientre. Se sentaron a unos pasos de ella, y no hablaron para no despertarla.

Fue entonces tan profundo el silencio del bosque que se les tornaba penoso como un sufrimiento. No se oía más que el agua corriendo por entre las piedras, un poco más abajo, y luego aquellos imperceptibles estremecimientos de los bichitos que pasan, esos rumores casi inaudibles de las moscas al volar o de unos grandes insectos negros al inclinar las hojas secas.

¿Dónde se habían metido Louise y Gontran? ¿Qué estaban haciendo? De repente los oyeron, a lo lejos; volvían. La señora Honorat se despertó y se quedó muy sorprendida:

—¡Ah, estaban ustedes aquí! ¡No los he sentido acercarse!... ¿Y los otros, los han encontrado?

Paul contestó:

—Por ahí vienen.

Se reconocía la risa de Gontran. Y aquella risa alivió a Charlotte de un peso que le agobiaba la mente. No habría sabido decir por qué.

No tardaron en verlos. Gontran casi corría, tirando del brazo de la joven, que estaba como una amapola. Y tenía tanta prisa por contar lo que les había pasado que,

antes incluso de llegar, dijo:

—¿A que no saben a quién hemos pillado?... Me apuesto lo que quieran... Al apuesto doctor Mazelli con la hija del ilustre profesor Cloche, como diría Will, la guapa viuda pelirroja... ¡Cómo se lo cuento!... pillado... me oyen... pillado... La estaba besando el muy picarón... ¡Cómo se lo cuento!... ¡Cómo se lo cuento!...

La señora Honorat, ante aquella excesiva jovialidad, dijo muy digna:

—¡Ay, señor conde... piense en estas señoritas!...

Gontran hizo una profunda reverencia.

—Tiene usted toda la razón, señora mía, al llamarme al orden. A usted sólo se le ocurren buenas ideas.

Luego, para no volver juntos, los dos jóvenes saludaron a las damas y regresaron por el bosque.

—¿Y qué? —preguntó Paul.

—Pues le he declarado que la adoraba y que estaría encantado de casarme con ella.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha dicho con una prudencia encantadora: «Eso es cosa de mi padre. Le daré a él la contestación».

—¿Qué vas a hacer?

—Le voy a encargar ahora mismo a mi embajador, Andermatt, que haga la petición oficial. Y, si el viejo patán pone mala cara, comprometo a la hija con un escándalo.

Y, como Andermatt seguía hablando con el doctor Latonne en la terraza del Casino, Gontran los separó y puso inmediatamente a su cuñado al corriente de la situación.

Paul se fue a la carretera de Riom. Necesitaba estar solo, hasta tal punto lo había embargado aquella agitación del cuerpo y el pensamiento enteros que nos produce cada encuentro con una mujer a la que estamos a punto de amar.

Hacía ya algún tiempo que se iba apoderando de él, sin que se diera cuenta, el poderoso e inocente encanto de aquella chiquilla abandonada. Intuía que era tan amable, tan buena, tan sencilla, tan recta, tan ingenua que primero lo había movido la compasión, esa compasión llena de ternura que siempre nos inspira la pena de las mujeres. Luego, al verla más a menudo, había dejado que le germinara en el corazón esa semilla, esa pequeña semilla de ternura que siempre y tan deprisa siembran las mujeres en nosotros y que tanto crece. Y ahora, desde hacía una hora sobre todo, empezaba a sentirse poseído, a sentir en su interior esa presencia constante de la ausente que es el primer signo del amor.

Iba por la carretera obsesionado por el recuerdo de su mirada, por el sonido de su voz, por sus gestos al sonreír o al llorar, por su forma de andar, hasta por el color y el

temblor de su vestido.

Y se decía a sí mismo: «Me parece que estoy colado. Me conozco. Es un fastidio. Quizá sería mejor que volviera a París. Pardiez, es una señorita. No puedo hacerla mi amante».

Luego se ponía a pensar en ella del mismo modo que pensaba en Christiane el año anterior. Qué distinta era ella también de todas las mujeres que había conocido, nacidas y criadas en la ciudad, distinta incluso de las jóvenes instruidas desde la infancia por la coquetería materna o por la coquetería que pasa por la calle. No tenía nada del fingimiento de la mujer preparada para la seducción, nada aprendido en las palabras, nada convencional en el gesto, nada falso en la mirada.

No sólo era un ser nuevo y puro, sino que descendía de una raza primitiva, era una auténtica hija de la tierra a punto de convertirse en una mujer de ciudad.

Y se exaltaba abogando por ella contra esa vaga resistencia que aún sentía dentro de sí. Le pasaban ante los ojos personajes de novelas poéticas, creaciones de Walter Scott, de Dickens o de George Sand que le estimulaban aún más la imaginación siempre fustigada por las mujeres.

Gontran decía de él: «¡Paul es un caballo desbocado con un amor por jinete! Si descabalga a uno, otro se le sube encima». Pero Brétigny se dio cuenta de que estaba cayendo la tarde. Había caminado mucho rato. Regresó.

Al pasar ante los nuevos baños, vio a Andermatt y a los dos Oriol recorriendo los viñedos y midiéndolos; y comprendió por los gestos que hacían que discutían animadamente.

Una hora después, Will entró en el salón en que estaba reunida la familia en pleno y le dijo al marqués:

—Querido suegro, le anuncio que su hijo Gontran va a casarse, dentro de seis semanas o de dos meses, con la señorita Louise Oriol.

El señor de Ravenel se quedó pasmado:

—¿Gontran? ¿Dice usted?

—Digo que se casará, dentro de seis semanas o de dos meses, si usted da el consentimiento, con la señorita Louise Oriol, que va a ser muy rica.

Entonces el marqués dijo simplemente:

—Por Dios, si ése es su gusto, yo no tengo inconveniente.

Y el banquero contó la petición de mano que le había hecho al viejo campesino.

En cuanto supo por el conde que la joven aceptaría, quiso arrancarle, sin tardanza, el asentimiento al viticultor sin darle tiempo para preparar sus artimañas.

Corrió, pues, a su casa, y lo encontró echando a duras penas las cuentas en un pedazo de papel pringoso, con ayuda de Coloso, que sumaba con los dedos.

Tomó asiento y dijo:

—Bebería con gusto un vaso de ese vino suyo tan bueno.

En cuanto volvió Jacques con los vasos y el jarro lleno hasta los bordes, preguntó si había regresado la señorita Louise; luego rogó que la llamaran. Cuando la tuvo delante, se levantó y, haciéndole una profunda reverencia, dijo:

—Señorita, ¿quiere considerarme como un amigo a quien se le puede decir todo? Sí, ¿verdad? Pues bien, me han encomendado una misión muy delicada ante usted. Mi cuñado, el conde Raoul-Olivier-Gontran de Ravenel, se ha prendado de usted, por lo que le alabo el gusto, y me ha pedido que le pregunte, delante de su familia, si aceptaría convertirse en su mujer.

Así cogida por sorpresa, volvió hacia su padre una mirada turbada. Y el tío Oriol, estupefacto, miró a su hijo, su habitual consejero; y Coloso miró a Andermatt, que siguió diciendo con cierta altanería:

—Comprenda, señorita, que no he tomado a mi cargo esta misión sino prometiendo una respuesta inmediata a mi cuñado. Él se da perfecta cuenta de que puede no ser de su agrado y, en tal caso, mañana mismo abandonaría el pueblo para no volver jamás. Me consta además que usted lo conoce lo bastante para decirme a mí, simple intermediario: «Acepto», o: «No acepto».

Ella bajó la cabeza, y, colorada pero resuelta, balbuceó:

—Acepto, caballero.

Luego huyó con tal rapidez que se golpeó con la puerta al pasar.

Entonces Andermatt volvió a sentarse y, sirviéndose un vaso de vino a la manera de los campesinos, dijo:

—Ahora vamos a hablar de negocios.

Y, sin admitir siquiera la posibilidad de una duda, entró en la cuestión de la dote basándose en las declaraciones que le había hecho el viticultor tres semanas antes. Evaluó en trescientos mil francos, más una posible herencia, la actual fortuna de Gontran y le dio a entender que si un hombre como el conde de Ravenel consentía en pedir la mano de la hija de Oriol, una muchacha encantadora por otra parte, era indudable que la familia de la joven sabría agradecer el honor con un sacrificio monetario.

Entonces, el campesino, muy desconcertado, pero halagado, desarmado casi, trató de defender su fortuna. La discusión fue larga. Sin embargo, una frase de Andermatt la había allanado desde el principio.

—No pedimos dinero contante, ni valores, sólo tierras, las que ya me indicó que formaban parte de la dote de la señorita Louise, más algunas otras que le voy a decir.

La perspectiva de no desembolsar dinero, ese dinero reunido poco a poco, que había entrado en la casa franco a franco, céntimo a céntimo, ese buen dinero, blanco o amarillo, que las manos, las bolsas, los bolsillos, las mesas de los cafés, los hondos cajones de los viejos armarios habían ido desgastando; ese dinero que era la historia tintineante de tantas penas, preocupaciones, fatigas, trabajos, tan dulce para el

corazón, para los ojos, para los dedos del campesino, más apreciado que la vaca, que el viñedo, que el campo, que la casa; ese dinero más difícil de sacrificar a veces que la propia vida; la perspectiva de no ver irse ese dinero con la hija proporcionó enseguida una gran tranquilidad, un deseo de conciliación, una alegría secreta y contenida al alma del padre y del hijo.

Discutieron, a pesar de todo, para quedarse con algunas parcelas de terreno. Habían extendido en la mesa el plano detallado del monte Oriol, y señalaban, una por una, con una cruz, las partes que le daban a Louise. Andermatt necesitó una hora para sacarles los dos últimos bancales. Luego, para que ninguna de las dos partes se llevara ninguna sorpresa, fueron con el plano a los terrenos. Entonces, localizaron todas las tierras marcadas con una cruz y les hicieron otra señal.

Pero Andermatt estaba preocupado, sospechando que los dos Oriol eran muy capaces de negar, en la primera entrevista que tuvieran, una parte de las cesiones consentidas, de querer recuperar trozos de viñedo, rincones útiles para los proyectos que él tenía; y buscaba un medio práctico y seguro de elevar a definitivos sus acuerdos.

Le cruzó por la mente una idea que primero lo hizo sonreír, y que luego consideró excelente aunque peculiar.

—Si les parece —dijo—, vamos a escribirlo todo para que no se nos olvide más adelante.

Y, según regresaban al pueblo, se paró en el estanco para comprar dos pliegos de papel sellado. Sabía que la lista de las tierras inscritas en aquellos pliegos legales adquiriría a los ojos de los campesinos un carácter casi inviolable, pues esos pliegos representaban la ley, siempre invisible y amenazadora, defendida por los gendarmes, las multas y la cárcel.

Así que escribió en uno y volvió a copiar en otro: «Como consecuencia de la promesa de matrimonio intercambiada entre el conde Gontran de Ravenel y la señorita Louise Oriol, el señor Oriol padre entrega como dote a su hija los bienes mencionados a continuación...». Y los enumeró minuciosamente, con sus números del registro catastral del ayuntamiento.

Luego, después de haber puesto la fecha y la firma, hizo firmar al tío Oriol, que había exigido, a su vez, que se hiciera mención de la dote del novio, y se fue hacia su hotel con el pliego en el bolsillo.

Todo el mundo se reía al oír la historia, y Gontran más alto que los demás.

Entonces, el marqués le dijo a su hijo con gran dignidad:

—Esta noche, iremos los dos a hacerle una visita a esa familia, y renovaré personalmente la petición que ha hecho primero mi yerno para que todo sea más regular.

V

Gontran fue un novio perfecto, tan amable como asiduo. Hizo regalos a todo el mundo con la bolsa de Andermatt e iba a cada momento a ver a la joven, bien a su casa, bien a casa de la señora Honorat. Ahora, Paul lo acompañaba casi siempre, para encontrarse con Charlotte, a quien decidía, después de cada visita, no volver a ver.

Ésta se había resignado valientemente al matrimonio de su hermana, y hablaba de él con soltura, sin dar la impresión de que le hubiera quedado ninguna pena en el alma. Sólo el carácter parecía que le había cambiado un poco, más sentado, menos abierto. Brétigny, mientras Gontran pelaba la pava con Louise en un rincón, mantenía conversaciones serias con Charlotte, se dejaba conquistar lentamente, dejaba que le anegara el corazón aquel amor nuevo, como una marea entrante. Lo sabía y lo consentía pensando: «¡Bah! Cuando llegue el momento, me largaré, y se acabó». Cuando se separaba de ella, se iba a ver a Christiane, echada ahora, de la mañana a la noche, en una meridiana. Nada más llegar a la puerta, se sentía nervioso e irritado, armado para todas las pequeñas disputas que hace nacer el cansancio. Cuanto decía, cuanto pensaba ella lo enfadaba de antemano; su cara de sufrimiento, su actitud resignada, sus miradas de reproche y de súplica hacían que le subieran a los labios palabras airadas que reprimía por urbanidad; y conservaba a su lado el constante recuerdo, la imagen de la joven a la que acababa de dejar y que llevaba clavada dentro.

Como Christiane, atormentada por verlo tan poco, lo agobiaba con preguntas acerca de sus actividades de cada día, se inventaba historias que ella escuchaba atentamente, intentando descubrir si no pensaba en alguna otra mujer. La impotencia en que se sentía para retener a aquel hombre, impotencia para traspasarle un poco de ese amor que la torturaba, impotencia física para gustarle aún, para entregarse, para reconquistarlo con caricias puesto que no podía recobrarlo con ternura, la hacía recelar de todo sin saber dónde fijar sus temores.

Tenía el sentimiento vago de que sobre ella se cernía un gran peligro desconocido. Y estaba celosa sin saber de qué, celosa de todo, de las mujeres a las que veía pasar desde la ventana y le parecían encantadoras, sin saber siquiera si Brétigny había hablado con ellas alguna vez.

Le preguntaba:

—¿Se ha fijado en una mujer guapísima, una morena bastante alta que he visto hace un rato y que ha debido de llegar un día de éstos?

Cuando él contestaba: «No, no la conozco.», sospechaba al momento que mentía, se ponía pálida y seguía diciendo:

—Pues es imposible que no la haya visto, me ha parecido muy bonita.

A él le extrañaba su insistencia.

—Le aseguro que no la he visto. Ya trataré de que me la presenten.

Y ella pensaba: «Seguro que es ésa». También estaba convencida, determinados días, de que ocultaba un romance en el pueblo, alguna aventura, de que había hecho venir a una amante, quizá a su actriz. Y le preguntaba a todo el mundo, a su padre, a su hermano y a su marido, por todas las mujeres jóvenes y apetecibles que conocían en Enval.

Sí, al menos, hubiera podido andar, investigar por sí misma, seguirlo, se habría tranquilizado un poco, pero la inmovilidad casi absoluta en que tenía que permanecer ahora la hacía padecer un martirio intolerable. Y, cuando le hablaba a Paul, el simple tono de la voz revelaba el dolor que sentía y avivaba en él la impaciencia nerviosa de aquel amor acabado.

No podía ya hablar con ella tranquilamente más que de una cosa, de la próxima boda de Gontran, lo que le permitía pronunciar el nombre de Charlotte y pensar en voz alta en la joven. Y hasta le proporcionaba un placer misterioso, confuso, inexplicable, oír a Christiane articular ese nombre, alabar la gracia y todas las cualidades de aquella niña, sentir lástima de ella, lamentar que su hermano la hubiera sacrificado, y desear que un hombre, un hombre que fuera todo corazón, la comprendiera, la amara y se casara con ella.

Él le decía:

—¡Ay, sí! Lo que ha hecho Gontran ha sido una tontería. Es una criatura de lo más encantador.

Christiane repetía, sin desconfiar:

—De lo más encantador. ¡Es una joya! ¡Es perfecta!

Jamás hubiera pensado que un hombre como Paul pudiera amar a una chiquilla y pudiera casarse un día. Sólo temía a sus amantes.

Y, por uno de esos curiosos fenómenos del corazón, el elogio de Charlotte en boca de Christiane adquiría para él un valor supremo, le estimulaba el amor, le fustigaba el deseo, rodeaba a la joven de un irresistible atractivo.

Ahora bien, cuando, un día, entraba con Gontran en casa de la señora Honorat para verse con las hijas de Oriol, se encontraron con el doctor Mazelli, que se había instalado allí como si estuviera en su casa.

Les tendió las manos a ambos hombres, con su sonrisa italiana que parecía entregar todo el corazón en cada palabra y cada gesto.

A Gontran y a él los unían lazos de una amistad campechana y fútil, basada en afinidades secretas, en similitudes ocultas, en una especie de complicidad de instintos, mucho más que en un afecto sincero y confiado.

El conde preguntó:

—¿Y su guapa rubia del bosque de Sans-Souci? El italiano sonrió:

—¡Bah! Estamos reñidos. Es una mujer de ésas que lo ofrecen todo y no dan

nada.

Y todo el mundo se puso a hablar. El apuesto médico hacía todo el gasto con las jóvenes, sobre todo con Charlotte. Ponía de manifiesto, cuando hablaba con las mujeres, una perpetua adoración en la voz, el gesto y la mirada. Toda su persona, de los pies a la cabeza, les decía: «¡La amo!» con una elocuencia en la actitud que las conquistaba infaliblemente.

Tenía disposiciones de actriz, livianas piruetas de bailarina, ágiles movimientos de prestidigitador, toda una ciencia de seducción espontánea y premeditada que utilizaba continuamente.

Paul, al regresar al hotel con Gontran, exclamó en tono malhumorado:

—¿Qué venía a hacer ese charlatán en esa casa?

El conde contestó en voz baja:

—Con esos aventureros nunca se sabe. Se meten en todas partes. Éste debe de estar harto de la vida vagabunda que lleva, de obedecer a los caprichos de su española, para la que es más un lacayo que un médico, y quizá otra cosa también. Anda a la caza y captura. La hija del profesor Cloche era una presa interesante; se le ha escapado, a lo que dice. La segunda hija de Oriol le resultaría igual de valiosa. Prueba, tantea, husmea, sondea. Se convertiría en el copropietario de las aguas, trataría de derrocar a ese imbécil de Latonne, y, de todos modos, aquí se haría, cada verano, con una excelente clientela para el invierno... ¡Ya lo creo! Ése es el plan que tiene, hombre... no cabe la menor duda.

A Paul le estaba naciendo en el corazón una furia sorda, una enemistad celosa.

Una voz gritó: «¡Eh, eh!». Era Mazelli, que los alcanzó.

Brétigny le dijo con agresiva ironía:

—¿Adónde va usted tan deprisa, doctor? Se diría que va detrás de la fortuna.

El italiano sonrió y, sin pararse, pero dando saltitos mientras retrocedía, hundió con airosa mímica ambas manos en sendos bolsillos, los volvió del revés rápidamente y los mostró, vacíos ambos, separándolos con dos dedos por el final de las costuras. Luego dijo: «Todavía no la he alcanzado».

Y girando elegantemente sobre la punta de los pies, se marchó como si tuviera mucha prisa.

Los días siguientes se lo encontraron en varias ocasiones en casa del doctor Honorat, donde prestaba a las tres mujeres mil servicios insignificantes y amables, con la misma habilidad que había utilizado, sin duda, con la duquesa. Sabía hacerlo todo a la perfección, desde decir requiebros hasta preparar macarrones. Era, por lo demás, un excelente cocinero y, protegiéndose de las manchas con un delantal azul de sirvienta, tocado con un gorro de papel, manejaba con donaire las cazuelas, mientras cantaba en italiano canciones napolitanas, sin resultar nunca ridículo, divirtiendo y seduciendo a todo el mundo, hasta a la tonta de la criada, que decía de él: «¡Es un

Niño Jesús!».

Pronto se hicieron patentes sus propósitos y a Paul se le disiparon las dudas de que intentaba enamorar a Charlotte.

Parecía que lo iba consiguiendo. Era tan zalamero, tan solícito, tan astuto para gustar, que, al verlo, a la joven se le pintaba en la cara esa satisfacción que proclama la dicha del alma.

Paul, a su vez, sin darse muy bien cuenta de su comportamiento, adoptó la actitud de un enamorado y se erigió en rival. En cuanto veía al doctor junto a Charlotte, llegaba y, de la forma más directa, se esforzaba por ganarse el afecto de la joven. Se mostraba tierno con brusquedad, fraternal, solícito, repitiéndole, con familiar sinceridad, con tono tan franco que apenas se podía ver en él una confesión amorosa: «¡Yo es que la quiero mucho, de verdad!».

Mazelli, sorprendido por aquella inesperada rivalidad, desplegaba todas sus artes y, cuando Brétigny, picado por los celos, esos celos ingenuos que invaden al hombre junto a una mujer, si ésta le gusta, incluso aunque no la ame todavía, cuando Brétigny, presa de su espontánea violencia, se tornaba agresivo y altanero, el otro, más tolerante, dueño siempre de sí mismo, contestaba con agudezas, con ironías, con cumplidos hábiles y burlones.

Fue una lucha cotidiana en que ambos se empecinaron, sin tener quizá ninguno de los dos un plan totalmente decidido. No querían ceder, como dos perros agarrados a la misma presa.

Charlotte había recuperado su buen humor, pero con una malicia más acentuada, con algo inexplicable, menos sincero, en la sonrisa y la mirada. Hubiérase dicho que la deserción de Gontran la había aleccionado, la había preparado para posibles decepciones, la había vuelto más flexible y menos vulnerable. Maniobraba entre sus dos pretendientes con soltura y habilidad, diciéndole a cada uno lo que había que decirle, sin enfrentarlos jamás entre sí, sin dejarle suponer jamás a uno que prefería al otro, burlándose un poco de éste delante de aquél, y de aquél delante de éste, dejándolos siempre en tablas sin parecer siquiera tomarse en serio a ninguno de los dos. Y lo hacía con total sencillez, como colegiala y no como coqueta, con ese aire travieso de las jóvenes, que a veces las hace irresistibles.

Sin embargo, Mazelli pareció sacarle de repente ventaja a Paul. Parecía tener mayor intimidad con ella, como si se hubiera establecido un pacto secreto entre ambos. Cuando le hablaba, jugueteaba con su sombrilla y con un lazo del vestido, cosa que a Paul le parecía una especie de acto de posesión moral que lo exasperaba hasta hacerle sentir deseos de abofetear al italiano.

Pero un día, en casa del tío Oriol, mientras Brétigny conversaba con Louise y Gontran, sin quitarle ojo a Mazelli, que le estaba contando en voz baja a Charlotte cosas que la hacían sonreír, la vio ruborizarse de pronto con tal aire de turbación que

no pudo dudar ni por un segundo de que el otro le estuviera hablando de amor. Ella había bajado la mirada y ya no sonreía, pero seguía escuchando; y Paul, sintiendo que estaba a punto de organizar un escándalo, le dijo a Gontran:

—¿Te importaría salir cinco minutos conmigo?

El conde se disculpó con su novia y siguió a su amigo.

En cuanto estuvieron en la calle, Paul exclamó:

—Querido amigo, hay que impedirle a toda costa a ese miserable italiano que seduzca a esa criatura que se halla indefensa ante él.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Quiero que la adviertas de que es un aventurero.

—Oye, amigo mío, esas cosas no son de mi incumbencia.

—En fin de cuentas, va a ser tu cuñada.

—Sí, pero no tengo ninguna prueba de que Mazelli tenga puesta en ella ninguna mira culpable. Es igual de atento con todas las mujeres, y nunca ha hecho o dicho nada fuera de lugar.

—Bueno, pues, si tú no quieres hacerte cargo de ese cometido, lo haré yo, aunque seguro que me incumbe menos que a ti.

—¿Así que estás enamorado de Charlotte?

—¿Yo?... No, pero estoy viendo claro en el juego de ese pillo.

—Amigo mío, te estás entrometiendo en cosas delicadas... y... a menos que estés enamorado de Charlotte...

—No... no estoy enamorado de ella... pero estoy en contra de los aventureros, y punto...

—¿Puedo saber qué vas a hacer?

—Abofetear a ese bribón.

—Muy bien, es el mejor medio para que ponga los ojos en él. Os batiréis en duelo y, te hiera él a ti o tú a él, se convertirá para ella en un héroe.

—Entonces, ¿qué harías tú?

—¿En tu lugar?

—En mi lugar.

—Hablaría con la chiquilla como un amigo. Tiene mucha confianza en ti. Bien, pues le diría sencillamente, en cuatro palabras, lo que son esos piratas mundanos. Tú sabes explicar esas cosas muy bien. Le echas mucha pasión. Y le haría comprender: primero, por qué se ha ganado la voluntad de la española; segundo, por qué ha intentado tirarle los tejos a la hija del profesor Cloche; tercero, por qué, tras haber fracasado en esa tentativa, se esfuerza, en último término, en conquistar a la señorita Charlotte Oriol.

—¿Y por qué no lo haces tú, que vas a ser su cuñado?

—Porque... porque... por lo que hubo entre nosotros... hombre... No puedo.

—Es verdad. Voy a hablar con ella.

—¿Quieres que te prepare una conversación en privado ahora mismo?

—Pues sí, claro.

—Bueno, vete a dar un paseo de diez minutos. Voy a secuestrar a Louise y a Mazelli, y encontrarás a la otra sola cuando regreses.

Paul Brétigny se alejó por la zona de la hoz de Enval, pensando cómo iba a iniciar aquella espinosa conversación.

Al volver, se encontró efectivamente a Charlotte Oriol sola en el frío salón enjalbegado de la morada paterna; y, sentándose a su lado, le dijo:

—Señorita, he sido yo quien le ha rogado a Gontran que me preparara esta entrevista con usted.

Ella lo miró con sus ojos claros:

—¿Y por qué?

—Desde luego que no ha sido para decirle palabras insulsas al estilo italiano, sino para hablar con usted como un amigo, un amigo muy devoto que le debe un consejo.

—Usted dirá.

Él empezó por dar un rodeo, se apoyó en su propia experiencia y en la inexperiencia de ella para ir sacando a colación muy poquito a poco frases discretas pero claras sobre los intrigantes que buscan fortuna por doquier explotando, con su habilidad profesional, a todos los seres ingenuos y buenos, hombres o mujeres, de cuya bolsa y corazón se aprovechan.

Ella había palidecido un poco y, seria, lo escuchaba muy interesada.

Le preguntó:

—Entiendo y no entiendo. ¿Se refiere a alguien en concreto? ¿A quién?

—Me refiero al doctor Mazelli.

Entonces ella bajó la vista y permaneció unos instantes sin contestar; luego, con voz dubitativa, dijo:

—Es usted tan franco que voy a serlo yo también. ¡Desde... desde la... desde la boda de mi hermana, me he vuelto un poco menos... un poco menos tonta! Sabe, yo ya me maliciaba algo de lo que me está diciendo... y me divertía yo sola viéndolo venir.

Había alzado la cara y, en su sonrisa, en su mirada inteligente, en su naricilla respingona, en el destello húmedo y brillante de los dientes, que le asomaban entre los labios, se le notaba un donaire tan sincero, una malicia tan alegre, una picardía tan encantadora que Brétigny sintió que lo arrastraba hacia ella uno de esos impulsos tumultuosos que lo arrojaban, loco de pasión, a los pies de la amada de turno. Y el corazón le rebosaba de alegría porque Mazelli no era el preferido. ¡Había triunfado él!

Le preguntó:

—Entonces, ¿no lo quiere?

—¿A quién? ¿A Mazelli?

—Sí.

Ella lo miró con unos ojos tan contritos que se sintió trastornado y balbuceó con voz suplicante:

—¿Y... no quiere... a nadie?

Ella contestó con la mirada baja:

—No sé... Quiero a quienes me quieren.

Él le cogió de repente ambas manos y, besándoselas con frenesí, en uno de esos momentos de arrebató en que la cabeza enloquece, en que las palabras que salen de los labios proceden de la carne alterada más que de la mente extraviada, balbuceó:

—¡Yo la quiero, Charlotte, niña mía, yo la quiero!

Ella liberó con rapidez una de las manos y poniéndosela en la boca susurró:

—¡Cállese!... ¡Se lo ruego, cállese!... Me dolería demasiado si fuera otra mentira.

Se había puesto en pie; él se levantó, la tomó en sus brazos y la besó con arrebató.

Un ruido súbito los separó; el tío Oriol acababa de entrar y los miraba pasmado.

Luego gritó:

—¡Rediósh! ¡Rediósh!... ¡Rediósh!... ¡Qué deshcaro!

Charlotte había salido huyendo; y ambos hombres quedaron a solas.

Paul, tras unos instantes de desconcierto, intentó dar una explicación.

—Por Dios... Señor mío... me he conducido... es cierto... como un...

Pero el viejo no atendía; la ira, una ira furiosa, lo embargaba, e iba avanzando hacia Brétigny, con los puños cerrados, repitiendo:

—¡Rediósh! ¡Qué deshcaro!

Luego, cuando estuvieron cara a cara, lo agarró por las solapas con las dos manos nudosas de campesino. Pero el otro, que era igual de alto y tenía la fuerza superior que proporciona la práctica de los deportes, se liberó de la presa del auvernés de un solo empujón y, pegándolo contra la pared, le dijo:

—Escuche, tío Oriol, no se trata de pelearnos, sino de entendernos. He besado a su hija, es cierto... Le juro que ha sido la primera vez... y le juro también que quiero casarme con ella.

El viejo, cuya fiereza física había remitido al chocar con su adversario, pero cuya cólera no amainaba, seguía mascullando:

—¿Con que *esh esho*? ¿Viene a robarme a mi hija, viene por mi dinero? ¡Rediósh, qué embustero!

Entonces, todo lo que tenía dentro le salió en forma de un aluvión de palabras desesperadas. No se consolaba de haberle prometido esa dote a la mayor, de que sus viñas fueran a ir a parar a manos de aquellos *parishinosh*. Ahora se estaba maliciando

que Gontran no tenía un céntimo, que todo era una trampa de Andermatt, y, olvidando la inesperada fortuna que le debía al banquero, echaba fuera toda la bilis y todo el rencor secreto que sentía contra aquellos hombres de malos instintos que le impedían dormir en paz.

Hubiérase dicho que Andermatt, su familia y sus amigos venían todas las noches a desvalijarlo, a robarle algo, las tierras, los manantiales, las hijas.

Le soltaba los reproches en la cara a Paul, acusándolo de que él también quería sus bienes, de que era un sinvergüenza y se llevaba a Charlotte para conseguir sus tierras.

El otro no tardó en perder la paciencia y le gritó en las barbas:

—Pero si yo soy más rico que usted, maldita sea. Tengo dinero para dar y tomar...

El viejo se calló, incrédulo pero interesado, y, con voz más tranquila, siguió con sus recriminaciones.

Ahora, Paul contestaba, daba explicaciones; y, al creerse ligado por aquella sorpresa de la que era el único culpable, proponía casarse sin dote.

El tío Oriol movía la cabeza y las orejas, le hacía repetir, no entendía. Para él, Paul era otro pobretón, otro muerto de hambre.

Y, al decirle Brétigny, exasperado, a voces en sus narices:

—Yo tengo más de ciento veinte mil francos de renta, so estúpido. ¿Lo oye?... ¡Tres millones!

El otro preguntó de repente:

—¿Eshcribiría esho en un papel?

—¡Sí, claro que lo escribiría!

—¿Y lo firmaría?

—¡Sí, claro que lo firmaría!

—¿En un papel de notario?

—¡Sí, claro que en un papel de notario!

Entonces se levantó, fue a abrir el armario, sacó dos pliegos sellados con el timbre del Estado y, pretendiendo igualar el compromiso que, unos días antes, había exigido de él Andermatt, redactó una extraña promesa de matrimonio en que se hablaba de que el novio garantizaba tres millones, y al pie de la cual tuvo que poner Brétigny su firma.

Cuando Paul salió a la calle, le pareció que el mundo no giraba ya de la misma manera. Se había prometido, pues, sin pretenderlo, sin que ella lo pretendiera, por una de esas casualidades, por una de esas supercherías de los acontecimientos que lo dejan a uno sin salida. Iba murmurando: «¡Qué locura!». Luego pensó: «¡Bueno! Seguro que no habría encontrado a otra mejor en el mundo entero». Y, en el fondo, le alegraba el corazón aquella trampa del destino.

VI

El día siguiente se anunció aciago para Andermatt. Al llegar al balneario, se enteró de que el señor Aubry-Pasteur había muerto en el Splendid Hotel, durante la noche, de un ataque de apoplejía. Además de que el ingeniero le resultaba muy útil por sus conocimientos, su desinteresada dedicación y el cariño que le había tomado a la estación termal de Mont-Oriol, que consideraba casi como hija suya, era muy lamentable que un enfermo que había acudido a combatir una tendencia a la congestión muriera precisamente así, en pleno tratamiento, en plena temporada, cuando la naciente ciudad comenzaba a tener éxito.

El banquero, muy nervioso, iba y venía por el despacho vacío del inspector, buscaba los medios de atribuirle otro origen a aquella desgracia, pensaba si podría achacársela a un accidente, una caída, una imprudencia, la rotura de un aneurisma; esperaba con impaciencia la llegada del doctor Latonne para que éste dejara hábilmente constancia del fallecimiento sin que pudiera despertarse ninguna sospecha sobre la causa inicial del accidente.

El inspector médico entró de pronto, pálido y con la cara descompuesta, y preguntó desde la puerta:

—¿Conoce la deplorable noticia?

—Sí, la muerte del señor Aubry-Pasteur.

—No, no, la fuga del doctor Mazelli con la hija del profesor Cloche.

Andermatt sintió un escalofrío.

—¿Cómo?... Dice usted...

—¡Ay, querido director, es una catástrofe horrorosa, una calamidad...!

Se sentó y se enjugó la frente, luego le contó los hechos tal y como se los había referido Petrus Martel, que acababa de enterarse de primera mano por el ayuda de cámara del señor profesor.

El tal Mazelli había cortejado desde el primer momento a la bonita pelirroja, una redomada coqueta, una mujer de armas tomar cuyo primer marido había sucumbido a una tisis, consecuencia, a lo que decían, de su unión excesivamente tierna. Pero el señor Cloche se había oído las intenciones del médico italiano y, como no quería a ese aventurero por segundo yerno, lo había puesto enérgicamente de patitas en la calle tras haberlo sorprendido de rodillas ante su hija.

Mazelli salió por la puerta y no tardó en volver a entrar por la ventana con la escala de seda de los enamorados. Corrían dos versiones. Según la primera, había vuelto a la hija del profesor loca de amor y celos; según la segunda, había seguido viéndola en secreto, mientras daba la impresión de dedicarse a otra mujer; y, al enterarse al fin, por su amante, de que el profesor seguía en sus trece, la había raptado esa misma noche, haciendo inevitable, mediante este escándalo, el matrimonio.

El doctor Latonne se levantó y, apoyando la espalda en la chimenea mientras Andermatt, aterrado, seguía dando paseos, exclamó:

—¡Qué un médico, señor mío, que un médico haga semejante cosa!... ¡Un doctor en medicina!... ¡Qué falta de carácter!

Andermatt, desconsolado, calculaba las consecuencias, las clasificaba y las sopesaba como quien hace una suma. Y eran las siguientes:

1º Que se correría el enojoso rumor por las ciudades termales vecinas y llegaría hasta París. Actuando con habilidad, sin embargo, tal vez se podría utilizar aquel rapto como propaganda. Unas cuantas gacetillas bien redactadas en los periódicos de gran tirada llamarían mucho la atención sobre Mont-Oriol.

2º Que se iría el profesor Cloche, pérdida irreparable.

3º Que se irían la duquesa y el duque de Ramas-Aldavarra, segunda pérdida inevitable sin compensación posible.

Resumiendo, el doctor Latonne tenía razón. Era una catástrofe espantosa.

Entonces, el banquero dijo volviéndose hacia el médico:

—Debería ir usted ahora mismo al Splendid Hotel y redactar el certificado de defunción de Aubry-Pasteur de forma tal que no se pueda sospechar una congestión.

El doctor Latonne volvió a coger el sombrero y, según se iba, comentó:

—¡Ah! Otra noticia que corre. ¿Es verdad que su amigo Paul Brétigny va a casarse con Charlotte Oriol?

Andermatt dio un respingo de sorpresa:

—¿Brétigny? ¡Anda!... ¿Quién se lo ha dicho?...

—Pues también Petrus Martel, que lo sabía por el propio tío Oriol.

—¿Por el tío Oriol?

—Sí, por el tío Oriol, que anda afirmando que su futuro yerno tiene una fortuna de tres millones.

William no sabía ya qué pensar. Murmuró: «¡De hecho es posible! Ya llevaba la mar de tiempo tirándole los tejos... ¡Pero, en tal caso... toda la colina es nuestra... toda la colina! ¡Caramba! Tengo que confirmarlo inmediatamente».

Y salió tras el doctor para ver a Paul antes del almuerzo.

Al entrar en el hotel, le dijeron que su mujer había preguntado varias veces por él. La encontró aún en la cama, hablando con su padre y con su hermano, que hojeaba los periódicos con mirada rápida y distraída.

Se sentía enferma, muy enferma, preocupada. Estaba asustada y no sabía de qué. Además, se le había metido en la cabeza una idea que llevaba unos días creciendo en su mente de mujer embarazada. Quería consultar al doctor Black. A fuerza de oír a su alrededor bromas sobre el doctor Latonne había perdido por completo la confianza en él y quería otra opinión, la del doctor Black, cuyo éxito era cada vez mayor. Ahora la atenazaban, de la mañana a la noche, temores, todos los temores y todas las

obsesiones que asedian a las mujeres hacia el final del embarazo. Desde la víspera, después de un sueño que había tenido, pensaba que el niño estaba mal colocado, situado de tal manera que el parto sería imposible y que habría que recurrir a la cesárea. Y asistía con el pensamiento a su propia operación, se veía boca arriba, con el vientre abierto, en una cama llena de sangre, mientras que se llevaban una cosa roja que no se movía, que no gritaba, que estaba muerta. Y cada diez minutos cerraba los ojos para volver a ver aquel espectáculo, para asistir de nuevo a su horrible y doloroso suplicio. Entonces, se le había ocurrido que el doctor Black era el único que podía decirle la verdad, y quería que viniera en el acto, ¡exigía que la reconociera enseguida, enseguida, enseguida!

Andermatt, muy violento, no sabía qué contestar:

—Pero, querida niña, es muy difícil, dadas mis relaciones con Latonne... es... incluso imposible. Mira, tengo una idea, voy a buscar al profesor Mas-Roussel, que es cien veces mejor que Black. A mí no me va a decir que no...

Pero ella se empeñó. ¡Quería ver a Black, y sólo a Black! Necesitaba verlo, ver al lado de su cama aquella enorme cabeza de dogo. Era un antojo, un capricho insensato y supersticioso; lo necesitaba.

Entonces, William trató de cambiarle el curso de las ideas:

—¿No sabes que ese intrigante de Mazelli ha raptado esta noche a la hija del profesor Cloche? Se han ido, se han fugado no se sabe adónde. ¡Menuda historia!

Ella se había incorporado en la almohada, con los ojos dilatados por la pena, y balbuceaba:

—¡Ay! Pobre duquesa... pobre mujer, qué lástima me da.

¡Desde hacía mucho, su corazón había comprendido a aquel corazón atormentado y apasionado! Padecía del mismo mal y lloraba las mismas lágrimas.

Pero volvió a decir:

—Oye, Will, ve a buscarme al señor Black. ¡Siento que me voy a morir si no viene!

Andermatt le tomó la mano y se la besó tiernamente:

—Vamos, Christiane, pequeña, sé razonable... tienes que comprender que...

Vio que tenía lágrimas en los ojos, y, volviéndose hacia el marqués, le propuso:

—Debería encargarse usted de esto, querido suegro. Yo no puedo. Black viene aquí todos los días a eso de la una a ver a la princesa de Maldeburgo. Párelo según pasa y hágalo entrar en la habitación de su hija. Puedes esperar una hora, ¿verdad, Christiane?

Ella consintió en esperar una hora, pero se negó a levantarse para almorzar con los hombres, que pasaron solos al comedor.

Paul ya había llegado. Andermatt, al verlo, exclamó:

—¡Hombre! Oiga, ¿qué es eso que me han contado hace un rato? ¿Qué se casa

usted con Charlotte Oriol? ¿No será verdad?

El joven contestó a media voz, lanzando una mirada ansiosa a la puerta cerrada:

—¡Pues sí!

Como nadie lo sabía aún, los tres se quedaron mirándolo estupefactos.

William preguntó:

—¿Qué mosca le ha picado? ¡Casarse, con su fortuna! ¡Cargar con una mujer cuando las tiene todas! Y además, bueno, no es que la familia sea el colmo de la elegancia. ¡Eso se queda para Gontran, que está sin blanca!

Brétigny se echó a reír:

—Mi padre hizo fortuna en el negocio de la harina. Así que era molinero... al por mayor. Si lo hubiera conocido usted, también habría podido decir que no era el colmo de la elegancia. En cuanto a la joven...

Andermatt lo interrumpió:

—¡Ah! ¡Perfecta... deliciosa... perfecta... y... sabe... será tan rica como usted... si no más... eso se lo aseguro yo, se lo aseguro!...

Gontran susurraba:

—Sí, el matrimonio no le quita a uno de nada y cubre la retirada. Sólo que Paul ha hecho mal no avisándonos. ¿Cómo diablos ha sido el asunto, amigo mío?

Entonces, Paul lo contó todo, modificándolo un poco. Habló de sus dudas, que exageró, y de su súbita decisión cuando una palabra de la joven le había permitido creer que lo amaba. Contó la aparición inesperada del tío Oriol y la pelea, abultándola, las dudas del campesino acerca de su fortuna y el papel sellado que había sacado del armario.

Andermatt, llorando de risa, pegaba puñetazos en la mesa:

—¡Ah! ¡Así que le ha montado el número del papel sellado! ¡Ése lo inventé yo!

Pero Paul balbuceó ruborizándose levemente:

—Le ruego que no le dé aún la noticia a su mujer. Dada nuestra buena amistad, es más correcto que se lo anuncie en persona...

Gontran miraba a su amigo con una sonrisa extraña y alegre que parecía decir: «¡Esto está muy bien, muy bien! Así es como deben acabar las cosas, sin ruido, sin historias, sin dramas».

Propuso:

—Si te parece, Paul, vamos juntos después del almuerzo, cuando esté levantada y le comunicas tu decisión.

Los ojos de ambos se encontraron, fijos, colmados de pensamientos no formulados, luego se apartaron.

Y Paul contestó con indiferencia:

—Sí, encantado, ya volveremos a hablar luego de eso.

Entró un criado del hotel para avisar de que el doctor Black acababa de llegar a

las habitaciones de la princesa; y el marqués salió al momento para pillarlo según pasaba.

Le expuso al médico la situación, el apuro de su yerno y el deseo de su hija, y se lo llevó sin que opusiera resistencia.

En cuanto aquel hombre bajito y cabezón hubo entrado en la habitación de Christiane, ésta dijo:

—Papá, déjanos.

Y el marqués se retiró. Entonces fue ella enumerándole sus preocupaciones, sus terrores, sus pesadillas, en voz baja y suave, como si estuviera confesándose. Y el médico la escuchaba como si fuera un sacerdote, abarcándola a ratos con la mirada de sus grandes ojos redondos; daba muestras de atención asintiendo levemente con la cabeza, murmurando un: «De acuerdo» que parecía querer decir: «Conozco su caso al dedillo y la curaré en cuanto quiera».

Cuando hubo acabado de hablar, empezó a su vez a hacerle preguntas sumamente minuciosas sobre su vida, sus hábitos, su régimen, su tratamiento. Ora parecía aprobar con un gesto, ora censuraba con un: «¡Vaya!» lleno de reservas. Cuando llegó al gran temor que tenía de que el niño estuviera mal colocado, se levantó y, con pudor eclesiástico, la rozó con las manos a través de las mantas, y luego declaró: «No, muy bien».

A Christiane le dieron ganas de darle un beso. ¡Qué hombre más bueno era aquel médico!

Éste cogió un papel de encima de la mesa y escribió una receta. Fue larga, muy larga. Luego volvió junto a la cama y, con un tono distinto, para dejar bien claro que había acabado su trabajo profesional y sagrado, empezó a charlar.

Tenía la voz profunda y gruesa, una voz potente de enano contrahecho; y en sus frases más triviales se escondían preguntas. Habló de todo. La boda de Gontran parecía interesarle mucho. Luego, con su desagradable sonrisa de ser deforme, dijo:

—Y todavía no le digo nada de la boda del señor Brétigny, aunque no sea ya ningún secreto, pues el tío Oriol se lo va contando a todo el mundo.

Tuvo ella una especie de desmayo que le empezó por la punta de los dedos y le fue invadiendo luego todo el cuerpo, los brazos, el pecho, el vientre, las piernas. Y, sin embargo, no acababa de entenderlo; pero un miedo terrible a no enterarse de todo la volvió súbitamente prudente, y balbuceó:

—¡Ah! ¿Así que el tío Oriol se lo va contando a todo el mundo?

—Sí, sí. A mí mismo me ha hablado de ello no hará ni diez minutos. Al parecer, el señor Brétigny es muy rico y lleva mucho enamorado de la pequeña, de Charlotte. Ha sido la señora Honorat, dicho sea de paso, la que ha propiciado estas dos uniones. Las jóvenes parejas contaban con ella y con su casa para verse...

Christiane había cerrado los ojos. Estaba sin conocimiento.

A la llamada del doctor, acudió una doncella; luego, aparecieron el marqués, Andermatt y Gontran, que fueron por vinagre, éter, hielo, veinte cosas distintas e inútiles.

De repente, la joven se movió, volvió a abrir los ojos, alzó los brazos y dio un grito desgarrador retorciéndose en la cama. Intentaba hablar, balbuceaba: «¡Ay! Qué dolor... Dios mío... qué dolor... en la cintura... me voy a romper... ¡Ay! Dios mío...». Y empezaba a gritar de nuevo.

No tardaron en tener que admitir que se trataba del parto.

Entonces, Andermatt se abalanzó en busca del doctor Latonne y lo encontró acabando de comer:

—Venga corriendo... a mi mujer le ocurre un percance... deprisa...

Luego se le ocurrió un ardid y contó que, al empezarle los primeros dolores, el doctor Black estaba en el hotel.

El propio doctor Black le confirmó esa mentira a su colega:

—Acababa de entrar en las habitaciones de la princesa cuando me avisaron de que la señora Andermatt se encontraba mal. He venido corriendo. ¡Y menos mal que he llegado a tiempo!

Pero a William, muy nervioso, con el corazón desbocado y la mente alterada, le entraron dudas de repente acerca de la valía de ambos hombres, y volvió a salir, sin sombrero, para correr a casa del profesor Mas-Roussel y suplicarle que acudiera. El profesor se avino a ello en el acto, se abrochó la levita con gesto maquinal de médico que sale a pasar la visita, y echó a andar a veloces zancadas, a zancadas formales de hombre eminente cuya presencia puede salvar una vida.

En cuanto entró, los otros dos, muy deferentes, lo consultaron con humildad, repitiendo juntos o casi al tiempo:

—Esto es lo que ha pasado, querido profesor... ¿No le parece, querido profesor...? ¿No sería conveniente, querido profesor...?

También Andermatt, loco de angustia por los gritos de su mujer, acosaba a preguntas al señor Mas-Roussel, llamándolo sin parar «querido profesor».

Christiane, casi desnuda ante aquellos hombres, ya no veía nada, no sabía nada, no se enteraba de nada; sentía tales dolores que todas las ideas se le habían ido de la cabeza. Tenía la sensación de que le serraban el costado y la espalda, por la cintura, con una larga sierra de dientes embotados que le destrozaba los huesos y los músculos, despacio, de manera intermitente, a sacudidas, parándose y volviendo a empezar de forma cada vez más terrible.

Cuando tal tortura se aplacaba unos instantes, cuando las heridas del cuerpo permitían que le volviera la razón, se le hincaba en el alma, más cruel, más agudo, más espantoso que el dolor físico, un pensamiento: él estaba enamorado de otra e iba a casarse con ella.

Y, para que aquella mordedura que le roía la mente se calmara de nuevo, se esforzaba por despertar el suplicio atroz de la carne, movía el vientre y las caderas, y, cuando volvía la crisis, al menos ya no pensaba.

Durante quince horas soportó ese martirio, tan rendida por el sufrimiento y la desesperación que quería morirse, que se esforzaba por morir en cada uno de los espasmos que la hacían retorcerse. Pero, tras una convulsión más prolongada y violenta que las demás, le pareció que las entrañas se le salían del cuerpo de repente. Todo terminó; los dolores se calmaron como olas que se van apaciguando; y el alivio que sintió fue tan grande que la propia pena permaneció unos momentos embotada. Le hablaban y contestaba con voz muy cansada, muy baja.

De pronto, el rostro de Andermatt se inclinó sobre el suyo y dijo:

—Vivirá... es casi de nueve meses... Es una niña...

Christiane sólo pudo murmurar:

—¡Ay, Dios mío!

Así que tenía una hija, una hija viva, que crecería... ¡una hija de Paul! Sintió deseos de empezar a gritar de nuevo, de tanto como le hería el corazón esta nueva desventura. ¡Tenía una hija! ¡No la quería!... ¡No la vería!... ¡Jamás la tocaría!

La habían vuelto a acostar, la habían atendido, la habían besado. ¿Quién? Sin duda su padre y su marido. No lo sabía. Pero ¿y él, dónde estaba él? ¿Qué estaba haciendo? ¡Qué dichosa se habría sentido en aquella hora si él la hubiera amado!

El tiempo pasaba, las horas transcurrían sin que distinguiera siquiera el día de la noche, pues sólo sentía la quemazón de este pensamiento: él amaba a otra mujer.

De repente, se dijo: «¿Y si no fuera verdad?... ¿Cómo no me iba a haber enterado yo de esa boda antes que ese médico?».

Luego se le ocurrió que se lo habían ocultado. Paul había tenido buen cuidado de que ella no se enterara.

Miró la habitación para ver quién había en ella. Una mujer desconocida velaba a su lado, una mujer humilde. No se atrevió a hacerle ninguna pregunta. ¿A quién iba a poder preguntarle aquello?

De repente, alguien empujó la puerta. Era su marido que entraba de puntillas. Al ver que tenía los ojos abiertos, se acercó.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

—Temíamos por ti desde ayer. ¡Pero ya ha pasado el peligro! Por cierto, que tenemos un problema. He telegrafiado a nuestra amiga la señora Icardon, que iba a venir para el parto, anunciándole el percance y rogándole que venga. Está con su sobrino, que tiene la escarlatina... Pero no puedes seguir sin nadie que se quede contigo, sin una mujer un poco... un poco... como Dios manda... Y se ha ofrecido a atenderte y hacerte compañía todos los días una señora de aquí. He aceptado, la

verdad. Se trata de la señora Honorat.

¡Christiane se acordó de pronto de las palabras del doctor Black! La sacudió un sobresalto de temor y gimió:

—¡Ay! ¡No... no... ésa no... ésa no...!

William no comprendió por qué lo decía y añadió:

—Mira, ya sé que es muy vulgar, pero tu hermano la tiene en gran estima; le ha sido muy útil; y además dicen que ha sido comadrona y que el doctor Honorat la conoció atendiendo a una enferma. Si te resulta inaguantable, la despediré al día siguiente. Pero por probar no perdemos nada. Deja que venga una vez o dos.

Ella callaba, pensativa. Una necesidad de enterarse, de enterarse de todo la invadía con tal violencia que la esperanza de sonsacar a aquella mujer, sin intermediarios, de arrancarle una por una las palabras que le romperían el corazón, le infundían ahora deseos de contestar: «Ve... ve a buscarla inmediatamente... inmediatamente... ¡Tráela de una vez!».

Y a aquella ansia irresistible de saberlo todo se sumaba también una necesidad de sufrir más, de revolcarse en su desgracia como se revuelca uno en unas zarzas, una necesidad misteriosa, enfermiza, exaltada de martirio que exigía dolor.

Entonces balbuceó:

—Sí, sí, de acuerdo, que venga la señora Honorat.

Luego, de pronto, notó que no podría esperar más sin estar segura, completamente segura de aquella traición; y le preguntó a William con una voz débil como un soplo:

—¿Es verdad que se casa el señor Brétigny?

Su marido contestó tranquilamente:

—Sí, es verdad. Te lo habríamos anunciado antes, de haber podido hablar contigo.

Ella volvió a preguntar:

—¿Con Charlotte?

—Con Charlotte.

Pero también William tenía una idea fija que no lo abandonaba un instante: su hija, que apenas estaba empezando a vivir y a la que acudía a ver constantemente. Se indignó de que la primera palabra de Christiane no hubiera sido para preguntar por su hija; y, con tono suave, le reprochó:

—Pero bueno, vamos a ver, ¿todavía no has pedido que te traigan a la niña? ¿Sabes que está muy bien?

Ella se estremeció como si le hubieran tocado una herida abierta; pero no tenía más remedio que pasar por todas las estaciones de aquel calvario.

—Tráela —dijo.

Él desapareció a los pies de la cama, detrás de la cortina, y luego volvió con el rostro iluminado de orgullo y felicidad, llevando en las manos, con desmaña, un bulto

de ropa blanca.

Lo puso sobre el almohadón bordado, junto a la cabeza de Christiane, a la que ahogaba la emoción, y le dijo:

—¡Toma, mira qué guapa es!

Ella la miró.

Andermatt mantenía separados, con dos dedos, los livianos encajes que velaban una carita colorada, tan pequeña, tan colorada, con los ojos cerrados, y cuya boca se movía.

Y ella pensaba, inclinada sobre ese esbozo de ser: «Es mi hija... la hija de Paul... Esto ha sido lo que me ha hecho sufrir tanto... ¡Esto... esto... esto... es mi hija...!».

La repulsión que sentía por la criatura cuyo nacimiento le había desgarrado con tal ferocidad el corazón y el tierno cuerpo de mujer acababa de esfumarse de pronto; ahora la contemplaba con curiosidad ardiente y dolorosa, con profundo asombro, asombro de animal que ve salir de sí a su primogénito.

Andermatt se esperaba que la acariciara con pasión. Volvió a sorprenderse y escandalizarse, y preguntó:

—¿No le das un beso?

Ella se inclinó muy despacito hacia la minúscula frente colorada; y, a medida que acercaba los labios, sentía que aquella frente tiraba de ellos, los reclamaba. Y, cuando la rozaron, al tocarla, la notó un poco húmeda, un poco caliente, caliente de su propia vida y le pareció que ya no podría apartar los labios de aquella carne infantil, que los iba a dejar allí para siempre.

Algo le rozó la mejilla; era la barba de su marido, que se inclinaba para besarla. Y, tras haberla estrechado largo rato contra sí, con ternura agradecida, quiso él también besar a su hija y, estirando los labios, le dio unos golpecitos muy suaves en la nariz.

Christiane, con el corazón crispado por aquella caricia, miraba junto a sí a su hija y a él... ¡y a él!

No tardó Andermatt en querer devolver a la niña a la cuna.

—No —dijo ella—, déjamela unos minutos más, para sentirla aquí, junto a mi cabeza. No hables, no te muevas, déjanos, espera.

Pasó uno de los brazos sobre el cuerpo envuelto en pañales, puso la frente junto a la carita gesticulante, cerró los ojos, y se quedó quieta, sin pensar en nada.

Pero William, al cabo de unos minutos, le tocó suavemente el hombro:

—¡Vamos, querida mía, sé razonable! ¡Nada de emociones, ya lo sabes, nada de emociones!

Y se llevó a su hija, a la que la madre siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido tras la cortina de la cama.

Luego volvió:

—Entonces quedamos en que mañana por la mañana te mando a la señora Honorat para que te haga compañía.

Ella contestó con voz firme:

—Sí, amigo mío, puedes mandármela... mañana por la mañana. Y se tendió en la cama, cansada, rota, tal vez un poco menos desdichada.

Su padre y su hermano fueron a verla después de cenar y le contaron los chismes del pueblo, la marcha precipitada del profesor Cloche en busca de su hija, y las suposiciones acerca de la duquesa de Ramas, a la que nadie había vuelto a ver, aunque todo el mundo pensaba que se había marchado también en busca de Mazelli. A Gontran le hacían reír aquellas aventuras y sacaba una moraleja chistosa de tales acontecimientos:

—Son increíbles estas ciudades termales. ¡Son los únicos reinos de las hadas que quedan en la tierra! En dos meses ocurren en ellas más cosas que en el resto del universo durante el resto del año. La verdad es que parece que los manantiales no están mineralizados sino embrujados. Y pasa igual en todas partes, en Aix, en Royat, en Vichy, en Luchon, y en los baños de mar también, en Dieppe, en Étretat, en Trouville, en Biarritz, en Cannes, en Niza. En todos estos lugares hay ejemplares de todos los países, de todas las clases sociales, aventureros pasmosos, una mezcla de razas y de personas imposible de encontrar en cualquier otro sitio, y ocurren unos lances prodigiosos. Las mujeres gastan ciertas bromas con una facilidad y una prontitud exquisitas. En París, resisten; en las estaciones termales, caen, ¡zas! Los hombres se hacen ricos, como Andermatt, otros se mueren, como Aubry-Pasteur, a otros les pasan cosas peores... y se casan... como yo... y como Paul. ¡Qué cosa más tonta y más graciosa! Sabías lo de la boda de Paul, ¿verdad?

Ella murmuró:

—Sí, me lo ha dicho William hace un rato. Gontran siguió diciendo:

—Hace bien, pero que muy bien. Es una mujer del campo... Bueno, ¿y qué? Vale más que una mujer de malas artes o que una mujer de la vida, sin ir más lejos. Conozco a Paul. Habría acabado por casarse con una suripanta con tal de que se le hubiera resistido seis semanas. Y sólo podía resistírsele una mujer muy atravesada o una muy inocente. Ha dado con la inocente. Mejor para él.

Christiane escuchaba, y cada palabra que le entraba por los oídos le llegaba al corazón y le hacía daño, un daño horrible.

Dijo cerrando los ojos:

—Estoy rendida. Me gustaría descansar un rato.

Le dieron un beso y se fueron.

El pensamiento se le había despertado, tan activo y torturante que no pudo dormir. La idea de que había dejado de amarla, de que no la amaba en absoluto, se le hacía tan intolerable que, si no hubiera sido por la presencia de aquella mujer, de aquella

enfermera adormilada en un sillón, se habría levantado, habría abierto la ventana y se habría arrojado a la escalinata. Un fino rayo de luna se colaba por una rendija de las cortinas y formaba en el suelo una mancha pequeña, redonda y clara. La vio y todos los recuerdos la asaltaron a la vez: el lago, el bosque, aquel primer «la amo», apenas oído, tan turbador, y Tournoël, y todas las caricias que habían intercambiado al atardecer, por los caminos sombríos, y la carretera de La Roche-Pradière. De pronto, vio aquella carretera blanca en una noche estrellada, y a él, a Paul, llevando de la cintura a una mujer y besándole los labios a cada paso. La reconoció. ¡Era Charlotte! La estrechaba contra sí, le sonreía como sabía sonreír él, le susurraba al oído aquellas palabras tan dulces que sabía decir, luego se arrojaba a sus pies y besaba la tierra que lo separaba de ella, ¡igual que había besado la que lo separaba de Christiane! Se le hizo tan duro, tan duro que, dándose la vuelta y ocultando la cara en la almohada, rompió en sollozos. La desesperación le golpeaba el alma de tal forma que casi la hacía gritar.

Cada latido del corazón que le palpitaba en la garganta, que le zumbaba en las sienes, le decía esta palabra: Paul, Paul, Paul, interminablemente repetida. Se tapaba los oídos con las manos para dejar de oírla, metía la cabeza bajo las sábanas; pero entonces aquel nombre le sonaba en el fondo del pecho, con cada uno de los latidos del corazón que no podía aplacar. La enfermera, que se había despertado, le preguntó:

—¿Está peor, señora?

Christiane se volvió, con el rostro lleno de lágrimas, y murmuró:

—No, me había dormido y he tenido un sueño... Me he asustado.

Luego pidió que encendieran dos velas para dejar de ver el rayo de luna.

A eso del amanecer, sin embargo, se adormiló.

Llevaba dormitando unas cuantas horas cuando entró Andermatt, que venía con la señora Honorat. La gruesa señora, que enseguida se mostró muy campechana, se sentó a la cabecera de la parturienta, le tomó las manos, le hizo preguntas como si fuera un médico, y luego, satisfecha de las respuestas, declaró: «Bueno, bueno, todo va bien». Entonces, se quitó el sombrero, los guantes, el chal y, volviéndose hacia la enfermera, le dijo:

—Puede irse, hija. Venga cuando la llamemos.

Christiane, sublevada ya por el asco, le dijo a su marido:

—Déjame un poco a mi hija.

Lo mismo que la víspera, William trajo a la criatura besándola con ternura, y la puso en la almohada. Y, también lo mismo que la víspera, al sentir contra la mejilla, a través de la tela, el calor de aquel cuerpo desconocido, prisionero de los pañales, la invadió de repente una calma bienhechora.

De pronto, la niña se puso a gritar, lloraba con voz aguda y penetrante: «Quiere mamar», dijo Andermatt. Llamó y apareció el ama, una mujerona coloradota, con una

boca de ogro llena de dientes grandes y brillantes que casi asustaron a Christiane. Y de la blusa abierta sacó un pesado pecho, blando y cargado de leche, como las ubres que cuelgan del vientre de las vacas. Y, cuando Christiane vio cómo su hija bebía de aquel odre de carne, sintió asco y un asomo de celos y le entraron ganas de cogerla, de recuperarla.

Ahora, la señora Honorat le estaba dando consejos al ama, que se fue llevándose a la niña.

También se fue Andermatt. Ambas mujeres quedaron solas.

Christiane no sabía cómo hablar de lo que le torturaba el alma, la asustaba mostrar excesiva emoción, perder la cabeza, llorar, traicionarse. Pero la señora Honorat se puso hablar por propia iniciativa, sin que le preguntase nada. Cuando hubo contado todos los chismorreos que corrían por el pueblo, habló de la familia Oriol:

—Son buena gente —decía—, muy buena gente. Si hubiera conocido a la madre... ¡Qué mujer tan honrada y tan animosa! Valía por diez, señora. Las niñas han salido a ella, desde luego.

Cuando iba a empezar a hablar de otro tema, Christiane dijo:

—¿Y usted a cuál de las dos prefiere, a Louise o a Charlotte?

—Bueno, yo prefiero a Louise, la de su hermano, es más formal, más modosa. ¡Es una mujer de orden! En cambio, mi marido prefiere a la otra. Los hombres, ya se sabe, tienen sus gustos, distintos de los nuestros.

Se calló. Christiane, cuyo valor iba mermando, balbuceó:

—Mi hermano veía a menudo a su prometida en casa de usted.

—¡Huy! Sí, señora, ya lo creo, todos los días. Todo se coció en mi casa, ¡todo! ¡Yo me hacía cargo y dejaba a los chiquillos que hablaran! Pero lo que de verdad me hizo ilusión fue ver que el señor Paul bebía los vientos por la pequeña.

Entonces Christiane, con voz casi ininteligible, preguntó:

—¿La quiere mucho?

—¿Si la quiere, señora? En los últimos tiempos, estaba que perdía el juicio. Y además, como el italiano, el que le ha robado la hija al doctor Cloche, mariposeaba un poco alrededor de la muchacha, digo yo que por ver, por tantear, ¡creí que iban a batirse en duelo! ¡Ay, si hubiera visto usted qué ojos ponía el señor Paul! ¡Y la miraba como si fuera la Santísima Virgen!... ¡Da gusto ver a alguien tan enamorado!

Entonces Christiane la interrogó sobre todo lo que había pasado en su presencia, sobre lo que habían dicho, lo que habían hecho, los paseos por el valle de Sans-Souci, donde tantas veces le había hablado Paul a ella de su amor. Le hacía preguntas inesperadas que sorprendían a la oronda dama, acerca de cosas que a nadie se le habrían ocurrido, pues no cesaba de comparar, recordaba mil detalles del año anterior, todas las exquisitas galanterías de Paul, sus atenciones, sus ingeniosos inventos para

agradarla, todo aquel despliegue de encantadoras deferencias, de tiernas delicadezas que prueban en un hombre el imperioso deseo de seducir; y quería saber si había hecho todo aquello por la otra, si había vuelto a empezar aquel asedio de un alma con igual ardor, con igual ímpetu, con igual pasión irresistible.

Y cada vez que reconocía un hecho sin importancia, un detalle sin importancia, una de esas deliciosas naderías, una de esas turbadoras sorpresas que hacen latir el corazón, y que Paul le prodigaba cuando la amaba, Christiane, tendida en la cama, lanzaba un leve «¡Ah!» de sufrimiento.

Extrañada por aquella curiosa queja, la señora Honorat afirmaba con más bríos:

—Pues sí. Como se lo cuento, exactamente como se lo cuento. Nunca he visto hombre más enamorado que él.

—¿Le decía versos?

—Ya lo creo, señora, y bien bonitos.

Y, cuando ambas callaban, no se oía sino el canto monótono y suave del ama durmiendo a la niña en la habitación contigua.

Unos pasos se acercaban por el pasillo. Eran los señores Mas-Roussel y Latonne, que venían a ver a su enferma. La hallaron agitada, algo peor que la víspera.

Cuando se fueron, Andermatt abrió la puerta y dijo, sin entrar:

—Está aquí el doctor Black, que quiere verte. ¿Puede pasar?

Ella gritó incorporándose en la cama:

—¡No... no... no quiero... no...!

William se acercó estupefacto:

—Pero, oye... habría que... le debemos... deberías...

Tenía los ojos tan dilatados y la boca le temblaba tanto que parecía haberse vuelto loca. Repitió, con voz aguda, tan fuerte que debía de atravesar todas las paredes:

—¡No... no... nunca...! ¡Qué no vuelva nunca... oyes... nunca...! Y luego, sin saber ya lo que decía y señalando con el brazo tendido a la señora Honorat, que estaba de pie en medio de la habitación, chilló:

—¡Ni ella tampoco... échala... no quiero verla... échala...!

El entonces se abalanzó hacia su mujer, la tomó en sus brazos, le besó la frente:

—Christiane, pequeña, cálmate... ¿Qué te pasa?... ¡Vamos, cálmate!

Ella ya no podía hablar. Le corrían las lágrimas.

—Que se vayan todos —dijo—, y quédate solo conmigo.

Él corrió, trastornado, hacia la mujer del médico y, empujándola suavemente hacia la puerta, le rogó:

—Déjenos unos instantes, haga el favor. Es la fiebre, la fiebre puerperal. Voy a calmarla. La veré a usted dentro de un rato.

Cuando volvió hacia la cama, Christiane se había vuelto a echar y lloraba de forma incesante, sin sollozos, anonadada. Y, por primera vez en su vida, él también se

echó a llorar.

La fiebre puerperal se declaró, efectivamente, durante la noche, y sobrevino el delirio.

Tras unas horas de suma agitación, la parturienta empezó a hablar de pronto.

El marqués y Andermatt, que habían querido quedarse a su lado y estaban jugando a las cartas, contando los puntos en voz baja, creyeron que los llamaba, se levantaron y se acercaron a la cama.

No los vio o no los reconoció. Muy pálida en la blanca almohada, con los rubios cabellos esparcidos por los hombros, miraba con los claros ojos azules el mundo ignoto, misterioso y fantástico en que viven los locos.

Las manos, extendidas sobre las sábanas, se le movían a veces con movimientos rápidos e involuntarios, con estremecimientos y sobresaltos.

Al principio, no parecía hablar con nadie, sino contar algo que estuviera viendo. Y lo que decía no tenía ilación, era incomprensible. Había una roca que le parecía demasiado alta para saltar. Tenía miedo de torcerse un tobillo, y además, no conocía lo suficiente al hombre que le tendía los brazos. Luego habló de perfumes. Parecía querer recordar frases olvidadas: «¿Hay algo más dulce?... Embriaga como el vino... El vino embriaga el pensamiento, pero el aroma embriaga el ensueño... Con el aroma se saborea la esencia misma, la esencia pura de las cosas y del mundo... se saborean las flores... los árboles... la hierba del campo... se ve hasta el alma de las mansiones antiguas adormecida en los viejos muebles, en las viejas alfombras y las viejas cortinas...».

Luego se le contrajo el rostro como si hubiera soportado un prolongado cansancio. Subía lenta y trabajosamente por una cuesta, y le decía a alguien: «¡Ay! ¡Vuelve a llevarme en brazos, te lo ruego, me voy a morir aquí! No puedo dar un paso más. ¡Llévame, como me llevabas por encima de la hoz! ¿Te acuerdas?... ¡Cuánto me querías!».

Luego dio un grito de angustia, una expresión de horror le pasó por los ojos. Veía ante sí un animal muerto y suplicaba que lo quitaran de allí sin hacerle daño.

El marqués le dijo en voz muy baja a su yerno:

—Se está acordando de un burro que nos encontramos volviendo de la Nugère.

Ahora le hablaba al animal muerto, lo consolaba, le contaba que ella también era muy desgraciada, mucho más desgraciada, porque la habían abandonado.

Luego, de repente, se negó a algo que le exigían. Gritaba: «¡Ay, no, eso no! ¡Ay! ¡Eres tú... tú... quien quiere hacerme tirar de ese carro...!».

Entonces empezó a jadear, como si, efectivamente, hubiera ido tirando de un carro. Lloraba, se quejaba, daba gritos, y siguió subiendo la cuesta, durante más de media hora, tirando sin duda, con unos esfuerzos terribles, del carro del burro.

Y alguien la golpeaba cruelmente, pues decía: «¡Ay! ¡Qué daño me haces! Por lo

menos, deja de pegarme... andaré... pero deja de pegarme, te lo suplico... ¡Haré lo que quieras, pero deja de pegarme...!».

Luego, poco a poco, se le fue calmando la angustia y se limitó a divagar, más tranquila, hasta que se hizo de día. Entonces se adormiló y acabó por dormirse del todo. Cuando se despertó, a eso de las dos de la tarde, aún estaba ardiendo de fiebre, pero había recuperado la razón.

Hasta el día siguiente, sin embargo, siguió con el pensamiento embotado, algo indeciso, vago. Le costaba encontrar las palabras necesarias y se cansaba mucho buscándolas.

Pero, tras una noche de descanso, volvió a ser dueña de sí por completo.

No obstante, se sentía cambiada, como si aquella crisis le hubiera modificado el alma. Sufría menos y pensaba más. Los terribles acontecimientos, tan recientes, le parecían perdidos en un pasado ya remoto, y los miraba con una claridad de ideas que nunca le había iluminado la mente. Aquella luz que la había invadido de pronto, y que alumbra a algunos seres en ciertas horas de sufrimiento, le mostraba la vida, los hombres, las cosas, la tierra entera con todo lo que en ella existe como si nunca los hubiera visto.

Entonces, más incluso que la noche en que se había sentido tan sola en el mundo en su habitación al regresar del lago de Tazenat, se creyó totalmente abandonada en la vida. Comprendió que todos los hombres caminan, unos junto a otros, cruzando por los acontecimientos sin que jamás haya nada que una a dos seres de verdad. Sintió, debido a la traición de aquél en quien había puesto toda su confianza, que los demás, todos los demás, no volverían a ser ya para ella más que vecinos indiferentes en este viaje corto o largo, triste o alegre, según fueran los días por venir, que no se pueden adivinar. Comprendió que, incluso cuando estaba en brazos de aquel hombre, cuando había creído que se mezclaba con él, que penetraba en él, cuando había creído que sus carnes y sus almas no formaban ya más que una carne y un alma, sólo se había acercado hasta hacer que se tocaran las impenetrables envolturas en que la misteriosa naturaleza ha aislado y encerrado a los humanos. Vio con claridad que nadie ha podido ni podrá jamás romper esa invisible barrera que coloca a los seres, en la vida, tan lejos uno de otro como las estrellas del cielo.

Presintió el esfuerzo impotente, incesante desde los primeros días del mundo, el esfuerzo infatigable de los hombres por desgarrar la cáscara en que forcejea su alma, para siempre prisionera, para siempre solitaria, el esfuerzo de los brazos, de los labios, de los ojos, de las bocas, de la carne trémula y desnuda, el esfuerzo del amor que se agota en besos, el esfuerzo que lo único que consigue es dar la vida a otro ser abandonado.

Entonces, se apoderó de ella un deseo irresistible de volver a ver a su hija. Pidió que se la trajeran y, cuando lo hicieron, rogó que la desnudaran, pues aún no le

conocía más que el rostro.

El ama deslió, pues, los pañales y dejó al descubierto un desvalido cuerpo de recién nacido, estremecido por los vagos movimientos que infunde la vida en esos esbozos de seres. Christiane lo tocó con mano tímida, temblorosa, luego quiso besar el vientre, la espalda, las piernas, los pies, y después lo miró, llena de extraños pensamientos.

Dos seres se habían visto, se habían amado con deliciosa exaltación; ¡y de su unión había nacido aquello! Allí estaban él y ella, mezclados hasta que aquella criatura muriera, allí volvían él y ella a vivir juntos, allí había un poco de él y un poco de ella, y algo más, algo desconocido que la haría diferente de ellos. Sería la repetición de ambos, en la forma del cuerpo y en la de la mente, en los rasgos, en los gestos, los ojos, los ademanes, los gustos, las pasiones, hasta en el sonido de la voz y la forma de caminar, y, sin embargo, ¡sería un ser nuevo!

¡Ahora, ellos estaban separados para siempre! Nunca más se confundirían sus miradas en uno de aquellos impulsos de ternura que hacen que la raza humana sea indestructible.

Y, estrechando a la niña contra el pecho, susurró: «¡Adiós, adiós!». Era a él a quien le decía «adiós» al oído de su hija, el adiós valiente y desconsolado de un alma orgullosa, el adiós de una mujer que va a seguir sufriendo mucho tiempo todavía, tal vez para siempre, pero que, al menos, sabrá ocultarles sus lágrimas a todos.

—¡Ajajá! —exclamaba William por la puerta entreabierta—. ¡Te he pillado! ¡Haz el favor de devolverme a mi hija!

Corriendo hacia la cama, cogió a la niña con manos curtidas ya en manejarla y, alzándola por encima de la cabeza, repetía:

—Buenos días, señorita Andermatt... buenos días, señorita Andermatt...

Christiane pensaba: «Así que éste es mi marido». Y lo contemplaba con ojos sorprendidos, como si lo mirara por primera vez. ¡Era el hombre a quien la había unido, a quien la había entregado la ley! ¡El hombre que debía ser, según las ideas humanas, religiosas y sociales, su mitad! ¡Más aún, su dueño, el dueño de sus días y de sus noches, de su corazón y de su cuerpo! Casi le dieron ganas de sonreír, de tan extraño como le pareció en aquel momento, pues entre ella y él jamás existiría ningún vínculo, ninguno de esos vínculos que, desgraciadamente, se rompen tan pronto, pero que parecen eternos, inefablemente dulces y casi divinos.

¡Ni siquiera sentía ningún remordimiento por haberlo engañado, por haberlo traicionado! Se quedó sorprendida al buscar el porqué. ¿Por qué? Sin duda porque eran demasiado diferentes, estaban demasiado lejos uno de otro, pertenecían a razas demasiado distintas. Él no entendía nada de ella; ella no entendía nada de él. Sin embargo, era bueno, atento, amable.

Pero tal vez sólo los seres de la misma talla, de la misma naturaleza, de la misma

esencia moral pueden sentirse ligados uno a otro por la sagrada cadena del deber voluntario.

Mientras volvían a vestir a la niña, William se sentó diciendo:

—Oye, querida mía, casi no me atrevo a anunciarte una visita desde que me mandaste a paseo con el doctor Black. Sin embargo, hay alguien a quien me gustaría mucho que recibieras: ¡al doctor Bonnefille!

Entonces, ella se rió por primera vez, con una risa débil, que se le detuvo en los labios sin llegarle al alma. Y preguntó:

—¿El doctor Bonnefille? ¡Qué milagro! ¿Así que os habéis reconciliado?

—Pues sí. Oye: te voy a dar, en el mayor de los secretos, una gran noticia. Acabo de comprar el antiguo balneario. Ahora ya es mío todo el pueblo. ¡Vaya triunfo, eh! El pobre del doctor Bonnefille se ha enterado antes que los demás, por supuesto. Así que ha sido listo; ha venido a diario a interesarse por ti, dejaba su tarjeta con unas palabras atentas. Yo he contestado a sus insinuaciones haciéndole una visita; y ahora estamos en muy buenas relaciones.

—Que venga cuando quiera —dijo Christiane—. Me alegraré de recibirlo.

—Bueno, te lo agradezco. Te lo traeré mañana por la mañana. Ni que decir tiene que Paul me da siempre muchos recuerdos para ti y pregunta mucho por la niña. Está deseando verla.

Pese a sus resoluciones, Christiane sentía una gran tristeza. Sin embargo, pudo decir:

—Dale las gracias de mi parte.

Andermatt siguió diciendo:

—Estaba muy preocupado por saber si te habían comunicado su boda. Le dije que sí, y, entonces, en varias ocasiones, me preguntó qué te parecía.

Ella hizo un enérgico esfuerzo y susurró:

—Dile que la apruebo por completo.

William prosiguió, con cruel tenacidad:

—Tenía también mucho empeño en saber cómo se iba a llamar la niña. Le he dicho que estábamos dudando entre Marguerite y Geneviève.

—He cambiado de opinión —dijo ella—. Quiero ponerle Arlette.

Antaño, al principio de su embarazo, había tratado con Paul del nombre que debían elegir, según que fuera niño o niña; y para una niña no habían podido decidirse entre Geneviève y Marguerite. Ahora ya no quería ninguno de esos dos nombres.

William repetía:

—Arlette... Arlette... Es muy bonito... tienes razón. Yo hubiera querido que se llamara Christiane, como tú. ¡Christiane... me encanta!

Ella lanzó un profundo suspiro:

—¡Ay! Lo de llevar el nombre del Crucificado promete demasiados sufrimientos. Él se ruborizó, pues no había pensado en aquel paralelismo, y, levantándose, dijo:
—Además, Arlette es muy bonito. Hasta luego, querida mía.

Nada más irse Andermatt, Christiane llamó al ama y ordenó que la cuna se colocara, en lo sucesivo, pegada a su cama.

En cuanto arrimaron a la cama grande la liviana cuna en forma de barquilla, que se balanceaba constantemente, con su cortina blanca como una vela en el mástil de cobre retorcido, Christiane alargó la mano hacia la niña dormida, y le dijo muy bajito: «Duerme, niña mía. Nunca encontrarás a nadie que te quiera tanto como yo».

Pasó los días siguientes en un estado de melancolía tranquila, pensando mucho, forjándose un alma resistente, un corazón enérgico para poder reanudar la vida al cabo de unas cuantas semanas. Su principal ocupación consistía ahora en contemplar los ojos de su hija, intentando sorprender en ellos una primera mirada, pero no veía más que dos agujeros de un azul desvaído, invariablemente vueltos hacia la gran claridad de la ventana.

Y experimentaba una profunda tristeza al pensar que aquellos ojos, aún dormidos, contemplarían el mundo, como lo había contemplado ella, a través de la ilusión del sueño interior que hace feliz, confiada y alegre el alma de las jóvenes. Les gustaría cuanto a ella le había gustado, los hermosos días claros, las flores, los bosques, y los seres también, desgraciadamente. ¡Amarían sin duda a un hombre! ¡Amarían a un hombre! Llevarían en sí esa imagen conocida, adorada, la volverían a ver cuando estuviera lejos, se iluminarían al divisarla... Y luego... y luego... ¡aprenderían a llorar! ¡Las lágrimas, las terribles lágrimas correrían por aquellas mejillas tan pequeñas! Y el espantoso sufrimiento de los amores traicionados tornaría irreconocibles, extraviados de angustia y desesperación aquellos pobres ojos de color indeciso, que iban ser azules.

Y besaba con pasión a la niña diciéndole:

—¡Quiéreme sólo a mí, hija mía!

Por fin, un día, el profesor Mas-Roussel, que iba a verla todas las mañanas, declaró:

—Puede levantarse un poco dentro de un rato, señora.

Cuando se hubo ido el médico, Andermatt le dijo a su mujer:

—Es una lástima que no estés recuperada del todo, pues hoy tenemos un experimento muy interesante en el balneario. El doctor Latonne ha conseguido un auténtico milagro con el tío Clovis sometiéndolo a su tratamiento de gimnasia automotora. Fíjate, el viejo vagabundo anda ahora casi con normalidad, y además, después de cada sesión, se le notan los progresos.

Ella le preguntó, por complacerlo:

—¿Y vais a hacer una sesión pública?

—Sí y no; hacemos una sesión en presencia de los médicos y de unos cuantos amigos.

—¿A qué hora?

—A las tres.

—¿Va a asistir el señor Brétigny?

—Sí, sí. Me ha prometido que vendría. Estará todo el consejo. Desde el punto de vista médico es muy curioso.

—Bueno —dijo ella—, pues, como precisamente a esa hora estaré levantada, ruegale al señor Brétigny que suba a verme. Me hará compañía mientras vosotros veis el experimento.

—Sí, querida mía.

—¿No se te olvidará?

—No, no, quédate tranquila.

Y se fue en busca de espectadores.

Tras haberlo engañado los Oriol, durante el primer tratamiento del paralítico, él había engañado a su vez a los enfermos, tan fácilmente crédulos cuando de curaciones se trata, y ahora se engañaba a sí mismo con la comedia de aquella cura, y hablaba de ella tan a menudo, con tanto ardor y convicción que le hubiera resultado difícilísimo averiguar si se la creía o no.

A eso de las tres, todas las personas a las que había echado el gancho estaban reunidas a la puerta del balneario, esperando que llegara el tío Clovis. Éste se presentó, apoyado en dos bastones, arrastrando las piernas como siempre y saludando cortésmente a todo el mundo a su paso.

Los dos Oriol lo seguían, junto con las dos jóvenes. Paul y Gontran iban acompañando a sus prometidas.

En la gran sala donde estaban instalados los instrumentos articulados, el doctor Latonne entretenía la espera charlando con Andermatt y con el doctor Honorat.

Cuando vio al tío Clovis, se le pintó una sonrisa en el afeitado rostro. Preguntó:

—¡Bueno! ¿Y cómo estamos hoy?

—¡*Vamosh* tirando! ¡*Vamosh* tirando!

Aparecieron Petrus Martel y Saint-Landri. Querían enterarse de lo que iba a pasar. El primero tenía fe, el segundo dudaba. Tras ellos, todos vieron, con estupor, entrar al doctor Bonnefille, que fue a saludar a su rival y le tendió la mano a Andermatt. El doctor Black fue el último en llegar.

—Pues bien, señores y señoritas —dijo el doctor Latonne haciendo una reverencia dirigida a Louise y a Charlotte Oriol—, van a asistir a algo muy curioso. Comprueben primero que antes de la sesión este buen hombre camina un poco, pero muy poco. ¿Puede usted ir sin los bastones, tío Clovis?

—¡No, *sheñor*, qué va!

—Bueno, vamos a empezar.

Subieron al viejo a un sillón, le sujetaron con unas correas las piernas a los pies móviles del asiento, y luego, cuando el señor inspector ordenó: «¡Vaya despacio!», el robusto y remangado mozo giró la manivela.

Entonces vieron cómo la rodilla derecha del vagabundo se alzaba, se estiraba, se doblaba, se extendía de nuevo; a continuación la rodilla izquierda hizo lo mismo, y el tío Clovis, presa de súbita alegría, se echó a reír repitiendo con la cabeza y la larga barba blanca todos los movimientos que le obligaban a hacer con las piernas.

Los cuatro médicos y Andermatt, inclinados hacia él, lo examinaban con gravedad de augures, mientras que Coloso y el viejo se cruzaban pícaros guiños.

Como habían dejado las puertas abiertas, entraban continuamente bañistas convencidos y ansiosos, y se apretujaban para ver algo. «¡Más deprisa!», ordenó el doctor Latonne. El mozo giró con mayor fuerza la manivela. Las piernas del viejo se pusieron a correr, y él, invadido por una alegría irresistible, como un niño a quien hacen cosquillas, se reía con todas sus fuerzas, moviendo la cabeza como un loco. Y repetía, entre dos ataques de risa: «¡Vaya juerga! ¡Vaya juerga!», expresión que, sin duda, había tomado de boca de algún forastero.

Coloso rompió a reír, a su vez, y dando patadas en el suelo y pegándose palmadas en los muslos, gritaba:

—¡Ay! *Rediósh* con *Clovish*... *rediósh* con *Clovish*...

—¡Basta! —ordenó el inspector.

Desataron al vagabundo, y los médicos se apartaron para comprobar el resultado.

Todo el mundo vio entonces cómo el tío Clovis se bajaba solo del sillón y echaba a andar. ¡Cierto es que iba a pasitos cortos, muy encorvado y haciendo muecas de cansancio a cada esfuerzo! ¡Pero andaba!

El doctor Bonnefille fue el primero en declarar:

—Es un caso muy notable.

El doctor Black se mostró enseguida tan entusiasta como su colega. El único que no dijo nada fue el doctor Honorat.

Gontran le murmuró al oído a Paul:

—No lo entiendo. Mira qué caras ponen. ¿Se lo creen o hacen que se lo creen?

Pero Andermatt había empezado a hablar. Estaba contando la historia de aquella cura desde el primer día, la recaída y, por fin, la curación, que se anunciaba definitiva y total. Añadió jovialmente:

—Y, si nuestro enfermo se pone un poco peor cada invierno, lo volveremos a curar cada verano.

Luego hizo un pomposo elogio de las aguas de Mont-Oriol, alabó sus propiedades, todas sus propiedades:

—Yo mismo —decía— he tenido ocasión de comprobar su virtud en una persona

que me es muy querida. Y el que mi familia no se extinga, se lo deberé a Mont-Oriol.

Pero, de repente, lo asaltó un recuerdo: le había prometido a su mujer que Paul Brétigny iría a verla. Sintió un vivo remordimiento, ya que estaba pendiente de complacerla en todo. Así que miró a su alrededor, vio a Paul y, reuniéndose con él, le dijo:

—Querido amigo, se me ha olvidado por completo decirle que Christiane lo está esperando en este momento.

Brétigny balbuceó:

—¿A mí... en este momento...?

—Sí, se ha levantado hoy y desea verlo antes que a nadie. Así que vaya corriendo, y disculpe el olvido.

Paul se dirigió hacia el hotel, con el corazón palpitándole de emoción.

Por el camino, se encontró al marqués de Ravenel, que le dijo:

—Mi hija se ha levantado ya y está extrañada de no haberlo visto aún.

Se detuvo, no obstante, en los primeros peldaños de la escalera para pensar qué iba a decirle. ¿Cómo lo recibiría? ¿Estaría sola? ¿Qué le iba a contestar si ella le hablaba de su boda?

Desde que sabía que había dado a luz, no podía pensar en ella sin estremecerse de preocupación; y, cada vez que el recuerdo de su primer encuentro le pasaba por la mente, se ruborizaba de pronto, o palidecía de angustia. También pensaba, con honda turbación, en aquella criatura desconocida de la que era padre, y seguía acosándolo el deseo y el miedo de verla. Se sentía hundido en una de esas vilezas morales que mancillan, hasta la muerte, la conciencia de un hombre. Pero temía, ante todo, la mirada de aquella mujer a la que había amado con tanta fuerza y por tan poco tiempo.

¿Tendría para con él reproches, lágrimas o desdén? ¿No sería que quería recibirlo sólo para echarlo?

¿Y qué actitud debía adoptar él? ¿Humilde, desconsolada, suplicante o fría? ¿Le daría explicaciones o escucharía sin contestar? ¿Debía sentarse o quedarse de pie?

¿Y qué haría cuando le enseñaran a la criatura? ¿Qué diría? ¿Qué sentimientos debería mostrar?

Delante de la puerta, volvió a detenerse y, en el momento de tocar el timbre, se dio cuenta de que le temblaba la mano.

Pulsó, sin embargo, el botoncito de marfil y oyó sonar la campanilla eléctrica en el interior de las habitaciones.

Acudió a abrirle una criada que lo hizo pasar. Y, desde la puerta del salón, vio, al fondo de la segunda habitación, a Christiane, que lo estaba mirando recostada en una meridiana.

Aquellas dos habitaciones que tenía que cruzar le parecieron interminables. Sentía que se tambaleaba, temía chocar con los asientos y no se atrevía a mirar por dónde

pisaba para no bajar la vista. Ella no hizo un gesto, no dijo una palabra, esperaba a que llegara a su lado. Tenía la mano derecha extendida sobre el vestido y la mano izquierda apoyada en el borde de la cuna envuelta por completo en cortinas.

Cuando estuvo a tres pasos, se paró sin saber qué debía hacer. La doncella había cerrado la puerta tras él. Estaban solos.

Entonces sintió deseos de caer de rodillas y pedir perdón. Pero ella alzó con lentitud la mano posada en el vestido y, tendiéndosela apenas, dijo con voz grave: «Buenas tardes».

No se atrevía a tocarle los dedos que, sin embargo, rozó levemente con los labios, inclinándose. Ella siguió diciendo:

—Siéntese.

Y se sentó en una silla baja, a sus pies.

Tenía la impresión de que debía decir algo, pero no se le ocurría ni una palabra, ni una idea, y ni siquiera se atrevía a mirarla. A pesar de todo, acabó por balbucear:

—A su marido se le había olvidado decirme que me estaba esperando, si no habría venido antes.

Ella contestó:

—¡Qué más da! Puesto que teníamos que volver a vernos... un poco antes... un poco después...

Como no decía nada más, él se apresuró a añadir:

—Espero que ya se encuentre bien.

—Gracias. Todo lo bien que puede estarse después de semejantes congojas.

Estaba muy pálida, más delgada, pero más guapa que antes del parto. Los ojos, sobre todo, le habían adquirido una expresión profunda que nunca les había visto. Parecían más oscuros, de un azul menos claro, menos transparente, más intenso. Tenía las manos tan blancas que parecían manos de muerta.

Ella continuó:

—Son unas horas muy difíciles de pasar. Pero, cuando se ha sufrido así, se siente una fuerte hasta el fin de sus días.

Él murmuró muy emocionado:

—Sí, son unas pruebas terribles.

Ella repitió como un eco:

—Terribles.

Desde hacía unos segundos, se notaban en la cuna unos leves movimientos, esos ruidos imperceptibles del despertar de un niño dormido. Brétigny no le quitaba ojo a esa cuna, presa de un doloroso y creciente malestar, atormentado por el deseo de ver al ser vivo que encerraba.

Entonces se dio cuenta de que las cortinas de la camita estaban cerradas de arriba abajo con unos alfileres de oro que Christiane solía llevar en la blusa. Antaño, él se

entretenía a menudo en quitarle, y volverle a prender en los hombros a su amada, aquellos finos alfileres cuya cabeza tenía forma de media luna. Comprendió la intención de Christiane, y se apoderó de él una punzante emoción, que lo crispó ante la barrera de puntos dorados que lo separaba, para siempre, de aquella criatura.

Un leve grito, una débil queja se elevó de la cárcel blanca. Christiane se puso en el acto a mecer la barquilla y, con voz algo brusca, dijo:

—Le pido perdón por dedicarle tan poco tiempo; pero tengo que ocuparme de mi hija.

Él se levantó, besó de nuevo la mano que le tendía y, cuando iba a salir, ella le dijo:

—Le deseo que sea muy feliz.

Antibes, Villa Mutterse, 1886.



Guy de Maupassant, (Miromesnil, Francia, 1850-Passy, id., 1893). Novelista francés. A pesar de que provenía de una familia de pequeños aristócratas librepensadores, recibió una educación religiosa; en 1868 provocó su expulsión del seminario, en el que había ingresado a los trece años, y al año siguiente inició en París sus estudios de derecho, interrumpidos por la guerra franco-prusiana y que reemprendería en 1871.

En 1879, su padre logró que ingresara en el ministerio de Instrucción Pública, que pronto abandonó para dedicarse a la literatura, por consejo de su gran maestro y amigo G. Flaubert. Éste lo introdujo en el círculo de escritores de la época, como Émile Zola, Iván Turgueniev, Edmond Goncourt y Henry James.

Su primer éxito, que apareció un mes antes de la muerte de Flaubert, fue el célebre cuento *Bola de sebo*, recogido en el volumen colectivo *Las noches de Medan* (1880). El mismo año publicó su libro de poemas, *Versos*. Afectado durante toda su vida de graves trastornos nerviosos, en 1892, tras un intento de suicidio en Cannes, fue ingresado en el manicomio de París, donde murió, después de dieciocho meses de agonía, de una parálisis general.

Maupassant es autor de una extensa obra entre cuentos y novelas, en general de corte naturalista. De ellas cabe señalar: *La casa Tellier* (1881); *Los cuentos de la tonta* (1883); *Al sol*, *Las hermanas Roudoli* y *La señorita Harriet*(1884); *Cuentos del día y de la noche* (1885); *La orla* (1887); las novelas *Una vida* (1883), *Bel Ami* (1885) y *Pierre y Jean* (1888). Después de su muerte se publicaron varias colecciones de cuentos: *La cama* (1895); *El padre Milton* (1899) y *El vendedor* (1900).

Notas

[1] Antiguo baile de París frecuentado sobre todo por estudiantes (1848-1936). <<

[2] Reciben en Auvernia el nombre de puy las montañas de naturaleza volcánica. <<